

NUEVE DÍAS Y NUEVE NOCHES EN LA PIEL DE SANDRA

LA PRINCESA DEL BLUES

DEDICATORIA

A la “Metal Blues Band”.

El sudor es su perfume.

La decencia; su bandera.

La música; su himno.

Y los aplausos; su recompensa. La recompensa que alimenta su sangre.

Son los hechiceros que hacen posible que el asfalto de las carreteras de España, que recorren incansablemente kilómetro a kilómetro, bajo el sol implacable del estío o la crudeza de los temporales invernales, acabe en el suelo de un escenario y que la noche se haga milagro.

Son músicos y a ellos va dedicado este relato.

Día primero

Miércoles

La mujer contemplaba atentamente el lujoso reloj Cartier de hombre, que le exhibía el dependiente de la joyería.

El empleado contemplaba atentamente a la mujer.

Realmente, la había estado observando desde el mismo instante en que abrió la puerta del establecimiento. Era alta de estatura, con unas piernas largas y perfectamente torneadas, que la minifalda de cuero negro que vestía se encargaba de ensalzar. Iba tocada con una boina azul marino de corte militar, que llevaba con gracia. Pese a que había superado ya con creces la treintena, la piel de su rostro era tersa, sus pechos firmes y sus nalgas, que la minifalda marcaba con toda nitidez, duras.

Pero en lo que más se fijó el hombre, al verla acercarse, fue en su forma de caminar. Era felina, como la de una gran gata en celo exhibiéndose ante los machos. Los finos y alargados tacones de sus zapatos ponían, al sugerente balanceo, un broche de fatalidad.

—Me lo quedo —decidió ella, levantando la vista hacia el dependiente.

—¡Magnífica elección, señora! —replicó el hombre, exhibiendo su mejor sonrisa.

Acto seguido, extrajo un bolígrafo del bolso de la camisa y comenzó a rellenar, con pulcras letras, el certificado de garantía internacional. Finalizó la ceremonia estampando el sello del establecimiento, guardando el reloj en el estuche y envolviéndolo con parsimonia en un elegante papel.

Movía mecánicamente las manos, recreándose en la succulenta comisión por la venta que acababa de realizar, la primera de la mañana.

—Lo abonará usted con tarjeta, supongo... —dedujo, ante una cantidad tan elevada.

—Creo que será mejor pagar en efectivo... —corrigió ella, con una sonrisa de complicidad, al tiempo que introducía la mano en el bolso y sacaba su billetero.

—Por supuesto, señora —replicó el empleado, extrañado ante tan inusual comportamiento.

La mujer abandonó el establecimiento acentuando el movimiento de sus caderas y sonriendo para sus adentros, al saberse observada por el dependiente que no le quitaba ojo.

—Es un regalo para un amante y no quiere dejar pistas que pueda descubrir su marido —dedujo el empleado en voz baja, excitándose con ese pensamiento, al tiempo que la contemplaba a través del cristal del escaparate.

Al momento estaba sentada en el taxi en el que había llegado, y que la estaba esperando. El vehículo arrancó y comenzó a callejear, con su pasajera observando atentamente el tráfico de Santiago de Compostela por la ventanilla. Poco después, el taxi se detenía frente a la estación de ferrocarril. Dos alargadas piernas de mujer asomaron por la portezuela del coche, haciendo que los viandantes volvieran la vista, mientras la megafonía anunciaba la salida del tren con destino a Madrid.

La mujer esperó, cómodamente arrellanada en su asiento, a que el tren iniciara la marcha. Cuando el verdor del paisaje le anunció que había dejado atrás el área urbana, sacó de su bolso una elegante agenda de piel y comenzó a leer las notas que había ido tomando minuciosamente, en su recorrido por la ciudad del apóstol.

Luego, sacó un plano y lo desplegó ante sus ojos. A continuación, empezó a trazar líneas y cruces sobre el papel.

El viaje hasta la capital de España fue un suspiro, se había pasado la mayor parte del trayecto absorta en sus cavilaciones. La mujer se apeó del tren en la estación de Chamartín y, media hora después, otro taxi la dejaba en una exclusiva urbanización del noroeste de Madrid, donde estaba ubicada su lujosa casa. Era un chalet independiente, rodeado de un generoso jardín con una alta y tupida valla que lo protegía de miradas indiscretas.

Entró en su casa y el familiar aroma a cera quemada y fragancias exóticas acudió a saludarla. Se despojó de la boina azul marino y encaminó sus pasos hacia la ducha, desnudándose por el camino. Agradeció la cálida temperatura del ambiente que mantenía, día y noche, un sofisticado y caro sistema electrónico de domótica.

Toda la casa respiraba buen gusto. Bien es cierto que con el precio de la mayoría de los muebles, alfombras, electrodomésticos y objetos que atesoraba, el buen gusto estaba forzosamente garantizado.

Salió del baño con una bata de seda negra, que la cubría hasta los pies, tocada con una caperuza amplia que caía graciosamente hasta sus ojos. Sus manos estaban enfundadas

en unos guantes, también negros. La seda era tan fina y delicada, que los pezones de sus pechos y el vello de su sexo se adivinaban con toda nitidez.

Se dirigió apresuradamente hacia su dormitorio. Una amplia cama baja, con colchón de látex, ocupaba el centro del espacio.

—¡Hola, cariño! —saludó, nada más entrar en el dormitorio.

Luego, su respiración se aceleró y se volvió profunda.

—¡Mira lo que te he traído! —añadió, exhibiendo el caro cronógrafo que había comprado esa misma mañana—. ¡Ya tienes otro para tu colección! ¿Tienes ganas?

Se abalanzó sobre el equipo de alta fidelidad, sacó un vinilo de su funda y lo insertó en el plato Technics, al tiempo que contemplaba la carátula.

—Metal Blues Band —leyó, una vez más, mientras recordaba el primer concierto en que los vio tocar, día en que se convirtió en su más fervorosa admiradora.

Situó la aguja suavemente en el surco y llevó el mando del volumen a su máxima potencia.

Cubrió la cama con una sábana negra y se despojó de la bata de seda.

El rock and roll comenzaba a sonar, en el mismo instante en que ella abría sus piernas.

—Ya estás entre mis muslos, cariño. Te he puesto el “Último adiós”, el tema que más te gusta —dijo, almibarando su voz con miel, mientras cerraba sus ojos.

Su cuerpo de mujer comenzó a mecerse suave y cadenciosamente, acompañando al solo de guitarra que arrancaba la aguja del Technics a los surcos de plástico.

La batería golpeó el aire del dormitorio.

La guitarra y el bajo comenzaron a rugir.

Y las sacudidas de la membrana de los altavoces, de los potentes bafles, se le metieron hasta el tuétano de sus huesos.

Poco a poco, comenzó a agitarse con más rapidez. Los músculos de su cintura y de sus muslos se contraían y se distendían, una y otra vez, mientras sus caderas se movían a un ritmo frenético.

Se volvió loca.

Su exuberante cuerpo se desbocó, sus ojos vomitaron lava y su garganta emitió un rugido, áspero como la lija, que se fundía con el rock and roll, en una simbiosis única e irrepetible.

Con el último golpe de batería llegó la calma.

Cuando hubo normalizado su respiración se puso de nuevo la bata, con la caperuza caída sobre sus ojos.

Luego, quitó la sábana negra de su cama y la colocó en un brasero de bronce, emplazado en un rincón sobre un alto pie.

Cogió un cirio negro, de los muchos que ardían en la estancia, con exquisito cuidado de no derramar cera sobre los guantes que cubrían sus manos, y prendió fuego a la sábana.

Introdujo una cucharilla en un cáliz de oro, la llenó con el incienso que contenía y lo derramó sobre el fuego, mientras sus ojos centelleaban.

La luz de decenas de cirios y el fuego del brasero, hacían de ella una figura fantasmagórica. El aroma a incienso se mezclaba con el olor a cera quemada, transportándola a un mundo excitante.

Cuando las llamas se apagaron, salió de su ensimismamiento, sopló los cirios y se dirigió de nuevo a la ducha.

Johnny estaba en su salsa.

El Brujo estaba ya abarrotado de gente. Hacía poco que el sol se había ocultado y las sombras comenzaban a adueñarse de la gran urbe. El bar El Brujo, emplazado en el barrio de Vallecas, era el santuario de todos los crápulas de Madrid. Una permanente humareda, tan espesa que podía cortarse con un cuchillo, inundaba el local. Y un penetrante aroma a marihuana contribuía a crear una atmósfera irrespirable, para cualquiera que no estuviera acostumbrado.

Curiosamente, hacía varios años que había entrado en vigor en España la ley anti-tabaco. A Bruno, dueño del establecimiento, esa ley le traía sin cuidado. Y a los presentes en el local, más todavía.

La ley anti-tabaco no era la única ley, ni la más importante, de todas las que se violaban a diario en El Brujo.

A Johnny ese ambiente le emborrachaba, se bebió de un trago su vasito de bourbon,apuró la cerveza y cogió su saxofón, un precioso Selmer Bundy que le había costado un ojo de la cara.

Al momento se encontraba sobre un pequeño escenario, pulsando mecánicamente las llaves con sus dedos expertos. Cogió aire y comenzó a tocar.

En El Brujo se hizo el silencio. Luego, se llenó de jazz.

Situado en el sótano de un edificio de tan solo dos plantas, el inmueble era propiedad de la viuda de un encuadernador.

El local del sótano estaba arrendado, junto con el desván, a un viejo rockero, Bruno, batería del grupo que fundara Johnny en su época de juventud. El desván, que contaba con una pequeña cocina y un minúsculo aseo con ducha, conformaba un estudio de veinte metros cuadrados, iluminado por una buhardilla por la que entraba la luz natural. Ese desván era temporalmente la casa de Johnny.

Los dos pisos intermedios estaban alquilados a estudiantes, con los que el saxofonista llevaba una relación inmejorable, pues no les importaba el ruido, principalmente porque ellos hacían más ruido todavía. Cuando organizaban alguna fiesta, solían llamarlo para amenizarla. Y aparte de algunos euros que siempre se le caían, para alegría de su maltrecha economía, solía acabar la noche subiendo a gatas los toscos peldaños de madera que le separaban de su desván. Sin contar, claro está, con las innumerables estudiantes que ya habían pasado por su cama, a lo largo de los meses que llevaba allí viviendo.

De cuarenta y dos años, Johnny podía pasar fácilmente por un intelectual. Con un metro y ochenta centímetros de estatura, y rostro agradable, su pelo era grisáceo y largo, que él mantenía recogido hacia atrás en una coleta. Usaba gafas graduadas con una estilizada montura negra de pasta. Y su cuerpo, bien conformado, revelaba que acudía con frecuencia al gimnasio.

Unos aplausos pusieron fin a su interpretación y los clientes empezaron a corear su nombre. La noche estaba comenzando y ese solamente había sido el prelude. Una velada más, Johnny iba a ser el gran protagonista en El Brujo.

El músico sacó una pequeña bolsa de cuero, extrajo con los dedos unos cogollos de marihuana, cogió un papel de fumar de su librito y comenzó a liarse un cigarro, con el saxo sobre su pecho colgado por la correa. Luego lo prendió con su Zippo, le dio una calada honda y volvió a llevarse el instrumento a los labios, ante la atenta mirada del público que esperaba impaciente.

Al instante, el sonido ronco del Selmer Bundy llenó de nuevo el local.

No los vio llegar.

—¡Policía Nacional! —le gritó uno de los agentes que acababan de irrumpir en el establecimiento, mientras otros hacían lo propio con Bruno y el resto de clientes.

Solamente cuando los tuvo frente a él, dejó de tocar.

—¡Policía Nacional! ¡Bájate del escenario y colócate junto a los demás!

La primavera de ese 2013 venía adelantada y el campo estaba exuberante, para deleite de Sandra que vivía en plena naturaleza. Su casa era un antiguo granero rehabilitado, situado junto al embalse de La Jarosa y a escasos kilómetros de Guadarrama, el pueblo más emblemático de la sierra de Madrid.

Sandra respiraba hondo, gozando del aire fresco de la noche, cargado de aromas procedentes de la abundante vegetación. El robusto y fiable motor de la Harley Davidson ronroneaba suavemente. Su orgullosa propietaria la cuidaba como oro en paño, pues era una cotizada motocicleta clásica del año setenta. Sandra aflojó la manilla del acelerador y la Harley Davidson aminoró la marcha, rodaba ya por las iluminadas vías de Guadarrama. Llegó a su destino y detuvo la motocicleta frente a un bar.

El Corazón de metal estaba animado.

Situado en el pueblo de Guadarrama, se había ganado una clientela fiel por ser la sede de la Metal Blues Band, un grupo local de rock y blues. Manuel, el dueño del bar, era el batería.

Ese miércoles había ensayo. Al día siguiente la Metal Blues Band daba un concierto en Santiago de Compostela.

—La Princesa se está retrasando, como siempre —dijo Manuel a su hermano, que le echaba una mano tras la barra. —Al final, ya verás cómo tenemos que empezar sin ella.

—Eso le da igual —replicó él—. La Princesa no tiene que ensayar —añadió con pasión, pues era un incondicional de la única componente femenina del grupo.

Sandra, la bajista, se había granjeado el apodo de Princesa porque desde el primer momento se había negado a acarrear con las pantallas, amplificadores y demás aparatos, desde la furgoneta al escenario y viceversa. Penosa tarea que las bandas con más posibilidades económicas, encargaban a los “pipas” contratados al efecto.

“Yo soy la bajista, no vuestra pipa.” Había replicado Sandra el primer día, diez años atrás, en un concierto en Jerez de la Frontera. Acto seguido, se había dirigido a la barra del bar con su Sadowsky a la espalda y se había puesto a beber Jack Daniel’s con todo desparpajo.

Tras concluir los laboriosos trabajos de montaje, Jaime, el jefe de la banda, la llamó por uno de los micrófonos. “Vamos a comenzar las pruebas de sonido... si la Princesa tiene a bien acompañarnos”, le había dicho, aquel día ya lejano, con sorna. Entonces Sandraapuró el vaso y se subió al escenario con su bajo, pero se quedó para siempre

con el apodo de Princesa, que ampliaron a Princesa del blues cuando la oyeron tocar su Sadowsky.

Sandra se despojó del casco y entró en el Corazón de metal, sacudiendo al aire su pelo largo y rubio como el trigo. Vestía unos ajados vaqueros y chupa negra de cuero.

A la espalda, llevaba colgado por la bandolera su carísimo y exclusivo bajo.

Se sorprendió al ver el bar lleno, era miércoles y el fin de semana aún no había llamado a la puerta.

—Hola, Oso —saludó a Manuel por su apodo.

—Hola, Princesa, algún día te vas a caer de la moto y te vas a cargar el Sadowsky. ¿Por qué no lo llevas en la funda? —preguntó él, como siempre.

—¿Caerme yo de la moto? —replicó ella, también como siempre.

—¿Una birra? —preguntó Oso.

—Sí, por favor, y un cigarrito. Llevo toda la tarde sin fumar, ¿los demás?

—Están ya abajo —informó lacónicamente, mientras ella se llevaba la cerveza a los labios. Luego le tiró a su hermano con la bayeta, que llevaba al cinto, y comenzó a caminar hacia el reservado, ubicado en el amplio sótano, con Sandra pisándole los talones.

Un fornido cuerpo de hombre, que se afanaba en afinar su Fender Stratocaster, levantó la vista al oír el sonido de pasos descendiendo por las escaleras del sótano.

—Hola, Princesa, ¿te has caído de la moto? —saludó Jaime, mirando el reloj.

—Qué manía habéis cogido todos con que tengo que caerme de la moto —replicó ella con una sonrisa.

—Princesa, te hemos estado llamando por teléfono. El de tu casa no lo descolgabas y el móvil lo tenías apagado —dijo el Niño, llamado así por ser el alevín del grupo, que estaba ya sobre el escenario con su Gibson en bandolera.

—He estado por ahí con la moto. Me gustaría meter una variante en “Tocando fondo”, para el concierto de mañana en Santiago de Compostela —dijo ella, mientras se colocaba la bandolera de su Sadowsky.

—¿Qué variante? —preguntó Jaime intrigado.

Ese tema era un precioso blues y uno de los más solicitados por el público.

—Oso, tú nos marcas el fin del estribillo y nos paramos en seco —dijo mirando al batería—. Entonces entra el Niño en solitario haciendo llorar a su Gibson. Cuando acabe, tiras de caja y timbales, estilo Nico McBrain, y entramos todos con el riff —explicó Sandra.

—¡De puta madre, Princesa! ¡A lo Iron Maiden! —exclamó el batería, entusiasmado—. Voy a reventar los parches.

—Niño, ¿te atreves? —preguntó ella, con sus ojos clavados en los del guitarrista.

—¡Dale caña, McBrain! —exclamó el aludido, aferrando el mástil de su Gibson.

Al momento, la voz desgarrada de Jaime inundaba el sótano.

—*Desde la cima de un riff/a inquilino del infierno/sobrevolando la envidia/caes por debajo de cero/hipotecaste tu alma/a un usurero del tiempo...*

Johnny contemplaba el techo, tumbado en un estrecho camastro de uno de los calabozos de la Comisaría de Puente Vallecas. Lo habían despojado del reloj, la cartera,

el teléfono móvil, de su bolsita de marihuana y de su inseparable Zippo. Los zapatos estaban sin cordones y el pantalón sin cinturón.

Lo que nadie hubiera pensado al verlo, era que Johnny, Juan Antonio García, era agente de la Brigada de Información de la Policía Nacional.

Aunque había entrado infinidad de veces en calabozos similares a ese, en los diversos destinos por los que había pasado, esa era la primera vez que estaba en calidad de detenido. También era la primera vez que le habían tomado sus huellas dactilares.

De repente, la puerta del calabozo se abrió y entraron dos agentes.

—En esta bolsa están tus efectos personales, ponte los zapatos —le pidió uno de los agentes con voz amistosa, pues había trascendido que era un compañero.

—Si quieres, puedes asearte en el baño —anunció el otro.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Johnny tranquilamente.

—A Canillas.

El músico se calzó, se abrochó el cinturón y adelantó las muñecas, mientras los dos agentes negaban con la cabeza sonriendo.

—Los grilletos son solo para los malos —dijo uno de ellos—. ¡Vámonos!

Al momento Johnny contemplaba las luces de la capital de España, a través de la ventanilla del vehículo Zeta que lo trasladaba al complejo de la Policía Nacional en Canillas. Era la una de la madrugada.

Al entrar en el amplio y moderno despacho, no se sorprendió al verla en pie con los brazos en jarras sobre sus caderas, se lo había imaginado durante el trayecto. A su lado se encontraban dos hombres, Johnny hizo una mueca y los saludó con la cabeza.

—La comisario Laura Bernal, el inspector jefe Juan Lafuente y don Matías Bernal, director adjunto operativo, alias el jefazo. La plana mayor al completo —dijo con ironía.

—¡Encima el mamarracho se cachondea! —exclamó Matías, dando un paso hacia adelante y amagando con levantar la mano.

—¡Déjalo, papá! —interrumpió Laura, con voz seca—. ¿Estarás orgulloso de tu proeza, Johnny? Detenido por los de Estupefacientes por posesión de marihuana, en una redada practicada en el tugurio ese al que vas.

—No ponéis tantos reparos cuando me mandáis a los bares frecuentados por los vascos, con el bolsillo repleto de la maría que compro con el dinero que me suministráis vosotros de los fondos reservados —replicó Johnny con insolencia.

—¡No estabas de servicio, majadero! —intervino de nuevo Matías.

—¡Papá, déjame a mí! —insistió la comisario—. Esta es la última vez que te libramos el culo, Johnny...

—Un mierda como tú no va a poner más veces en peligro estos galones, que me he ganado trabajando duro a lo largo de cuarenta años. Y mucho menos voy a tolerar que pongas en peligro la carrera de Laura, que te recuerdo es tu mujer. ¡No sé qué coños vio en un mamarracho como tú!

—¡Basta ya! ¡Esto es cosa mía! —explotó Laura—. Estás de permiso, Johnny, estabas en ese antro porque querías y estabas fumando marihuana porque te daba a ti la gana. Vamos a intentar arreglarlo; ¿había radicales vascos en el local, cuando te detuvieron?

—Sí, pero están limpios. Van a lo suyo, son buenos tíos y tienen buen rollo.

—¿Son abertzales?

—Solo de boca, no militan en ningún partido. Son inofensivos, les gusta cómo toco.

—Lo vamos a amañar para sacarte de esta. Tú saldrás mañana a primera hora, junto con Bruno, sin tener que ir al Juzgado —aseguró Laura.

—He hablado con tu jefe de la Brigada de Información. Hemos convenido que El Brujo es de interés para nosotros, y que Bruno está colaborando con la Policía en una investigación —intervino Matías.

—Y a petición de la Brigada de Información, los de Estupefacientes han disminuido en el informe la cantidad de marihuana y de hachís incautados al dueño, imputando el resto a varios clientes sin determinar, que la arrojaron al suelo ante la presencia de la Policía —intervino el inspector jefe, Juan Lafuente, que había permanecido en silencio hasta entonces.

—Tú te encontrabas allí en una misión confidencial —le anunció Matías.

—Mañana sacas a esos vascos unas fotografías, averiguas su filiación completa, sus domicilios y a qué se dedican —continuó Laura—. Después redactas un informe exhaustivo en el que reflejarás que, según tu criterio, están limpios tal y como dices, y no tienen relación alguna con ETA. Hoy es miércoles, quiero el informe en mi despacho el viernes, ¿ha quedado claro? —preguntó Laura—. Luego hablaremos tranquilamente sobre lo nuestro... ¡Si es que tenemos algo de lo que hablar!

—¡Sí! ¡De vuestro divorcio! ¿Cuándo coños vas a abrir los ojos? —explotó Matías.

—Ese es asunto mío —replicó Laura.

—Tú eres mi hija y, por tanto, ese también es asunto mío. Lleva seis meses sin aparecer por vuestra casa, viviendo en un cuchitril y tirándose a todo lo que lleva faldas...

—Eso no puedes saberlo —replicó Johnny.

—Te sorprendería saber lo que yo sé —sentenció el oficial, con tono desafiante.

—Con los chanchullos en los que has estado metido, posiblemente sorprenderías a toda España.

—¿Qué estás insinuando, mequetrefe? ¡Estos galones no los regalan! —replicó el oficial, tocándose las hombreras del traje.

—No. Os los dan por los logros policiales que lleváis a cabo, sin despeinaros, con la información que os suministramos gente como yo, jugándonos la vida —explotó Johnny, que jamás había soportado al prepotente de su suegro—. Os lo damos todo hecho y, gracias a nosotros, tú vas lleno de condecoraciones y te codeas con los peces gordos... ¡Don Matías! —añadió con sarcasmo.

—¡He dicho que basta! —interrumpió Laura—. Johnny no ha ido por casa porque nos hemos dado un tiempo para estar separados y pensar.

—¡Pues mira a qué dedica el tiempo! A emborracharse y a ponerse hasta las cachas de marihuana.

—Ese es asunto suyo, él sabrá lo que quiere, yo ya le he advertido de cómo están las cosas.

Entonces, Laura endureció su voz y lo señaló con el dedo.

—Di a tu amigo Bruno que cierre la tienda o se la cerramos nosotros... Y te lo advierto Johnny; esta es la última vez que sacamos la cara por ti.

—Y es la última vez que me sacas de la cama a estas horas, cabrón —amenazó su suegro.

Johnny García, hijo del Cuerpo Nacional de Policía y del jazz, se cuadró y se llevó su mano recta a la sien.

—A sus órdenes, señora.

Luego dio media vuelta y abandonó el despacho.

Sandra conducía despacio por la carretera del embalse de La Jarosa, iba tarareando los temas que habían estado ensayando, mientras golpeaba rítmicamente el pie contra el estribo.

La vieja construcción apareció ante su vista.

Nada más llegar, paró el motor y miró su reloj de pulsera, haciendo una exclamación por lo avanzado de la hora. Abrió el portón del antiguo granero y entró en su casa, un gran espacio rectangular que gozaba de una considerable altura, con las inmensas vigas de madera de la techumbre a la vista.

Le había puesto el nombre de “La Trinchera”, que había hecho forjar en hierro con grandes letras, en una herrería del pueblo. Escogió ese nombre en honor al título de un tema de la Metal Blues Band, “Trincheras de acero y sangre”. El letrero adornaba la fachada principal, junto a la puerta de entrada.

Nada más abrir el pesado portón de madera, Fuego se abalanzó sobre sus pies.

—Hola, cariño. Ya estoy aquí —susurró con voz mimosa.

Era una enamorada de los gatos y Fuego, un bonito siamés, ahuyentaba a la soledad de sus días... ¡Y a las ratas!

Junto a la entrada estaba instalada una barra de bar con varios taburetes, que contaba también con un grifo de cerveza y estanterías con licores. Al lado, una batería, micrófonos, amplificadores y pantallas de sonido, descansaban silenciosos sobre un escenario.

Ese era uno de los espacios predilectos de Sandra, pues en verano el grupo lo utilizaba como lugar alternativo para sus ensayos, huyendo del calor.

Frente al escenario, una escalera metálica con barandilla de acero y cristal daba acceso a la zona superior. Esa parte del granero había sido doblada, y allí se ubicaba el luminoso dormitorio-estudio de Sandra, abierto al gran espacio principal. La fusión entre la piedra y el acero, la madera y el cristal, unida a la iluminación indirecta, aportaba una imagen de modernidad y una sensación cálida y acogedora.

Bajo el estudio se encontraban el baño, la cocina y un trastero.

Sandra decidió acostarse nada más llegar. Al día siguiente, a media mañana, se echarían a la carretera hacia Santiago de Compostela. Por tanto, solamente tendría unas horas para hacer su maleta.

Pero los compases de “Tocando fondo”, aún frescos en su memoria, comenzaron a sonar en su cabeza. Cambió de planes, se dirigió a la barra y se sirvió una cerveza. Al momento estaba en el escenario insertando una bobina en el magnetófono profesional Revox, una reliquia de los años ochenta. Era una incondicional de esa tecnología, ya obsoleta.

Recordaba el día en que la Metal Blues Band grabó ese tema, en la bobina que sujetaba entre sus manos, con Charly tocando el Sadowsky cuyo mástil ahora tenía ella aferrado.

—¡Dios!, cómo pasa el tiempo, parece que fue ayer —musitó con la mirada perdida.

Pero habían pasado diez largos años desde su prematura e ignominiosa muerte.

Diez largos años desde que ella, con el corazón roto, cogiera por primera vez el Sadowsky para sustituir a Charly en la Metal Blues Band.

Y diez largos años, desde que esa bobina de magnetófono dejara de ser sueño, en un estudio de grabación.

Sandra abandonó sus recuerdos, manipuló unos conmutadores en la mesa de mezclas, y el potente amplificador Marshall sacudió las membranas de las pantallas.

—¡Dale caña, McBrain!

Sandra María Concepción, la que podía haber sido una de las mejores economistas de España, con un cuerpo de escándalo que hacía que a su paso los hombres giraran la cabeza, bajista de la Metal Blues Band, e hija del marxismo y de la música; estaba tocando blues.

Laura se quedó sola en su despacho, no tenía ganas de irse a casa. Lo que si tenía era un revoltijo de sentimientos. Todo ello, gracias al hombre que unos minutos antes se había cuadrado frente a ella, haciéndole en broma el saludo militar.

Y que ahora estaba entre sus manos, con su uniforme azul marino, retratado en la fotografía que acababa de coger de su mesa de trabajo.

Laura aún estaba enamorada de Johnny.

Recordaba perfectamente la noche en que lo conoció, veinte años atrás, en un bar frecuentado por universitarios. Estaba tocando jazz con su saxofón, con su pelo largo y aire de intelectual.

La salida del sol la sorprendió abrazada a él en la cama de una habitación alquilada, único hogar del músico que se ganaba la vida tocando en bares y pubs.

Había cometido el error de pretender cambiarlo y, una y otra vez, se había armado de paciencia en la consecución de ese objetivo. Hay que darle tiempo al tiempo, se había dicho un sinnúmero de veces después de cada discusión.

Pero el tiempo no quiso aliarse con ella, y un día se dio cuenta de que los hombres no cambian. Son como son, y se cogen o se dejan.

Laura Bernal era la comisario más joven de España.

Con su flamante licenciatura en Derecho, había accedido a ese cargo a la edad de veinticinco años. Luego, tras su paso por las comisarías de Zamora y Palencia, había asumido la jefatura del Grupo Central de Atracos, en el complejo policial de Canillas en Madrid. Todo ello gracias a su currículum universitario, veinticinco sobresalientes de las veinticinco asignaturas con las que contaba la carrera, y a la poderosa mano de su padre, director adjunto operativo de la Policía Nacional, un cargo político de confianza asignado por el director general de la Policía.

También habían ayudado su tenacidad y su capacidad de trabajo.

Había logrado convencer a Johnny para que se presentara a las oposiciones al cuerpo, que aprobó gracias a las influencias de su futuro suegro. Y de ahí a la Academia de la Policía Nacional en Ávila.

Luego tuvo que convencerlo para que se casara con ella.

Nunca más pudo convencerlo de más cosas.

Johnny descubrió que había un destino en la Policía Nacional que le permitía continuar haciendo lo que más le gustaba hacer en este mundo, tocar el saxofón, beber bourbon con cerveza, y fumar marihuana.

A los pocos días de la jura, entraba con su saxo en una tasca frecuentada por universitarios, algunos de ellos provenientes del mundo radical vasco. Fue su primer servicio como agente de la Brigada de Información, nunca más volvió a ponerse su uniforme.

Laura depositó de nuevo la fotografía sobre la mesa, mientras un suspiro, mezcla de cansancio y de impotencia, salía de sus labios.

—Esto se acaba... Johnny —musitó.

A esa hora, la jefa del Grupo Central de Atracos no podía conocer la sorpresa que el destino le tenía reservada.

Se puso en pie, cogió su guerrera que colgaba del respaldo del sillón, verificó que todo estaba en orden y se encaminó hacia la puerta del despacho.

—¿De qué estarán hechos los putos músicos?

Día segundo

Jueves

A media tarde, la Metal Blues Band llegaba a Santiago de Compostela.

La Volkswagen Transporter estaba estacionada frente a un bar, próximo a la Plaza del Obradoiro, con sus portones abiertos.

Jaime, Oso y el Niño sudaban a poro abierto, pero todos los instrumentos y equipos estaban dispuestos ya sobre el escenario, a punto para efectuar las pruebas de sonido. Acababan de finalizar el penoso trabajo del montaje.

La Princesa del blues estaba en la barra, trasegando cervezas, como siempre. Sandra aún continuaba en la gratificante tarea de no hacer nada.

—Princesa, ¿habrás dejado alguna birra para los pipas? —se interesó Jaime, que además era el jefe.

—Tranquilo, Fatman, que si hace falta se van a buscar —replicó ella, llamándolo por su apodo.

La Policía Municipal de Santiago irrumpió en el local.

—¿Esa furgoneta Volkswagen es suya? —preguntó el agente que llevaba la voz cantante.

—Tenemos permiso de acceso a la zona peatonal para carga y descarga —replicó Oso, sacando un papel del bolso del chándal que siempre utilizaba para el trabajo.

—¿Qué es eso que fumas? —preguntó el otro agente al Niño, haciendo ademán de acercarse, mientras su compañero observaba el permiso municipal.

—El local está todavía cerrado al público, se puede fumar —se defendió el guitarrista.

—¿Es marihuana?

—Es mío —dijo Sandra, quitándole al Niño el porro y colocándoselo en sus sensuales labios—. ¿Os gusta el rock? —añadió, tuteándolos al ver que eran de su edad, mientras le daba una calada al cigarro con toda naturalidad.

—Y el blues también, a mí me gusta Gary Moore —replicó el agente, olvidándose del asunto, al ver la sugerente mirada que le estaba echando Sandra.

—Entonces os gustará la Metal Blues Band —sugirió ella—. Jaime, nuestro letrista y compositor, es un incondicional de Gary Moore. Pasaos a tomar una copa, os invito.

—Esta noche estamos de servicio —replicó el compañero, devolviendo el papel al batería—. Se agradece la invitación y que todo salga bien —deseó, admirando las curvas de la bajista, al tiempo que ambos abandonaban el local.

—Luego os quejáis de que no hago nada. La Princesa del blues acaba de librar al Niño de una multa —rió Sandra, devolviéndole el porro de marihuana.

—Tú sí que sabes, Princesa —le espetó Jaime, con una de sus expresiones favoritas.

Al momento, la Metal Blues Band comenzaba a hacer las pruebas de sonido, apenas quedaban unas horas para el inicio del concierto. Otra noche más por estrenar, otro público por conocer y otros aplausos por cosechar. Así había sido su vida... Y así querían que siguiera siendo.

Ese jueves, sobre Madrid, estaba cayendo el diluvio universal.

Eso a Johnny le traía sin cuidado, puesto que el único trayecto que había efectuado era el que iba desde su desván al sótano del edificio. Estaba en El Brujo con su inseparable Selmer Bundy entre sus brazos.

Los aplausos y vítores de la concurrencia pusieron fin a su actuación. Aplausos y vítores a los que el músico correspondió, como cada noche, con una invitación general. Tal dispendio de licor, que Bruno estaba ya comenzando a servir, corría por cuenta de la casa.

—A ver, los vascos que suban al escenario —pidió Johnny—. ¡Quiero sacarme una foto con los vascos! —repitió, mientras varios clientes comenzaban a situarse entusiasmados a su lado—. ¡Y que me traigan una txapela!

Bruno salió de detrás de la barra y se situó frente a ellos, cámara de fotografiar en mano.

—Vamos a hacerle una peineta al fotógrafo —pidió Johnny, mientras alargaba el brazo derecho con el puño cerrado y estiraba el dedo corazón, que quedó apuntando al cielo, tieso como una vela.

En seguida todos le imitaban, al tiempo que los destellos del flash iluminaban El Brujo con su luz cegadora.

—Bruno, voy a hacer una ampliación, ¡de un metro!, de la fotografía y voy a enmarcarla, tienes que colgarla en una pared. Vosotros id apuntándome los nombres, para rotularlos en la foto, porque con esa jeringonza que habláis yo no me aclaro —pidió Johnny a los retratados.

El dueño del local puso sobre la barra un papel y un bolígrafo, que tenía preparados al efecto, y al momento los clientes se estaban quitando el bolígrafo unos a otros.

Cinco minutos después, todos levantaban el vaso de licor para brindar.

—Por Johnny, el mejor saxofonista del mundo —gritaron los vascos a coro.

—Por vosotros, la mejor vasca del mundo —brindó el músico, jugando con las palabras, vaciando de un trago el vaso de bourbon—. ¡Misión cumplida, Laura! —añadió, escondiendo su voz entre el murmullo general.

Johnny volvió a subir al escenario, sacó su bolsa de marihuana y comenzó a liarse con parsimonia un cigarro, mientras un rugido saludaba la iniciativa del saxofonista. Se llevó la boquilla del Selmer Bundy a los labios y comenzó a tocar de nuevo.

El Cenador de Salvador, situado en el pequeño pueblo de Moralarzal, en el noroeste de la provincia de Madrid, estaba lleno hasta la bandera. El afamado restaurante había colgado ya el cartel de “completo”.

El Cenador, una casona clásica con jardines, no solamente tenía atractivo por su exquisita cocina, también contribuían a ello su arquitectura y el entorno. Estaba situado en la carretera de acceso al pueblo y, por tanto, no tenía problemas de aparcamiento. Aunque lo que más valoraban muchos de sus clientes, era la intimidad.

El restaurante había respetado la estructura de la antigua mansión y se distribuía en comedores de distintas capacidades. En el hall, un piano, cuyo sonido subía por el hueco de la escalera y se repartía por todas las dependencias, animaba el ambiente.

El Cenador de Salvador solamente tenía un defecto; el precio.

Dos hombres trajeados compartían mesa en un discreto rincón de uno de los salones.

—Dicen que aquí, entre estas paredes, se fraguaron los GAL —comentó Aurelio a su interlocutor, mientras llevaba a sus labios una copa con un exquisito caldo de la Ribera del Duero.

—¿Sólo los GAL? Si estas paredes hablaran... —replicó riendo Matías.

—A buen seguro que tú sabes bastante más que estas paredes —añadió Aurelio, con tono de complicidad—. ¿Qué tal está tu hija Laura?

—Mal. El imbécil de su marido la trae por la calle de la amargura —contestó el director adjunto operativo, con un deje de aspereza en su voz.

—He oído decir que es un buen policía, en lo suyo, claro...

—Y puede saberse, ¿qué es lo suyo? —interrumpió Matías irónico.

—El trabajo que desempeña es duro, se juega la vida. La Brigada de Información no es para cualquiera.

—Johnny hace ese trabajo porque no sirve para otra cosa. Es bueno porque es un delincuente, exactamente igual que aquellos a los que sigue. Lo saqué de la calle y lo hice policía para que pudiera llevar un sueldo digno a casa. No sé qué vio en él mi hija.

—Las mujeres son así, tenías que saberlo —replicó Aurelio.

—Ayer preparó otra de las tuyas, lo detuvieron los de la Brigada de Estupefacientes en una redada practicada en un antro de un amigo suyo.

—Pero, ese es su trabajo... —apuntó Aurelio extrañado.

—Está de vacaciones, el mamarracho. Laura tuvo que sacarse de la manga una misión, jugándose el puesto, para librarle el culo.

—¿Para qué me has invitado a cenar? —preguntó Aurelio intrigado.

—Para decirte que me jubilo —anunció Matías.

—Esa no es una buena noticia.

—Para mí es la mejor, ya tengo suficiente dinero para lo que me queda de vida, lo que no tengo es tiempo para gastarlo. Y para ti no tiene por qué ser mala... Si tú quieres —dejó caer Matías con voz misteriosa.

—¿Puedo saber qué estás tramando? Porque si me has llamado para decirme eso, es que tienes una alternativa estudiada.

—Nadie mete los hocicos en los asuntos del marido de una comisario del Grupo Central de Atracos —le espetó a bocajarro.

Su interlocutor se atragantó con el vino que estaba bebiendo.

—¡Joder, Matías! ¿Estás insinuando que le tire los tejos a tu hija Laura?

—Escúchame atentamente, Aurelio. Vamos a llamar al pan, pan, y al vino, vino. Tu mujer es una puta y tú lo sabes...

—Joder, ¡hay otras formas de decirlo!

—Esa es la verdad y entre nosotros no vamos a andarnos por las ramas.

—También tiene otras cualidades...

—Sí. Las fiestas en tu mansión las organiza como nadie, eso es innegable. Otra cualidad que tiene, y tú lo sabes, es la de darle aire a tu talonario de cheques en las mejores boutiques europeas, con indiscutible arte y maestría.

—Lo que me sobra es dinero...

—Y lo que te falta es amor. ¿Cuántas borracheras te he aguantado, a causa de tus sospechas sobre las infidelidades de tu mujer? ¿Cuántas veces he tenido que escuchar tus lamentaciones? ¿Cuántas veces me has comunicado tus intenciones de divorciarte?

—Sí, pero nunca he encontrado el día bueno. Además, con el divorcio mi mujer se llevaría la mitad de mi fortuna —razonó Aurelio.

—No tiene por qué, solo necesitas un buen abogado y un detective privado que documente sus aventuras y sus deslealtades, sé lo que digo.

—Esto no es; aquí te pillo y aquí te mato —se defendió Aurelio.

—No, esto es; aquí te pillo en la cama con otro y aquí está mi abogado. Y hoy es un buen día, el mejor día. Tienes ya cincuenta y cinco años, esa es una buena edad para comenzar un nuevo matrimonio que te ilusione y te dé los hijos que no tienes, la estabilidad que te falta, y el hogar que añoras. ¿A quién le vas a dejar tu fortuna cuando te mueras? ¿Para qué te juegas la cárcel con tus operaciones encubiertas? ¿Para dejárselo todo a los golfos de tus sobrinos, o al putón verbenero con el que te casaste?

Aurelio no contestó, realmente no tenía nada que contestar.

—A mí me quitas a ese imbécil de Johnny de mi vida... ¡Y de la de Laura!, y tú te llevas a la mujer más honesta, valiente, y trabajadora del mundo...

—Eso no hay quien lo discuta —interrumpió Aurelio, que comenzaba a excitarse con la idea.

—Y de propina, tus asuntos sucios quedan protegidos por tu matrimonio. Además, Laura siempre te gustó, a mí no puedes engañarme.

—Jamás he tenido hacia ella la más mínima falta de respeto...

—Yo nunca he dicho tal cosa, todo lo contrario, siempre has sido como un padre para ella. Sin embargo tus ojos me decían que lo que querías, era ser su amante.

—¿Es delito?

—Como hombre, te digo que eso es algo humano. Como socio tuyo, un buen negocio para todos. Como amigo, te envidio. Y como padre de una hija casada con un mamarracho... ¡Un honor!

—¿Y crees que Laura iba a aceptar el trato que tengo contigo? —preguntó Aurelio, sintiendo que se le aceleraba el pulso por lo que acababa de escuchar.

—Si Laura se entera del trato que tenemos, y de la fortuna que he amasado con nuestra sociedad... ¡Nos lleva esposados a los dos, al Juzgado de guardia!

—Entonces, ¿cómo va a proteger mis asuntos? —preguntó Aurelio expectante.

—Tú eres el anticuario más prestigioso y más conocido de Madrid, y uno de los más fuertes de España en cuanto a volumen de negocio. Las operaciones delicadas, con obras de arte y joyas de colección, son esporádicas, recuerda que hemos tenido largos periodos de tiempo sin que se presentara ninguna, y por tanto sin que yo tuviera que intervenir.

—De acuerdo, pero tarde o temprano se acabará presentando alguna —interrumpió Aurelio.

—El hecho de que me jubile, no quiere decir que no siga teniendo influencias policiales y políticas. Tú y Laura os casáis y os vais de luna de miel, que ella comience a probar los más refinados placeres de la vida, se ha pasado la suya entre papeles y no los conoce. Luego comprenderá que esa vida es cara de mantener y, poco a poco, la vamos encarrilando en el negocio. Pero eso solo puede hacerse gozando yo de salud, algo que ninguno tenemos garantizado. El tiempo es oro, Aurelio, ya te darás cuenta cuando llegues a mi edad.

—Hasta ahí de acuerdo, pero eso no responde a la pregunta que te he formulado. ¿Qué sucede si entre tanto se presenta alguna operación... delicada?

—Es que todavía no he acabado. Mientras Laura madura y comprende estas cosas, yo estaré protegiéndote con mis influencias, como siempre. Pero esta vez... ¡Gratis! Por la felicidad de mi hija renuncio a mi comisión, yo ya tengo bastante.

—Veo que lo tienes todo estudiado. Pero creo que se te ha olvidado una cosa, Matías.

—¿Qué?

—Ella es muy suspicaz, según me has dicho...

—Tiene cualidades innatas, algunas veces he llegado a pensar que tiene poderes de bruja —rió Matías, ante las buenas perspectivas que tomaba el asunto.

—Peor me lo pones. Ella sabe que tú y yo somos íntimos, tú no tragas a su marido y le has pedido reiteradamente que se divorcie. En estas circunstancias llego yo a pedirle una cita. ¿Cómo proponérselo sin que sospeche que tú estás detrás?

El policía esbozó una sonrisa y llenó las copas de vino.

—Para eso estamos aquí, para trazar algún plan.

El melodioso sonido del piano animaba el ambiente del restaurante más emblemático del noroeste de Madrid. La cena transcurría con los dos comensales cada vez más excitados por los efectos del vino... y de su conversación.

—¿Qué plan? —preguntó Aurelio, irguiéndose sobre el respaldo de la silla.

—Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza. La mayor obsesión de Laura, después del cretino de su marido, es una mujer...

—¿Una mujer? —interrumpió Aurelio estupefacto.

—Sí —rió el policía, ante la cara de susto de su interlocutor—. Pero tranquilo, los tiros no van por donde tú piensas, mi hija no es tortillera. La mujer en cuestión es conocida como la Motorista...

—¿La atracadora de joyerías? ¿La delincuente más buscada de España? —preguntó Aurelio asombrado.

—La misma.

—En la calle la están convirtiendo en heroína.

—Y a mi hija la están convirtiendo en mártir, llevan diez años detrás de ella y no la cogen. La Policía está quedando fatal y Laura está muy presionada por sus superiores. El asunto es de su exclusiva competencia.

—¿Y qué tengo yo que ver con la Motorista? —insistió Aurelio, que aún no sabía adónde quería ir a parar.

—Tú, espero que nada —rió Matías, que se lo empezaba a pasar bien—. Pero podemos aprovechar esa obsesión de Laura en nuestro propio beneficio.

—¿Cómo? —preguntó Aurelio expectante, aguzando el entendimiento.

—He estado sacando conclusiones y he llegado al convencimiento de que la Motorista es una profesional experta.

—Creo sinceramente, Matías, y no te parezca mal, que a esa conclusión ha llegado toda España, incluida Laura. No puedo ir a tu hija con ese cuento porque me despacha de una patada en el culo —exclamó Aurelio, desilusionado por las expectativas que le había generado el policía—. Te estás haciendo viejo.

—Perpetra un solo atraco al año —continuó Matías, haciendo caso omiso de los comentarios de su interlocutor—, por tanto conoce perfectamente los riesgos que conlleva la asiduidad en ese tipo de operaciones. Es rápida, solamente se lleva los artículos del escaparate y de las vitrinas, despreciando las joyas más valiosas guardadas en la caja fuerte y en la trastienda.

—¿Por qué? —inquirió Aurelio, que comenzaba a interesarse ante la seguridad con la que hablaba su amigo y protector.

—En aras de la celeridad, es decir que conoce al dedillo los protocolos policiales. Es segura, no comete errores, y actúa sola. No tiene cómplices, lo que indica que es desconfiada, por eso no la pillamos. Si unimos todos esos datos, obtenemos su retrato robot.

—¿Cuál es ese retrato robot? —preguntó Aurelio, recobrando la expectación perdida.

—Dibújalo tú. ¿No dices que a esa conclusión ha llegado toda España y que yo me estoy haciendo viejo?

—Perdón por mi comentario, te pedí que no te pareciera mal.

—Y no me parece mal, amigo mío. ¡Países del Este!

—¿Países del Este?

—Ex agente de campo de algún servicio de inteligencia, o cuerpos especiales, de alguna república ex soviética. Posiblemente antiguo KGB ruso.

—¿Cómo puedes haber llegado a esa conclusión?

—Porque los galones no los regalan, hay que ganárselos. El mundo soviético tendría muchos defectos, pero también tenía grandes virtudes.

—¿Cuáles?

—Estaban mucho más adelantados que nosotros en lo que se refiere al papel de la mujer en la sociedad, incluidos sus servicios de inteligencia y cuerpos operativos. Y las preparaban a conciencia. Esa tía no es española, Aurelio, te lo dice este cura. ¡Esa tía es rusa!

—¿Y qué hace aquí?

—¿Cómo que qué hace aquí? ¿Pero en qué mundo vives? Aquí... ¡Están todos! La Unión Soviética se hundió, y con ella sus países satélites. Todos esos servicios se reestructuraron para adaptarlos al nuevo escenario político y económico, bajo una crisis acuciante. Hubo una auténtica desbandada de profesionales hacia el Sur de Europa, en España se asentaron en la Costa del Sol, principalmente. Tú, mejor que nadie, tenías que saberlo. Creo sinceramente, y no me lo tomes a mal, que el que se está haciendo viejo eres tú.

—Perdona, estaba despistado y no he relacionado las cosas —exclamó Aurelio con una sonrisa.

El anticuario había llevado a cabo varias operaciones importantes con esas mafias, protegido por las influencias de su contertulio, que acababa de devolverle el golpe bajo. Marbella y otras poblaciones costeras estaban infestadas.

—Tenemos allí buenos contactos —añadió Aurelio.

—¡Exacto! Buenos contactos allí, es precisamente lo que necesitamos.

—¿Para hacer qué?

—Paciencia, cada cosa a su tiempo. Casi todos los ex agentes trabajan para las mafias, pero parece ser que la Motorista se ha buscado una vida tranquila e independiente.

—¿Por qué sabes que no es una contratista?

—La clave de todo está en el montante de sus atracos; vacía las vitrinas de cadenas de oro y pequeñas joyas de escaso valor individual. Pero, al arramplar con todo, su valor de conjunto supera siempre los doscientos mil euros.

—Una cantidad insignificante para mafias organizadas, que por tanto quedan descartadas —interrumpió el anticuario, que comenzaba a comprender.

—Pero una cantidad muy atractiva para una mujer sola. Con un único día de trabajo, disfruta todo el año de nuestro sol y de nuestras playas. Es decir, que ella no es ninguna contratista.

—Parece que lo que dices tiene sentido—afirmó Aurelio, asintiendo con la cabeza, pues le estaba convenciendo lo que oía.

—Los galones no los regalan —replicó Matías, orgulloso por las reacciones que provocaba en el anticuario—. El antiguo KGB desapareció en 1991 y, tras varias reestructuraciones, se creó el FSB en 1995. La Motorista habría sufrido la purga y habría llegado a España al final de la década de los noventa. Tras establecerse en la Costa del Sol, habría pasado algún tiempo trabajando para las mafias, adaptándose a nuestro país y aprendiendo nuestro idioma. Y hace diez años, hacia el año dos mil dos, habría comenzado a trabajar por su cuenta.

—¿Atracando joyerías?

—¡Exacto! La secuencia de acontecimientos encaja como un guante. Por su preparación, seguridad, habilidad, conocimientos, compleción física, y ubicación en el

escenario geo-político internacional; la Motorista es una ex agente del KGB soviético, afincada en la Costa del Sol —alardeó Matías satisfecho.

—¿Y por qué no le has contado todo eso a tu hija Laura?

—Porque la juventud es orgullosa. No escuchan la voz de la experiencia, piensan que nosotros ya estamos desfasados.

—Y exactamente, ¿en qué consiste tu plan? —insistió Aurelio.

—La Motorista te llevará en su moto hasta la cama de Laura.

—¿Y cómo demonios me va a llevar a la cama de Laura? —preguntó Aurelio expectante—. Sinceramente creo que no soy su tipo.

El anticuario estaba gordo, su cara era rechoncha y comenzaba a colgarle papada. El peine hacía mucho tiempo que para él, era innecesario.

—Con los buenos contactos que tienes en las mafias de los países del Este, que operan en la Costa del Sol. Ahora que sabemos a quién buscar y dónde buscar, todo será coser y cantar.

—¿Y no crees que eso es matar moscas a cañonazos? Organizar todo eso para ligarme a una mujer...

—¡Conozco a mi hija!, sigue enamorada de ese patán. Y tú y tu dinero, a día de hoy, le tenéis sin cuidado. Pero como todo ser humano, tiene un punto débil... ¡Su trabajo! Y por tanto, como todo ser humano, también tiene un precio... ¡La Motorista! Hazme caso, sé lo que me traigo entre manos, los galones no los regalan.

—Bien, te escucho.

—Llamarás a tus contactos, ellos saben perfectamente a qué te dedicas. Les dirás que necesitas a una mujer que se corresponda con el retrato robot que te he dibujado. Encéjalos con una comisión suculenta, piensa en lo que te vas a ahorrar con la renuncia a mis honorarios y con Laura protegiendo el negocio en un futuro. Mi hija tiene por delante una carrera brillante, si no se la estropea el majadero con el que se casó. Algo que pienso evitar, aunque tenga que pegarle cuatro tiros.

—Que tu hija llegará lejos, no puede discutirlo nadie.

—Recuerda; independiente, segura, preparada y que trabaje sola. Pide varias candidatas, ex agentes del Este, para un trabajo muy especial y bien remunerado. Entre esas candidatas, estará la Motorista. ¡Me juego los galones!

—Y si entre esas candidatas no está la Motorista, ¿qué hacemos? Según la pintas parece una mujer astuta, es posible que no caiga en la trampa —razonó Aurelio, meneando la cabeza, pues no lo veía tan claro.

—Entonces le fabricaremos a Laura una Motorista por encargo, para que ella la detenga. Están comenzando a cuestionar su capacidad para llevar este asunto. Ya sabes cómo son los mandos, quieren resultados para salvar sus culos de la presiones de los políticos. Esto es una cadena y el caso de la Motorista puede ser un escollo en la carrera de mi hija, algo que desde luego no voy a permitir.

—Eso que dices, tiene un fallo de planificación.

—¿Cuál?

—Que si fabricamos una Motorista de encargo, cualquier día la auténtica volverá a actuar y entonces tu ardid quedará al descubierto.

—En primer lugar, es posible que esa detención disuada a la auténtica de continuar, pues quedará libre de sospecha y con su pasado delictivo lavado. Y en segundo lugar, en el supuesto de que ocurra eso que dices, siempre se podrá argumentar que ha surgido otra Motorista. Como bien has dicho, la calle la está convirtiendo en heroína y, tarde o temprano, acabará saliendo una imitadora.

—¿Y cómo contacto con Laura?

—Yo me encargaré de eso cuando llegue el momento. Le irás suministrando información con cuentagotas y ella tratará de contrastarla con la Policía de las ciudades de la Costa del Sol. Laura pensará que está en el buen camino, que de hecho puede que lo esté, según el análisis que acabo de exponer. Entonces tendréis que veros con mayor frecuencia y estrechar vuestra relación. Después de cenar por tercera vez con ella, acabará la velada en tu cama. Te lo dice su padre.

—De acuerdo, confío en tu instinto. Siempre me has sacado airoso de todas las situaciones comprometidas por las que he pasado. Mañana comienzo a hacer las primeras gestiones. ¿Cómo nos citamos para este asunto?

—Muy sencillo, te toca devolverme la invitación. Cuando tengas algo sólido, reservas mesa y me llamas.

Matías levantó satisfecho su copa al aire de Morzarzal.

—¡Por mi nuevo yerno!

Aurelio le acompañó con la suya, mientras un hormigueo excitante subía por sus pantorrillas. La hija de su socio y amigo había despertado, desde que era una universitaria, sus más inconfesables pasiones.

—No corras tanto... ¡Suegro! Tenemos mucho camino por delante —bromeó riendo.

—Estás ya con un pie en la familia, Aurelio, te lo digo yo. ¡Los galones no los regalan!

Bruno tenía preparada una larga hilera de vasos sobre la barra, para hacer frente a la avalancha. Trabajo que hacía encantado puesto que, aunque era una invitación, el cajón del dinero estaba ya lleno a rebosar.

Mientras tanto, Johnny arrancaba al Selmer Bundy las últimas notas de esa noche y, para variar, tenía previsto retirarse pronto a descansar. Al día siguiente debía levantarse temprano para preparar el informe solicitado por Laura.

A esa misma hora, la Metal Blues Band finalizaba su concierto en Santiago de Compostela, entre los aplausos de la multitud que abarrotaba el local. A partir de ese momento, a los sudorosos músicos les aguardaba la ardua y penosa tarea de desmontar los equipos y cargarlos en la furgoneta. La Princesa del blues contemplaría impasible la operación desde la barra, con su vaso de bourbon de la mano, como siempre.

Y a esa misma hora, Matías, el flamante director adjunto operativo del Cuerpo Nacional de Policía, y Aurelio, su nuevo yerno, lucían una borrachera espléndida en la barra de un club de lujo de la carretera de La Coruña, en las afueras de Madrid.

Habían finalizado su cena en Morzarzal y, de regreso a la capital de España, habían decidido rematar la noche con buenas copas de brandy y mujeres.

En esos momentos estaban ya sentados a la barra. A su edad los lances amorosos eran cada vez más inofensivos y... ¡Más breves!

—Estoy pensando, Matías, que tenemos que ponerle un nombre a la operación. Vosotros, en la Policía, siempre lo hacéis —sugirió el anticuario con la voz pastosa.

—Tienes toda la razón, Aurelio, no sé cómo no se me habrá ocurrido a mí —replicó el aludido, con las mismas dificultades de oratoria.

—Porque te estás haciendo mayor. A esa rusa no le has durado ni medio asalto.

—¡Operación “Gato de fuego”! —exclamó Matías de repente, haciendo caso omiso de los comentarios de su interlocutor.

—¿Y por qué “Gato de fuego”? —preguntó curioso Aurelio.

—Porque esa es la traducción al castellano de “Firecat”, el sobrenombre de la pistola que utiliza siempre la Motorista. Es un nombre en clave perfecto.

—¡Por la operación “Gato de fuego”! —exclamó Aurelio, levantando su copa de brandy gran reserva.

—Mi mayor éxito policial antes de mi retiro —replicó Matías con una carcajada, levantando también su copa.

—¿Por qué no nos echamos un buen póker en el Casino de Torrelodones? —preguntó Aurelio de repente.

—¡Con uno que lo diga, basta! Esta es nuestra noche, Aurelio, lo presiento.

Al momento, los cerebros de la operación “Gato de fuego” viajaban arrellanados en el asiento trasero del potente y lujoso Mercedes del anticuario, conducido por su chófer.

Día tercero

Viernes

Johnny estaba sentado en un sillón, frente a la mesa, en el despacho de la jefa del Grupo Central de Atracos, en el complejo policial de Canillas.

—Lo que más he valorado siempre en ti, Johnny, ha sido tu sentido de la discreción —opinó Laura, al contemplar la fotografía en el informe que sujetaba entre sus manos.

El saxofonista esbozó una sonrisa al verse a sí mismo, junto a los retratados, luciendo la llamativa boina roja típica del País Vasco, y haciendo una “peineta” con el dedo al objetivo de la cámara.

—La txapela te queda bien, siempre tuviste estilo —añadió su mujer.

Ese viernes, nada más levantarse, Johnny había introducido en el ordenador los nombres que escribieran los clientes de El Brujo en un papel. Contrastó las identidades en diversas bases oficiales de datos, investigó los antecedentes policiales y penales, y dio la orden de imprimir. Después metió todos los folios que escupía la impresora, sin tan siquiera leerlos, en una carpetilla junto con la fotografía que tomó Bruno.

Por último se puso a elaborar un informe, que resolvió en diez líneas, por el cual, y según su criterio, los citados no tenían relación alguna con la organización terrorista ETA, ni con sus asociaciones afines.

A las diez de la mañana de ese viernes, Johnny entraba en las dependencias del Grupo Central de Atracos y arrojaba, con todo desparpajo, la carpetilla sobre la mesa de su mujer.

Ese informe era el que, en esos momentos, acababa de leer Laura.

—Esto sólo es para cubrirme las espaldas, en caso de que alguien pregunte sobre tu puesta en libertad. Ahora mismo lo bajo al archivo, no creo que el informe vuelva a salir de allí en la vida. Espero, Johnny, que esta sea la última vez que la cagas. Y respecto de lo nuestro...

Unos precipitados golpes en la puerta interrumpieron a Laura. Acto seguido el inspector jefe, Lafuente, entraba atropelladamente en el despacho.

—¡Laura, la Motorista acaba de atracar una joyería! —exclamó el recién llegado.

—¿Cómo has dicho? —preguntó estupefacta la comisario, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—La joyería “La Pequeña Suiza”, en pleno centro de Santiago de Compostela. Ha sucedido a primera hora de la mañana, justo en el momento en que uno de los empleados abría al público la puerta del establecimiento.

—¿Las cámaras de vigilancia?

—Digitales, conectadas al ordenador de la tienda, lo grabaron todo. La Policía de Santiago tiene ya en sus dependencias las imágenes, las están estudiando y nos las enviarán vía telemática de un momento a otro.

—En cuanto estén aquí, quiero verlas.

—Cuenta con ello, pero te anticipo que es ella. Entró sola, como siempre, ataviada con el mono enterizo de cuero, casco integral con visera ahumada, botas y guantes. Sacó la pistola...

—¿La “Firecat”? —interrumpió Laura.

—Sí, es lo que se desprende del testimonio de los de Santiago. Su célebre Astra 202, por lo visto se aprecia con toda claridad en las grabaciones.

—“Gato de fuego” —musitó Laura, masticando hechizada esas palabras—. ¿Encañonó a algún empleado?

—Al que acababa de abrir la puerta, actuó con toda rapidez y limpieza. Llevaba la mochila de la mano y exigió que depositaran todas las joyas y cadenas de oro expuestas en las vitrinas de la tienda.

—¿Y las de la caja fuerte?

—Nada, como de costumbre. Es lista, sabe que la rapidez es esencial en este tipo de golpes y no es ambiciosa —aseguró Lafuente.

—Luego, salió reculando mientras encañonaba a los empleados, se montó en la moto y se largó, ¿no es eso? —vaticinó Laura.

—Como siempre.

—¿Tenemos la matrícula de la moto?

—No, los testigos presenciales no se fijaron, pero sí reconocieron el modelo, una Honda CBR 600 de color negro. Suponemos que la habría robado horas antes, como tiene por costumbre, y estamos a la espera de que denuncien la desaparición de alguna.

—Habitualmente la abandona en las cercanías de las estaciones de tren...

—Ya la están buscando, hemos de esperar.

—Quiero que recopiléis todos los datos, decid a los de Santiago que es cosa nuestra —ordenó Laura.

—Ya lo saben.

—También quiero una reunión de estrategia en cuanto esté aquí todo el material, encárgate tú.

—De acuerdo, ¿alguna cosa más? —preguntó Lafuente, cuando ya salía presuroso por la puerta del despacho.

—Nada, avísame en cuanto esté preparada la reunión. ¡Que no falte nadie! Este asunto tiene prioridad, que dejen lo que tengan entre manos y se dediquen a esto. El ministro del Interior estará ya echando pestes y, antes de comer, el director general me estará llamando. Jamás, en toda la historia de la democracia, un delincuente se había burlado de esta manera de la Policía.

—El Lute, sí —interrumpió Johnny.

—He dicho; historia de la democracia. El Lute era de la época de Franco, tenías que fumar menos marihuana y leer algún libro de vez en cuando —amonestó su mujer.

Laura se desesperaba. Este era el décimo atraco que llevaba a cabo, uno por año.

—Diez años tras ella y ni la cogemos, ni tenemos la más remota idea de quién pueda ser.

—Ni la cogeréis nunca, esa tía es más lista que vosotros —aseguró Johnny con fascinación.

—¿Desde cuándo admiras a los delincuentes? —preguntó Laura, con mal tono de voz—. Bueno, qué estupidez acabo de decir, de tanto infiltrarte, te has vuelto igual que ellos —exclamó con resignación.

—No la cogeréis nunca. No necesito leer ningún libro para saberlo, el mejor libro del mundo es la calle... ¡Y yo llevo veinte años pateándola y jugándome la vida! La Motorista es buena, buena de verdad. Te lo dice Johnny.

—Adiós, Johnny, recuerda; es la última vez que te libro el culo. Y dile a tu amigo Bruno que es la última vez que también libro el suyo.

—De tu parte —replicó el aludido, mientras se dirigía a la puerta del despacho.

—Te has equivocado de profesión, tenías que haber sido fotógrafo —opinó Laura, al contemplar por última vez la fotografía tomada en El Brujo. De sobra sabía que ese gesto iba dedicado a ella y a su padre.

—Nunca es tarde...

La comisario estampó un sello en la portada de la carpetilla, que contenía el informe, y la depositó en una de las bandejas que descansaban sobre su mesa. Esa misma tarde saldría para el archivo.

—¡Johnny! —exclamó Laura, cuando él ya tenía la manilla de la puerta agarrada.

El músico giró intrigado la cabeza.

Luego, esbozó una sonrisa.

Laura estaba sentada en su sillón con el brazo extendido y el puño cerrado, excepto el dedo corazón que apuntaba tieso hacia el techo.

Entonces, su marido cogió el teléfono móvil y le sacó una fotografía. Abrió la puerta y salió.

Una Volkswagen Transporter negra circulaba despacio por la carretera de circunvalación, abandonando Santiago de Compostela.

La Metal Blues Band estaba en camino, de regreso a Guadarrama.

Manuel llevaba el volante, al tiempo que golpeaba con el pie la chapa del suelo, al son de la música que estaba sonando en esos momentos en la radio.

Sandra estaba contenta, la variante del tema “Tocando fondo” había sido un éxito rotundo, a juzgar por el rugido de la multitud.

—Niño, te metiste a la peña en el bote con tu solo de guitarra —exclamó Sandra, feliz por haber sido la autora de la idea—. ¿No tienes nada que decir, Fatman? —interrogó con la mirada a Jaime, que no había acogido con entusiasmo la propuesta, la noche del ensayo.

—Sí, que se queda en el repertorio. El cabrón no se fue ni una nota —replicó Jaime con orgullo, pues tenía puestas todas sus expectativas en su hijo, a quién había metido el rock en el cuerpo junto con la leche del biberón. Y a quien, por su juventud, auguraba una carrera brillante como guitarrista.

Tras las señales horarias, la radio dio la noticia; la Motorista había atracado una céntrica joyería en Santiago de Compostela, a primera hora de la mañana, huyendo con el botín.

—¡No me jodas! —exclamó Manuel, aferrando con fuerza el volante para no salirse de la carretera, a causa de la impresión.

—¡Otra vez! — se asombró el Niño, sin dar crédito a sus oídos.

—¡Qué casualidad! ¿Cuántas veces van ya, en que la tía esa atraca una joyería en la misma ciudad en la que damos un concierto? —preguntó Jaime.

—¡Un montón! —exclamó Sandra asombrada—. Y además, invariablemente al día siguiente, siempre lo escuchamos en la radio de la furgoneta al regresar. A lo mejor la pasma va a pensar que somos nosotros —añadió con tono de preocupación.

—Querrás decir que la pasma va a pensar que eres tú, porque la atracadora, por lo visto, es una tía que actúa en solitario y huye en una moto —puntualizó Jaime.

—Y tú eres motera, Princesa... —matizó Manuel riendo.

—Oso, no te salpico una leche porque vas conduciendo —amenazó la bajista—. Tengo coartada, a esa hora yo estaba en la cama, vosotros sois testigos.

—Nosotros te vimos entrar en tu habitación del hotel a las cinco de la madrugada, y te vimos salir a las once de la mañana, entre esas horas no sabemos qué has hecho —bromeó el alevín del grupo

—Tiene razón el Niño, los que tenemos coartada somos nosotros, que dormimos en una habitación triple. Tú duermes sola —se burló Manuel.

—¿Dónde has guardado el botín? —preguntó Jaime en tono jocosos.

—Acuérdate de los pobres —añadió el batería riendo.

—Estoy pensando que... ¿Y si la atracadora fuera una seguidora nuestra, que se desplaza a nuestros conciertos y, de paso, da el palo en las joyerías de las ciudades que visitamos? —se preguntó Sandra pensativa.

—Cuando saquemos el nuevo disco y toquemos “Atraco a las diez”, en un concierto, estaremos atentos a las tías. La que nos aplauda con más entusiasmo... ¡Esa es la Motorista! —sentenció Jaime muerto de risa.

—¡Callaos! —pidió el conductor, mientras subía el volumen de la radio—. Somos nosotros, están poniendo el “Tocando fondo” —anunció, al oír los primeros acordes.

—Tú sí que sabes, Oso —le espetó Jaime.

Sandra comenzó a tararear la canción, mientras sus dedos rasgaban el aire simulando que tocaba su bajo.

—¡Dale caña, McBrain!

Laura contemplaba fascinada las curvas, nítidamente marcadas por el mono de cuero, de la mujer que en esos momentos acaparaba las miradas de los presentes.

Las imágenes de la Motorista, recién enviadas por la Policía Nacional de Santiago de Compostela, estaban siendo reproducidas en esos momentos en una gran pantalla de plasma.

—Tres minutos y veinte segundos justos, ha durado el atraco. Ha superado su propia plusmarca —apuntó Lafuente.

—Es que con cada golpe, está más entrenada —opinó el subinspector Mairena, que manejaba el ordenador.

—Vuelve a ponerla y párate cuando está encañonando con la pistola al empleado —le pidió Laura.

—La Astra 202, “Firecat”, calibre 6,35. Es inconfundible, cromada y con las cachas de nácar color marfil. Por sus pequeñas dimensiones es ideal para llevar en el bolsillo del mono de cuero —confirmó Lafuente.

—¿De dónde la habrá sacado?, es un arma de colección —se preguntó Laura intrigada—. El mono, las botas y el casco, también son los mismos de siempre.

—Esto es todo lo que hay, ni huellas, ni perfiles biológicos, ni rasgos faciales, ni tan siquiera el color de pelo. No tenemos nada de nada, su altura de un metro y setenta centímetros, que ya dedujimos en su día por comparación, y sus medidas corporales —dijo el inspector jefe, con un deje de abatimiento en la voz.

—Noventa, sesenta, noventa. La tía está buenísima —informó el subinspector Mairena con admiración.

—Estamos como siempre —se lamentó Laura con desesperación, ignorando los comentarios machistas de sus hombres, a los que después de tanto tiempo ya se había acostumbrado.

Además, cuando estaba con ellos, ella hablaba aún peor.

El sonido del timbre del teléfono interrumpió la conversación. El inspector jefe lo descolgó antes de que sonara el segundo timbrado.

—Grupo Central de Atracos, al habla el inspector Lafuente.

En la sala se hizo el silencio, pues los presentes intentaban captar el tipo de noticias que estaba recibiendo.

—Ha aparecido la moto en una calle adyacente a la estación de ferrocarril y han localizado ya al propietario. Ha manifestado que anoche la dejó estacionada, a eso de las doce, frente a su portal, en una avenida céntrica de la ciudad. Es un vigilante de seguridad.

—Menudo vigilante de seguridad, que se deja robar la moto. ¿Por qué coños no la guardó en el garaje? —preguntó el subinspector Mairena.

—Porque no tendrá, ¿había en las proximidades bancos u otros establecimientos con cámaras de seguridad enfocando hacia la calle? —preguntó Laura.

—No lo han mencionado, pero lo estarán mirando, nos están informando desde Santiago casi en directo. Efectivamente, es una Honda CBR 600 de principio de los noventa, con matrícula de Pontevedra.

—¿Por qué todas las motos que roba tienen más de veinte años? —inquirió curiosa la comisario.

—Porque no están equipadas con los modernos antirrobo electrónicos —aclaró el subinspector.

—Hay que ponerse en contacto con la Guardia Civil y con la Policía Local de Santiago, por si algún agente hubiera presenciado alguna maniobra antirreglamentaria de esa moto —ordenó Laura.

—Ya lo hemos hecho. También se están investigando todos los alojamientos de la ciudad e interrogando a posibles testigos presenciales, tanto en la estación de ferrocarril como en la avenida donde estaba estacionada la moto. Hasta la fecha sin resultados, hemos de esperar —informó Juan Lafuente.

—Juan, saca el expediente completo de todos los atracos de la Motorista. Buscad otra vez en todos los registros públicos; asistencias hospitalarias, multas de aparcamiento, sanciones de tráfico, denuncias, en fin, ¡todo! Y cuando digo todo, es... ¡Todo! Luego cruzáis los datos por si encontráramos alguna coincidencia.

—Me pondré manos a la obra ahora mismo, pero ten en cuenta que eso llevará su tiempo —matizó Lafuente.

—Me hago cargo, Juan. Cualquier novedad que nos notifiquen desde Santiago, comunicádmela de inmediato.

—Salvo que un día se caiga de la moto, cosa que parece improbable que ocurra a juzgar de cómo la maneja, lo más posible es que nunca demos con ella —se lamentó Mairena.

—Escuchadme bien; esta ya no es una cuestión de mero cumplimento de nuestras obligaciones. Es una cuestión de dignidad. Esa mujer, quien quiera que sea, se ha estado burlando durante diez años de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Es, por tanto, nuestro propio prestigio el que está en juego —exhortó Laura.

—En la calle empiezan a convertirla en heroína —apuntó el subinspector Mairena.

—Y nuestros superiores están comenzando a ponerse nerviosos, y esa no es una buena noticia para el futuro profesional de ninguno de los que estamos aquí, o sea que moved el culo y no os durmáis. No descansaremos hasta que demos con ella —finalizó Laura con vehemencia.

Luego se puso en pie y salió del cuarto.

En Moralarzal había reunión de emergencia.

—¡Échale cojones! —exclamó Aurelio—, esto es cosa de brujería. Anoche estuvimos hablando de la Motorista, y precisamente hoy le da por perpetrar un atraco en Santiago de Compostela. Esto trunca nuestros planes.

—Esto los reafirma, socio. Hay que saber sacar provecho de las circunstancias —sentenció Matías, agitando su copa de vino.

—¿Cómo?

—Este atraco aumentará la presión de los políticos sobre Laura y, por tanto, estará más receptiva hacia todo lo que tenga que ver con la Motorista. Este atraco nos ha caído del cielo, Aurelio.

—Habrá sido por la intermediación del apóstol Santiago —bromeó el anticuario.

—Comienza a informarme de tus gestiones —pidió Matías.

—En principio, las noticias no pueden ser mejores. Mi contacto me ha garantizado que conoce a varias mujeres que cumplen los requisitos.

—Estupendo —se felicitó Matías, frotándose las manos.

—Una de ellas es Tatiana Terenkova, ex agente del KGB, que por lo visto se afincó en Marbella.

—¿No sabes más sobre ella? —inquirió Matías expectante, pues se ajustaba al perfil que había trazado.

—Sí. Tras unos años trabajando para varios capos de su país, montó un restaurante ruso en las proximidades de Puerto Banús. Los rumores que circulan, son que ese restaurante sirve como tapadera para el blanqueo de dinero.

—¿En qué se basan?

—En que el restaurante es muy pequeño para el nivel de vida que lleva la Terenkova.

—¡Es ella!

—Aún no he acabado...

—Te escucho, Aurelio.

—La tía, por lo visto, está como un tren...

—¿Qué te dije, Aurelio?, los galones no los regalan.

—Y lo mejor de todo; nuestro contacto, a estas horas, ya estará sentado en ese restaurante según me confirmó por teléfono. Me llamará en cuanto haya despachado con ella. Antes de que levantes tu culo de la silla, sabrás algo.

—¡La madre que te parió, Aurelio! Dicho sea de paso con todo respeto hacia doña Virtudes, que Dios la tenga en su gloria.

—Y que nos espere muchos años, Matías. ¿Qué tal está Laura?

—No lo sé, deliberadamente me mantengo alejado para que no sospeche nada sobre nuestra maniobra.

—Bien pensado.

—Hemos de hacer las cosas con calma, no podemos dejar ningún cabo suelto —razonó el policía.

—Eso es cosa tuya, tú eres el cerebro de la operación.

—Va a ser el ligue más elaborado de la historia, digno de Roma, Aurelio. Por cierto, ahora que lo pienso, tienes nombre de emperador romano...

El timbre del teléfono del anticuario puso fin a la disertación de historia.

—¡Es él! —exclamó, mirando la pantalla del aparato, con la adrenalina entrando a chorros en su cuerpo.

Matías no quitaba ojo de las reacciones de su contertulio.

En seguida se dio cuenta de que algo no iba bien, pues Aurelio tenía el entrecejo arrugado. Decidió tomárselo con paciencia y esperar a que acabara la conversación.

—¿Qué te ha dicho? —le urgió.

—La Terenkova se ha negado. Le ha dicho que hace tiempo que se retiró del oficio, y lleva una vida tranquila en su restaurante.

—¡Porque es ella! —sentenció Matías.

—Pero... —añadió Aurelio, con tono de misterio—, le ha recomendado a una conocida, también rusa, que comenzó trabajando para el KGB, instalándose luego por su cuenta. Por lo visto está en España huyendo de la justicia de su país. Tatiana la protege.

—¿Te ha dicho qué hizo?

—Sí, atracó trece bancos.

—Cojonudo, con ese barro modelaremos, como un alfarero en su torno, una Motorista para Laura... ¡Si es que no es ella! ¿Cuándo tendremos noticias?

—Posiblemente, mañana.

—Entonces, comeremos juntos y luego... ¡A esperar! —sentenció Matías, levantando su copa para brindar—. ¡Por la operación “Gato de fuego”!

Johnny hizo su entrada en El Brujo, que aún no había abierto sus puertas al público, con un gran bulto bajo el brazo. Eran las cinco de la tarde y acababa de retirar de la tienda la fotografía, ampliada y enmarcada. En la parte inferior había hecho grabar, mediante técnicas digitales, los nombres que le apuntaran en un papel.

—¿Qué te parece, Bruno? Vamos a colgarla —solicitó entusiasmado—. Saca la escalera, el martillo y un clavo —pidió—. Bueno, ¡qué cojones!, primero saca la botella de Jack Daniel’s y ponme un trago... Y de paso te pones otro para ti.

—Como se enteren estos de que eres un madero, nos cortan los huevos a los dos —vaticinó el dueño de El Brujo, contemplando la fotografía depositada sobre la barra del bar.

—No se enterarán si tú no se lo dices, eres el único que lo sabe.

—La vida nos dio tu mujer, si no todavía seguimos allí.

—Ya conoces el precio; cerrar la tienda. Hoy la he visto y me lo ha vuelto a recordar.

—¡Qué remedio!, no nos queda otra, al menos durante un tiempo. No sé cómo vamos a arreglarnos.

—¡Yo sí! —exclamó Johnny, sacando del bolso de la cazadora una gran bola de hachís y una bolsa con marihuana—. Vete fabricando dos porros, no voy a hacerlo yo todo... Y pon el resto a buen recaudo... ¡Por si vuelven!

—¿Dónde has pillado? —preguntó Bruno curioso.

—En una comisaría, hay uno de Estupefacientes que me debe favores...

—¡Échale cojones! Cualquier día te entrullan, y de esa ya no te libran ni Laura ni tu suegro.

—¿Mi suegro? Si fuera por mi suegro, hacía tiempo que me habrían sentado en la silla eléctrica.

—¿Te has enterado del palo de la Motorista?, lo ha dado la televisión en las noticias del mediodía. ¿Has visto qué buena está?, es una fenómeno, ¿qué dice de eso tú mujer?

—Está que echa humo, es un asunto de su departamento, como la tía ha actuado por toda España, lo llevan ellos en la Central.

—A esa no la cogen.

—Eso mismo le he dicho yo, pero...

—¿Tú qué crees?

—Que no atraca por dinero.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Bruno, asombrado por la respuesta.

—Se lo toma como un reto personal, atraca joyerías por la mera satisfacción de hacerlo y traer en jaque a la Policía. Es una delincuente en serie, como Jack el destripador.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque estoy todo el día en la calle, Bruno. Mi mujer y los panolis que tiene a su cargo no darán nunca con ella.

—¿Y tú sí? —preguntó Bruno riendo.

—Yo o Clint Eastwood, cualquiera de los dos.

Bruno sirvió otros dos vasos de bourbon y levantó el suyo en el aire para brindar.

—Por Johnny “el sucio”.

El oficial Macías entró corriendo en el despacho sin llamar, Laura levantó la cabeza sobresaltada.

—Comisario, creo que tenemos algo.

—¿Novedades de Santiago?

—No, del cruce de datos que pidió y que comenzamos a efectuar después de la reunión.

—¿Habéis encontrado algo? ¿Tan pronto? —preguntó asombrada, mirando su reloj de pulsera.

—Ha habido suerte, comenzamos metiendo datos de los archivos de las policías locales y...

—¿Multas?

—No, autorizaciones de carga y descarga en zonas peatonales y solicitudes de bajada de bolardos automáticos. Una en Zaragoza, otra en Avilés, dos en Salamanca y la última, ayer, en Santiago de Compostela.

—¡En todas esas ciudades ha actuado la Motorista! ¿Habéis cotejado las fechas?

—Todas las autorizaciones son válidas para dos días consecutivos; el día anterior al de la perpetración de los atracos y para ese mismo día.

—¡Joder! ¡Ya la tenemos! —exclamó Laura nerviosa.

—Y todas las joyerías atracadas están próximas a la zona peatonal en la que se autorizó la carga y descarga.

—¿A qué vehículo corresponde la autorización? —saltó Laura como una escopeta.

—A una furgoneta Volkswagen, modelo Transporter, de color negro. El vehículo pertenece a Manuel Jiménez, vecino de... ¿Adivínelo?

—¡No estoy para adivinanzas, joder!

—Vecino de Guadarrama, Madrid. El inspector Lafuente está hablando con la Guardia Civil de allí, yo he salido corriendo a avisarle, creo que lo mejor es que venga usted también.

—¿Dónde estáis?

—En el despacho del inspector.

—¡Vamos! —exclamó Laura, al tiempo que agarraba su guerrera colgada del respaldo de su sillón y se abalanzaba hacia la puerta.

El repiqueteo sobre el pavimento de unos tacones de mujer, reverberaba en las desnudas paredes del pasillo del complejo policial. Los apresurados pasos de Laura daban fe de la expectación que se había apoderado de ella. Llevaba diez largos años esperando a que se produjera una noticia como la que le acababan de dar. Era la primera vez, en todo ese tiempo, que tenían una pista sólida que pudiera conducirlos al paradero de la delincuente más famosa y más buscada de España.

Entró en la sala como un ciclón.

—Juan, ¿qué te han dicho en Guadarrama? —espetó a bocajarro al inspector, que en esos instantes estaba colgando el auricular del teléfono.

—La furgoneta es de una banda de músicos, la utilizan para sus desplazamientos.

—¿Una banda? —preguntó Laura sorprendida—. ¿Qué tocan?

—Rock y blues. El dueño de la furgoneta es el batería del grupo, regenta un bar en Guadarrama para gente joven —apuntó el subinspector Mairena, que había estado presente en la conversación.

—¿Cuántos años tiene? —insistió esperanzada, eso tenía muy buena pinta.

—Cuarenta y dos, los guitarristas son padre e hijo, de cuarenta y seis y veintiún años respectivamente —informó Lafuente.

—Jefa, ¿adivine quién es el cuarto miembro del grupo...? —interrumpió Mairena.

—¡Como a alguno se le ocurra ponerme otra adivinanza, lo pongo yo a él de patitas en la calle! —estalló Laura, mirando desafiante al subinspector.

—Perdona, jefa, el cuarto miembro es una mujer, la bajista del grupo. Se llama Sandra y según la Guardia Civil de Guadarrama es una rubia despampanante. Y, ahora... ¡Lo más interesante! ¿A ver si lo adivina?

—Mairena, ¿a ver si adivinas tú cómo vas a pagar la hipoteca de tu casa el mes que viene, gilipollas? —le espetó Laura en la cara, mientras lo fusilaba con la mirada.

—¡Es motera! Conduce una Harley Davidson —intervino el inspector Lafuente.

—¡Joder! —exclamó Laura excitada— Esa moto es muy cara —razonó, mientras su cerebro asimilaba todos los datos que le estaban suministrando.

—¿Tienen antecedentes penales?

—No, están limpios.

—¿No os han dicho nada más? —preguntó, mirando al inspector jefe.

—Acabo de colgar el teléfono, he hablado directamente con Basilio Gómez, el capitán al mando del puesto, que nos ha informado de memoria. No sabe mucho, pues solo lleva en ese destino un año. Pero tienen un agente joven, un tal Mario, que por lo visto frecuenta ese bar, es seguidor de ese grupo y amigo personal de varios de sus miembros.

—¡Vamos para allá! Hay que hablar con él —ordenó Laura.

—En estos momentos no se encuentra en la Comandancia, ha acudido a levantar atestado de un accidente ocurrido en la A-6. A su regreso al cuartel, nos llamarán para que podamos hablar directamente con él.

—¡De ninguna manera! Telefonea inmediatamente a Guadarrama. ¡Discreción absoluta! Que no hagan ninguna gestión hasta que lleguemos, no quiero levantar la liebre. Vamos para allá volando. Juan, tú me acompañas.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó el subinspector.

—Mairena, tú conéctate a Internet, saca el calendario de actuaciones de esa banda, de los últimos diez años, y cotéjalo con las fechas de los atracos. Cuando lo tengas me llamas al móvil.

—¿Voy preparando un coche? —preguntó el oficial Macías.

—¡He dicho que vamos volando! Llama al helicóptero.

El tibio sol de primavera entregaba sus últimos rayos de ese día, arrancando destellos dorados a los cromados de la Harley Davidson.

La Metal Blues Band no tenía ningún compromiso ese fin de semana. Hacía poco que habían llegado de Santiago de Compostela, Sandra se había relajado con un baño, se había enfundado sus ajados vaqueros y se había subido en la moto.

—Voy a ver qué fenómenos ha fichado Oso para esta noche —dijo Sandra, al tiempo que daba al contacto y el poderoso motor de la Harley comenzaba a ronronear.

Tras el breve trayecto, apenas un paseo, se detuvo frente a su cuartel general y se adentró en el local.

En el Corazón de metal había concierto.

Manuel tenía el corazón más grande que sus espaldas y en el bar organizaba conciertos para jóvenes músicos, que comenzaban a dar los primeros pasos en ese difícil mundo.

Sandra se llevó las manos a los oídos a causa del estruendo que estaban organizando los artistas, al efectuar las pruebas de sonido. Siempre juzgaba con benevolencia a los chavales, pues la mayoría de los componentes de las bandas que acudían al local eran adolescentes. Y nadie mejor que ella sabía lo penoso y duro que era ese camino.

—El camino de estos será breve —sentenció, al escuchar el ruido que salía de las pantallas—. Una birra, Oso —pidió en la barra—. Te recuerdo que la tortura está expresamente prohibida por la Constitución.

—Déjalos que disfruten, Princesa. ¡Dale caña, McBrain"! —aulló.

Sandra esperó con su cerveza de la mano a que comenzara el concierto, aunque ya sabía lo que se iba a encontrar.

—¡Contad los compases! ¡Madre mía! Va cada uno a su bola —exclamó asombrada.

Se lo estaba pasando en grande, mientras pensaba en lo acertado del nombre que se habían buscado; “Los dinamiteros de Alcobendas”.

—¡Ya se perdió el batería! —sentenció—. ¡Hala, todos detrás! ¡Tenéis que acabar juntos! —les gritó muerta de risa, justo en el momento en que ponían fin a su primer tema.

Entonces miró su reloj de pulsera.

La bajista de la Metal Blues Band arrugó el entrecejo al ver la hora.

—¿Dónde estará Mario? —se preguntó

Mario estaba sudando la gota gorda.

Y Laura estaba excitada como una cazadora. Se encontraba sentada frente a él, tras amenazarle con un consejo de guerra con pelotón de fusilamiento incluido, si se iba de la lengua sobre el asunto que iban a tratar.

Mario, un joven guardia civil de veinticinco años, era hijo de Guadarrama, y el pueblo entero estaba lleno de parientes, amigos y conocidos suyos.

El inspector jefe, Juan Lafuente, que se había sentado al lado de Laura, tomaba rápidas notas del relato que estaba llevando a cabo en ese momento el guardia civil. Basilio, el capitán a cargo del puesto, era el cuarto miembro del reducido grupo que se había encerrado, a cal y canto, en una dependencia de la Comandancia.

—Manuel, el batería de la Metal Blues Band, nació en Mijas, Málaga —informó Mario.

—¿Y por qué está aquí? —preguntó Laura sujetando las ansias, pues quería avanzar en el interrogatorio, paso a paso, para que no se le escapara ningún detalle.

—Su padre, que también se llama Manuel...

—¿Todavía vive?

—Sí, está jubilado y tiene cuatro hijos.

—Bien, continúa.

—Como le estaba diciendo, su padre emigró de Mijas, su localidad natal, y por intermediación de un familiar se hizo cargo del bar Arco del Triunfo, aquí en Guadarrama, hasta su jubilación dos años atrás. Manuel, el hijo mayor, le sucedió en el negocio transformándolo en bar de copas para la gente joven. Le cambió el nombre por el actual; Corazón de metal.

—¿Tiene estudios?

—Creo que estudió formación profesional, pero su verdadera pasión era el rock, con dieciséis años ya tocaba como batería en el grupo “Wadas”, aunque no hicieron ninguna actuación en público. Después le siguió el grupo “Rosa Sangrienta” y, con veinte años, se pasó a “Ultratumba”, actuando en público por primera vez en bares y discotecas.

—¡Joder qué nombre! —exclamó Laura.

—En consonancia con la música que hacían, Punk y Heavy. Después recaló en el grupo “Live to die”, vivir para morir, y de ahí se fue a “Perdidos” para luego regresar otra vez a “Ultratumba”

—¡Vaya trasiego que se ha traído el tal Manuel! Parece culo de mal asiento —se admiró Laura—. ¿Lo echaban por malo?

—No, todo lo contrario, lo suyo fue un hechizo, es un autodidacta. El tío es bueno, antes de comenzar el concierto se descalza...

—¿Por qué? ¿Le sudan los pies? —preguntó Laura asombrada.

—No, hay más gente que lo hace, entre ellos baterías legendarios. Manuel es un místico, ha estado durante años practicando Kung-Fu y Tai-Chi. Al tocar el suelo con sus pies desnudos absorbe el Chi.

—¿Y eso qué es?

—La energía positiva que asciende por su cuerpo desde la madre Tierra.

—¡Enterada! —exclamó Laura atónita.

—Hace unos diez años, entró en la Metal Blues Band que estaba fundando Jaime, donde aún continúa —finalizó Mario.

—Pero, con esas actuaciones en bares y discotecas, supongo que no ganaría mucho dinero. ¿De qué ha vivido hasta ahora? —preguntó Laura.

—A los diecinueve años se metió de peón en la construcción, oficio que dejó a los veinticinco para entrar, primero como ayudante y después como oficial, en una panadería.

—¡Dios! Vaya bandazos.

—A los treinta y tres años tuvo que volver a la construcción porque desarrolló asma a causa de la harina.

—¿Cómo es físicamente? ¿No tendrás una foto suya?

—En casa sí, muchas, pero aquí... ¡Aguarde un momento!, en el coche tengo los dos CD de la Metal Blues Band. En el libreto del primero están fotografiados todos los componentes. ¿Quiere que se los traiga?

Laura dio un respingo. Por fin la Motorista, si es que era ella, dejaría de ser un casco integral con una visera ahumada para convertirse en un rostro de mujer.

—No creo que sea una buena reseña para tu carrera, el que tenga que ir yo a buscarlos —le espetó, invitándolo con la mirada a que se pusiera en marcha.

Mario se levantó como movido por un resorte y abandonó la estancia.

El timbre del teléfono móvil hizo que la jefa del Grupo Central de Atracos se sobresaltara.

Laura se paseaba por la estancia con el teléfono en la mano, sujetándose con la otra el corazón que amenazaba con salirse del pecho. Mairena la estaba poniendo al corriente, desde Canillas, de las últimas averiguaciones.

La banda había dado un concierto en las mismas ciudades, y en las mismas fechas, en las que había actuado la Motorista. Todas las joyerías asaltadas estaban próximas a los bares donde habían tocado.

—Buen trabajo, Mairena —dijo, cortando la comunicación.

Luego pidió al capitán que encargara, de su cuenta, unas pizzas y unas cervezas. La velada se iba a prolongar.

Al momento llegó Mario con dos discos compactos de la mano.

—“Su última voluntad” y “Náufragos urbanos”. También están disponibles en discos clásicos, son unos apasionados de los vinilos —anunció, dejándolos sobre la mesa.

Laura cogió arrebatada el primero de ellos y extrajo el libreto, comenzando a pasar las hojas.

—Este es Manuel —informó el agente, ante la fotografía de un hombre sentado a una batería, con dos baquetas en las manos.

—¡Madre mía!, parece un oso. ¡Y qué brazos! —se asombró Laura.

—Por eso le han puesto ese apodo —aclaró Mario.

—¿Oso?, pues le queda pintado.

—Este es Jaime padre, lo conocen como Fatman.

—¡Otro! Estos no pasan hambre —opinó Laura—. Hombre gordo en inglés, también le viene al pelo.

—Es el fundador del grupo, letrista, compositor, y toca la guitarra rítmica.

—¿Está casado?

—Sí, con dos hijos. Uno de ellos, también de nombre Jaime, está en el grupo.

—Dime cómo es su carácter.

—Es un intelectual, un poeta. Como le he dicho es el letrista y compositor. Le gusta aislarse en un cobertizo que tiene en una serranía perdida, para estar solo y componer música. Es el jefe de la Metal Blues Band.

—¿Y este es el hijo? —preguntó Laura, señalando con el dedo la fotografía de un joven.

—No, este es Charly.

—¿Y quién es Charly?

—Era el novio de Sandra. Cuando se grabó este disco ya había fallecido, pero como participó en la composición de los temas que contiene, incluyeron su fotografía en el libreto. Jaime hijo, en aquella época aún era un crío, se incorporó a la banda mucho después.

Laura pasó página y los ojos se le salieron de las órbitas.

Una despampanante rubia de ojos claros, sujetando un bajo, adornaba la última hoja del libreto.

Su rostro constituía una declaración de guerra para cualquier mujer.

Su mirada, una provocación.

Y su cuerpo... ¡Puro escándalo!

Según juzgó fascinada la comisario del Grupo Central de Atracos.

—Y por último, esta es Sandra, la bajista de la Metal Blues Band —informó Mario, intentando ocultar con su tono de voz, que estaba enamorado de ella desde el primer día en que la vio.

Esfuerzo inútil, pues su interlocutora lo captó ipso facto.

—Encantada de conocerte al fin, Sandra —musitó Laura, arrastrando las palabras.

Cada poro de su piel le gritaba que esa era la mujer que llevaban diez largos años buscando.

—Háblame de Sandra —pidió al agente.

—De treinta y ocho años, ha tenido una vida muy azarosa...

—No tengo ninguna prisa —dijo Laura tranquilamente.

Sus manos se dirigieron al monedero para abonar las pizzas, que acababa de traer un guardia civil. Luego cogió una lata de cerveza, tiró de la anilla e hizo un gesto a los presentes para que la imitaran. Entonces, indicó a Mario que continuara.

—Sandra es una aristócrata...

El largo trago de cerveza, que en esos precisos instantes comenzaba a resbalar por la garganta de Laura, acabó regando a los presentes, que se vieron sorprendidos por el golpe de tos que le sobrevino.

—¿Qué has dicho? —preguntó estupefacta.

—Su nombre completo es Sandra María Concepción de Sancho-Pedrales y de la Fontaine. Es hija del marqués de Sancho-Pedrales. Su madre era francesa, también descendiente de la nobleza.

—¿Y qué coño hace tocando en una banda de rock? —preguntó Laura asombrada.

—Es que es anarquista...

—¡Madre del cielo!, no me lo puedo creer...

—Ya le dije que había tenido una vida muy azarosa. Lo mejor es comenzar por el principio —propuso Mario, orgulloso por el protagonismo que había adquirido, y satisfecho por las reacciones que despertaba en su interlocutora.

—¿Y a qué estás esperando?

—Tanto ella como su hermano tuvieron una infancia privilegiada y una educación esmerada, digna de su alcurnia. Estudió en los mejores colegios de Madrid, apoyada por profesores contratados por su padre. Su madre ya le hablaba en francés en la cuna, lengua en la que se maneja en igualdad al castellano. De hecho, el bachillerato lo cursó en un liceo de París. Otras lenguas que domina, al más alto nivel, son el inglés y el alemán. Es una amazona consumada, en su infancia ganó varios concursos hípicas, y avezada esquiadora.

—¿No le han dado todavía ningún premio Nobel? —preguntó Laura con ironía, asombrada por lo que estaba oyendo.

—No será por falta de cualidades.

—¿Qué quieres decir?

—Que en el colegio fue considerada una superdotada.

—¡Esto es lo que me faltaba por oír! —exclamó atónita.

—Su cerebro era una esponja, según cuenta ella. Bromea diciendo que ahora lo que es una esponja es su hígado; trasiega una cerveza detrás de otra.

—Déjame adivinarlo, en París se torció y después del bachillerato francés se pasó al rock and roll, ¿no? —preguntó Laura expectante.

—No del todo, al rock se pasó tras regresar de los Estados Unidos, de Nueva York para ser exactos.

—Y puede saberse, ¿qué fue a hacer allí?

—A la universidad. Sandra es economista, cursó su carrera en la Universidad de Columbia con las mejores calificaciones de su promoción.

—¡Dios mío! ¿Pero qué hace una aristócrata, licenciada en económicas por Columbia, y con ese currículum, tocando en una banda de rock? Cuando presumimos de que en nuestro oficio lo hemos visto todo, llega el caprichoso destino y nos gasta una broma como esta —sentenció, mirando al capitán que asentía con la cabeza—. Lo que no entiendo es por qué, ya de puesta, no hizo el doctorado.

—Sí lo hizo, en la Complutense de Madrid. La única pega es que no le dieron el título, al no haber obtenido el aprobado en la tesis.

—¿No aprobó? ¿Por qué, si es una superdotada?

—En Francia simpatizó con la izquierda... ¡Entre otras cosas! El liberalismo económico y la mentalidad norteamericana, no hicieron más que reafirmarla en esas ideas y quiso enfocar su tesis doctoral para ensalzar el colectivismo marxista.

—Pero eso no contesta a mi pregunta... —objetó Laura.

—Es que la tesis la tituló “La comuna”. En ella abogaba por la supresión total del sistema financiero, de toda actividad industrial, y la abolición de los estados y los ejércitos. Proponía la vuelta de la humanidad a la agricultura, el pastoreo y la artesanía, dentro de comunas organizadas de forma que se decidieran, de manera asamblearia, las cuestiones políticas, económicas y sexuales de los individuos.

—Entendido... —dijo Laura, suspirando elocuentemente.

—¡La madre que la parió! —explotó el capitán.

—¿Y fue el colectivismo marxista el que la llevó al rock and roll? —inquirió Laura asombrada.

—No, al rock la llevó Charly.

—¿El novio de la foto?

—Sí, un bajista. Al adentrarse en el marxismo, en el materialismo científico y en las teorías políticas en las que se sustentan, empezó a derivar hacia la extrema izquierda.

—¿Sabes cómo fue esa deriva?

—Sí, en su primer año de doctorado se afilió al Partido Comunista de España y al principio comenzó a frecuentar ambiente progresistas, tascas y tabernas de Madrid, de aires intelectuales...

—Has dicho al principio, ¿y al final? —interrumpió la comisario, arrugando el entrecejo.

—El Partido Comunista era muy de derechas, según decía ella, y se pasó al PARCA, Partido Anarquista Revolucionario Corriente Auténtica.

—¡Angelitos!

—En ese partido conoció a Charly, uno de sus militantes, que la invitó a uno de los primeros conciertos de la Metal Blues Band, en un bar de Móstoles. Charly era el bajista del grupo y Sandra se enamoró de él.

—¿Y qué sucedió? —preguntó intrigada.

—Que a su novio lo pillaron in fraganti, dando el palo en una joyería de Madrid.

Laura dio un respingo y se irguió sobre el respaldo de su silla, mientras sus nervios se tensaban. Gracias a Dios, y por suerte para la concurrencia, en ese momento no estaba bebiendo cerveza.

—¿Cómo fue el palo? —preguntó rauda.

—Al descuido. El dependiente se dio cuanta cuando guardaba los artículos que había sacado para mostrárselos, y salió a la calle corriendo tras él. Un Zeta de la Policía Nacional pasaba justo por allí en ese momento y lo detuvieron. Como tenía antecedentes, le cayeron tres años.

—¿Sabes de qué comisaría era el Zeta? —preguntó el inspector jefe, Lafuente, para pedir el expediente.

—No.

—Juan, te encargas tú de eso cuando regresemos —pidió Laura—. ¿Charly ingresó en prisión?

—Sí, pero se suicidó a los trece días de ingresar en Alcalá-Meco, se ahorcó en su celda.

—¡Joder! Si no soportan la cárcel, por qué se meterán en camisas de once varas.

—El caso es que su madre, una mujer muy religiosa, quiso un funeral católico. Pero el cura de su parroquia, al tratarse de un suicidio, no permitió la entrada del féretro en la iglesia.

—Eso ya está cambiando —matizó Laura, sorprendida porque aún hubiera parroquias que siguieran con esa ortodoxia intransigente.

—Lo cierto es que Sandra, según rumores, se hizo grabar un pentáculo del diablo en el bajo vientre, como reacción a esa decisión de la Iglesia.

—¡Vaya con la moza!, nos ha salido contestataria.

—Luego pidió entrar en la Metal Blues Band como bajista, sustituyendo a su novio, y se vino a vivir aquí, a Guadarrama.

—Pero, ¿también sabía música?

—Sí, comenzó sus estudios de solfeo con ocho años, acabando con notas brillantes.

—Está claro; Dios da pan al que no tiene dientes.

—Le compró a la familia de Charly la moto que él conducía, una Harley Davidson del setenta. Sin embargo, el bajo se lo regaló la madre, es un carísimo Sadowsky, el mejor del mundo. Es el que sujeta Sandra entre sus manos, aquí en la fotografía. Con ese bajo, ella participó en la grabación de este disco. Sus compañeros la conocen con el apodo de Princesa del blues, aunque habitualmente para abreviar la llaman Princesa a secas.

—La familia de Charly, ¿tenía dinero? —inquirió Laura, intentando buscar la punta del hilo del que tirar.

—No, solamente vivía su madre que cobraba una modesta pensión de viudedad.

—Entonces, ¿de dónde sacó Charly el dinero para comprar una Harley Davidson y ese bajo carísimo? —preguntó la comisario interesada.

—Se ha especulado con que lo obtuvo con la venta de los productos que hurtaba.

—Todo eso, ¿cuándo sucedió?

—Hace diez años.

—Desde entonces, Sandra habrá tenido otros novios, ¿no?

—No, que se sepa.

—Entonces, aventuras esporádicas, supongo...

—Tampoco.

—Me estás diciendo que esta mujer —dijo señalando la fotografía—, con este rostro y este cuerpo, sin convicciones religiosas, de su nivel intelectual y dedicándose al espectáculo, ¿no ha mantenido relaciones con ningún hombre... ¡En diez años!?

—Según contaba su novio, en sus círculos íntimos, tiene gustos sexuales muy peculiares...

—¿Cómo de peculiares? —inquirió Laura, aguzando el oído.

—Estudiando su bachillerato en París, se hizo feminista y se contagió del refinamiento francés en materia sexual; tríos, camas redondas...

—Por lo que veo, la señora no se priva de nada. Pero... ¡Más a mi favor me lo pones!

—Yo le cuento lo que sé.

—Me hago cargo, pero no por ello deja de sorprenderme —comentó Laura mirando al capitán, que asentía con la cabeza—. Continúa, Mario.

—Hablaba con Charly de sus experiencias sexuales con toda naturalidad.

—¿Y Charly qué decía?

—Nada, pensaba igual que ella.

—Dios los cría y ellos se juntan.

—Prefería llevar la voz cantante en las relaciones, nunca permitía que el hombre se pusiera sobre ella, y le gustaba innovar.

—¿Y qué ha innovado?, si puedo preguntarlo.

—Según contaba Charly a los íntimos, porque ella es una tumba, acostumbraba a montarse sobre él con su violín al cuello, para comenzar a tocar, moviéndose al ritmo de la música.

—¿Has dicho el violín?

—Sí, en el conservatorio se especializó en ese instrumento, del que es una virtuosa. Su madre también era violinista y, cuando Sandra acabó sus estudios, le regaló su Stradivarius fabricado en Cremona, que a su vez había heredado de su abuela.

—¿Ese violín es muy caro, no?

—El que tiene Sandra es una pieza de colección y muy cotizado.

—¡Joder, cómo funciona la nobleza!

—Dependiendo de los deseos sexuales que ella tuviera en cada momento, escogía un tipo de música u otra. Charly solía comentar que le entraba el pánico, cada vez que su violín comenzaba a reproducir el repertorio de la Metal Blues Band. Algunos de sus temas son...

—¿Moviditos?

—Sí.

—Vaya con la marquesa. Ahora, además del violinista en el tejado, tenemos a la violinista en la alcoba... ¡Si es que no es además otras cosas!

—Charly, a esos polvos... ¡Perdón, señora...!

—Tranquilo, hijo, llevo veinte años trabajando entre hombres y eso es de tiernos colegiales, en comparación con lo que escucho todos los días.

—De acuerdo, señora, cuando Sandra se ponía a interpretar a la Metal Blues Band en la cama, Charly lo llamaba el “polvo de la muerte”.

—Y claro, tú te mueres de ganas de que la Princesa del blues se monte sobre ti y comience a cabalgar con su violín al cuello, por las ardientes praderas del rock and roll, acompañada por su Metal Blues Band, con un “polvo de la muerte” tras otro —le disparó a bocajarro.

Había llegado la hora de poner las cartas boca arriba y Laura en eso era experta.

—¿Yo? ¿Por qué dice eso? —musitó Mario, con un hilo de voz.

—En primer lugar, porque soy mujer. Y en segundo lugar, porque soy policía. Te lo he notado desde el mismo momento en que tus labios pronunciaron su nombre — continuó disparando para acorralarlo.

—Esas cuestiones son personales, yo...

—¡Ya no! Ahora son cuestiones oficiales. De la misma forma que tu amistad con ellos, y especialmente con ella, nos es de gran ayuda, desgraciadamente, esa amistad también puede volverse en nuestra contra.

—¿En nuestra contra?

—Sí, si cometes alguna indiscreción. Sé muy bien lo que hace el enamoramiento... Y, desgraciadamente, también sé muy bien lo que hace el desamor. Eso de perder la cabeza por un músico no lo habéis inventado, ni Sandra, por mucho bachillerato que haya estudiado en París... ¡Ni tú! No sé de qué estarán hechos los putos músicos, pero... ¡En fin! —concluyó suspirando—. ¿Habrás leído lo que tenéis escrito en el frontispicio de todos vuestros cuarteles? —preguntó.

—Sí, señora —contestó Mario, asombrado por la facilidad con que la mujer que le estaba sometiendo a ese interrogatorio, había descubierto su gran secreto.

También estaba intrigado por la revelación sobre su vida personal, que la comisario acababa de hacer. ¿Qué le habría sucedido con un músico? Fuese lo que fuese, no debía de ser nada bueno, a juzgar por cómo se había despachado.

—Sí, señora, ¿qué? —insistió Laura, al ver que el agente se había ensimismado.

—Que sí lo he leído; “Todo por la Patria”, eso es lo que está escrito, es nuestro lema —replicó Mario, abandonando sus elucubraciones.

—¿Y tú estás de acuerdo con él?

Mario se quedó titubeando, intentando averiguar adónde quería ir a parar la comisario.

El capitán, un guardia civil de vocación, se había enardecido con las últimas palabras de Laura. Y al ver que su subordinado titubeaba en su respuesta, se irguió sobre el respaldo de la silla, al tiempo que se le endurecían las facciones del rostro y se le hinchaban las venas del cuello.

Mario, que se dio cuenta de la actitud del jefe del acuartelamiento, saltó como una escopeta.

—¡Sí, señora! —gritó, dando un taconazo con sus botas, pese a que estaba sentado, para alivio del capitán que volvió a respirar con normalidad.

—Bien, no esperaba menos. La Patria te exige tu lealtad y... ¡Tu discreción!

—Cuente con ello, señora —replicó a toda velocidad, pues el capitán no le quitaba ojo—. Hasta la última gota de mi sangre.

—Entonces te voy a formular una pregunta. Te ruego que medites muy bien la respuesta, si es que puedes responderla.

—¡A sus órdenes!

—¿Crees posible que Sandra sea la Motorista?

—¿La atracadora de joyerías? —inquirió Mario estupefacto.

—La misma.

La pregunta de Laura sonó a los oídos del capitán, como el estampido de su pistola.

—¡Dios mío! ¡La Motorista en Guadarrama! —exclamó para sus adentros Basilio.

El capitán se maldecía a sí mismo. La delincuente más buscada de España podía ser una vecina del pueblo cuya seguridad y vigilancia tenía él asignadas.

Y para mayor vergüenza, varios de sus agentes más jóvenes frecuentaban ese bar y eran seguidores de esa banda de músicos. Y ya, para su exasperación, uno de ellos se había enamorado de la sospechosa como un colegial.

—Mario, ¡estoy esperando! —le recordó Laura, con tono desafiante para impresionarlo.

Mario carraspeó, ante la mirada vigilante de su superior, para ganar los segundos que necesitaba para estructurar sus ideas.

Laura esperaba expectante.

El capitán desesperaba, más expectante todavía.

—Es posible —dijo Mario pensativo—. Sandra es motera, experta en conducción en condiciones adversas con la Kawasaki Ninja 900. Una motocicleta superior, en potencia y prestaciones, a cualquier otra.

—¿Qué has dicho? ¿Experta en qué? ¿No era una Harley Davidson, la moto que conducía? —preguntó Laura, atónita por esa revelación.

—La Harley es la moto con la que ella se desplaza, pero a las concentraciones de moteros, que se organizan todos los fines de semana en la carretera de El Escorial, acude con la Kawasaki Ninja del Gallo.

—¿Y quién demonios es el Gallo?

—Rodrigo, el hermano de Manuel...

—Sí, ya sé, el que parece un oso, el dueño del bar —matizó Laura, para indicarle que sabía perfectamente de quién estaba hablando.

—Exacto.

—Pero es que en este pueblo, ¿todo el mundo tiene apodos?

—No, son cosas de músicos —replicó Mario, mientras Laura asentía con la cabeza, con Johnny en su pensamiento.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos.

—¿Y a qué se dedica exactamente ese tal Gallo?

—Tiene un taller para tunear coches y motos.

—¿Dónde?

—Aquí, en Guadarrama. El taller se llama “Tunning car audio EL GALLO”

—Y concretamente, ¿cuál es su relación con Sandra?

—Lleva el mantenimiento de su Harley Davidson, Sandra no permite que la toquen otras manos. El Gallo es aficionado a los rallies, tiene un Subaru Impreza STI de trescientos caballos, con el que compite. También da clases de conducción deportiva y conducción en condiciones extremas.

—Y claro, como a la Princesa del blues no le bastaba con su doctorado en económicas, la equitación, el esquí, el violín y las camas redondas... ¡Se ha apuntado a sus clases! ¿A que sí? —ironizó Laura.

—Sí, con la Ninja. Sandra ya la pilota mejor que él.

—No me cabe la menor duda —dijo Laura suspirando.

La comisario se quedó mirando fijamente a Mario, taladrándolo con sus ojos, mientras hacía un deliberado silencio. Era una técnica que había aprendido en sus cursos de psicología. Primero desequilibraba emocionalmente al interrogado y luego saltaba sobre él como una gata, sin dejarle tiempo para pensar, impidiendo así que pergeñara algún ardid para engañarla.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó a puro dolor, intentando sorprenderlo, mientras escrudiñaba las reacciones de su rostro.

—No, todavía no.

—Exactamente, ¿cuál es tu relación con Sandra? ¡No me ocultes nada!, en este momento eres lo único que tenemos.

—La conozco desde que se vino a vivir a Guadarrama...

—¿Eso cuándo sucedió? —interrumpió Laura, que no quería perder ningún detalle.

—Hace diez años, tras la muerte de Charly. Ella tenía veintiocho años y yo dieciséis recién cumplidos.

—¿Cómo la conociste?

—Yo acababa de entrar a trabajar de peón con un constructor de aquí. Ella contrató a mi jefe la rehabilitación del granero donde vive y estuve trabajando en el desescombro.

—¿Vive en un granero? —preguntó Laura, que iba de asombro en asombro.

—Sí, en las afueras, junto al embalse. Se llama La Trinchera, le puso ese nombre por uno de los temas de su repertorio. Tiene un gato siamés al que llama Fuego.

—Bien, continúa, Mario.

—Luego me trasladaron a otra obra y no vi acabarlo, pero a partir de entonces ella me saluda cuando nos vemos.

—¿Eso es todo? —preguntó Laura decepcionada.

—No. Cuando Manuel se hizo cargo del bar de su padre, la Metal Blues Band comenzó a hacer allí sus ensayos y yo iba a verlos tocar. Sandra siempre me invitaba a una cerveza y hablábamos un rato en la barra. Hasta que...

—¿Hasta que, qué? —saltó Lura como un resorte, al ver que Mario se paraba y comenzaba a titubear, al tiempo que miraba nervioso a su capitán.

—Hasta que un día pidió el número de mi teléfono móvil en el bar y me llamó para invitarme a una cerveza en su casa. Quería que le hiciera un favor personal.

—¿Y fuiste? —preguntó Laura, sintiendo a la adrenalina entrar en su sangre, pero decidiendo aguantarse e ir paso a paso.

—Sí.

—¿Cuándo te llamó?

—Hace unos seis meses, el otoño pasado. Me invitó a una cerveza, ella se puso otra, y nos sentamos a la barra de su bar.

—¿Qué barra de qué bar? —preguntó atónita.

—La mitad del granero está rehabilitada tal y como era originalmente. En esa zona tiene una barra de bar con grifo de cerveza y estanterías con licores. La barra tiene varios taburetes y en un rincón hay un escenario con una orquesta completa. Allí hacen los ensayos en verano para huir del calor.

—¡Joder con la Princesa!, no se priva de nada. ¿Para qué te quería? —preguntó por fin.

—Me dijo que creía que alguien llevaba varios días siguiéndola, cuando iba en su moto. No quería efectuar ninguna denuncia, pues no estaba segura, pero había memorizado el modelo de coche y la matrícula. Quería saber a quién pertenecía el vehículo por si, de la identidad del propietario, se desprendía algún tipo de amenaza contra ella.

—¿Te dijo por qué temía alguna amenaza?

—Sí, en los conciertos que dan, algunos fans se ponen realmente pesados con los músicos. Especialmente si el músico es mujer y si además...

—La mujer está buena... ¿No es eso?

—Sí, ella rechaza todos los días a un montón de tíos, a algunos de ellos con malas maneras.

—Me hago cargo... —suspiró, mirando de reojo su fotografía en el libreto—. Y temía que alguno de los rechazados, no se diera por vencido y la siguiera con su coche, ¿no?

—Exactamente, señora. Eso es justo lo que me dijo. Me pidió que fuera muy discreto.

—Y tú miraste a quién pertenecía el coche, aquí, en el ordenador de la Comandancia.
¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —confirmó Mario, mirando de reojo al capitán.

—No te preocupes. Eso lo hacemos todos, todos los días. No tengo que aclarar, que rechazo de plano el que se tome represalia alguna por lo que se diga en esta sala en respuesta a mis preguntas —exclamó, fusilando al capitán con la mirada.

—Esa advertencia es innecesaria, comisario, eso es una nimiedad ante la importancia de esta investigación. Además, como usted bien ha dicho, eso lo hacemos todos —intervino Basilio, ligeramente molesto por el comentario.

—Bien, Mario, ¿qué coche era y a quién pertenecía? —preguntó la comisario, muerta de curiosidad.

—Era un Citroën Xantia, blanco, y pertenecía a la Guardia Civil.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Laura, que se irguió sobre la silla, mientras el capitán se estiraba sobresaltado.

—¿La Guardia Civil de dónde? —inquirió, mientras comenzaba a palparle el pecho.

—Eso, el ordenador no lo dice.

—¿Y la llamaste para comunicarle lo que habías averiguado?

—No, no la llamé. Fui a su casa, quería volver a verla y tomarme otra cerveza con ella.

—Bien pensado, Mario —sentenció Laura sonriendo—. ¿Te invitó a otra cerveza?
¿Qué te dijo?

—Nos tomamos varias, porque ella al principio se sorprendió y...

—¿Cómo fue su reacción de sorpresa? ¿Se alarmó?

—Sí, levantó la cabeza de golpe y puso cara de extrañeza.

—¿Esas reacciones fueron muy marcadas? ¿Dedujiste que podía ocultar algo o temer algo de vosotros? —preguntó Laura precipitadamente.

—Yo, en aquél momento, no le di importancia. Pero claro, ahora, con esto que dice usted...

—Es decir que, según lo recuerdas ahora, esa reacción pudo ser la de una delincuente que temía que la Guardia Civil estuviera sobre su pista, ¿no?

—Sí, visto ahora, encaja perfectamente.

—Bien —dijo Laura, frotándose las manos—. ¿Qué sucedió después?

—Que entró en la cocina y salió con un jamón.

—¡Chica de recursos! —exclamó Laura.

Por primera vez, en esa tarde, en el despacho se oyeron las risas de los presentes ante la cara congestionada de Mario.

—Y estuvisteis comiendo jamón y bebiendo cerveza, ¿no?

—Cerveza, no. Abrió una botella de vino de reserva, dijo que el vino hacía mejor maridaje con el jamón.

—¡Vaya con la anarquista, subversiva y revolucionaria! ¿Qué le parece capitán?

—¡Una jeta! ¡Como todos los rojos! —afirmó el oficial, complacido por ser la primera vez, en toda la tarde, que la comisario pedía su opinión.

—¿Y de qué hablasteis?

—Ella cambió de actitud y dijo, en tono alegre, que se habría equivocado en sus apreciaciones sobre ese coche. Bromeó diciendo que con la música que hacían, no tenían fans picoletos.

—Y luego, ¿qué sucedió?

—Le dije que yo era un picoleta, que me gustaba mucho su música, que sabía muchos de sus temas de memoria y que los tocaba en casa con mi bajo.

—¿Tú también eres músico?

—Aficionado, no tengo banda.

—¿Y no te ha puesto un apodo tu Princesa?

—Sí, Hijo de la luna.

—¿Por qué?

—Porque esa noche había luna llena, y esa luna a ella le gustaba.

—¿No será también astrónoma? —añadió Laura con ironía—. Bien, continúa.

—Luego ella se puso seria, me dijo que a lo mejor la Guardia Civil la había confundido con alguien y me preguntó si podía averiguarlo.

—Y tú, ¿qué le contestaste? —inquirió la comisario, cada vez más intrigada, admirándose de la capacidad de manipulación de Sandra.

—Que no se lo garantizaba, pero que haría todo lo posible.

—¿Y después...?

—Retomó la conversación de la música y quiso saber cuál era el tema de su repertorio que más me gustaba. Yo le dije que “Último adiós”, de su álbum “Náufragos urbanos”. Entonces ella se estremeció y se quedó mirándome con sus ojos centelleando.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial ese tema? —preguntó Laura interesada.

—No tengo ni idea. Es un rock muy bueno, pero nada más. Supongo que para ella tendría un significado especial.

—¿Qué dijo después?

—Nada, me cogió de la mano y me llevó al escenario. Luego comenzó a encender los aparatos y me dejó su Sadowsky, mientras ella cogía una guitarra eléctrica.

—¿También toca la guitarra?

—La guitarra y el bajo son instrumentos muy similares...

—Bien, continúa, Mario.

—Después estuvo buscando una bobina de magnetófono que tenía solamente grabada la batería. La insertó en el Revox y me preguntó: “¿Te atreves tú solo con la “intro”?” Yo le dije que no, entonces ella me replicó: “Bien, la haré yo, a los tres golpes de baqueta entramos los dos y tú la cantas”.

—¿Y la cantaste?

—Sí, ella dijo que aún estaba un poco verde y que me había ido de nota varias veces, pero que había visto bajistas mucho peores que yo tocando en conciertos. Luego añadió: “Vas a tener que venir más veces, tengo que quitarte varios vicios y enseñarte a llevar la cuenta de los compases”

—Y claro, te enamoraste perdidamente de tu profesora, ¿no?

—Sí, señora, ¿es delito?

—Si eso fuera delito, hijo, yo tendría que llevar un montón de años en la cárcel — confesó suspirando—. Luego os despedisteis y saliste corriendo a la Comandancia a hacerle el encargo que te...

—No. Luego fue a la barra, cogió una botella de Jack Daniel's y empezamos a tomar tragos y a tocar hasta las tantas. El encargo se lo hice al día siguiente.

—¿Cómo?

—Llamé a un compañero de la academia, que está en un puesto con acceso a esa información, y le pregunté por ese coche. Al poco me devolvió la llamada y me dijo que estaba adscrito a los Servicios de Información.

—¿Para hacer qué? —preguntó enseguida Laura, que cada vez estaba más intrigada.

—Él, eso, no podía saberlo. Pero otro compañero y amigo mío sí, está destinado allí. Al rato me llamó y me dijo que los agentes que tenían asignado ese coche, andaban detrás de un asunto de tráfico de estupefacientes y que seguían a un traficante.

—¿No sabes cómo se llama el narcotraficante?

—No, eso no me lo dijo.

—¿Te acuerdas de la matrícula de ese coche?

—Ya no, cuando se lo conté todo a Sandra se encogió de hombros y dijo que se habría equivocado al pensar que la seguían. Al día siguiente rompí el papel donde lo había apuntado todo.

—Luego, la Princesa del blues sacó el jamón y el vino. Después le llegó el turno al Jack Daniel's, y... ¡A tocar hasta las tantas con su pupilo, el Hijo de la luna! ¿A que sí?

—Sí, señora.

—Pero, ¡qué lista es esa hija de puta! Y... ¡Qué tontos sois los hombres!

Al capitán se le estaba poniendo el rostro del color de la ceniza.

La referencia de Laura a la estupidez de los hombres y la astucia de Sandra, le había sentado como una bofetada. Pero nada podía hacer. Aparte de la advertencia que le había lanzado la comisario sobre las represalias, sabía de sobra que él habría hecho lo mismo que su subordinado.

—Lo que no entiendo es por qué no intentaste llevártela a la cama —preguntó Laura sin ruborizarse.

—Porque no me atrevía.

—¡Vaya! Mi más cordial enhorabuena por tu sinceridad. Eres el primer hombre que he conocido, en toda mi vida, que reconoce eso en público. Me estás empezando a caer bien —le dijo a Mario, dedicándole una sincera sonrisa.

El joven guardia civil se removió en la silla, se sentía incómodo por la conversación, a la vez que preocupado por el futuro de Sandra, sobre el que comenzaban a adivinarse oscuros nubarrones.

—Capitán, creo que tengo que pedirle un favor —pidió Laura, mirando al oficial.

—Usted dirá, señora —se apresuró a contestar aliviado, pues hasta ese momento lo había mantenido al margen.

—Aunque eso nos puede pasar a cualquiera, está claro que Mario cayó en una trampa. Ese coche la inquietó por algo, y eso es lo que tenemos que averiguar. ¿No sé si usted comparte esa opinión? —preguntó al capitán.

—Totalmente, comisario.

—No tenemos la matrícula del Xantia, para verificar en los archivos a qué seguimientos se ha destinado. Algo imprescindible, si queremos conocer el nombre del sospechoso y su domicilio. Pero tenemos al agente de los Servicios de Información, compañero de Mario, que en su día le suministró ese dato, quizá él pueda hacer memoria y aportarnos alguna reseña. Ese es asunto de ustedes, capitán, y ese es el favor que le pido.

—Déjelo de mi mano.

—Dejado está, cualquier obstáculo que le pongan sus superiores o cualquier represalia que tomen contra usted, Mario, o sus compañeros consultados, comuníquemelo inmediatamente. En este asunto, tal y como le dije por teléfono, tengo el respaldo expreso del director general de la Policía. Está muy presionado por el ministro del Interior, a causa del cachondeo que hay en la calle por culpa de esa señora, quien quiera que sea.

—En cuanto tenga esos datos que me pide, se lo comunicaré.

—A cualquier hora del día o de la noche. No hable de este asunto con nadie más que conmigo o con el inspector Lafuente. En estos momentos, ustedes son lo único que tenemos.

—No le defraudaremos, señora —replicó Basilio, enardecido por las últimas palabras.

—Mario, tú no cambies de hábitos ni de costumbres. Sigue exactamente igual que hasta ahora en tu relación con esos músicos, y muy especialmente con Sandra. Ten mucho cuidado porque esa mujer es muy lista. Hasta que hagamos algunas averiguaciones, tiene que ser así. Cualquier duda que tengas, consulta con tu capitán, él te la despejará. Y... ¡Ten los ojos bien abiertos!

—Sí, señora.

—¿Sabes actuar? ¿Disimulas bien? —preguntó Laura a Mario, con escasa convicción, mientras lo observaba atentamente.

—Supongo que sí —replicó, al tiempo que se encogía de hombros.

—No estamos para suposiciones, cualquier fallo en este asunto traería consecuencias fatales para ti, para tu capitán y para mí. Si no estás seguro, dilo y te destinaremos temporalmente a algún servicio fuera de Guadarrama. Esa mujer no puede sospechar, bajo ninguna circunstancia, que andamos tras ella.

El capitán dio un respingo y se irguió sobre su silla, mientras fusilaba a Mario con la mirada. Si eso sucedía, él no tendría protagonismo ninguno en este asunto. Sin embargo, si las fuerzas bajo su mando participaban en la captura de la Motorista, tendría repercusiones en toda España. Mario era la llave para el ansiado ascenso que llevaba años esperando.

—No fallaré —se apresuró a decir, dando a su voz la mayor firmeza que pudo, para alivio de su superior.

—Si Sandra fuera la Motorista, pudiéramos demostrarlo y proceder a su detención, los aquí presentes nos cubriríamos de gloria. ¡Eso lo garantizo! —sentenció rotunda, para levantar la moral, mientras se ponía en pie.

Laura había hecho varios cursos de psicología y era experta en combinar las amenazas con las recompensas, el palo y el caramelo. Nunca fallaba.

—¿Me prestas tus discos? Los copio y te los devuelvo.

—Se los regalo, tengo más en casa.

—Te debo una cerveza. Quiero escuchar cómo toca la Princesa del blues... Especialmente el “Último adiós” que tanto la emociona.

Laura y el inspector jefe Lafuente se dispusieron a abandonar la Comandancia, para subir en un coche que los llevaría hasta el helicóptero, acompañados por Basilio.

A Laura no le gustaba volar de noche.

Un escalofrío recorría siempre su espalda, cuando intentaba rasgar con sus ojos el negro velo de la oscuridad. Le gustaba ver lo que tenía delante, especialmente en zonas montañosas.

Gracias a Dios, lucía una preciosa luna llena que bañaba con su luz la serranía. Se despidió de su anfitrión y salió a la noche de Guadarrama. El frescor la hizo estremecer, mientras rumiaba todo lo que habían escuchado sus oídos.

—Es ella, estoy segura —sentenció en su pensamiento, mientras subía al todoterreno que había puesto a su disposición el capitán—. Ahora viene lo más delicado, demostrarlo.

Su cabeza fue a dar a Mario y al trabajo que le había encomendado. Parecía honesto, sería un buen guardia civil, de eso no tenía duda. Pero lo que necesitaba en esos momentos no era a un chico íntegro y formal de veinticinco años, sino a un hombre astuto y experimentado.

Pero como ocurría tantas veces en la vida, cuando se necesitaba algo era cuando no se tenía. El destino reparte la baraja y hay que jugar la partida con las cartas que caen en suerte.

—Esto, el sinvergüenza de mi marido me lo bordaba —pensó.

Laura se imaginó a Johnny con su Selmer Bundy colgando de su cuello, haciéndose un porro de marihuana con todo desparpajo y pasándoselo luego a la tal Sandra, para fumárselo a medias.

Luego arrugó el hocico al imaginarse a ese animal sexual, de pelo rubio y curvas de pantera, subida a horcajadas sobre su marido, tocando su violín y agitándose como una posesa.

—Y encima, Johnny, aparte de tragarse entero el repertorio, la acompaña en el “polvo de la muerte” con su saxofón —razonó para su colete, segura de lo que decía—. Eso, contando con que luego no se vayan juntos a dar el próximo golpe —añadió, todavía más segura de lo que decía.

El estruendo de los rotores del helicóptero la sacó de sus pensamientos y se abrochó el arnés de seguridad.

—La Princesa del blues —musitó, asombrada por lo que habían escuchado sus oídos, admirada por lo que habían visto sus ojos en la carátula de un disco, y excitada por lo que había deducido su entendimiento.

Laura miró sonriendo al inspector Lafuente.

—Una cena a que es ella, Juan.

—Ya sabes que no apuesto contigo, tu padre siempre ha dicho que tienes algo de bruja.

El aparato se echó a volar al aire de Guadarrama y puso rumbo a Canillas.

Mario miró el reloj.

La medianoche de ese viernes interminable había sido sobrepasada con creces. Había estado desde las siete de la tarde con los nervios en tensión, contestando al bombardeo de preguntas al que lo había sometido la comisario. Cinco horas de interrogatorio ante la amenazadora mirada de su capitán.

Dirigía sus pasos, como siempre, hacia el Corazón de metal. Caminaba como un autómatas, rumiando sus pensamientos e intentando que el aire fresco de Guadarrama despejara su cabeza y aflojara sus nervios.

De repente se detuvo.

A esa hora la Princesa estaría allí, sentada a la barra con su cerveza de la mano. Un escalofrío recorrió su cuerpo, al caer en la cuenta del trabajo que le habían encargado. No estaba preparado para enfrentarse a Sandra.

Cambió sus pasos y se encaminó hacia otro bar de copas, necesitaba estar solo y pensar.

Mario no había entrado en la Guardia Civil por vocación, sino para huir del cubo de cemento y los ladrillos que, como peón de albañil, había acarreado por millares desde los dieciséis años.

El “Todo por la Patria” le traía sin cuidado y, cuando sus superiores se lo recordaban, él siempre replicaba para su colete; “todo por el rock and roll.”

Llegó al Mojitos, abrió la puerta y entró. Al momento estaba saboreando un Jack Daniel’s, bebida oficial de los rockeros, pensando en Sandra.

La comisario de la Policía Nacional le había pedido su lealtad y discreción, pero lo que esa mujer le estaba pidiendo realmente era mucho peor; que se arrancara el corazón del pecho y se lo entregara a ella.

Porque su corazón solamente tenía una dueña; la fascinante mujer que, meses atrás, había forjado el más hermoso de sus sueños a golpe de cuerdas de su Sadowsky, en el escenario de un granero rehabilitado, con un vaso de bourbon en la mano.

Construyó ese sueño tras la primera noche que tocó con Sandra, lo construyó en la soledad de su dormitorio, pensando en ella. Y desde ese momento lo recreaba en su imaginación, noche tras noche, pues no podía concebir sueño más hermoso;

El Hijo de la luna se limpiaba el sudor de la frente con el antebrazo derecho. La muñequera estaba ya empapada, el concierto de la Metal Blues Band estaba llegando a su fin y ya solamente quedaba el tema de despedida. Se había estado moviendo sin parar, desde que la ronca voz de Jaime golpeara el micrófono con su: “Al caer la noche, tu alma empieza a bailar/al caer la noche los lobos empiezan a aullar/y bajo la luna, mi vida hoy vuelve a empezar”, tema con el que abría cada actuación.

Palabras mágicas que hacían que cada velada centenares de jóvenes, que se hacinaban en los bares y pubs de toda España, comenzaran a rugir.

Pese a que esa noche tocaban al aire libre, los potentes focos del escenario habían estado torturando a Mario, arrancando a su piel hasta la última gota de sudor, que acababa resbalando por sus dedos hasta las cuerdas de su inseparable Sadowsky. Luego, a golpe de corazón, ese sudor se fundía con el rock que sus manos arrancaban a las entrañas del bajo.

Los aplausos y los gritos cesaron y Jaime comenzó, como hacía en cada concierto, a presentar a sus músicos.

En seguida le llegó el turno a Mario, se acercó y se situó tras él con Sandra a su lado sonriendo. Jaime colocó una mano sobre su hombro y con la otra señaló a la luna, que brillaba en lo alto.

—¿Veis esa luna? —preguntó el jefe a las multitudes, que levantaron al unísono sus cabezas hacia el cielo—. Pues, ¡aquí tenéis a uno de sus hijos!

Entonces, Mario hacía gemir a su Sadowsky, mientras Oso le dedicaba un redoble.

—¡Mario! ¡Hijo de la luna y del rock and roll! —aullaba Jaime, al tiempo que un griterío ensordecedor saludaba al bajista.

Luego Jaime se situó en medio del escenario, contempló a las multitudes que aguardaban impacientes y acercó la boca al micrófono. Era la hora de la despedida, al día siguiente les esperaba un largo camino. Después, otra tierra, otro público, otro escenario... Pero una única pasión; el rock and roll.

Sus palabras inundaron el aire;

—¡Por vosotros!

Miles de manos se izaron al unísono.

Miles de encendedores rompieron con sus llamas la negrura de la noche.

Y miles de gargantas desterraron al silencio.

Los primeros compases del tema de cierre, “Esto es rock and roll”, otra noche más, siguieron construyendo la leyenda.

Ahora tenía que elegir; o la Guardia Civil, o ese sueño. Ambas cosas eran incompatibles.

Alertar a Sandra del grave peligro que corría, constituía alta traición y un pelotón de fusilamiento, según le había advertido la comisario esa misma tarde. Y esa mujer no tenía pinta de hablar por hablar. Y aunque eso era evidentemente una exageración, lo que sí estaba claro es que, aparte de su expulsión del cuerpo, podía dar con sus huesos en una prisión militar.

A él, realmente le daba igual que Sandra fuera la Motorista o no. Es más, el hecho de que eso pudiera ser cierto aumentaba la aureola de misterio y fascinación que envolvía a esa mujer.

Mario se deshacía en un mar de dudas. La comisario confiaba en él y había dicho que lo defendería frente a todos, tenía el respaldo del director general de la Policía.

Al pronunciar esas últimas palabras le entró de nuevo un escalofrío. Ese asunto era un asunto de Estado, por tanto, su traición era una traición a España.

La duda le atenazaba el pecho.

Por un lado estaba su corazón, con Sandra y el rock and roll campando a sus anchas.

Por otro lado su cabeza, que le recordaba sus obligaciones expresadas con toda claridad, esa misma noche, por su capitán y por la comisario Bernal.

Y no había término medio; o desahuciaba a unos o a otros.

Mario tenía sus ojos cerrados a causa de la concentración.

Entonces apareció su sueño.

Miles de manos se izaron al unísono.

Miles de encendedores rompieron con sus llamas la negrura de la noche.

Y miles de gargantas desterraron al silencio.

Día cuarto
Sábado

Laura no podía conciliar el sueño.

Había dejado la persiana de su dormitorio levantada, para continuar contemplando la luna que llenaba de luz la habitación, y no había pegado ojo en toda la noche. Sandra no se le iba de la cabeza.

Las primeras claridades del nuevo día comenzaron a tomar el relevo, anunciando la llegada del alba. Ese sábado se presentaba ajetreado. Se levantó de la cama y se dirigió a la ducha. En el momento en que el agua empezó a refrescar su cuerpo, su cabeza se comenzó a recalentar.

—Sandra estaba enamorada de Charly —dijo Laura, al tiempo que se enjabonaba—, que se suicidó en su celda de la prisión, en la que ingresó a consecuencia de un hurto en una joyería. Ella aún no lo ha superado y, sorprendentemente, no ha tenido desde entonces ninguna otra relación. Lo que nos indica la posible existencia de un trauma emocional. Eso nos daría el móvil; la venganza y el desafío a la Policía. Es una especie de; “¡A ver si me pilláis a mí, maderos!”

La comisario tenía el ceño fruncido. Estaba recopilando, de su memoria, todo lo que había escuchado en Guadarrama.

—Los atracos coinciden, en lugares y fechas, con los conciertos de la banda en la que toca. Además, las joyerías están próximas a los bares donde han actuado.

Según iba atando cabos, se iba convenciendo de que estaba sobre la pista correcta.

—Sandra es una superdotada, segura de sí misma y autosuficiente. Carece de prejuicios, pues es contestataria hacia nuestro modelo social, tal y como acredita su trayectoria personal y política.

Lo que Laura ya tenía claro, era que en Guadarrama estaba la punta del hilo. Y no tenía más que comenzar a tirar, tal y como estaba haciendo en ese momento, para desenrollar la madeja.

—Es motera, experta en conducción en condiciones adversas, y su estatura y complexión física coinciden con las de la Motorista, a juzgar por lo que se ve en los vídeos grabados por las cámaras de seguridad.

Entonces se acordó de los dos discos que había dejado sobre el mueble de su cadena musical, al regresar de Guadarrama. Salió de la ducha, se puso una camiseta y unos pantalones cortos, y se dirigió disparada hacia el salón.

Comenzó a estudiar los títulos del álbum “Náufragos urbanos”, hasta que dio con el que le interesaba.

—“Último adiós” —leyó.

Luego sacó el CD de su funda y lo insertó en la cadena de alta fidelidad.

—¿Por qué Sandra se estremeció y sus ojos comenzaron a centellear, cuando Mario le propuso tocar este tema? —se preguntó intrigada, poniendo en marcha el aparato.

Los prodigiosos dedos del Niño acariciaron, desde la inmortalidad de unos surcos de luz, las cuerdas de su Gibson. El vientre de la guitarra, con sus voluptuosas formas de mujer, respondió con un lánguido y sensual gemido.

—Esta debe de ser la “intro” que no se atrevió a tocar Mario y tuvo que interpretar ella —sentenció Laura, mientras sus oídos escuchaban unos suaves acordes que le recordaron a las películas del oeste.

Al momento, se oyó con toda nitidez el sonido de las baquetas al chocar varias veces y, acto seguido, los bafles de la cadena musical comenzaron a vibrar con los golpes de batería.

—Esto es un rock and roll. Tocan bien, pero yo no le veo nada en especial —dijo, sin perder detalle de la música.

Se concentró en la letra de la canción.

—“*El horizonte en sus ojos*”, ¿y qué? —se preguntó pensativa—. “*Llega el sonido de un banjo, leyendas de forajidos, balas silbando al pasar...*” —esto no tiene ningún sentido especial, es una canción como otra cualquiera—. “*Hombres vestidos de negro...*” “*la luna llena les guía...*”

Laura se sobresaltó.

—¡La luna llena les guía! —repitió pensativa, masticando las palabras—. A Mario le puso el apodo de Hijo de la luna porque, según le explicó, esa noche había luna llena. Y a ella, esa luna le gustaba.

Comenzó a pasearse nerviosa por la estancia, intentando buscarle a eso algún sentido.

—¿Por qué te gusta tanto la luna llena, Princesa? —se preguntó en la soledad de su salón, con el rock and roll entrando en sus oídos—. Lo que está claro es que ahí puede existir una clave.

Luego su rostro se contrajo con el rictus de la muerte, a causa de un presentimiento que golpeó su cerebro de policía.

Se abalanzó sobre el teléfono y comenzó a marcar. Mientras oía los tonos de llamada, giró la cabeza hacia el gran ventanal de su casa y contempló obnubilada la luna llena de esa noche que ya agonizaba. Y... ¡Habían atracado una joyería en Santiago!

—Juan, soy Laura, ¿te he despertado?... ¿Dices que estabas desvelado?... ¡Igual que yo! Escucha, ¿tienes ahí, en tu casa, las fechas de los atracos de la Motorista? —preguntó, rezando para que así fuera.

Eran muchas, las broncas que cariñosamente había echado al inspector por llevarse trabajo a su domicilio. Juan Lafuente era el colaborador más serio, leal y competente que tenía. Tras la prematura muerte de su esposa, se refugió en el trabajo. Y Laura, que por encima de todo era amiga de sus hombres, luchaba de todo corazón para que Juan superara ese bache y la vida volviera algún día a sonreírle.

—¡Gracias a Dios! —replicó, cuando oyó de nuevo la voz de su inspector jefe a través del auricular—. Te voy a hacer un encargo muy extraño, lo reconozco, pero intuyo que es importante. Quiero que cotejes las fechas de los atracos con un calendario de fases lunares, puedes consultarlo en Internet. En cuanto tengas algo, llámame a mi casa. Estaré esperando.

Luego colgó el teléfono, pensativa y excitada.

—Mi padre siempre dice que algunas veces parezco bruja, ojalá que esta vez tampoco se equivoque. Puede que esa no sea una prueba de cargo ante un tribunal, pero para mí sería una prueba irrefutable de certeza.

Para hacer tiempo, decidió escuchar el disco desde el principio, quizá encontrara más cosas.

Cogió en sus manos el libreto y, una vez más, se recreó con la fascinante mujer que había convertido su vida en un permanente quebradero de cabeza, hasta tal punto de convertirse en un problema de Estado.

—¡Qué buena está! —musitó con admiración. Esa forma de expresarse, era el precio a pagar por estar todo el día entre hombres.

Luego su cabeza comenzó a bullir, mientras su cerebro intentaba reconstruir su vida a partir del relato de Mario, pintando con su fantasía los más dispares escenarios.

Se la imaginaba con dieciséis años, desnuda en la gran cama de su apartamento de París, rodeada de estudiantes de cuerpos atléticos...

En Nueva York, de compras por sus avenidas donde se ubicaban las tiendas más prestigiosas...

En España, galopando a lomos de un hermoso caballo blanco por las propiedades de su familia.

Y... galopando sobre Charly, con su violín al cuello, tocando esa misma música que ahora estaba oyendo, mientras sus caderas se agitaban frenéticamente.

—“El polvo de la muerte” —musitó Laura—. Es ella, tiene que ser ella.

El estridente sonido del timbre del teléfono rompió el hechizo. Se abalanzó de nuevo sobre el aparato y descolgó con el pulso a punto de desbocarse.

De repente, su rostro se iluminó por el triunfo.

—¿Estás completamente seguro...? ¡Entonces es ella! ¡No tengo ninguna duda! ¡Ya la tenemos, Juan! —exclamó excitada, al recibir la confirmación de que todos los atracos se habían llevado a cabo en las primeras horas del día que ponía fin a una noche de luna llena.

En el pecho de Mario nació una extraña determinación. Había estado bebiendo durante toda la noche y los camareros estaban ya barriendo el establecimiento.

La Princesa del blues se quedaba en su corazón.

El Hijo de la luna se levantó con decisión, apuró de un trago el vaso, pagó la consumición y abandonó el local con el corazón sonando como un tambor. La excitación se había apoderado de todo su ser, ante los acontecimientos que estaba a punto de desencadenar.

—¡Todo por el rock and roll! —exclamó al salir a la calle.

Mario se sorprendió, ya se veía con luz natural y el día no tardaría en despuntar. Se levantó el cuello de la cazadora, para resguardarse del frescor de la madrugada de la sierra, y se puso en camino hacia el embalse.

Se había hecho a la idea de hacer tiempo paseando por los contornos, en espera de que Sandra se levantara. Pero eso le daba igual, estaba acostumbrado a hacer guardias en la Comandancia por obligación y ahora de lo que se trataba, era de hacerlas por devoción.

Sandra hacía poco que había llegado, la velada se había prolongado en el Corazón de metal, como siempre.

Había subido a su estudio con la botella de bourbon de la mano y, en ese preciso instante, se estaba sirviendo su enésimo trago, con un cigarrillo prendido en los labios y con Fuego dormitando a sus pies.

Pese a que la noche anterior se había acostado muy tarde, tras finalizar su concierto en Santiago de Compostela, no tenía sueño.

El corazón de Mario dio un brinco y un excitante escalofrío recorrió su espina dorsal.

El granero estaba iluminado, Sandra estaba despierta.

Al momento, el guardia civil apretaba el pulsador del timbre.

La bajista se irguió sorprendida y miró su reloj de pulsera, no esperaba ninguna visita a esas horas. Se asomó recelando por el ventanal, estaba amaneciendo y ya se distinguían los objetos con nitidez.

—¿Mario? —preguntó extrañada al reconocerle.

—Sí, soy yo, Sandra. Abre, tenemos problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó extrañada.

—Los maderos andan detrás de ti. Baja y abre la puerta.

—¿Y qué quieren? —le espetó, nada más abrir el pesado portón de madera, después de bajar los peldaños de las escaleras de dos en dos.

—Creen que tú eres la Motorista, la atracadora de joyerías —explicó Mario, atropellando las palabras, tras entrar en el granero.

—¡Dios santo! —exclamó Sandra atónita—. ¿Y cómo han llegado a esa conclusión?

—Atando cabos...

—¿Y qué cabos han atado?

—Es largo de explicar, no sé por dónde empezar.

—En esos casos, lo mejor es empezar por el principio —sentenció, al tiempo que entraba detrás de la barra y cogía un vaso—. Vamos, ven conmigo, estoy arriba —le pidió, invitándole con la mirada a que subiera las escaleras delante de ella.

Mario subía los peldaños expectante y pensativo, su cerebro intentaba estructurar las ideas para hacerle una exposición ordenada de los acontecimientos.

Al llegar arriba se quedó impresionado por el buen gusto y por la sensación, cálida y acogedora, con la que fue saludado. Nunca había subido al desván.

Las viejas vigas restauradas de la techumbre, construida a dos aguas, se podían tocar con la mano en la parte más baja. En ambos extremos se abrían sendos ventanales acristalados, protegidos por bonitos estores que en ese momento estaban recogidos.

El granero estaba emplazado en un alto y, por el ventanal del naciente, se veía una inmensa alfombra de luces; la gran urbe de Madrid, con sus cientos de urbanizaciones aledañas.

Al poniente, en un sugerente contraste, la oscuridad de la serranía, que comenzaba a batirse en retirada, era la única protagonista.

Pero lo que más impactó a Mario, fue la piscina.

Estaba empotrada en una plataforma de madera de teca que ocupaba todo un lado del desván. Unos peldaños corridos servían para superar cómodamente el desnivel.

La piscina tenía cinco metros de largo, tres de ancho y un metro de profundidad. Moría junto al ventanal que daba al naciente, aunque dejaba un pequeño espacio ocupado por una mesa muy baja escoltada por dos cojines.

Ese lugar era uno de los preferidos de Sandra, por las vistas que desde allí se contemplaban.

Un lateral de la piscina lindaba con una barandilla de grueso cristal, que la separaba de la parte del granero que estaba sin doblar. Desde el agua se veían perfectamente el escenario y la barra.

Dos colchones de látex, con sus juegos de cama, se asentaban directamente sobre la plataforma de teca, junto al otro borde de la piscina.

—Mi cama y la de mis invitados —explicó ella, al ver a Mario mirando con curiosidad.

La parte del desván que hollaban sus pies, a un nivel inferior, albergaba una larga mesa apoyada sobre dos borriquetes, todo ello también construido en teca. Sobre la mesa descansaba el ordenador y, al lado, una torre de aparatos musicales.

La iluminación indirecta se difuminaba por la estancia, comunicando una calidez que invitaba al recogimiento.

—Bien, ¿qué ha sucedido? —preguntó Sandra, sacándolo de su ensimismamiento.

—Que los maderos están detrás de ti... —dijo él titubeando.

—Eso ya me lo has dicho en la puerta, ¿no puedes ser más explícito?

—Sí, pero es muy largo de contar...

—Eso también me lo has dicho, no tenemos prisa.

—Es que estoy nervioso, si me pillan me fusilan.

—¿Estás nervioso? Un hijo de la luna no puede estar nervioso, vamos a arreglarlo.

Sandra se dirigió a la torre de aparatos musicales, coronada por un magnetófono Revox, gemelo del que tenía en el escenario. Escogió una bobina de una estantería, repleta de ellas, y la insertó en el eje.

—¿La Metal Blues Band? —preguntó Mario.

—¡Dios, no! Has dicho que estabas nervioso —replicó ella sonriendo, sin contestar a su pregunta.

Al momento, mil violines se adueñaron del estudio.

—¿Una orquesta? —preguntó asombrado.

—Una sinfónica de cuarenta violines, arpa, piano y otros treinta instrumentos de cuerda. Doce instrumentos de viento de madera, doce de viento de metal, timbales y varios instrumentos más de percusión. Es la orquesta sinfónica de la Princesa del blues, ¡me ha costado un “huevo” grabarlo! —exclamó riendo, con voz de triunfo.

—¿Has hecho esto... ¡Tú sola!? —preguntó Mario, con los ojos fuera de sus órbitas.

—Fuego me ha ayudado —replicó, mirando al gato siamés tumbado en su cesta, ajeno a todo—. Cojo mi Stradivarius y grabo en el ordenador el concierto entero, en formato digital. Cuando he acabado, vuelvo a comenzar de nuevo y... ¡Así, cuarenta veces! Ya tenemos los cuarenta violines, luego le toca el turno al contrabajo y... ¡Vuelta a empezar! Así con cada instrumento, lo mezclo en el ordenador y lo paso a la bobina, me gusta ver cómo da vueltas.

—¡Joder tía! Y, ¿cuánto tardas?

—Meses, pero no tengo ninguna prisa. Lo que estás oyendo está interpretado por los mismos instrumentos que componen la Filarmónica de Viena. Tengo en el ordenador el Concierto de Año Nuevo de Viena de 1987, dirigido por Herbert von Karajan... ¡Con imágenes! También tengo las partituras. Me pongo el concierto, sin sonido por supuesto, cojo la partitura, y sigo la batuta de Karajan como si estuviera allí sentada, frente a él.

—¡Joder! —repitió admirado, pensando en el sufrimiento que le había costado a él, aprender de oído a pisar con torpeza las cuatro cuerdas de su bajo—. ¿Tienes aquí todos esos instrumentos? —preguntó estupefacto.

—Sí, abajo, escondidos en las tripas del Roland. Estamos en la era de la tecnología, el sintetizador hace milagros —explicó riendo—. ¿No te gusta la música clásica?

—No la he escuchado nunca, a mí me gusta el rock y el blues.

—Nadie llegará nunca a nada en el rock y en el blues, si no le gusta la música clásica. Esta no es una opinión, es una sentencia inapelable. Por tanto, escucha mi concierto.

—De acuerdo, así me relajo.

—Creo que todavía falta algo para que el Hijo de la luna esté relajado —dijo, al tiempo que sus dedos comenzaban a sacar de los ojales los botones de su camisa.

Luego le tocó el turno a los de su pantalón vaquero. Por último, le bajó delicadamente los calzoncillos.

Mario se había quedado como una estatua de sal.

Luego Sandra le cogió la mano, subió los escalones de teca, lo llevó hasta el borde de la piscina y le dio un empujón.

—¡Está tibia!

—Está en su punto, el agua excesivamente caliente no relaja —replicó ella, luego cogió una pequeña caja de madera, la botella de bourbon y los vasos, y se dirigió hacia el gran ventanal del naciente.

—Antes de mojarme las manos, voy a fabricar unos porritos —dijo, sentándose en una de las almohadas y depositando la caja de madera sobre la mesita. Luego la abrió y sacó unos cogollos de marihuana y un librito de papel de fumar.

Mario seguía la ceremonia sin quitar ojo de los dedos de Sandra, que se movían con la rapidez y habilidad de un prestidigitador.

Luego, se le paró el corazón.

Sandra acababa de quitarse su larga camiseta, y un imponente cuerpo de mujer se recortaba contra la alfombra de luces que se desplegaba en el horizonte.

Sus pechos, abultados y duros, culminaban en afilados pezones. Y el vello de su sexo, rubio como el trigo, estaba cuidadosamente recortado. Sus sugerentes curvas, las estilizadas piernas, y la dureza de su cuerpo, hacían de ella un sueño hecho carne.

Entonces Mario se quedó obnubilado. Un pentáculo tatuado en la piel, del que hablaba todo el mundo pero que nadie había visto nunca, se exhibía ante sus ojos fundiéndose con el vello.

—Nunca llevo bragas en casa —informó ella, al ver a Mario contemplándola sin pestañear—. No te quedes ahí como un pasmarote, vente a este lado conmigo. Aquí es donde tenemos las provisiones —añadió, mientras se metía en el agua y se sentaba.

Acto seguido cogió un cigarro de la caja y lo prendió.

—Podía haber venido nadando —comentó Mario asombrado, cuando llegó a su lado.

—Nadie te lo ha impedido —le replicó ella, pasándole el cigarro—. Llena tú los vasos, no querrás que lo haga yo todo.

Mario le dio una larga calada al cigarro y bebió un trago para recomponer el porte. Lo que estaba sucediendo, no lo había imaginado ni en sus mejores sueños.

—Vuélvete de espaldas y siéntate entre mis muslos —le pidió ella. Luego lo rodeó con brazos y piernas, y comenzó a acariciarle el pecho con sus manos.

Mario contemplaba embelesado el imponente paisaje que se abría en la lejanía, mientras mil violines lo arrullaban.

—¡De Madrid al cielo! —rió Sandra—¿Estás ya relajado, Hijo de la luna?

—¡Dios! ¡Sí! —exclamó por toda respuesta.

—Pues empieza por el principio. ¿Por qué han llegado a la conclusión de que yo soy la atracadora de joyerías?

—Por la furgoneta, han cruzado datos. Los permisos que pedís para carga y descarga, en zonas peatonales, coinciden en fechas y lugares con los atracos a las joyerías.

—¡Joder! ¡Cómo lo sabía!

—Pero... ¿Eres tú? —preguntó asombrado.

—No digas bobadas, ¿tengo yo pinta de atracadora? Es una seguidora nuestra.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque lo hemos deducido, según regresábamos de Santiago. Lo oímos por la radio, como otras veces, nos sorprendió y nos estuvimos riendo porque la pasma iba a pensar que éramos nosotros.

—Pues eso es exactamente lo que han pensado.

—Se equivocan, a las cinco de la madrugada entramos en el hostel, yo me acosté nada más llegar y me levante casi a las once de la mañana.

—Pero han estado atando más cabos...

—¿Quién?

—Una comisario de Madrid, que llegó ayer por la tarde en un helicóptero. Como saben que yo soy amigo tuyo, han estado cinco horas bombardeándome a preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Sobre la Metal Blues Band y sobre ti.

—¿Y qué les has dicho?

—Yo... bueno... me encerraron en un cuarto con mi capitán delante. La comisario preguntaba, mientras otro madero tomaba notas. Yo solo les dije lo que sabe todo el mundo...

—No te preocupes, me hago cargo. Pero, exactamente, ¿qué te preguntaron?

—Muchas cosas. ¡En cinco horas...!

—Ya me lo has dicho, tenemos todo el tiempo del mundo... ¡Empieza!

Laura había encontrado la relación entre la luna llena y los atracos a las joyerías. Ese interés por la luna llena, también explicaba que sus ojos centellearan cuando Mario le pidió tocar el “Último adiós”.

La cadena musical reproducía ese tema una y otra vez. Y, una y otra vez, Laura lo escuchaba sin pestañear.

—“La luna llena les guía” —dijo, repitiendo fascinada la letra de la estrofa del rock and roll que sonaba en sus oídos—. ¿Les guía hacia dónde?

Pero eso tampoco explicaba el porqué de ese interés.

Un relámpago iluminó su entendimiento, se levantó de un salto del sofá del salón y se dirigió a su despacho. Nada más sentarse en el sillón, encendió el ordenador.

Cuando la máquina concluyó sus tareas de arranque, se conectó a Internet.

—Suicidio de reclusos en Alcalá-Meco —dijo, según tecleaba en el buscador.

Sus ojos comenzaron a explorar rápidamente la información, hasta que dio con algo que le llamó la atención. Accedió a esa página y comenzó a leer con avidez.

—Juan Carlos Martín, condenado por hurto en una joyería de Madrid. Apareció ahorcado en la litera superior de su celda, a la hora del recuento, el día veintiocho de marzo de 2002. ¡Este es Charly! —exclamó excitada.

Cerró apresuradamente esa página y accedió de nuevo al buscador.

—Calendario lunar —tecleó nerviosa.

Durante unos segundos estudió el programa, era muy sencillo e intuitivo. En seguida adivinó el funcionamiento de la aplicación.

—Veintiocho de marzo de 2002 —dijo, mientras tecleaba introduciendo la fecha.

Al momento, una gran luna llena ocupaba toda la pantalla de su ordenador, mientras el vello de su cuerpo se erizaba.

—¡Joder! —exclamó, dando un respingo—. La noche en que se suicidó Charly había luna llena.

Se levantó y comenzó a pasearse pensativa por el cuarto. De repente se paró.

—La Motorista... ¡Es una psicópata! —exclamó.

Luego empezó a calibrar las consecuencias de ese descubrimiento y al momento recordó las palabras de Johnny.

—Mi marido me lo ha estado repitiendo, una y otra vez; no lo hace por dinero, es un delincuente en serie —reconoció con auténtica admiración.

Después se alarmó al acordarse de Mario.

— Hay que alertar a Guadarrama. No quiero poner en peligro a ese chico, aún está muy verde.

Laura estaba realmente preocupada. Aunque Sandra parecía inofensiva, y no se le conocía ningún delito de sangre, lo cierto es que no podía fiarse.

—Mario ha de trabajar, manteniéndose a una prudente distancia de esa depredadora —sentenció.

Mario continuaba en su feliz cautiverio.

La piscina era su prisión.

Unos muslos de mujer, los barros.

Y Sandra, su carcelera.

Frente a ellos, a través del ventanal de poniente, los primeros rayos de sol del nuevo día iluminaban, con su tibia luz, las cumbres montañosas de la Sierra de Guadarrama.

La bajista de la Metal Blues Band continuaba abrazada a la espalda de Mario, con el agua por los hombros.

Había estado escuchando atentamente el largo relato de su invitado. A la botella solamente le quedaban dos dedos de licor y la caja de madera estaba vacía. Se habían fumado toda la marihuana.

Mario flotaba en una nube, con la piel de su cuerpo arrugada por la larga estancia en el agua.

—Conoces mi vida mejor que yo —dijo Sandra riendo, cuando Mario acabó de hablar.

—Eso lo saben todos los clientes del Corazón de metal, Charly lo contaba...

—Lo sé, Charly era así —musitó—. “El polvo de la muerte” —dijo Sandra riendo—. No es para tanto, siempre fue un poco cobardica, pero yo le quería. Aún no sé qué le vi, y ya nunca lo sabré —confesó, con su mirada perdida en la lejanía—. Y ahora me entero de que un picoletto se ha enamorado perdidamente de mí...

—¿No lo habías sospechado nunca?

—Lo supe desde el momento en que te subiste a mi escenario, pero me gusta oírtelo decir a ti.

Un silencio se adueñó del desván, solo roto por la orquesta sinfónica de la Princesa del blues que aún seguía la batuta de Karajan.

—¡Vamos, hombre! ¡Dímelo!

—Te quiero.

—Gracias, Hijo de la luna, pero yo no puedo corresponder a tu amor.

—¿Por Charly?

—Agente picoletto de la Comandancia de Guadarrama, te ordeno que te desenamores de mí... ¡Ahora mismo! —bromeó a su oído, poniendo voz autoritaria, sin responder a su pregunta.

—No puedo.

—Entonces te tocará sufrir. ¿Lo sabes, no?

—Me da igual —replicó él, encogiéndose de hombros.

—Pero a mí no, todo lo que vemos con nuestros ojos, todo lo que acariciamos con nuestras manos y todo lo que amamos con nuestro corazón, es un puro espejismo. Todo lo que nos rodea es mentira. Lo que nos regala el sol por la mañana, la luna traidora... ¡Nos lo quita por la noche! —musitó, perdiendo su vista en la serranía—. Descríbeme a Laura —pidió de repente.

—Es de tu estatura, rubia castaña, ojos verdes, de unos cuarenta años y... ¡muy mandona!

—¿Cómo viste?

—Llevaba el uniforme.

—¿Está buena?

—No como tú, pero se tiene...

—¿Un revolcón?

—Sí.

—¡Vamos! Levanta el culo, picoletto.

—¿Adónde vamos?

—A buscar a esa madera en Internet, quiero verle la cara.

Fuego, al adivinar las intenciones de los bañistas, se levantó como una centella y abandonó la cesta de un salto.

—Gato escaldado no quiere ver el agua —rió Sandra, mientras secaba su portentoso cuerpo con una toalla—. Al pobre siempre lo salpico al salir de la piscina.

Al momento estaban sentados a la mesa, frente al ordenador, manipulando el teclado.

—¿Es esta? —preguntó ella, al contemplar la imagen de una mujer uniformada, en una rueda de prensa de la que daba cuenta el portal de vídeos YouTube.

—Sí, esa es.

—Es guapa, competente y seria. Te puedes fiar de ella, es honesta. ¿Dices que su marido es un músico?

—¿Cómo puedes saber todo eso, con solo mirarle la cara? —preguntó Mario asombrado.

—Porque lo sé.

—Tía, tenía que ficharte la Guardia Civil.

—Creo que ya me habéis “fichado” —rió Sandra, con una carcajada—. No has contestado a lo que te he preguntado.

—No lo afirmé, ni tampoco que estuviera casada. Pero dio a entender que se había enamorado de un músico y...

—¿Y qué?

—Que había sufrido.

—Toma nota...

—También dijo; “no sé de qué estarán hechos los putos músicos”

—De fusas y de corcheas. Vamos a ver qué dice —anunció, iniciando la reproducción del vídeo.

“Aún no tenemos ninguna pista sólida que conduzca al paradero de la atracadora conocida como la Motorista. No obstante la Policía de Santiago de Compostela, en coordinación con el Grupo Central de Atracos, continúa con sus investigaciones. Se barajan distintas conjeturas que se están comprobando, en el caso de que se produzca alguna novedad en ese sentido, serán puntualmente informados”.

—Vamos, que no tenéis ni idea de quién pueda ser. No está bien que engañéis a la gente, maderos... ¡Ni que me pongáis espías!

—Esa rueda de prensa es de antes de venir a Guadarrama —apuntó Mario—. Desde entonces han avanzado en las investigaciones.

—Quieres decir que “las conjeturas” soy yo, ¿no? Pues que así sea. ¿Estás conmigo, Hijo de la luna?

—¡Todo por el rock and roll! —replicó Mario orgulloso.

—Entonces me ayudarás a desmontar esta farsa.

—¿Cómo?

—Serás un agente doble.

—¿Y qué tengo que hacer?

—A lo largo de la mañana lo planificaremos todo.

—¿A qué hora tengo que estar aquí?

—Ya estás aquí —replicó Sandra, mientras le quitaba la toalla y lo miraba con todo desparpajo.

La excitación volvió a adueñarse de Mario, al comprender las intenciones de su anfitriona.

—¿Cómo te dijo Laura en el interrogatorio? —se preguntó Sandra, contrayendo las cejas para hacer memoria—¡Ya me acuerdo! “...Y que la Princesa del blues se monte sobre ti y comience a cabalgar con su violín al cuello, por las ardientes praderas del rock and roll.” ¿No dijo eso?

—Sí.

—¡Pues que así sea!

Karajan sufrió el destierro a una funda de plástico.

Luego, Sandra cogió con delicadeza el Stradivarius, que guardaba como oro en paño, tomó a Mario de la mano y se encaminó hacia su inmensa cama de látex.

La luna llena les guía/buscando el amanecer/siete caballos alados...

La Princesa del blues cabalgaba extasiada, con su violín al cuello, por las ardientes praderas del rock and roll.

El despacho de Laura, en el complejo policial de Canillas, parecía el Corazón de metal en su mejor tarde. El rock y el blues de la Metal Blues Band, que brotaba de la minicadena musical, inundaba la estancia.

Pero eran las ocho de la mañana de un sábado, y los vasos de plástico con café se amontonaban sobre la mesa, mientras los hombres leían curiosos unos papeles fotocopiados que les acababa de entregar el inspector jefe Lafuente.

—Esto que estáis escuchando, es la banda en la que toca Sandra —informó Laura a los presentes, con su voz fundiéndose con la de Jaime al rasgar, áspera como la lija, la membrana de los altavoces.

—Y lo que tenéis en vuestras manos es la transcripción de las notas tomadas ayer en la Comandancia de Guadarrama, así como los libretos de los dos discos de la banda, con la letra de todas sus canciones —añadió Lafuente.

—Quiero que las aprendáis de memoria —ordenó Laura.

—¿Por qué? —preguntó Mairena, que le gustaba el rock y estaba encantado con la propuesta.

—Porque tenemos razones para pensar que Sandra es una psicópata y su perfil psicológico coincidiría con el de una delincuente en serie —informó la comisario—. Juan te escuchamos... —añadió, invitando al inspector a que hablara.

—Gracias a la letra de una de sus canciones, por la que Sandra tiene especial predilección según captó nuestro informante, y que lleva por título “Último adiós”, hemos establecido una asociación que desconocíamos; los atracos a joyerías que ha perpetrado la Motorista, se han producido siempre con luna llena.

Un coro de exclamaciones interrumpió al inspector Lafuente, que esperó pacientemente a que sus hombres recobraran la compostura.

—Además, la comisario ha hallado esta madrugada otra coincidencia sorprendente; Charly, que fue novio de Sandra según habéis leído en las notas, se ahorcó en su celda de Alcalá-Meco precisamente en una noche de luna llena.

El inspector tuvo que interrumpir de nuevo su disertación, para permitir que los hombres se explayaran en sus comentarios, circunstancia que aprovechó para darle un sorbo al café.

—Si unimos esas dos coincidencias a los datos aportados por Mario, el guardia civil que frecuenta el entorno de la sospechosa, llegamos a la conclusión que ha expuesto Laura. Sandra puede ser una psicópata y su comportamiento encajaría, en muchos aspectos, en el perfil de la Motorista —concluyó Lafuente.

Los agentes presentes en el despacho se irguieron sobre sus sillas, mientras la expectación crecía por momentos.

—Por tanto, estudiaremos concienzudamente cada uno de los temas que toca la Metal Blues Band, en los que parece inspirarse la sospechosa a la hora de planificar sus actos delictivos —sentenció Laura.

—Además de lo expuesto hasta ahora —dijo el inspector Lafuente—, resulta que, sorprendentemente, no ha mantenido ninguna relación en diez años, a pesar de sus refinados gustos sexuales.

—Lo que apunta a la existencia de un desequilibrio emocional —añadió Laura.

—Y por si fuera poco —apuntó Lafuente—, la sospechosa ha tomado clases de conducción, en condiciones extremas, a bordo de una potente Kawasaki.

—¡Mairena!; o dejás de hacer el bobo, o te echo del despacho de una patada en el culo —exclamó Laura, cuando el subinspector comenzó a tocar una imaginaria guitarra y a mover la cabeza para los lados, al ritmo de la música.

—Perdona, jefa, me ha dado un arrebato.

—Lo primero que tenemos que hacer, es averiguar si Sandra actúa en solitario o, por el contrario, el resto de la banda también está implicada, incluido ese tal Gallo que la enseña a pilotar motos potentes —opinó Laura.

—Estamos pendientes de informes relacionados con las ganancias de todos los miembros, tanto por los conciertos en directo como por la venta de discos, para cotejarlas con su nivel de vida —replicó Lafuente.

—¿Cuándo tendremos esos datos? —preguntó Laura.

—Hemos consultando a Hacienda. Posiblemente tengamos algo el lunes, a primera hora.

—Esperaremos. Prosigue, Juan.

—También estamos pendientes de la entrevista con el hermano de Sandra.

—¿Ya está concertada?

—No. Aún estamos intentando localizarlo, estos aristócratas son muy suyos.

—Tenemos que andar con pies de plomo, ¿no la alertará de nuestro interés por ella? —se preguntó preocupada Laura.

—Según el testimonio de Mario, el informante de la Guardia Civil, hace años que no tienen ninguna relación.

—En todo caso iré yo sola, Juan. ¡Soy mujer! Y como bien has dicho, esa gente es muy suya.

—De acuerdo, Laura, tú mandas. Por último, esperamos la llamada del capitán Basilio en relación con el Xantia.

—Jefa, ¡he pillado algo! —interrumpió Mairena.

—¿Qué? —preguntó ella, saltando como una escopeta.

—En el tema que está sonando, “Su última voluntad”. Parece que relata la historia de alguien que renegó de la religión y se pasó al culto al diablo. Pues bien, en las notas del inspector Lafuente pone que los curas no permitieron la entrada en la iglesia del féretro con los restos de Charly, para officiar el funeral. Sandra se rebotó y se hizo tatuar un pentáculo del diablo en el bajo vientre...

—¡Joder!, ponedme esa canción desde el principio —pidió Laura excitada—. ¡Silencio! Ordenó a sus hombres, cuando comenzaron a sonar los primeros compases.

Desde su infancia supo ya/guiar las mentes hacia el bien/pero el destino reservaba/una sorpresa para él/hoy le iluminan velas negras/su cruz un día se giró/hoy en venganza a sus maestros/solo obedece a su señor.

—¡Me cago en la leche! —exclamó el inspector Lafuente, para sorpresa general por ser hombre serio, mientras el murmullo reinante daba cuenta de la expectación.

—¡Silencio! —insistió Laura—. Quiero escuchar el estribillo.

Su última voluntad, al servicio del mal/su última voluntad.

—Esta tía es un psicópata, jefa —sentenció Mairena—. Tenía usted razón, ahora lo veo claro.

—En venganza, solo obedece a su señor —musitó Laura, masticando las palabras.

—¿El diablo? —preguntó el oficial Macías.

—No, ¡el papa! —replicó Mairena—. No has escuchado que su cruz un día se giró, capullo.

—No hay duda, se adapta en su comportamiento delictivo a las letras de las canciones que tocan —argumentó Laura asombrada.

—O componen las canciones en base a su comportamiento —corrigió Mairena.

—No, por lo visto el letrista y compositor es Jaime —aclaró Juan Lafuente, consultando sus notas.

—Sí, pero los demás miembros pueden hacer sugerencias, una cosa no excluye la otra —apuntó Mairena, que entendía algo del asunto.

—Lo que ya está claro es que es una psicópata y que actúa por venganza —sentenció Lafuente.

Laura asintió con la cabeza, haciendo gestos al oficial para que la repitieran.

—Quiero escucharla otra vez.

El sol del mediodía traspasaba los párpados y hería los cerrados ojos de Mario, mientras sus oídos escuchaban el sonido de los cerrojos de los fusiles. Luego, el aroma a café recién hecho saludó a sus pupilas, lo que no cuadraba muy bien con un fusilamiento, tal y como estaba concluyendo en esos precisos instantes su adormilado cerebro.

Lo más aconsejable era abrir los ojos y que estos despejaran las dudas.

Frente a él no había ningún pelotón de fusilamiento, sino dos preciosos y afilados senos de mujer. Sandra estaba arrodillada a su lado, con una humeante taza de café en la mano.

—¿Por qué tenías el rostro contraído y apretabas con tanta fuerza las mandíbulas? —preguntó, curiosa y divertida.

—Tenía una pesadilla, me estaba fusilando mí capitán —dijo, incorporándose.

—Si has sobrevivido a los cinco “polvos de la muerte”, sobrevivirás al fusilamiento.

—Creo que es pronto para cantar victoria —dijo, al sentir el agudo y familiar dolor de las agujetas en todos y cada uno de sus músculos—. Aún no he sobrevivido... ¡del todo!
¿Qué hora es?

—Casi la hora de comer.

—¿Cuánto hemos dormido?

—Tú, cuatro horas. Yo, dos.

—¡Joder! Sí yo estoy muerto, ¿cómo estarás tú?, que has dormido la mitad que yo y has hecho todo el esfuerzo...

—Estupendamente, eres un buen amante, de los mejores que he tenido —le contestó con toda naturalidad—. He estado planificando el contraataque mientras dormías —informó Sandra, sentada ya a su mesa, al tiempo que Mario se tomaba con parsimonia el café—. La primera andanada se la dispararemos esta tarde.

—¿Qué has pensado? —preguntó él, curioso, al llegar a su lado.

—Como hoy es sábado y descansas, se supone que tú y yo nos vamos a ver a la hora de comer, tomando una cerveza en el Corazón de metal, como todos los sábados que no estás de servicio.

—De acuerdo —replicó lacónicamente Mario.

—Luego se supone que vendremos a mi granero y sacaremos, como otras veces, el jamón y la botella de vino. Después le llegará el turno al Jack Daniel's y tocaremos un rato. Eso le gustará a Laura, te dijo que te comportaras como siempre, ¿no?

—Sí.

—A media tarde, llamarás a tu capitán para darle novedades. Se dice así, ¿no?

—Sí.

—El capitán llamará inmediatamente a Laura, y ésta querrá hablar contigo personalmente. Por tanto le pedirá que te permita ir hasta Madrid. ¿Dónde está su comisaría?

—No es una comisaría. Laura es la jefa del Grupo Central de Atracos, en el complejo policial de Canillas.

—¡Joder!, suena importante —exclamó Sandra.

—Pero hoy es sábado... Laura estará de descanso.

—Esa tía no descansa, lo leí en sus ojos.

—¿Por qué sabes que querrá hablar conmigo personalmente? Yo solo tengo que informar a mi superior, luego él se encargará de trasladárselo a ella.

—Porque cuando hay sexo por medio, las mujeres no queremos intermediarios, queremos el testimonio de primera mano.

—¿Le vamos a decir que nos hemos acostado? ¡Pero...! Ese no es el comportamiento habitual, puede recelar.

—Que recelará, es seguro. Pero no tenemos otra forma de que te llame a su presencia. En todo caso se quedará con las dudas. Lo cual no supone nada, porque con las dudas se fue. Te lo dijo muy claro; sé muy bien lo que hace el enamoramiento... ¡Y el desamor!

—De acuerdo —reconoció Mario.

—Cuando habléis de esa materia, intentas averiguar el nombre del músico al que se refirió; dónde toca, instrumento que toca, si trabaja también en otra cosa, y su relación con ella. ¿Cómo quedó el asunto del Xantia?

—El capitán dijo que prescindiría de mi colega. Iba a llamar directamente a otros mandos, amigos suyos.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Yo no tengo nada que ver con narcotraficantes y no quiero que me relacionen con esos asuntos. Ya tengo bastante con que me confundan con la Motorista esa. Por tanto quiero estar informada sobre ese tema. Es posible que esta tarde lo sepa tu capitán y, si lo sabe él, también lo sabrá Laura. Intenta enterarte del resultado de la gestión.

—Entendido; el músico y el Xantia —recapituló Mario.

—Y cualquier otro dato que pueda sernos de utilidad. Ten cuidado con esa mujer, es muy astuta...

—Lo sé, me estuvo interrogando durante cinco horas.

—No te espera nadie, ¿no? Dijiste que vivías solo.

—Sí, en un apartamento, además tengo conectado el móvil.

—Estupendo, hasta media tarde no tenemos nada que hacer, iremos paso a paso. Cuando regreses de Canillas...

—Si es que me llama...

—Te llamará. Cuando regreses de Canillas, continuaremos planificando conforme a lo que traigas. Ahora... ¡En marcha!, Hijo de la luna —ordenó, levantándose resuelta y arrojándole los pantalones vaqueros a la cara.

—¿Adónde vamos?

—A quitarte malos vicios. Por la noche te los pongo... ¡Y por el día te los quito! —le dijo con voz misteriosa.

Al momento, estaban los dos sobre el escenario del granero, con sus bajos en la mano.

—Cuenta los compases y no te pierdas, ¿entendido?

—Entendido, Princesa.

—¡Dale caña, McBrain!

—La jefa nos lleva de excursión en una “lechera” —bromeó Mairena al ver, preparado y con el motor en marcha, a uno de los furgones que la Policía Nacional emplea habitualmente para trasladar a las fuerzas antidisturbios.

Era la hora de comer y Laura había decidido prolongar la reunión hasta tener noticias de Guadarrama, en relación con las gestiones encargadas al capitán Basilio sobre el Xantia blanco. También estaba intrigada por la delicada misión encomendada a Mario.

Por todo ello, la comisario había decidido invitar a comer a sus hombres. Era sábado, estaban haciendo horas extras y se lo habían ganado.

—¿Estamos todos? —preguntó Laura, sentándose en el furgón junto al conductor.

—Estamos todos —replicó el inspector Lafuente, sentado con los demás en los asientos traseros.

—Pues, ¡en marcha! —ordenó—. ¿Cómo se enciende esto? —añadió, manipulando los botones de la radio, con un CD en la mano.

El conductor cogió el disco y lo insertó en el aparato.

Al instante, la voz desgarrada de Jaime se adueñó del aire del habitáculo.

—Jefa, ¡dale caña al rock and roll! —pidió Mairena, que se lo estaba pasando en grande.

—Mairena, ten los oídos bien abiertos a ver si pillas más cosas —ordenó la comisario.

La Metal Blues Band sonaba a todo volumen, con los pasajeros concentrados en la voz del vocalista de la banda, que en esos momentos interpretaba el tema “Mojo Boogie”.

—El subinspector Mairena tenía la fotocopia del libreto en la mano, e iba cantando a pleno pulmón, mientras golpeaba rítmicamente el piso de la “lechera” con los pies.

Al caer la noche, tu alma empieza a bailar/al caer la noche los lobos empiezan a aullar/y bajo la luna, mi vida hoy vuelve a empezar.

—Jefa, vuelven a hablar de la luna otra vez... —anunció Mairena, gritando para hacerse oír—. Dice que bajo la luna, su vida vuelve a empezar. Vaya jeta que le echa, con la pasta que se lleva en cada atraco...

—¡La madre que la parió! —estalló Laura, que iba ensimismada en sus pensamientos—. ¿Cómo se llama la canción?

—“Mojo Boogie” —replicó Mairena—. ¡Está de puta madre! ¡Qué buen rollo tienen estos tíos!

—¿Cómo se le da a esto para atrás? —preguntó Laura al conductor, manipulando nerviosa los botones de la radio—. Pónmela al principio, iba distraída.

Al caer la noche, tu alma empieza a bailar/al caer la noche los lobos empiezan a aullar/y bajo la luna, mi vida hoy vuelve a empezar...

Bailando el Mojo Boogie/con la Metal Blues Band.

El Patrol de la Guardia Civil, que trasladaba al capitán Basilio, entraba en Guadarrama procedente de la capital de España. Estaba exultante, había recopilado todos los datos solicitados por Laura.

Ese era el asunto de mayor envergadura que había caído en sus manos, en toda su carrera, y no estaba dispuesto a desaprovechar la ocasión.

Aún estaba dolido por el protagonismo que había adquirido un mocoso, de los muchos que tenía bajo su mando, en detrimento del suyo propio.

Mario era de las nuevas hornadas de jóvenes guardias, que entraban en el cuerpo sin vocación. La Benemérita era para ellos simplemente una colocación y un sueldo fijo todos los meses. Despreciaban la disciplina, carecían del más mínimo sentido del deber e ignoraban el patriotismo.

Debía tomar las riendas de los acontecimientos. La completa y detallada información que traía, era la clave.

Entró en su despacho de la Comandancia y descolgó el teléfono. Iba a efectuar la llamada a Laura, cuando su mano se contuvo de repente. En su lugar, buscó el número del móvil de Mario y comenzó a marcar.

Si había alguna novedad, en relación con la misión que estaba desempeñando, quería saberlo antes de hablar con Canillas. Su información sería más completa y consiguientemente su imagen de eficacia, que siempre había cuidado con esmero y a la

que debía los galones que llevaba en las hombreras, se acrecentaría exponencialmente a los ojos de Laura.

El vibrador del teléfono móvil sorprendió a Mario.

Hizo un gesto acuciante con la mano, justo en el momento en que acometían el estribillo de “Diablos blancos”, y el silencio se hizo de repente en el granero.

—Espere un momento, mi capitán, que salgo a la calle —mintió.

Mario tapó el micrófono con la mano y miró a Sandra.

—Es el capitán —le dijo innecesariamente, pues ella ya se había dado cuenta.

Luego se llevó el aparato a la oreja y retomó la conversación.

—Ya estoy en la calle, mi capitán. Me ha pillado con ella tomando una cerveza en el Corazón de metal. Este fin de semana no tienen concierto, creo que está aburrida y quiere que vayamos al granero a ensayar —mintió de nuevo, ante la mirada complacida de Sandra que le estaba haciendo la señal de OK con el pulgar.

La bajista aguzaba el oído, intentando captar la conversación.

—¡A las órdenes de mi capitán! —concluyó el guardia civil, dando un sonoro taconazo que restalló en todo el granero, ante el gesto divertido de Sandra.

—Hijo de la luna, ¿eres mejor que James Bond! —estalló ella, con una carcajada, ante la convicción que había puesto su pupilo.

El capitán Basilio se quedó pensativo, mirando el teléfono. No sabía qué hacer. Luego se decidió; esperaría hasta media tarde para llamar a Laura, por si hubiera novedades importantes respecto de la sospechosa.

En el granero, el concierto seguía interrumpido.

—Me ha ordenado que le tenga informado de cualquier novedad que surja —dijo Mario.

—Entonces, cumpliremos sus órdenes. Tocaremos un poco más y luego comeremos. A media tarde llamarás a tu capitán para decirle que tienes novedades, entonces pondrás en marcha la secuencia de acontecimientos. Luego... ¡A Canillas! —determinó Sandra.

—Si es que la comisario me llama...

—Te llamará.

La sospechosa aferró el mástil de su Sadowsky, el infiltrado de la Guardia Civil le imitó, y los primeros y suaves compases de “Diablos blancos” comenzaron a sonar de nuevo en el granero.

La “lechera” no corría, volaba hacia las dependencias policiales con la sirena encendida.

Laura había sido generosa y había permitido que sus hombres bebieran a discreción. Habían rematado la comida con unas buenas copas. La conversación se iba animando, trago a trago, hasta que sonó el timbre del móvil de Laura.

La llamada procedía de la comisaría.

La secretaria del marqués estaba intentando ponerse en contacto con ella, en relación con la petición de entrevista que le había realizado. Volvería a llamarla a su despacho en media hora.

Habían abandonado el restaurante de estampida, se habían subido a trompicones en la “lechera”, y habían arrancado a toda velocidad.

La Metal Blues Band, al completo, viajaba de nuevo con ellos.

Todavía tenían el sabor de whisky en la boca y hasta el inspector jefe Lafuente, hombre serio y circunspecto, iba aporreando el piso con los pies al ritmo de la música, que se fundía con el aullido de la sirena. Al ser sábado, se había pasado con los chupitos.

—Jefa, esta nos la dedican a nosotros —dijo Mairena, cantando a pleno pulmón, con el libreto de la mano—. *“Tras unas gafas de sol/chaqueta negra de cuero/camiseta de metallica/se esconde el heavy madero”*.

—Mairena, te has equivocado de profesión, tenías que haber sido cantante. ¿Por qué no te lo piensas? —sermoneó Laura al subinspector.

—*“Quiere inspirar confianza/pasar desapercibido/la soledad le delata/bajo su aspecto de amigo...”* —continuaba Mairena a voz en grito—. *“Ándate al loro, elude su encuentro/saca su placa, el heavy madero”*

—¡Qué mamones!, encima se pitorrean —exclamó Laura, asombrada por lo que estaba oyendo.

—Se la dedican a los de Información, jefa. ¿Por qué no infiltramos a Johnny? —preguntó Mairena.

—¿Contigo de cantante?

—No, en serio, Johnny estaría en su salsa. En cuestión de horas, aparecería con la tal Sandra esposada.

—De eso estoy segura... ¡En la República Dominicana, a fundirse juntos el botín!

—¿Entonces?

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Eso es lo que me faltaba! Que esa psicópata lleve diez años puteándome y de propina se tire a mi marido.

La “lechera” llegó, con sus neumáticos chirriando, a las dependencias policiales de Canillas. Laura y sus hombres salieron corriendo hacia el despacho y, nada más entrar, sonó el timbre del teléfono. El inspector Juan Lafuente lo descolgó de inmediato.

Laura esperaba expectante. De esa colaboración dependían muchas cosas.

—El marqués de Sancho-Pedrales, hermano de Sandra, está en Madrid. Mañana sale hacia Roma. El señor marqués te reservará unos minutos, después de facturar su equipaje, mañana domingo a las diez de la mañana, en Barajas.

—El Aeropuerto de Barajas es muy grande... —protestó Laura.

—Te espera en la cafetería más próxima a la puerta de embarque, que no puede precisar pero que puedes consultar en las pantallas, vuela con Iberia. Ya le he dicho que lo has visto en fotos y que no tendrás problema en reconocerlo.

—Estupendo, me vestiré para la ocasión. Señores, se acabó la sobremesa, volvamos al trabajo —ordenó a sus hombres, que estaban en animada conversación con el vaso de café en la mano.

—¡Música maestro! —pidió Mairena, mirando al oficial Macías que se había responsabilizado del aparato.

Al instante, la Metal Blues Band se incorporó a la reunión.

—Juan, refréscame la memoria, ¿qué nos queda del orden del día?

—Los informes relacionados con las ganancias de la banda, el Xantia y las novedades que haya a esta hora, en relación con Mario.

—Esperaremos la llamada del capitán. Si se demora, lo llamaremos nosotros — resolvió Laura.

—Jefa, ¡he pillado otra! —anunció Mairena.

—¿Cuál?

—La que está sonando ahora, “D. Alayo’s blues”.

—No me he dado cuenta, ponédla desde el comienzo.

“Ya lo dijo su padre/que hay dos tipos de vida/la vida buena es cara/pero la otra no es vida.../don Alayo’s blues.”

—¿Qué te parece, jefa? ¡Vaya morro que le echa la tía!

—Cállate, Mairena, déjame escuchar —ordenó Laura, concentrada en lo que llegaba a sus oídos y con la mirada perdida en el vacío.

“Con esto me despido/esperando que comprendas/que hay dos tipos de vida/ven y escoge la buena/y hazme el favor.../don Alayo’s blues.”

—Con sus atracos se venga de los joyeros, causa de la detención y suicidio de su novio. Luego se venga de los curas, por lo del funeral, tatuándose el pentáculo del diablo. Y por si eso fuera poco, se pega la vida padre y encima se cachondea de la Policía —opinó Lafuente.

—¿Maneja pasta? —preguntó Mairena.

—Una Harley Davidson, un bajo que cuesta un ojo de la cara y un granero rehabilitado, con barra de bar, grifo de cerveza y orquesta completa. Sin contar con el Stradivarius, herencia de su madre, que por lo visto vale una millonada. Eso que sepamos, nuestro informador aún no ha accedido a las otras dependencias de su granero, esperamos el resultado de sus averiguaciones —replicó Lafuente.

—Seguro que tiene jacuzzi y todo —vaticinó Mairena.

El sonido del timbre del teléfono interrumpió las cábalas. La comisario lo cogió al primer timbrazo.

—Soy yo, estaba esperando su llamada, capitán —dijo Laura al auricular, mientras pulsaba un botón en el aparato para que los presentes pudieran oír la conversación, y hacía señas para que pararan la música.

—Mario ha estado en casa de la sospechosa. Este mediodía se encontraron en el bar que frecuentan y se fueron al granero —se oyó decir al capitán Basilio por el altavoz.

—¿A qué?

—A lo de siempre, ella sacó el jamón y la botella de vino. Luego se tomaron unas copas, estuvieron tocando un rato y luego...

—Luego, ¿qué? —preguntó Laura expectante, al ver que su interlocutor titubeaba.

—Luego se metieron en la piscina y acabaron en la cama.

—¿Piscina? ¿Qué piscina?

—Por lo visto, en su dormitorio del desván, la sospechosa tiene una piscina de agua caliente de cinco metros de larga.

—¡Joder con la anarquista!

—¡Una jeta! ¡Como todos los rojos! —bramó el capitán.

—Basilio, ¡necesito los detalles de esa relación sexual! ¡Y los necesito ya! Mario puede estar corriendo un grave peligro.

—¿Peligro? ¿Qué peligro?

—Tenemos razones fundadas para sospechar que Sandra es una psicópata, una delincuente en serie.

—Mis hombres están preparados para enfrentarse a cualquier contingencia —alardeó Basilio—. Su primera obligación es cumplir la misión que tengan encomendada, aunque les cueste la vida.

—Y la nuestra, como jefes, es evitarlo si ello es posible, Basilio. Y no te parezca mal si disiento de tu opinión, tu chico es muy joven y no está preparado para enfrentarse, él solo, a esa depredadora —replicó Laura, tuteándolo por primera vez, asombrada por la disciplina militar de la Guardia Civil.

—Mario está de camino, cuando llegue te vuelvo a llamar y podrás preguntarle lo que quieras —replicó el capitán.

Las palabras de la jefa policial habían hecho mella en él. Era raro encontrarse a un policía nacional, y además mujer, con esa firmeza de carácter y ese sentido del deber. Laura le gustaba y la familiaridad con la que le había hablado, le hizo conferir esperanzas. Esa misma noche no había pegado ojo pensando en ella.

—¡No! Por teléfono no, os mando un helicóptero. Salid con discreción hasta el lugar del aterrizaje —dijo, haciendo un gesto hacia Lafuente, que ya estaba descolgando otro teléfono para solicitar el aparato—. ¿Sabemos algo del Xantia?

—Sí, en esas fechas estaban vigilando a un importador de marisco procedente de Marruecos y Mauritania. La Guardia Civil lo relaciona con el narcotráfico.

—¿Y el Xantia ha circulado por las proximidades de Guadarrama?

—Negativo, era utilizado por dos miembros de nuestros Servicios de Información que simulaban ser jardineros. El coche circulaba asiduamente por las cercanías de la casa del importador, en la urbanización Los Zarzales, una zona residencial de alto standing situada en el término municipal de Majadahonda.

—¿No habéis encontrado ninguna relación con la sospechosa?

—No.

—Ese importador, ¿está relacionado con joyas?

—Que se sepa, no.

—¿Cómo acabó el asunto?

—Como casi siempre; están seguros de su actividad delictiva, pero hasta la fecha no se le ha podido probar nada. La investigación continúa abierta.

—¿Has descrito a tus contactos los rasgos físicos de la sospechosa?

—Mejor que eso, he hablado personalmente con los agentes que realizaron el seguimiento, y que pasaban largas horas en la zona, desempeñando su actividad encubierta de jardineros. Les he enseñado su fotografía, tomada de la carátula del disco que saqué esta mañana de Internet.

—¿Y?

—Nada. En las cercanías de la casa vigilada no vieron ninguna Harley Davidson, ni a ninguna mujer que responda a esas características. La única mujer que les llamó la atención, fue una que en varias ocasiones llegó a bordo de un taxi y entró en el chalet colindante.

—¿Te dijeron por qué esa mujer les llamó la atención?

—Sí, parece ser que era de las de volver la cabeza. Vestía provocativa, minifalda de cuero, medias de fantasía y zapatos de tacón de aguja. Iba tocada con una boina azul marino. Por lo visto sus andares eran felinos.

—¿Qué impresión les causó?, ¿vivía allí?, ¿iba de visita?

—Prostituta de lujo.

—¿En qué se basan?

—Aparte del atuendo y el porte, llegaba en taxi, estaba en la casa un par de horas, y cuando salía ya la estaba esperando otro taxi, se montaba en él y se iba.

—¿No tomaron referencias de los taxis?

—No, juzgaron que no tenía nada que ver con su misión. Pensaron que acudía habitualmente a complacer a algún ricachón. Eso es todo lo que he podido averiguar.

—Es suficiente, enhorabuena capitán, magnífica gestión. Que tengáis un feliz vuelo, os estaremos esperando —se despidió Laura, colgando el teléfono.

—El picoletto, ¡por fin se la ha tirado!, jefa. Yo también quiero que me asignes misiones como esa, le pego algo a la guitarra eléctrica —solicitó Mairena.

—Podía infiltrarte con Johnny.... Pero, como no me fio de ninguno de los dos, es mejor que...

—¿Qué?

—¡Que te la sigas cascando!, Mairena. Y no tiene jacuzzi, como tú decías, capullo. En su dormitorio, la muy puta tiene... ¡Una piscina olímpica! —exclamó asombrada Laura, que cuando estaba con sus hombres hablaba peor que ellos—. Dadle de nuevo a la música.

La comisario se quedó pensativa, escuchando rock, mientras su cerebro reprocesaba todo lo que le había dicho el capitán Basilio.

Su mente se recreó con la imagen de una mujer de andares felinos, que vestía minifalda, medias de fantasía y zapatos de tacón de aguja.

—¡Es ella! —musitó fascinada.

—¿Es quién? —preguntó Lafuente.

—La prostituta de lujo es Sandra, la Princesa del blues.

—Receló de ese coche y utilizó a su amigo guardia civil para ver si la seguían a ella. Cuando Mario le informó de que vigilaban a un narcotraficante, se quedó tranquila —razonó el inspector jefe.

—¡Eso es! —exclamó Laura, al ver cómo las piezas encajaban en el rompecabezas.

—Imposible —sentenció Mairena—. Sandra, según pone en las notas, viste como una rockera; chupa negra de cuero, camiseta y vaqueros rotos.

—Las psicópatas adoptan varias personalidades, por eso son psicópatas —replicó Laura—. Juan, ¿qué te parece?

—Que puede ser... En el caso de que su otra personalidad fuera la de prostituta, explicaría su abstinencia sexual con los de su entorno.

—¡Exacto! ¡Has dado en el clavo! Esa tía no está diez años sin catarlo. ¡Si lo sabré yo!, que llevo seis meses y...

Laura se calló de repente al escucharse a sí misma. Se había dejado llevar por sus emociones, olvidando que estaba con sus hombres.

—¿Y qué?, jefa, no nos dejes en ascuas —saltó Mairena con tono de pitorreo.

—Mairena, no tienes a tu suerte. Juan, encárgate del interrogatorio a los taxistas que hayan acudido a Los Zarzales con nuestra misteriosa pasajera. ¡En cualquier fecha! Acuérdate de pedir a Basilio la dirección del chalet colindante al del importador. Luego intentas averiguar, en los registros, quien es ese ricachón al que visitaba asiduamente la mujer.

Sandra detuvo la moto en la entrada de Guadarrama, Mario se bajó y comenzó a caminar hacia la Comandancia.

—Suerte y ten cuidado, esa tía es muy lista —le deseó, dándole un beso.

Luego arrancó rumbo al bar, para llevar mejor la espera. Aunque estaba acostumbrada a soportar la tensión, y su sangre circulaba por las venas hecha cubitos de hielo, prefería pasar ese rato entretenida.

—Oso, una birra.

—¿Y el Sadowsky, princesa? ¿Lo has perdido por el camino? —preguntó Oso con sorna.

Sandra entornó los párpados, pensando en el porqué de esa pregunta.

—¡Joder! ¡El ensayo del concierto de Gijón! —exclamó, cayendo en la cuenta. Con los acontecimientos vividos se había olvidado por completo

Era sábado y Jaime había decidido ensayar en público algunos temas del nuevo álbum. Por tanto, esa noche en el Corazón de metal había concierto de la Metal Blues Band.

—¿A qué hora es el ensayo? —preguntó Sandra, consultando su reloj.

—A las nueve, princesa.

—Queda aún mucho tiempo. Ponme otra birra, Oso.

En el despacho de Canillas también había concierto; la Metal Blues Band seguía tocando sin parar, para gozo de Mairena que intentaba buscar más pistas escondidas entre fusas y corcheas. Ese día se había ganado un ascenso.

Laura estaba en la puerta del edificio para recibir al capitán Basilio y a su informante, como exigían las normas de hospitalidad.

La espera fue breve y al poco lo olió.

El capitán se había bañado en un caro perfume, adquirido esa misma mañana en una exclusiva perfumería de Madrid, tras finalizar las gestiones que tenía encomendadas, para estupor de los pilotos del helicóptero.

Mario también reparó en el penetrante e inusual aroma que desprendía su capitán y lo anotó en su cabeza para tener puntualmente informada a la Princesa, por si el dato fuera de su interés.

Laura tenía ya decida, tal y como pensó mientras esperaba en la puerta, la secuencia de los acontecimientos. En primer lugar, intercambio general de impresiones entre su equipo y los recién llegados. Después, se retiraría cortésmente con Mario a un despacho libre, para interrogarle a solas sobre su aventura con Sandra.

A través de los gustos sexuales de la sospechosa, podía continuar trazando su perfil psicológico. El joven guardia hablaría con mayor naturalidad si no estaba su superior, Laura conocía de sobra la férrea disciplina militar del Instituto Armado.

Basilio no tragaba saliva. Escuchaba de labios de Laura las coincidencias entre los atracos y las fases de la luna, así como el modus operandi que se ajustaba como un

guante a las letras de las canciones, que la sospechosa interpretaba junto a los de su banda.

—Por tanto, tenemos el convencimiento de que estamos en presencia de una psicópata —concluyó Laura, mirando a Mario—. Y tú estás en el ojo del huracán, has de extremar las precauciones pues, aunque no ha dado síntomas de que sea violenta, en este tipo de personas el comportamiento es impredecible.

Mario la escuchaba sin dar ningún crédito a lo que estaba oyendo, mientras seguía con el pie la música que tan solo unas horas antes había tocado con Sandra en el granero. Música que Laura había hecho reproducir, para acompañar a sus explicaciones.

—Basilio, te ruego que informes a Juan de lo que me adelantaste por teléfono, en relación con la mujer que acudía en taxi a Los Zarzales. Queremos hacer algunas averiguaciones al respecto.

—Naturalmente —se ofreció Basilio, abriendo una carpeta que llevaba con las notas que había tomado.

—Mientras tanto, yo voy a hablar con Mario de lo sucedido en el desván de la sospechosa. Así no nos distraeremos los unos a los otros —sentenció, poniéndose en pie y haciendo un gesto al agente infiltrado para que la acompañara—. Juan, invadiremos durante unos momentos tu despacho —añadió.

El despacho del inspector jefe era más pequeño que el suyo, pero igual de equipado. Eludió deliberadamente sentarse en el sillón, tras la mesa, y en su lugar lo hizo en uno de los sillones de cortesía, invitando a Mario a que sentara en el otro. Quería acomodarse así a la familiaridad y la complicidad que exigía el delicado tema que iban a tratar.

—Te habrás dado cuenta de que estoy todo el día rodeada de hombres, y también te habrás dado cuenta de cómo son. No tienes más que reparar en las constantes interrupciones de Mairena, uno de mis mejores colaboradores. Lo que quiero decirte es que no tengas pelos en la lengua y al pan lo llames pan y al vino lo llames vino, ¿de acuerdo? —sermoneó Laura.

—Sí, señora.

—Bien, pues la primera pregunta es obligada; si nunca te habías atrevido a llevarte a Sandra a la cama, ¿por qué hoy sí?

—No fui yo, fue ella.

—Me lo he imaginado. ¿Cómo sucedió?

—Acabamos de tomar el aperitivo en la barra del granero, mientras bebíamos unas cervezas...

—¿Sacó el jamón?

—Sí, luego el Jack Daniel's, y después subimos al escenario a tocar.

—¿Y? —preguntó Laura expectante.

—Me corregía continuamente los malos vicios. Yo me excusé diciéndole que era un autodidacta, a lo que me contestó que eso era muy meritorio. Luego le pregunté por qué había aprendido a tocar el bajo, siendo violinista. Me explicó que el violín es una base idónea para tocar cualquier otro instrumento de cuerda, de hecho muchos bajistas famosos estudiaron violín en el conservatorio. Yo le dije que me gustaría oírlo tocar el

Stradivarius y... ¡Ahí empezó el lío! —mintió, exponiendo la versión que había elaborado Sandra para la ocasión.

—¿Qué sucedió?

—Que me cogió de la mano y subimos a su estudio, una especie de desván abierto al gran espacio donde está ubicada la barra y el escenario.

—Toma un folio y un bolígrafo, y dibújame el granero; la planta baja y el desván. Mientras tanto, me lo vas describiendo de palabra con todo detalle —pidió Laura.

En el otro despacho, el capitán Basilio estaba con el teléfono pegado a la oreja y con un bolígrafo en la mano.

—Avenida del Dos de mayo, número 36. Urbanización Los Zarzales, Majadahonda —dijo Basilio, garabateando en un folio—. El chalet donde entraba la prostituta de lujo era el siguiente, el número 38... Entendido, he tomado nota de todo.

En la dependencia contigua, Laura sujetaba el folio con el croquis del granero de Sandra, asombrada por la detallada descripción que le había hecho Mario.

—Cuando llegamos arriba, me dijo que para tocar y escuchar el violín había que estar muy relajados. Entonces comenzó a desnudarme despacio, luego me llevó hasta la piscina, se desnudó ella también y se metió conmigo en el agua.

—¿Y qué hicisteis en la piscina?

—Nos sentamos juntos y estuvimos hablando mientras bebíamos bourbon y fumábamos marihuana.

—¿De qué hablasteis?

—De música. Al poco rato, dijo que había llegado la hora de despertar al Stradivarius. Salimos de la piscina y nos secamos con la toalla, cogió el violín y me llevó de la mano hasta la cama. Me tumbé y ella se sentó encima...

—¿Y comenzó a tocar el violín?

—Sí, mientras se agitaba sobre mí, siguiendo el ritmo de la música.

—¿Qué música tocó?

—De la Metal Blues Band

—¿El último adiós?

—Sí.

—¿No te dijo por qué ese tema es para ella tan especial?

—No.

—¿No te parece extraño que llevara diez años de abstinencia sexual y precisamente hoy decidiera romperla?

—Yo no he dicho nunca que tuviera abstinencia sexual. Lo que dije es que no se le conocían novios ni relaciones. Yo no puedo saber lo que hace en el granero con alguno de su banda o con otros amigos que tiene.

—¿Qué otros amigos tiene?

—Chavales del pueblo, como yo, a los que le gusta su música y con los que se toma unas cervezas. Algunos de ellos, fontaneros o albañiles, le hacen reparaciones en el granero. Esa tía es muy especial, muy reservada con lo suyo. También se lleva muy bien con antiguos clientes del padre de Manuel.

—¿Quiénes son?

—El Padrino, el...

—¿El Padrino? ¿No será un mafioso? —preguntó ella, medio en serio medio en broma, pues de Sandra ya se esperaba cualquier cosa.

—No —rió Mario—. Es un tío normal, amigo de la familia. Es el que le ayuda en la huerta y con las gallinas. Manuel, que es muy cachondo, le toma el pelo. Le dice: “Padrino, ¡a ver dónde pones los huevos!”

—¿De qué demonios me estás hablando? —preguntó Laura atónita.

—¿No se lo había dicho en la Comandancia?, el granero tiene un corral anejo, sin techumbre pero con tenadas. Era un antiguo aprisco para el ganado.

—¿Y qué tiene allí la Princesa?

—Allí tiene gallinas, patos y ocas. En su día mandó construir para ellos un pequeño estanque en una mitad del corral. Un huerto vallado ocupa la otra mitad.

—No me lo puedo creer —dijo Laura asombrada.

—El padrino va con regularidad a atenderlo, tarea en la que a menudo Sandra le ayuda encantada. La mitad de la producción es para el Padrino y la otra mitad para ella. Cuando llega el tiempo, inundan a Manuel de tomates, pimientos, lechugas...

—Esa chica es un pozo de sorpresas.

—También tiene sembradas en el huerto unas plantas de marihuana para ella.

—¡Faltaría más! —exclamó Laura—. ¡Cómo le iba a faltar la marihuana, a la Princesa del blues!

—También están Mati, Malaguita y Gabi.

—¿Alguno de ellos tiene algo que ver con joyerías o con la compraventa de oro?

—No.

—¿Sigues enamorado de ella? —preguntó de improviso, escudriñando su rostro.

Su obligación era recelar. Esa relación sexual con Mario era una anomalía, y a Laura las anomalías nunca le gustaron.

—Como diga que no, es que se ha ido de la lengua y me lo cargo en el acto —sentenció para su coleteo.

—Sí, señora, ahora más que antes. Y no creo que sea una psicópata, como usted dice, ni que sea la Motorista.

Laura sintió cómo la invadía una ola de alivio. Estaba siendo sincero.

—Escucha, hijo, nosotros trabajamos con pruebas objetivas, no con sentimientos. Nuestro corazón es un prestidigitador que nos hace creer lo que él quiere que creamos. Te lo digo porque lo he sufrido en mis propias carnes.

—¿Con un músico?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dijo en Guadarrama. Dijo; “no sé de qué estarán hechos los putos músicos”.

—Cierto, lo había olvidado. Sí, es mi marido.

—¿Dónde toca?

—En todas partes y en ninguna.

Laura tenía que preservar la existencia de El Brujo y la identidad de Johnny, por si el asunto se complicaba y en última instancia tenía que recurrir a él.

—¿Sandra no ha sospechado nada?

—Creo que no.

—¿Tienes sentimientos de culpabilidad?

—Sí... ¡Pero! —replicó, encogiéndose de hombros.

—¿Has tenido la tentación de contárselo todo?

Mario se quedó mirándola titubeando...

—Estamos solos, puedes ser sincero conmigo.

—Sí.

—Es humano. Si ese problema te tortura, antes de decirle nada a ella, llámame al móvil. Hablaremos tranquilamente y jamás se enterará tu capitán. ¿Hay algo, aparte de lo que hemos hablado, que te haya salido de ojo o consideres anómalo?

—Que yo sepa, no.

—Bien, eso es todo. Recuerda, extrema las precauciones y no te fíes. Cuando estás con ella, ¿llevas tu arma reglamentaria?

—Por supuesto que no. Estoy en mi pueblo, entre amigos.

—Pues a partir de ahora, la llevarás.

—Muy arriesgado, no lo he hecho nunca y puede recelar.

—Tienes razón, no había pensado en eso. Bien, en todo caso, ten siempre los ojos abiertos.

—Comisaria, ¿dónde está el baño?

—Vamos, te lo indicaré.

Se pusieron en pie y abandonaron la estancia.

—¡La legendaria eficacia de la Guardia Civil! —exclamó Laura, ya de nuevo en su despacho, mientras leía el papel con la dirección del chalet de Los Zarzales—. Estoy realmente sorprendida —añadió, mirando a Basilio—. Cuando todo esto acabe, espero que aceptes mi invitación a cenar, en compensación por las molestias que os estoy causando.

—Lo que tú llamas molestias, nosotros lo llamamos deber, Laura. ¡Todo por la Patria! —replicó él, rimbombante—. Será un privilegio cenar contigo. Con una mujer como tú, a cargo de la investigación, no me gustaría estar en la piel de Sandra.

—No cantemos victoria, Basilio. Primero tenemos que cazarla.

La operación “Gato de fuego” continuaba fraguándose en Moralzarzal.

Las miradas de los dos comensales iban del teléfono móvil al reloj de pulsera, y del reloj de pulsera al teléfono móvil. Lo habían dejado deliberadamente sobre la mesa y lo único que ansiaban era ver cómo se iluminaba la pantalla, indicando que estaba entrando una llamada.

La cena ya había finalizado y bebían lentamente una copa de brandy gran reserva, para aliviar la tensa espera. De esa llamada dependía todo.

—Dijiste que tu contacto era serio, ¿no? —preguntó por enésima vez Matías.

—Sí. Me dijo que me llamaría a la hora de cenar, y me llamará. ¡No te preocupes, hombre! —replicó, también por enésima vez, Aurelio.

—Deformación profesional, me gusta planificar las operaciones al detalle. Todo debe encajar como las piezas de un rompecabezas, nada puede quedar al azar. Esa ha sido la clave de mis éxitos policiales.

—La operación “Gato de fuego” será el mayor de tus éxitos policiales, Matías.

—Que será un éxito, no lo pongo en duda. Pero... ¡Policial...! Querrás decir, éxito delictivo.

—¿Y qué diferencia hay? —bromeó Aurelio con ironía.

—Una fundamental, Aurelio. A los delincuentes comunes los cogemos y los entrullamos, mientras nosotros bebemos brandy en un restaurante de lujo.

La pantalla del móvil se iluminó y Matías puso fin a su disertación de ética, al tiempo que Aurelio se abalanzaba sobre el aparato.

El director adjunto operativo de la Policía Nacional no movía ni un solo músculo.

Aurelio no hacía más que asentir, luego sus labios dibujaron una sonrisa.

Matías, al verlo, se relajó y esperó pacientemente el final de la conversación.

—Segunda fase de la operación “Gato de fuego”, en marcha —anunció Aurelio, con el rostro iluminado—. ¡Camarero! ¡Otras copas!

—¿Qué te ha dicho?

—Acaba de despedirse de ella, han estado cenando en el restaurante de la Terenkova, en Puerto Banús, que ha efectuado las presentaciones y ha hecho de anfitriona. Ha cerrado el trato.

—¿Con la atracadora de bancos?

—La misma, en Marbella la conocen como la Kalashnikova. Por lo visto, en todos los atracos llevaba un fusil de asalto AK-47 Kalashnikov.

—¡Cojonudo!, esa es la tía que necesitamos. Parece que tiene agallas.

—Eso no es todo. ¡Agárrate a la silla, Matías! La policía la tenía acorralada en un parque de Kaliningrado, una ciudad rusa cercana a la frontera con Polonia. Entonces la Kalashnikova se abalanzó sobre un motorista parado en un semáforo de una avenida colindante al parque, le quitó la moto de gran cilindrada de una patada en la cabeza y huyó con la policía pisándole los talones. Se zafó de ellos, exhibiendo una conducción temeraria por carreteras secundarias. Creen que logró ganar la frontera con Polonia.

—¡Dios mío! ¡Es ella! Esa es la Motorista, encaja como un guante en el perfil.

—No tengo más remedio que inclinarme ante tu genio, Matías.

—Los galones no los regalan, Aurelio. ¿Esa fuga consta en el informe oficial?

—No me lo ha dicho, pero es de suponer que sí.

—Mañana mismo haré la gestión a través de INTERPOL. Si ello fuera así, y tiene toda la pinta de serlo, nos habremos cubierto de gloria. Y Laura subirá como la espuma a los puestos más altos.

—Tengo otra sorpresa. Ahora que ya tenemos motorista, te la puedo enseñar... ¡En el baño...! —dijo Aurelio en tono misterioso, poniéndose en pie.

Matías siguió los pasos de su contertulio, desconcertado y expectante.

—Ahora el que no tiene más remedio que reconocer que eres un genio, Aurelio, soy yo —alabó Matías, nada más regresar de nuevo a la mesa.

—Una flamante Astra 202, “Firecat”, del calibre 6,35 —dijo el anticuario, pavoneándose orgulloso—. Son casi imposibles de conseguir. Mañana, a mediodía, estará en Puerto Banús.

—Cromada y con las cachas de nácar color marfil. ¡La pistola de la Motorista! —añadió Matías.

—¿Cómo lo celebramos? —preguntó Aurelio por preguntar, pues sabía de sobra cómo acababan sus celebraciones.

—¡Con brandy y putas!

Sandra estaba disfrutando.

En el Corazón de metal había comenzado el concierto. La Metal Blues Band estaba preparando su tercer álbum para lanzarlo al mercado; “Heridas en blanco y negro”, y el bar estaba lleno hasta la bandera con sus incondicionales.

Jaime tenía por costumbre ensayar algunos temas en público, para observar las reacciones de la gente. Gallo estaba tras la barra sustituyendo a Oso, que en esos momentos aporreaba los timbales con las baquetas echando humo.

El “Blues del perdedor” hizo vibrar al auditorio, para satisfacción del letrista y compositor. Jaime interrogó con la mirada a los suyos, que le correspondieron con un asentimiento de cabeza. Había gustado.

“Atraco a las diez”, cuyos primeros compases comenzaban a sonar, hizo sonreír a la bajista. Su cabeza estaba en otra parte y no hacía más que mirar el reloj, esperando la llegada de Mario desde Canillas.

Ardía en deseos de saber qué tal le había ido, y si había averiguado algo en relación con el Xantia y con el misterioso músico que había herido el corazón de la comisario.

En ese momento lo vio entrar sonriente por la puerta. Él la buscó con la mirada, ella lo encontró con la suya. Mario se dirigió a la barra y pidió una cerveza.

Sandra se tranquilizó, del aspecto de su agente doble se desprendía que todo había ido bien, pero su sonrisa le indicaba que traía novedades, como decían ellos en su argot militar. La curiosidad se le metió en las venas, bajándole por los dedos hasta las cuerdas del Sadowsky.

La concurrencia estalló en una ovación, cuando las pantallas enmudecieron tras el último golpe de batería.

“Atraco a las diez” había sido un éxito rotundo.

Luego comenzaron a pedir insistentemente el “Mojo Boogie”. Era noche de sábado y la gente tenía ganas de marcha.

Sandra dijo algo al oído de Jaime, que asintió con la cabeza. Descendió del escenario con el Sadowsky en bandolera y se dirigió a la barra.

—¿Qué tal? —preguntó a Mario.

—¡De puta madre!

Acto seguido se quitó la bandolera y la pasó por la cabeza del sorprendido Mario.

—“Mojo Boogie”. Tranquilo, cuenta los compases... ¡Y no te pierdas!

Un latigazo sacudió todo el cuerpo de Mario y las piernas comenzaron a temblarle.

—¡Vamos, hombre!, que te están esperando —le espetó ella, dándole un empujón en la espalda y arrebatándole la cerveza de la mano—. Tu birra por mí Sadowsky.

Mario estaba en el cielo.

La multitud coreaba la letra, que se sabía de memoria.

Sandra le sacó una foto con la cámara de su teléfono móvil, luego comenzó a cantar con todos, golpeando el suelo con el pie.

Fatman, el Niño y Oso, se miraban gratamente sorprendidos.

“Al caer la noche, tu alma empieza a bailar/al caer la noche los lobos empiezan a aullar/y bajo la luna, mi vida hoy vuelve a empezar.”

Mario no se bajó en toda la noche del escenario.

Sandra no se movió en toda la noche de la barra. Estuvo trasegando una cerveza tras otra, contoneando su sugerente cuerpo al ritmo de la música.

La Harley Davidson avanzaba despacio por la carretera, con su motor ronroneando y con Mario feliz a los mandos.

Ella viajaba abrazada a su cintura, cantando y golpeando los estribos con los pies.

Iba borracha de cerveza.

Él viajaba abrazado a su sueño, cantando con Sandra y golpeando los estribos con los pies.

Iba borracho de rock.

“Todo por el rock and roll” —susurró a la noche.

Entraron en el granero.

Subieron las escaleras, quitándose la ropa por el camino.

Mario cogió el Jack Daniel’s.

Sandra, la marihuana.

Y Karajan, la batuta.

La orquesta sinfónica de la Princesa del blues ya estaba dando vueltas en el Revox, cuando ellos se metieron en la piscina.

—¿Una psicópata? ¿Laura piensa que yo soy una psicópata? —insistió asombrada, interrumpiendo el relato de Mario.

—Eso le explicó al capitán. Lo han deducido escuchando los temas de la Metal Blues Band que te he dicho.

—¡Dios! La pasma escuchándonos a todo volumen en la comisaría, y estudiando las letras de nuestras canciones en cuya composición yo ni tan siquiera participo. Todos los temas los compone Jaime, es nuestro letrista.

—El capitán los escuchó sin pestañear —añadió Mario divertido.

—¿Y qué juez se va a creer semejante chorrada? ¡Yo que sé, qué luna había cuando se ahorcó Charly! —exclamó Sandra.

—Yo te digo lo que he oído.

—Ya lo sé, cariño, no te echo a ti la culpa —dijo, dándole un beso en el cuello, empleando por primera vez esa expresión afectiva.

Mario dio un respingo. Era la primera vez que la oía, en esos labios inalcanzables, y una emoción indescriptible recorrió todo su cuerpo.

—¿Sabemos algo del Xantia?

—Mientras vigilaban al narcotraficante, vieron a una mujer entrar reiteradamente en el chalet colindante.

—¿Qué mujer? —interrogó Sandra.

—Una que les hizo volver la cabeza. Vestía minifalda de cuero, medias de fantasía, zapatos de tacón, e iba tocada con una boina azul marino. Llegaba en un taxi, estaba dos horas en la casa y se volvía a marchar en otro taxi.

—¿Y?

—Los de Información dedujeron que era una puta de lujo.

—¿Y Laura?

—Cree que eres tú, y el inspector está de acuerdo con ella.

—¿Qué inspector?

—Uno que se apellida Lafuente, era el que tomaba notas en el interrogatorio al que me sometieron en Guadarrama. Dicen que las psicópatas tenéis varias personalidades. Van a interrogar a los taxistas y a averiguar quién es el dueño de ese chalet.

—¿Le sonsacaste a Laura algo sobre el músico?

—Es su marido, es saxofonista y se llama Johnny. Toca por las noches en un bar de Vallecas que se llama El Brujo. Y su otra actividad, por la que me preguntabas, es la de agente de la Policía Nacional adscrito a la Brigada de Información. Es especialista en infiltrarse en ambientes abertzales.

—¡Toma castaña! ¿Te explicó todo eso sin conocerte de nada? —exclamó Sandra estupefacta.

—No, ella solo me dijo que era su marido. De lo demás me enteré cuando fui al baño. Yo estaba en el inodoro, con la puerta cerrada, cuando entraron en los lavabos un tal Mairena y un tal Macías y se pusieron a hablar de él. Ese Mairena, que por lo visto es un subinspector, decía que al final Laura tendría que mandarte al tal Johnny, porque yo soy un pardillo que no te voy a sonsacar nada. Parece ser que ella se negaba a hacerlo porque pensaba que tú te lo ibas a tirar.

—¡Dios santo! Eres mejor que la CIA y el KGB juntos.

—Tuve suerte y oí su conversación, eso es todo —dijo, con humildad en sus palabras y euforia en sus pensamientos.

—¡Perfecto! Un trabajo digno de un profesional.

—Hay otra cosa que a lo mejor te interesa conocer.

—¿Cuál?

—A mi capitán le gusta la comisaria.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque iba atufado de perfume y no hacía más que mirarla.

—Sí me interesa. Ya veremos qué hacemos en su momento. Ahora cuéntame la conversación que tuvisteis a solas. ¡Entera!

Se acabó el bourbon.

Se acabó la marihuana.

Se acabó el concierto de la sinfónica.

Y se acabó el baño.

Sandra cogió el Stradivarius, se sentó sobre los muslos de Mario y empezó el rock.

Después del concierto, Mario cerró los ojos y se quedó dormido.

Había sido un día increíble. Jamás en toda su existencia había vivido un día como ese. Había experimentado más emociones en esas horas, que en todas las de su vida juntas.

Sandra estaba despierta, observándolo.

Luego se recreó, en su pensamiento, con el relato de la conversación con Laura.

Y se admiró una vez más del ser humano.

Conocía a Mario desde que, diez años atrás, pisara por primera vez el pueblo. Él tenía dieciséis años, ella veintiocho. Lo había visto crecer y hacerse primero hombre y después guardia civil.

Aún lo recordaba en el granero, tirando de pala y carretillo, cargando escombros. Siempre le cayó bien. Agradable, respetuoso, humilde, discreto, y amigo de sus amigos, invitaba a la familiaridad y la confianza.

Cuando regresó, tras concluir su formación como guardia civil, le cayó mejor. Sus abdominales, los músculos de sus brazos y la fuerza de sus piernas, invitaban a otras cosas. Tal y como dedujo ella, al verlo pasar corriendo por delante de su granero todas las mañanas.

Lo que no hubiera imaginado nunca, era que ese chico que ella había visto crecer, pudiera engañar con la pasmosa facilidad con que lo hizo, a la mismísima jefa del Grupo Central de Atracos y a todo su equipo de colaboradores al completo.

Sandra concluyó, en ese momento, que precisamente la natural humildad de Mario, unido a su perspicacia que debía de ser innata, era la que le había permitido salir airoso de ese trance.

Sandra sintió emoción, cuando él le dijo a Laura que tenía sentimientos de culpabilidad.

Admiración, cuando le confesó que había tenido la tentación de contárselo todo.

Y un estremecimiento, cuando le reconoció que estaba aún más enamorado.

Entonces lo sintió llegar.

Y posarse en su corazón.

Lo conocía y lo temía.

—Lo que nos regala el sol por la mañana, la luna traidora... ¡Nos lo quita por la noche! —musitó, masticando las palabras.

Luego dirigió sus ojos hacia el ventanal del poniente, contemplando la serranía a la luz de la luna llena de esa noche.

La misma que pintó de plata el cuerpo sin vida de Charly, con un fino cordel mordiéndole el cuello, postrado en un camastro de una celda de Alcalá-Meco.

Volvió a mirar a Mario.

Luego comenzó a acariciarlo suavemente, con un cuidado exquisito, para no despertarlo. La expresión de su rostro era serena y su respiración acompasada.

—La luna traidora ya no me quitará más cosas —dijo resuelta, arrimándose al cuerpo, buscando su calor.

Sandra se estaba empezando a enamorar.

Día quinto

Domingo

Laura se llevó una desilusión.

El marqués parecía un vendedor de seguros. De cincuenta años, doce más que Sandra, era chaparro, le calculó un metro y sesenta y cinco centímetros de estatura. Grueso, sin llegar a tener barriga prominente, tenía el pelo ralo, brillante y aplastado por el fijador.

En su cara, rechoncha y anodina, destacaban sus pómulos enrojecidos, lo que indicó a Laura que al marqués le gustaba empinar el codo.

En cuanto a su atuendo, era normal y corriente. Pantalones beige, camisa de listas azules y americana azul marino cruzada. El pico de un pañuelo asomaba en el bolsillo superior, a juego con el que llevaba anudado al cuello.

Otra cosa eran las joyas.

El pesado reloj de oro macizo llamaba la atención. Y el grueso sello de su dedo anular, también de oro macizo y con el escudo heráldico de los Sancho-Pedrales grabado, impresionaba. La cadena que abrazaba su muñeca derecha, podía soportar el peso del ancla de un barco.

—Buenos días, soy la comisario Laura Bernal —saludó con una sonrisa, alargándole la mano.

—¿En qué puedo ayudar a nuestra eficiente y abnegada Policía Nacional? —replicó el marqués con tono petulante.

—Encima es idiota —pensó Laura—. ¿Nos sentamos? —pidió ella, que quería estar tranquila. Hablar en pie le generaba una incómoda sensación de premura.

—Por supuesto, pero recuerde que solo tenemos hasta que anuncien la salida de mi vuelo.

—Me hago cargo, por eso permítame que vaya directamente al grano. Tenemos sospechas fundadas de que su hermana Sandra pudiera estar implicada en hechos delictivos. Necesitamos conocer detalles de su biografía para trazar el perfil psicológico.

—¿Puedo saber cuáles son esos hechos delictivos?

—Lamentablemente están bajo secreto sumarial, dictado por un juzgado de Madrid, entienda mi situación... —mintió Laura con todo descaro.

—Lo entiendo. Bien, ¿qué desea usted saber?

—¿Cómo era en su niñez y en su juventud?

—Siempre fue indisciplinada y contestaria. Se estaba rebelando continuamente contra la autoridad de nuestro padre. Pero, mal que bien, fue creciendo dentro de un cierto orden. También es justo señalar que su inteligencia le fue de gran ayuda. Todo eso... ¡Hasta que se fue a París!

—¿Qué le sucedió en París?

—Nuestra madre era francesa y quiso que Sandra estudiara el bachillerato en un liceo francés. Parece ser que aparte del bachillerato, también estudió otras cosas...

—¿Qué cosas?

—Regresó hecha una libertina, hasta el punto de estar de acuerdo con el paso por la guillotina de muchos de nuestros antepasados maternos, durante la Revolución Francesa. Pero eso no es todo, lo peor es que volvió...

—¿Cómo volvió? —preguntó Laura, irguiéndose sobre la silla, ante el silencio de su interlocutor.

—¡Socialista! Y además... ¡Fumando marihuana! Cuando cumplió dieciocho años... ¡Votó a Felipe González! Decía que el socialismo es un estado de gracia.

—El socialismo... ¡Es una desgracia para el Estado! —replicó Laura, que era de derechas hasta la médula y siempre votaba al partido conservador, para cabreo de Johnny que apoyaba a los comunistas.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, comisario —replicó el marqués complacido—. Pero ahí no acaban las tragedias; al regresar de América, en la

Universidad Complutense, se pasó... ¡Al Partido Comunista! ¡A Carrillo! ¿Se hace usted cargo? ¡Carrillo! El peor enemigo que ha tenido España... ¡En toda su historia!

—Me hago cargo, señor marqués.

—Pues agárrese a la silla, comisario, que ahora viene lo gordo.

—¡Madre mía, señor marqués! ¿Qué será lo gordo? —disimuló Laura, para excitar al aristócrata, pues todo lo que le estaba contando ya lo sabía.

—Sandra empezó a decir que los comunistas españoles eran unos señoritos de derechas... ¿Qué le parece?

—Bueno, en eso a Sandra no le faltaba del todo razón, señor marqués. Estará viendo usted en las noticias cómo andan los sindicalistas, con eso de las subvenciones y la corrupción —dijo Laura, para hacerle la pelota, aparte de estar de acuerdo con esas apreciaciones.

—¡Unos jetas! Eso es lo que son todos —explotó el marqués.

—¿Qué sucedió después?

—Que conoció a un músico, pero no a un músico serio, no. ¡A uno de esos pelanas!, se lio con él y se hizo... ¡Anarquista!

—¡No! —insistió Laura para complacerlo.

—Como lo oye. Luego, al músico lo pillaron robando y lo metieron en la cárcel, donde, gracias a Dios, se ahorcó. ¡Que es lo que tenían que hacer todos! Y ella, entonces, se metió en esa banda de pelanas, donde creo que aún sigue. Eso es todo lo que sé.

—¿Tiene propiedades?, ¿dinero?, ¿valores?

—Propiedades, ninguna que yo sepa...

—¿Pero la herencia...?

—Cuando se fue a vivir con el pelanas, nuestro padre la desheredó. El dinero que tenga, que no sé cuánto será, es el que gane con la banda esa en la que toca.

—¿Sabe usted si tiene algún tipo de relación con alguien que viva en una urbanización de lujo de Majadahonda, llamada Los Zarzales?

—No, que yo sepa.

—¿Sabe si le gustan las armas?

—No. Todo lo contrario, ella es una pacifista de esas.

—¿Había armas en su casa, cuando ella vivía allí en su adolescencia?

—Por supuesto, rifles y escopetas de caza. Mi padre era muy aficionado a la caza mayor y un gran tirador, igual que yo que he heredado su afición, y... ¡Sus cualidades! —dijo, pavoneándose orgulloso.

—¿Y armas cortas?

—Nada más y nada menos que... ¡La mejor colección de España! Más de trescientas pistolas de época, de todos los calibres. Algunas piezas son de un valor incalculable.

Laura dio un respingo y se irguió sobre el asiento, maldiciéndose a sí misma por su torpeza. El Servicio de Intervención de Armas de la Guardia Civil tenía que tener todos los datos de esas pistolas. Solamente tenía que haber encendido el ordenador para enterarse.

—En esa colección, ¿había una Astra 202, cromada, y con las cachas de nácar color marfil? —preguntó Laura, conteniendo el aliento.

—¿La “Firecat” del 6,35?

—¡La misma! —urgió Laura.

—Era la preferida de mi padre. Es la típica “chalequera”, ideal para llevar en el bolsillo.

—¿Quién tiene ahora esa colección? —inquirió Laura, con el corazón en un puño.

—Yo. Esa colección es la niña de mis ojos —replicó el marqués intrigado.

—¿Está la “Firecat”?

—No, no la encontramos —respondió con un tono de preocupación.

—¿Cómo que no la encuentran? ¿Ha dado cuenta a la Guardia Civil?, es una pistola, no un paraguas —le espetó Laura asombrada.

—No se preocupe, mujer. Tiene que estar en alguna parte, dentro de alguna de mis casas por supuesto. Lo que ocurre es que mi padre la escondía en recovecos y como murió de repente, de infarto de miocardio... Pero, tarde o temprano, aparecerá escondida detrás de algún libro, en las cuadras, o donde menos lo esperemos.

—¿Y por qué la escondía su padre?

—Por Sandra.

—¿Por Sandra? —preguntó ella, con los ojos fuera de las órbitas.

—Sí, siempre fue una apasionada de los gatos. Tenía un bonito siamés de nombre Faraón, que crió de cachorro y que la seguía a todas partes. Un día se descuidó y uno de los perros de la casa, Inquisidor concretamente, llegó con Faraón en la boca. Muerto, naturalmente.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Laura, que estaba escuchando el relato sin tragar saliva.

—Mi padre, hasta ese día, siempre guardaba la pistola en el cajón central de su escritorio. Cuando Inquisidor llegó con Faraón en la boca, Sandra se adentró en la casa y al momento salió con la “Firecat” en la mano, se la puso a Inquisidor en la cabeza y le vació el cargador sin inmutarse.

—¡Me cago en la puta! ¡Joder con la pacifista! —exclamó Laura atónita.

Se había dejado llevar por la impresión y había sacado a relucir el lenguaje cuartelero de sus hombres, olvidando por completo que estaba en presencia de un aristócrata.

No obstante, el marqués antepuso a las buenas maneras el placer que le producían las reacciones de su interlocutora, y continuó satisfecho su relato.

—Luego le quitó a Faraón de la boca y se lo llevó para darle sepultura en alguna parte que sólo ella sabe, era muy reservada con sus cosas. Cuando llegó mi padre, y se enteró de lo sucedido, comenzó a esconder la pistola. Habrá usted reparado que, por ironía del destino, la traducción al castellano de “Firecat” es gato de fuego.

Laura casi se cayó de la silla.

Por ironía del destino, aunque sí había reparado en ello, no le había dado su verdadera dimensión.

—¡Dios mío! Su gato se llama Fuego —comentó para sí, maldiciendo por no haber caído antes en esa coincidencia.

Al marqués le nació una intranquilidad. Si con esa arma se había cometido algún delito, él podía tener responsabilidades por no haber informado en su día a la Guardia Civil.

—¿Ocurre algo con esa pistola? —preguntó.

—Aún no lo sabemos, lo estamos investigando. Como le he dicho antes, todo está bajo secreto sumarial. ¿Cuántos años tenía Sandra cuando sucedió eso? —preguntó Laura, yendo a lo que le interesaba.

—Unos doce.

En ese instante anunciaron por la megafonía el embarque del vuelo a Roma, llamando a los pasajeros.

—Ese es mi vuelo, tengo que marcharme —dijo el marqués, poniéndose en pie.

—¿Cuándo podemos volver a entrevistarnos?, me gustaría someter algunas cuestiones a la consideración de un experto en ese tipo de armas, usted parece que es el hombre idóneo —le dijo Laura para encelarlo.

—Tras mi regreso de Roma estaré a su entera disposición —replicó él, complacido por esas palabras, a la vez que intrigado por el interés de la Policía en esa pistola. También deseaba exhibir sus conocimientos ante una mujer como Laura—. Llame usted a mi secretaria, ella nos mantendrá en contacto.

En el granero todo era paz y sosiego.

En el alma de Sandra no. Era un revoltijo de sentimientos y contradicciones.

Su corazón regaba el pequeño tallo que comenzaba a crecer, regalo de esa primavera.

Su instinto de mujer, intentaba arrancarlo.

Mientras tanto, su cerebro metódico planificaba la visita de Mario a El Brujo.

Si Laura iba a infíltrale a ese tal Johnny, necesitaba tener una fotografía suya, mirar a sus ojos y, a través de ellos, meterse en su alma para averiguar de qué estaba hecho, pudiendo calibrar así la amenaza.

Llevaba desde la salida del sol navegando en Internet, intentado cazarlo.

Pero había fracasado.

Si era de la Brigada de Información, tal y como oyó decir Mario en el baño de la comisaría, la Policía Nacional se habría cuidado muy mucho de que en la red no hubiera nada sobre él.

—Buenos días, 007 —saludó ella, desde su mesa de trabajo, al ver que Mario abría los ojos y se desperezaba.

Sandra tenía un plano de Vallecas, que acababa de retirar de la impresora, desplegado ante sus ojos. También se amontonaban sobre su mesa varias fotografías del bar, que había descargado de su página web.

—Este es El Brujo —dijo, enseñándole las fotos—. Y aquí está emplazado —añadió, haciendo una gran cruz con el rotulador sobre el plano.

—¿Y cómo voy?

—En una Kawasaki Ninja. La Harley da mucho cante.

—¿La de Gallo?

—La misma, hoy es domingo y hay concentración de moteros.

—Pero yo no he cogido nunca una Ninja —protestó Mario.

—La Ninja la llevaré yo. Te dejo en las proximidades, entras en El Brujo, te tomas algo, sacas una foto al tal Johnny y vuelves.

—¿Y tú qué harás?

—Esperarte.

—¿Cuándo iremos?

—Esta noche. ¿Tienes gorra?, es conveniente disimular tu rostro.

—La del uniforme de la Guardia Civil no sirve, ¿no? —preguntó Mario, haciendo una gracia.

Sandra se levantó y abrió la puerta de un armario empotrado. Su mano encontró lo que buscaba y, al momento, una gorra negra descansaba sobre la cabeza de Mario.

—Era de Charly —dijo Sandra. Luego continuó rebuscando—. ¿Te gustan los “Iron Maiden”, cariño? —preguntó, sujetando una camiseta en las manos.

—Por supuesto.

—Y ahora, mi chupa negra de cuero. ¿A ver cómo te sienta?

—¿Y tú qué te pondrás?

—Le pediré a Gallo una de motero.

Mario se miró en el espejo, le gustó lo que veía.

A Sandra también le gustó.

—No te muevas de aquí, y cuídame a Fuego —le dijo ella, poniéndose en pie.

—¿Adónde vas?

—A por la Ninja. Nos vamos para el Puerto de la Cruz Verde con los demás moteros. Voy a invitar a comer al agente 007, se lo está ganando. Luego, al ponerse el sol, saldremos para Vallecas.

—¿Vas andando?

—No, en la Harley. La dejaré en el taller, como siempre, y mañana volveré a deshacer el cambio.

Sandra se despidió con un beso y abandonó el granero.

Mario bajó las escaleras seguido por Fuego, abrió una cerveza, subió al escenario, cogió el Sadowsky de Sandra y comenzó a tocar.

Laura estaba en el despacho rodeada de sus hombres.

De regreso del aeropuerto había llamado al inspector Lafuente y, pese a ser domingo, había convocado una reunión de urgencia.

—Es ella, ya no tenemos la menor duda —sentenció Laura, después de concluir el relato de su entrevista con el marqués.

—Aún no tenemos pruebas sólidas para proceder a su detención —opinó pensativo Lafuente.

—Lo que más me preocupa ahora es la seguridad de Mario. Está claro que esa mujer es una psicópata y está armada. Vacío el cargador de la Astra en la cabeza del perro, como quien riega un geranio. ¡Con doce años! —exclamó Laura asombrada.

—Que sepamos, aún no ha matado a nadie —razonó Lafuente.

—Esa gente es impredecible, Juan —sentenció Laura—. Atraca con luna llena, en sus relaciones sexuales toca el violín, meneándose como una posesa, tiene una piscina en su dormitorio, y lleva al diablo en sus partes íntimas.

—El diablo en el coño lo tienen todas —aclaró Mairena.

—Mairena, te repito que has equivocado la profesión, eres un intelectual desaprovechado —le sermoneó Laura.

—Nos queda verificar lo de la prostituta de lujo —recordó Lafuente

—Bastante verificado lo tengo yo ya. Ponte en lo peor, Juan.

—Estoy pensando que el guardia civil, Mario, puede ir armado. Eso aminoraría el riesgo —razonó Lafuente.

—Se lo propuse precisamente ayer, pero el chaval no es tan tonto. Nunca lleva el arma cuando está de paisano con sus amigos, ese es su pueblo. Ese cambio de actitud podría salirle de ojo a Sandra y recelar.

—Eso se puede arreglar. Podemos elevar, a nivel interno, el grado de alerta de amenaza terrorista en esa zona. Eso exigiría activar los protocolos de seguridad personal, sería obligatorio para todos los agentes y así ella no sospecharía nada.

—Interior no nos lo permitiría ni en broma, si eso trascendiera a la opinión pública... ¡Imagínate la que se líe en Guadarrama! Olvidaos de eso —ordenó Laura.

—Entonces, ¿correremos el riesgo? —preguntó Lafuente.

—No, no pienso cargar en mi conciencia con la muerte de un chico, que podía haber evitado... ¡Antes prefiero cargar con los cuernos!

Mairena dio un respingo al intuir por dónde iban los tiros.

—Al fin y al cabo, dicen que solo duelen cuando salen, y a mí hace ya mucho tiempo que me salieron —se sinceró Laura.

—¿Vas a cambiar al guardia civil por tu marido? —inquirió Lafuente.

—No. Mario ha de continuar, Johnny será un refuerzo.

—Te lo he dicho y no me has hecho caso, jefa. Ese picoletto es un pardillo, teníamos que haberle metido a Johnny el primer día —saltó Mairena con voz de triunfo.

—¿Has venido en tu coche, Mairena?

—Sí, jefa.

—¿Sabes dónde vive Johnny?

—En la última planta de un rascacielos de Vallecas —replicó él, sin dudarlo.

—¿En un rascacielos? Mi marido está temporalmente en el desván de un amigo suyo, en la tercera planta de un viejo edificio —corrigió ella pensativa, intentando descubrir si el subinspector le estaba gastando alguna de sus bromas.

—Pues las veces que me he quedado a dormir con él, al salir de El Brujo, me pareció que estábamos subiendo a un rascacielos. Creía que no llegábamos nunca —aseguró Mairena, poniendo gesto de extrañeza.

—¡La madre que os parió a los dos! —saltó Laura asombrada.

—Tu marido es un crack, parece que vino al mundo con el saxo entre los brazos.

—¡Querrás decir entre las piernas...! —estalló Laura.

—Yo de eso no se nada —fingió Mairena.

—Coge tu coche y tráetelo, y... ¡No os perdáis por el camino! Si no quiere venir, le decomisas la marihuana, le pones los grilletos y te lo traes detenido.

—¿Hay reunión esta tarde también? —preguntó Mairena.

—De aquí no se mueve nadie hasta que le pongamos el cascabel al “gato de fuego” y esté ante el juez con las muñecas esposadas. ¿Te ha quedado claro, Mairena?

—Sí, jefa. ¿Dónde nos vas a llevar a comer?

—Hoy no hay excursión en la “lechera”. Macías se encargará de pedir pizzas y cervezas —dijo, dirigiéndose al oficial—. Mairena, si os retrasáis las comeréis frías.

—A tus órdenes, jefa —le replicó el subinspector, poniéndose en pie y abandonando el despacho.

El imponente Mercedes de Aurelio se detuvo y paró el motor.

Al momento, los cerebros de la operación “Gato de fuego” estaban pisando de nuevo el suelo de Moralarzal.

—La pistola ha llegado ya a Marbella. Esta misma noche estará en poder de la Kalashnikova —anunció con voz cantarina Aurelio, nada más sentarse a la mesa del restaurante.

—Esto va viento en popa, Aurelio, tal y como lo había planificado.

—El contacto me pide el plan operativo detallado, para pasárselo a la Kalashnikova aprovechando la entrega de la pistola. Dice que cuanto menos los vean juntos, mejor, y hay que aprovechar las ocasiones.

—Correcto y de acuerdo —sentenció Matías, asintiendo con la cabeza.

—Entonces, empieza —pidió Aurelio, sacando una pequeña agenda de piel y un bolígrafo.

—Una vez que lo hayas transmitido, no olvides quemar la hoja —alertó Matías presumiendo.

—Tranquilo, socio. Esto se irá conmigo a la tumba.

—El paso primero, que ya se puede dar hoy mismo, es tener localizada una motocicleta de gran cilindrada para robarla en la madrugada del día “D” —explicó Matías, con la voz engolada.

—Eso a la Kalashnikova le tiene sin cuidado, con acercarse a un semáforo y quitársela a uno que esté parado... —rió Aurelio, haciendo una gracia.

—Eso que ni se le ocurra, tiene que ser sutil, como un fantasma. Ese es el modus operandi de la Motorista.

—Por cierto, ¿cuándo será el día “D”? —preguntó Aurelio.

—Cuanto antes, dependiendo de los informes de tu contacto sobre el estado de los preparativos.

—Estoy de acuerdo, continúa.

—El segundo paso, que también se puede dar mañana, es elegir la joyería adecuada, conocer las costumbres de los empleados, vías de escape, etc...

Aurelio escribía sin parar en su agenda, mientras Matías daba un largo trago al vino de reserva y lo miraba complacido.

—Paso tercero —anunció, a una señal del escribiente—. Tener estudiadas las inmediaciones de la estación de ferrocarril de Málaga, para abandonar allí la motocicleta en condiciones de seguridad.

—Entendido —respondió lacónicamente Aurelio, concentrado en la escritura.

—Paso cuarto y último. Tener situado cerca de la estación un vehículo de apoyo, para que la Kalashnikova abandone el escenario del delito y pueda poner el botón a buen recaudo.

—¿Ya está? —inquirió Aurelio.

—La primera parte de la operación “Gato de fuego”, sí.

—¿Cuándo informaré a Laura?

—Esa es la segunda parte de la operación, que a su vez consta de dos fases.

—Te escucho —dijo Aurelio, comenzado a escribir en una hoja nueva.

—Fase uno, a ejecutar antes del día “D”. Le dirás a Laura que según fuentes que no puedes revelar, la Motorista podría ser una ex agente de un país del Este, afincada en la Costa del Sol.

—¿Eso no es dar pistas que conduzcan a su detención, antes del día señalado? —preguntó el anticuario pensativo.

—Eso es no dar nada. Esa información es tan genérica, que no puede conducirlos hasta nuestro hombre.

—¿Nuestro hombre? —preguntó Aurelio perdido.

—¡Joder! ¡La Kalashnikova! Es una forma de hablar, deformación profesional.

—Entendido. ¿Luego, qué pasa?

—Fase segunda. El atraco de la Kalashnikova respaldará tu informe previo, haciendo creer a Laura que le has proporcionado una pista sólida, que lleva buscando... ¡Diez años! Al momento, te llamará nerviosa para que averigües todo lo que puedas.

—¡Cómo lo tienes todo de hilvanado, Matías! —exclamó Aurelio, llenando otra vez las copas de vino.

—Los galones no los regalan, Aurelio. La visión estratégica de las cosas, la capacidad táctica y la precisión en la ejecución, han sido las claves de mis éxitos policiales.

—Lo sé, Matías —reconoció el anticuario, con auténtica admiración.

—En ese primer contacto no le dirás nada, solamente te comprometerás a efectuar averiguaciones y a tenerla informada. Dejaremos pasar un par de días y llamarás a Laura para cenar, diciéndole que tienes información de primera mano.

—¿Y? —preguntó Aurelio, que escribía a toda velocidad, sin perder detalle.

—Y comenzaremos a darle sedal. Esa noche, después de la cena, la llevarás a bailar. Ella estará eufórica, debido a los avances en la investigación, y por tanto receptiva a cualquier tipo de celebración.

—¿A una discoteca?

—No. Laura odia el rock and roll y esas cosas. Le gustan los boleros, Antonio Machín y gente así.

—¿Y después de bailar...?

—¡Joder, Aurelio! ¡A la cama!

—Perdona, es que con tu visión estratégica y capacidad táctica, me llevas a remolque. Estoy concentrado para no perder detalle, y poder escribirlo todo, y no me das tiempo a pensar en lo que dices.

—Te comprendo, Aurelio. Relájate un poco y dale un trago al vino —dijo Matías complacido, al tiempo que llenaba de nuevo las copas.

—Y, ¿si no quiere ir?

—A los dos días, la vuelves a llamar diciéndole que tienes más información. ¡Y otra vez a la carga! Así... ¡Hasta que caiga! —sentenció Matías.

—Entendido, socio —dijo Aurelio, sin dejar de escribir.

—Esa noche no te pases con las copas, que luego no se te empina. A ver si después del éxito de la operación “Gato de fuego”, lo estropeas todo con el pito —le advirtió Matías.

Aurelio dejó el bolígrafo, se llevó la mano a la entrepierna y exclamó alardeando;
—El gato de fuego... ¡Lo tengo yo aquí encerrado!

Mairena llegó a lo alto del rascacielos de Vallecas.

Estaba parado ante una desvencijada puerta de madera. Sacó un llavín, que le había proporcionado Johnny para las noches que iba a verle al concierto, abrió la puerta y entró en el desván.

—Johnny, ya has “sobado” bastante. Levántate, ¡la gran jefa te reclama! —exclamó el subinspector, sirviéndose un trago en un vasito de cristal labrado.

—¿Qué hora es? —preguntó el músico, con voz de adormilado.

—Casi hora de comer. Vamos, tu mujer te llama a su presencia —insistió, al tiempo que cogía la bolsa de marihuana depositada sobre la mesilla y comenzaba a liarse un cigarro.

—¿Qué tripa se le ha roto? ¿Es por lo del otro día?

—¿Tu detención en El Brujo? —rió Mairena— No, Johnny. ¡Es para que toques el saxo, te atasques de bourbon, te atufes de maría y te tires a la tía más buena que jamás hayan contemplado tus ojos! Y lo mejor, Johnny... ¡Todo a cargo del Estado español!

—¡Vete a tomar por culo, Mairena! ¿Para qué has venido a tocarme los cojones en domingo?

—Se llama Sandra, es la bajista de la Metal Blues Band, y además es la famosa, la única, la genuina... ¡Motorista! La ha cazado tu mujer, es una psicópata, una delincuente en serie.

Johnny dio un impulso con las piernas y los brazos, y se tiró de la cama. Al momento estaba pisando el suelo del desván

—¿Qué has dicho?

—Sí tío, acertaste en todo, la jefa lo ha reconocido en público. Nos está esperando.

—¿Cómo habéis dado con ella?

—Por la luna llena.

—¿Por la luna?

—Atraca con luna llena, después de los conciertos de la banda, y se folla a los tíos sentada sobre ellos, tocando el violín mientras se menea. Tiene en su dormitorio una piscina olímpica y una orquesta sinfónica que ha fabricado, ella sola, grabando los conciertos del Karajan ese, instrumento a instrumento. Tiene un pentáculo del diablo tatuado en el coño y la llaman la Princesa del blues. El resto, que te lo explique tu mujer —dijo Mairena.

Johnny le arrebató el vaso y lo vació de un trago.

Luego le quitó el cigarro de marihuana.

—Y lo mejor de todo, Johnny; la Princesa del blues... ¡Necesita un príncipe! —añadió Mairena, con una sonrisa pícara en sus labios.

El saxofonista se abalanzó sobre sus vaqueros y comenzó a vestirse a toda velocidad.

El repartidor de la pizzería, Mairena y Johnny, entraron al mismo tiempo en el despacho del complejo policial de Canillas.

Laura estaba doblemente sorprendida; por la tardanza del repartidor y por la premura de su subinspector y de su marido. Era clienta asidua de ese establecimiento y si había algo que le caracterizaba, era su celeridad en la entrega de los pedidos.

—Es que hoy es domingo, señora comisaria. Es la primera vez que hace usted un encargo en domingo —se excusó el empleado.

—Y espero que sea la última —replicó ella, acordándose del gran sofá del salón de su casa y de su televisor de plasma.

—Sabes, Johnny, que prefiero arrancarme el brazo de cuajo y sin anestesia, antes que darlo a torcer... pero no tengo más remedio. Tenías razón, Johnny, siempre la tuviste; la Motorista es una psicópata, una delincuente en serie que actúa por venganza. También tenías razón en que era buena, buena de verdad, pero te has equivocado en una cosa...

—¿En qué?

—En que nunca la cogeríamos. Se llama Sandra y es la bajista de la Metal Blues Band.

Laura miró al subinspector y le hizo un gesto con las cejas.

—¡Música maestro! —anunció Mairena encantado

—¿Son estos?

—Sí, son de Guadarrama.

—Tocan bien.

—Una banda así, ¿puede acoger a un saxofonista? —preguntó Laura expectante, pues de esa respuesta dependía todo el plan.

—En una banda así, no puede faltar un saxofonista.

—Apréndete los temas de memoria porque vamos a infiltrarte.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Cómo?

—Según nuestro informador, el dueño del Corazón de metal tiene un corazón más grande que sus espaldas y organiza conciertos para los músicos jóvenes.

—Ese bar es la sede oficial de la banda —apuntó el inspector jefe Lafuente.

—Llegarás en autobús desde Madrid, con tu saxo y unos euros en el bolso. Luego te dejas caer en el establecimiento, diciendo que estás sin blanca, y pides una actuación —explicó Laura.

—¿Y para entrar en su banda? —inquirió Johnny.

—Esperemos que cuando te oigan tocar, y entres en conversación con ellos, podáis llegar a algún acuerdo de colaboración —añadió su mujer.

—Ten en cuenta que es una operación paralela a la de la Guardia Civil, que tiene infiltrado ya a un agente, Mario, un chico de veinticinco años nacido allí —dijo Lafuente.

—¿Cómo se llama la operación?

—Aún no le hemos puesto nombre —aclaró Lafuente.

—“Gato de fuego”, como su pistola —saltó Laura de repente.

—Operación “Gato de fuego”, me gusta —opinó Johnny—. ¿Saben los picoletos que voy?

—No, ni se lo vamos a decir —sentenció Laura—. Mario está enamorado como un colegial de la Princesa del blues, y ella es una arpía. Si lo descubre, que lo acabará descubriendo, solo quedarás tú. Por tanto, la Guardia Civil no puede saber de tu existencia, porque entonces caeríais los dos.

—Estoy de vacaciones...

—Ya no. Eso lo arreglaré mañana con tu jefe. Disfrutarás del doble de días cuando acabes este trabajo.

—Tengo que despedirme en El Brujo, no puedo marcharme sin más.

—Tienes esta noche. Os doy a Mairena y a ti la tarde libre, coged los dos discos y regresad al desván de Bruno a trabajar sobre ellos. Mientras los escucháis, Mairena te informará de todos los detalles.

—OK, jefa —replicó el subinspector encantado.

—Mairena, ¿te quedarás al concierto en El Brujo?, claro.

—Tengo que cuidar de Johnny, jefa. Es nuestro hombre más importante.

—¿Y luego subirás a dormir a lo alto del rascacielos?

—Tengo que ayudarle a cargar con el Selmer Bundy, usted no sabe cómo pesa a esas horas.

—Me hago cargo, Mairena. Mañana, lunes, no aparezcas por aquí, te doy el día libre. Johnny, cuídate y tráeme a la Princesa del blues con los grilletos puestos.

Johnny García, hijo del Cuerpo Nacional de Policía y del jazz, se cuadró y se llevó su mano recta a la sien.

—A sus órdenes, señora.

Laura señaló con la mano la puerta de su despacho.

—¡Fuera de mi vista!

La Kawasaki Ninja rodaba por las reviradas carreteras de la sierra, con la Princesa del blues a los mandos y con el Hijo de la luna tras ella, abrazado a su cintura. Bajaban el Puerto de la Cruz Verde a una velocidad endiablada. Sandra acometía cada curva, tumbando la moto hasta casi rozar el asfalto con los estribos.

Habían comido tranquilamente en un acogedor restaurante de Las Navas del Marqués, donde habían planificado con todo detalle la visita a El Brujo. Y donde, para asombro de Mario, se habían tomado unos tragos.

—¡Como nos pare la Guardia Civil...! —había dicho él, al verla con el vaso de bourbon en la mano.

—¿Los picoletos? Cuando los vea, me pego la vuelta y a correr en dirección contraria —le había replicado ella, con todo desparpajo.

—Pueden salir detrás de nosotros...

—¿Con qué? —había preguntado Sandra, con una sonrisa en los labios.

Acometían ya el llano, y las cúpulas del monasterio de El Escorial se recortaban en el horizonte ante sus ojos.

Sandra eligió la autopista en detrimento de las carreteras interiores, que eran las que le gustaban a ella. Ese era un día especial.

El viaje hasta Vallecas fue un suspiro, con la Ninja rodando a doscientos por hora por el carril izquierdo. Los espejos retrovisores retransmitieron en directo la puesta de sol, y

la noche comenzó a tejer laboriosamente la alfombra de luces que Sandra contemplaba desde el ventanal de su granero.

Poco después, paraba el motor junto a un parque próximo al callejón donde estaba emplazado El Brujo.

Mario se apeó y le dio el casco a Sandra. Luego sacó la gorra, que llevaba junto a su pecho aprisionada por la cazadora de cuero, y se la puso.

—¿Qué tal?

—Guapísimo. Recuerda; esos tíos de la Brigada de Información son muy buenos fisonomistas. Si te ve, sabrá que no eres cliente habitual y se quedará contigo, has de evitarlo a toda costa. Mientras tanto, yo te esperaré aquí, sentada en la moto.

—Descuida, Sandra —dijo Mario.

Luego le dio con la mano un golpe en el casco, a modo de despedida, y se marchó.

En la costa del Levante hacía rato que se había puesto el sol y los primeros turistas del año, que disfrutaban del cálido clima de esa primavera, comenzaban a salir a la calle en busca de restaurante para cenar.

La Kalashnikova tenía la cabeza inclinada. Miraba atentamente hacia abajo, sin entender muy bien lo que quería su interlocutor, mientras el restaurante de Tatiana, en Puerto Banús, comenzaba a llenarse poco a poco.

—¿Esto qué es? —preguntó, al tiempo que contemplaba el objeto depositado en su mano, resguardado por la mantelería de la mesa del restaurante.

—Una pistola Astra 202, calibre 6,35 —replicó el hombre.

—¿Y para qué sirve? —insistió ella.

—Para realizar el encargo.

—¿Con esto? ¿Quieres que atraque una joyería... ¡Con esto!? —preguntó atónita, mientras le mostraba la pistola frente a sus ojos, sujetándola con dos dedos por el cañón.

Él, al ver cómo la Kalashnikova exhibía el arma a la vista del público, se la arrebató de un manotazo y la ocultó en el regazo.

—Exigencia de nuestros clientes. El calibre 6'35 también mata, y es ideal para llevar discretamente en el bolsillo del mono de motorista.

—Yo, o voy con Exterminador o no lo hago. Esto es una mariconada —espetó con un extraño acento, mezcla de ruso y de andaluz.

—¿Quién diablos es Exterminador?

—El AK-47, Kalashnikov.

—Tenemos que ajustarnos a sus instrucciones, Aleksandra. El cliente hizo mucho hincapié en ello —sentenció, devolviéndole la pistola por debajo de la mesa.

Ella la cogió y la guardó en su bolso, se levantó y se dirigió al baño. Entró en un inodoro y cerró la puerta con el trinquete, sacó la pistola del bolso y comenzó a estudiarla con ojos expertos.

Extrajo el cargador, sacó una bala, la miró con aire escéptico y la volvió a meter en el cargador. Luego desplazó la corredera y apretó el gatillo en vacío. Por último, introdujo de nuevo el cargador en la empuñadura.

Salió del inodoro y verificó que estaba sola en el aseo de señoras. Volvió a entrar y vació el cargador contra la pared, mientras los estampidos restallaban en el pequeño

cuarto. Miró curiosa las mellas que había dejado el plomo en los azulejos, al tiempo que aspiraba hondo.

Para la rusa no había nada en este mundo como el olor a pólvora que, junto con el olor a gasolina quemada y el de los sobacos de un hombre, constituía su perfume predilecto.

Salió del inodoro y comenzó a retocarse frente al espejo.

Aleksandra Baránnikova, alias la Kalashnikova, comenzaba ya a adentrarse en la madurez, que en ella venía adelantada a causa de su desordenada vida, el alcohol y los hombres.

Su cuerpo, musculoso para una mujer, estaba exento de toda femineidad, que ella se encargaba de disimular, utilizando asiduamente minifalda de cuero, camisetas ajustadas y zapatos de tacones. Siempre y cuando no estuviera de servicio, en cuyo caso recurría a una vestimenta de tipo militar. El pelo era rubio y corto, que ella mantenía de punta a base de fijador, y las facciones de su rostro, duras.

Dos granadas de mano de fragmentación, imitación a escala de las almacenadas en los arsenales soviéticos, y que utilizó en sus años de servicio, colgaban de sus orejas. Las había mandado realizar en plata a un orfebre y contribuían a reafirmar esa femineidad que la madre naturaleza le negó. Y para eso, nada mejor que unos bonitos pendientes, según su particular criterio.

Su mirada era fría y no transmitía ninguna emoción. Con sus ojos podía congelar la lava de un volcán.

Hizo un gesto de aprobación ante el espejo y abandonó el baño.

—Aquí tienes tres mil euros como anticipo para gastos. El botín es para ti, y además tendrás la comisión pactada al finalizar el trabajo —le informó el hombre.

—¿Le has puesto algún nombre a la operación? —preguntó ella, pues era habitual hacerlo para no dar pistas innecesarias en sus conversaciones.

—No, pero se lo ponemos ahora —replicó él pensativo.

—¿Operación “Holocausto”? —sugirió ella, que le gustaban los nombres sonoros.

—No, no habrá derramamiento de sangre, eso ha quedado claro —ordenó él, alarmado. La mujer que tenía delante era capaz de organizar una carnicería—. ¡Operación “Gato de fuego”! —exclamó de repente.

—¿Por qué? —preguntó ella curiosa.

—A la Astra 202, se la conoce con el sobrenombre de “Firecat”.

—“Gato de fuego” —repitió la rusa, masticando las palabras—. Me gusta, yo también soy una gata de fuego —añadió con voz maliciosa.

—Por eso precisamente te he llamado —dijo el hombre satisfecho.

Luego levantó al aire su copa de vino para brindar.

—¡Por los “gatos de fuego”!

En El Brujo no cabía un alfiler.

Mario abrió la puerta y una bofetada en la cara lo recibió a modo de saludo. Un penetrante olor a marihuana y a hachís, unido a la tenue luz del local, lo transportaron de repente a otra realidad. A ello ayudaba el melodioso sonido de un saxo, que reinaba por encima de todo lo demás.

Mario se entusiasmó por la música, por el ambiente y porque el saxofonista tenía los ojos cerrados.

Johnny había estado toda la tarde trasegando bourbon y fumando marihuana, arrullado por el rock de la Metal Blues Band. Mientras tanto, Mairena le había relatado entusiasmado las virtudes de la Princesa del blues, que había traspasado la frontera de lo humano y era ya para ellos, la diosa Venus hecha carne.

Cuando llegó la hora, se subió al escenario, cerró los ojos y comenzó a tocar jazz, recreándose con ella en su imaginación.

Mario le sacó una fotografía con su teléfono móvil, despachó de un golpe su consumición, hizo una pregunta al camarero al abonar la cuenta, y se marchó.

Johnny seguía tocando.

Tenía sus ojos cerrados.

Continuaba soñando.

—¿Ya? —preguntó Sandra asombrada, al verlo llegar.

—Ya —le replicó Mario, mostrándole la foto en la pantalla de su móvil.

—Es guapo, ¿te ha visto?

—No, tocaba con los ojos cerrados.

—¿Qué tal toca?

—De puta madre. El tío es bueno.

—¿Te has enterado de algo más?

—Sí, hoy es su último día, se marcha fuera una temporada. Me lo dijo el camarero cuando le pagué.

—¿No te dijo dónde?

—No, pero creo que te vas a enterar enseguida.

—Yo también lo creo —le dijo Sandra sonriendo—. Eres mejor que la CIA, 007.

Mario se puso el caso, se abrazó a la cintura de Sandra, y al momento la Ninja se desperezó y comenzó a rugir. La Princesa del blues giró la empuñadura del acelerador y la Kawasaki salió como una flecha hacia Guadarrama.

Día sexto

Lunes

Pese a ser lunes, y pese a haber estado todo el fin de semana encerrada en el despacho con sus hombres, Laura estaba de buen humor.

Tenía a la sospechosa acorralada.

Por un lado estaba el infiltrado de la Guardia Civil y, por el otro, el de la Policía Nacional. Las ventajas que no tenía uno las tenía el otro, y los inconvenientes que tenía uno, no los tenía el otro. Mario era joven e inexperto, pero gozaba de la confianza que le otorgaba su amistad con Sandra. Johnny estaba curtido en mil batallas, y tenía más salidas que una madriguera de conejos, pero era un extraño y Sandra no se confiaría fácilmente a él.

La información contrastada que le suministraran ambos, podía conducirla a la ansiada detención de la Motorista.

La voz de Juan Lafuente la sacó de sus pensamientos.

—Tenemos ya el informe financiero que solicitamos —anunció el inspector jefe.

—¿Y?

—Si no le encontramos más bienes u otro tipo de dispendios, no hay nada que hacer, Laura —informó Lafuente.

—¿Y la piscina? ¿Y los aparatos? ¿Y...?

—Nada. Cobran entre cuatrocientos y mil euros por concierto, dependiendo de los lugares en los que toquen.

—No es mucho, creía que eran buenos.

—Y lo son. La opinión de los expertos consultados, es que están muy por encima de los circuitos que hacen.

—¿Por qué? —preguntó Laura extrañada.

—Porque esta gente es así.

—¿Está declarado en Hacienda?

—Religiosamente. Después de descontar los gastos, les quedan unos nueve mil euros al año, para cada uno.

—¡Por Dios, Juan! ¡Sandra no llega a “milleurista”! ¿Cómo puedes decir que no hay nada que hacer?

—Aún no he acabado, venden unas tres mil copias al año de sus discos, de los que a ella le corresponden otros tres mil euros más.

—¡Joder, Juan! ¡Rectifico!; es una “milleurista”.

—Suficiente para justificar sus gastos.

—¿Y el granero?

—De su queridísimo Charly, herencia de su abuelo. Como él tenía embargos sobre sus espaldas, a causa de su mala cabeza, unos meses antes de morir lo puso a nombre de ella, ante un notario de Madrid, para eludir la acción de la justicia.

—¿Y la rehabilitación?

—Cien mil euros, según los arquitectos. Una casa muy espectacular y aparente, sí, pero... ¡Mucho ruido y pocas nueces!

—Su hermano dijo que no tenía un duro. ¿De dónde ha sacado los cien mil euros?

—Un crédito hipotecario, contratado con Banesto, a treinta años. Aún le quedan veinte años para amortizarlo.

—¿A cuánto asciende cada cuota mensual? —se interesó Laura, sin muchas esperanzas.

—A trescientos euros. Por cierto, se retrasa habitualmente en el pago, a día de hoy debe dos cuotas al banco.

—¡Pero qué lista es, la hija de puta! —exclamó Laura.

—La Harley Davidson no sabemos cómo la pagó a la madre de su novio, y el bajo fue un regalo.

—¿Y no hay nada más?

—No. No tiene más gastos que la luz, la comida; la suya y la del gato, y el seguro y la gasolina de su moto.

—¿Y los otros miembros?

—Nada, Jaime tiene su trabajo fijo. Para él la música es un hobby y, de su forma de vivir, se desprende que no tiene nada que ver con los atracos. Manuel, el batería, vive en consonancia con las ganancias que obtiene del bar.

—Entonces solamente nos queda ella como sospechosa.

—Sí, de ser ella, actúa en solitario.

—Bien, eso solo quiere decir que es muy astuta. Algo que ya sabíamos, no nos podemos dejar engañar. ¿Habéis averiguado algo sobre el propietario del chalet de Los Zarzales?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Por qué desgraciadamente? ¿Qué ocurre con ese chalet? —preguntó intrigada.

—Que según el Registro, es propiedad del Obispado de Madrid.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—¿No hay ningún error? ¿No está alquilado?

—Según la Cámara de la Propiedad, no. Pero se puede alquilar sin formalizar el contrato en la Cámara.

—¿Cómo podemos averiguarlo?

—Preguntando, pero... ¡Es algo delicado!

—Pero podemos hacer, discretamente, alguna indagación al respecto.

—No te obceques, Laura, en nuestra profesión es lo peor que nos puede suceder. No tenemos ninguna prueba de que esa misteriosa mujer sea la sospechosa, y no sabemos dónde nos estamos metiendo. Si la casa no estuviera alquilada a nadie y si esa mujer fuera una prostituta de lujo, tal y como dedujo la Guardia Civil... No sabemos qué consecuencias puede traer. Y eso nos puede estallar a nosotros en la cara.

—¿Como en el Palmar de Troya! —exclamó Mairena excitado.

—¿Sabemos algo de los taxistas? —preguntó ella esperanzada, ignorando el comentario del subinspector.

—No, esperamos tener algo a lo largo del día.

—Las pruebas de las que disponemos no son suficientes para incriminar a Sandra —se lamentó Laura.

—Hemos de ser pacientes y esperar el resultado de las averiguaciones de Johnny.

—Esperaremos, no nos queda otra.

Luego se quedó a solas en su despacho, pensativa e intrigada.

—El chalet es de los curas, ¿para qué habrá comprado el Obispado un chalet en una urbanización de lujo? —se preguntaba con su mirada perdida.

De repente se le ocurrió una idea, descolgó el teléfono y comenzó a marcar.

El capitán Basilio también estaba de un humor excelente.

Los acontecimientos vividos y las perspectivas de futuro lo habían sacado de la rutina del oficio.

Pero sobre todo estaba Laura.

Divorciado desde hace cinco años, por incompatibilidad de caracteres, la primavera había vuelto a florecer en su corazón.

Basilio se había enamorado.

Laura representaba todo lo que no había encontrado en su exmujer. Era del gremio, seria, trabajadora incansable, firme en sus decisiones, abnegada y patriota declarada.

Además de guapa; con el uniforme estaba arrebatadora.

—¿Da mi capitán su permiso? —preguntó Mario.

—¡Hombre, Mario!, precisamente estaba pensado en ti.

—Me ha dicho el cabo que quería usted verme.

—Sí, ¿hay alguna novedad?

—No, mi capitán, si hubiera habido alguna, le hubiera llamado por teléfono. Ayer la vi en el Corazón de metal y me pidió que la acompañara a la concentración de moteros, luego me invitó a comer y regresamos a Guadarrama al ponerse el sol.

—¿No te salió nada de ojo?

—Nada en especial... bueno...

—¿Bueno, qué? —apremió Basilio excitado.

—Es su forma de pilotar la Ninja, capitán. Cuando se agarra al manillar, y se tumba sobre el depósito, parece que la moto es una parte más de su cuerpo —explicó Mario para encelarlo.

—Lo transmitiré a Canillas. ¿No sospecha nada?

—¿Nada, mi capitán?

—¿Habéis quedado en volver a veros?

—Nada en concreto, me preguntó si hoy iría a tomar el aperitivo y le dije que eso dependía del servicio.

—¿A qué hora suele ir ella?

—Hacia la una de la tarde.

—Entonces sales con Martín a hacer la ruta cuatro y a las doce y media te vas. Ten los ojos bien abiertos y si hay cualquier novedad, me lo comunicas para trasladarlo a Canillas.

Al momento un Nissan Patrol de la Guardia Civil, con Mario al volante, salía de la Comandancia y accedía a la Nacional Sexta, perdiéndose entre el tráfico.

Basilio vio partir el coche desde la ventana de su despacho. Se asombraba por lo raro, irónico e indescifrable que era el destino. Con su esmerada educación militar, sus capacidades y su vocación de servicio; su futuro profesional dependía de un chaval de veinticinco años, anodino y sin ninguna cualidad militar destacable. Uno más del montón, como los miles que cada año accedían al cuerpo.

El timbre del teléfono lo sacó de su ensimismamiento.

—¿La comisario Laura Bernal? —replicó a través del auricular, al tiempo que el corazón le daba un brinco —pásamela.

Diez minutos después, el capitán Basilio abandonaba excitado el cuartel en su coche particular.

—Así mato dos pájaros de un tiro —iba diciendo por el camino.

Laura le había encomendado una gestión ante los curas, extremadamente delicada. Uno de los mayores jerarcas eclesiásticos del Valle de los Caídos era íntimo suyo, y Francisco Franco aún continuaba siendo su generalísimo. Basilio, en breve, tendría la ocasión de saludar a los dos.

El inspector jefe Lafuente entró corriendo en el despacho de la comisario.

—Laura, tenemos ya a varios taxistas que afirman haber llevado a una clienta, a esa dirección de Los Zarzales, que coincide con la descripción de la misteriosa mujer. Son todos de Majadahonda.

—¿Dónde la cogían?

—En Planetocio, el centro comercial y de ocio de Majadahonda.

—¿Y dónde la dejaban, tras recogerla de nuevo en el chalet?

—En Planetocio.

—Llama a Mairena y que se vaya para allá... ¡De paisano!

—Le diste el día libre.

—El permiso queda anulado. Movilización general, que Mairena acuda al centro comercial. Hay que averiguar si tienen las cintas de las cámaras de vigilancia del parking y de los interiores. No sabemos cómo se desplazaba hasta allí desde Guadarrama, pero es posible que lo hiciera en la Harley Davidson.

—Buscaré multas o cualquier incidencia de esa moto en la zona —dijo Lafuente.

—El cerco se estrecha sobre ella. ¡Que no se duerma nadie! —exclamó Laura excitada, dando un porrazo sobre su mesa.

Basilio llegó a la Comandancia eufórico, una vez más la Guardia Civil había cumplido su misión en un tiempo record.

Entró a la carrera en las dependencias, llegó a su despacho y descolgó el auricular del teléfono. Al momento estaba tomando apresuradas notas, de la información que le suministraba su interlocutor. Cuando finalizó la conversación, colgó el teléfono satisfecho.

Acababa de hablar con una agencia inmobiliaria de Majadahonda, responsable de alquilar el chalet de Los Zarzales, según se desprendía de las discretas gestiones que le habían realizado ante el Obispado.

Iba a marcar el número de Laura, cuando de repente se contuvo. Esbozó una sonrisa y colgó de nuevo.

Haría el trabajo completo.

—¡Más allá del deber! —sentenció. Ese era su lema personal y a ese lema le debía los galones que lucía en la guerrera.

Primero consultó en su ordenador, necesitaba contrastar el documento de identidad que aparecía en sus notas.

Al instante, un gesto de sorpresa se asentó en su rostro.

—¿Cómo que número de DNI inexistente?

Se quedó meditando con la mirada perdida en el vacío.

Enseguida llegó la sospecha.

—Aquí hay algo que no me huele bien —dedujo.

Descolgó el auricular de nuevo y marcó otro número, que acababa de buscar en una cartulina plastificada que descansaba sobre su mesa.

— Colegio de Abogados de Madrid, dígame —oyó decir a una voz, a través de la línea.

Conocía a la administrativa que le había respondido, eran ya muchas las veces que había llamado a ese número, solicitando asistencia letrada de oficio para algún detenido.

Al momento volvió a escuchar la atenta voz femenina, que le respondía a la escueta pregunta que le había formulado, mientras una ola de euforia invadía su cuerpo desde las hebillas de las botas hasta el tricornio.

Sus sospechas quedaban totalmente confirmadas.

Se levantó de un impulso y se metió en el baño. Se miró de arriba a abajo, sacó el caro frasco de perfume y se aplicó una dosis, más que generosa, sobre su piel. Abandonó la Comandancia a toda prisa, se subió a un vehículo camuflado, colocó la luz de emergencia en el salpicadero del coche y arrancó a toda velocidad.

Se cruzaron en el camino y se saludaron con las luces.

—¿Adónde irá el capitán con tanta prisa? —Preguntó Mario a su compañero.

Pero nadie en la Comandancia supo responderle a esa pregunta. Veinte minutos después, Mario entraba en el Corazón de metal. Sandra llevaba un buen rato esperándolo, con su sempiterna cerveza de la mano.

—¿Han averiguado algo de la tía esa del chalet de Los Zarzales? —preguntó ella curiosa.

—Nada, que yo sepa, todo sigue igual.

En ese preciso instante, hizo su entrada en el bar.

Mario, al verlo, dio un respingo y le propinó a Sandra un codazo.

Un hombre bien parecido, con el pelo recogido en una coleta, gafas de pasta negra y aires de intelectual, estaba plantado frente a ellos observando el local. Llevaba un Saxofón y una bolsa de deporte.

—Es él —dijo Mario nervioso.

—Ya me he dado cuenta —replicó Sandra tranquila—. Es clavado a la fotografía que le sacaste en El Brujo.

Se acercó a la barra, las miradas del recién llegado y de Sandra se cruzaron fugazmente.

—Es ella. ¡Madre mía! ¡Cómo está! —pensó Johnny—. Es clavada a la fotografía del libreto del disco.

Luego se dirigió a Manuel, que lo estaba mirando para servirle.

—Mi nombre es Johnny, Johnny García.

Basilio estaba en el complejo de la Policía Nacional en Canillas, en pleno asedio al corazón de Laura.

Ella escuchaba expectante.

Él disparaba con toda la artillería que llevaba.

Y Juan Lafuente tomaba notas en un cuaderno.

—El chalet fue recibido en herencia por el Obispado, hace unos doce años —explicaba Basilio.

—¿Herencia de quién?

—Pertenece a la viuda de un empresario de Madrid. La viuda legó a la Iglesia todo su patrimonio.

—¿Sabes si está alquilado? —preguntó Laura ansiosa.

—Sí, el chalet se alquiló en su día a un ejecutivo destinado en una multinacional, con sede en el Parque Empresarial de las Rozas.

—¿Amueblado?

—Sí, la viuda lo legó tal y como estaba. Su marido había contratado a un decorador profesional que le realizó un diseño moderno con carísimos muebles.

—Eso lo explica todo; prostituta de lujo. En fin, se ha intentado —dijo Laura abatida, al ver cómo se esfumaba una pista para incriminar a Sandra.

—El ejecutivo cesó en el alquiler al poco tiempo —anunció con voz misteriosa Basilio, recreándose y administrando a cuenta gotas el sufrimiento de Laura.

—¿Y quién lo tiene ahora? —salto ella como un resorte, viendo como la esperanza volvía a anidar en su pecho.

—Hace diez años fue alquilado a María Eugenia Pérez-Aguadero Merchantes, abogada de profesión. Alquiler que aún continúa en vigor.

—Hay que hablar con ella.

—¡Imposible!

—¿Ha muerto?

—María Eugenia Pérez-Aguadero Merchantes no existe, y en el Colegio de Abogados tampoco saben de ella. Alguien ha realizado el alquiler de ese chalet bajo nombre falso —concluyó Basilio con voz triunfal.

A Laura le entró un sudor frío en la frente y comenzaron a temblarle las piernas.

—¿Dónde se formalizó el contrato y ante quién? —preguntó, atropellando las palabras.

Basilio estaba extasiado por las reacciones que estaba despertando su informe en Laura.

—El chalet era ofertado por una inmobiliaria de Majadahonda. El contrato de alquiler se redactó en la oficina de la agencia, en documento privado. Uno de los socios tenía poder notarial para firmar, por lo que el contrato no se formalizó ante nadie. Solamente aparecen dos firmas; la del agente inmobiliario y la de la tal María Eugenia, que pagó los dos meses de fianza en efectivo.

—¿También has llamado a la agencia? —preguntó Laura asombrada.

—Sí, pero al contrastar la información que me suministraron, empezaron a aparecer irregularidades sospechosas, por lo que he pasado por allí personalmente, según venía para acá. Esta es la copia del contrato —anunció Basilio, con la cara iluminada por el triunfo, sacando un papel de su cartera.

—¿No le pidieron en la inmobiliaria el DNI, para comprobar su identidad, antes de la firma?

—Sí, por lo visto entregó una fotocopia, está grapada al contrato.

Laura cogió rauda el documento de las manos de Basilio, y comenzó a observar la fotocopia atentamente, intentando adivinar los rasgos del rostro femenino que se reflejaba en la fotografía del carnet.

—No se aprecian con claridad los detalles... —se lamentó la comisario.

—Evidentemente la fotocopia está trucada, es muy sencillo hacerlo y está al alcance de cualquiera, el número del DNI también es inventado. La arrendataria alegó que el

original lo había extraviado. Los de la inmobiliaria cogieron el dinero de la fianza y dieron la explicación por buena.

—¿Pediste que te describieran a la mujer? —preguntó Laura, con el corazón en un puño.

—Mejor que eso, les he enseñado la fotografía de Sandra tomada de la carátula del disco —dijo, sacando de su cartera una foto ampliada.

—¿Dónde has conseguido esta foto? —preguntó Laura estupefacta, al verla.

—Del libreto de uno de sus discos, que me proporcionó Mario. Solicité a los de informática que me ampliaran solamente la cara, para que al exhibirla el observador no se dejara confundir por el atuendo. También pedí que le pusieran una boina azul marino, con el programa especial que tenemos para confeccionar los retratos robot.

—¿Y? —balbuceó Laura, sin atreverse a respirar.

—Es muy posible que fuera ella, por eso receló del Xantia blanco.

—¿No pueden afirmarlo con total seguridad? —insistió Laura.

—No, debido al tiempo transcurrido. Pero lo cierto es que, según su opinión, pudiera ser ella.

—¿A cuánto asciende la mensualidad del alquiler?

—A cuatro mil euros.

—¡Dios mío!, cuarenta y ocho mil euros al año, que... ¡No puede justificar!

Laura se dejó caer para atrás, sobre el respaldo del sillón, y se llevó las manos al rostro.

—¡Ya la tenemos, Basilio! Juan, pide una orden judicial de entrada y registro del granero de Guadarrama y de ese chalet... ¡Para ya! Quiero saber qué guarda allí la Princesa del blues.

Luego miró su reloj y se incorporó resuelta, mientras sus acompañantes hacían lo propio.

—Basilio, vámonos a comer, invito yo —dijo ella, agarrándolo del brazo—. En lugar de desmilitarizar a la Guardia Civil, como piden algunos, lo que tiene que hacer el Gobierno es militarizar a la Policía Nacional —añadió, asombrada por la celeridad y la eficacia de sus actuaciones.

—¡Más allá del deber!, Laura. Ese es mi lema personal.

El capitán Basilio avanzaba caminando, erguido y orgulloso, del brazo de la comisario, dejando a su paso un reguero de penetrante perfume.

—¿Tienes alguna preferencia en cuestión de restaurantes, Basilio? —preguntó ella.

—El Cenador de Salvador, en Morazarzal, es mi preferido... ¡Cuando mi economía me lo permite!

—¡A Morazarzal! —exclamó la comisario.

El asalto al corazón de Laura no podía comenzar mejor.

Sandra miraba de reojo a Johnny.

Estaba sentada junto a Mario en una mesa del local, habían determinado que era lo mejor para poder hablar a cubierto de oídos indiscretos. Johnny estaba negociando con Manuel las condiciones de su actuación.

—Birras de tercio a tres euros, durante el tiempo que dure el concierto, dos euros para el negocio y uno para ti. Cubatas a seis, cuatro para la casa y dos para ti. Tus consumiciones y la cena, gratis, ¿hace?

Sandra observaba cómo el saxofonista le tendía la mano y Manuel le servía una cerveza.

—Han llegado a un acuerdo, tocará esta noche —vaticinó Sandra.

—Y a nosotros eso, ¿en qué nos afecta?

—¿No te ha dicho nada tu capitán, sobre la llegada del saxofonista?

—No.

—Entonces Laura nos ha metido a su marido sin decirle nada a la Guardia Civil. Va a jugar a dos bandos. Pero, ¡qué lista es!

—¿Por qué?

—Porque no se fía de ti, cariño. Teme que te pases a mi lado, le dijiste que estabas enamorado de mí. No puedo reprocharle nada, yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Y qué hacemos?

—Reforzar su confianza. Llamarás ahora mismo al capitán y le darás novedades, anunciándole la llegada de Johnny, Johnny García.

—No está en la Comandancia, me lo he cruzado en la carretera cuando iba a toda velocidad con el pirulo encendido.

—¿El pirulo?

—La luz de emergencia.

—¿Adónde? —preguntó Sandra curiosa.

—No tengo ni idea. He preguntado en la Comandancia, pero nadie ha podido decírmelo. Se marchó sin decir adónde ni a qué.

—Entonces lo llamarás al móvil y de paso intentas enterarte sobre su paradero.

—¿Y luego?

—Nos inventaremos otra historia de sexo para que Laura quiera hablar contigo personalmente. En este caso, sexo con su marido. Eso la volverá loca. Creo que esta tarde estarás en Canillas, el encuentro personal es lo mejor para dar confianza. Además, ahora ya me quedo tranquila, eres mejor que James Bond, cariño.

Matías dio un respigo y le propinó a Aurelio una patada en la pantorrilla, por debajo de la mesa.

En el restaurante de Morazarzal, en el que estaban comiendo para ultimar los detalles de la operación “Gato de fuego”, acababa de entrar su hija Laura, de uniforme y del brazo de un capitán de la Guardia Civil.

—Tranquilo, Aurelio. No nos precipitemos en nuestras conclusiones —dijo Matías, al ver el rostro descompuesto del anticuario—. Como ellos no nos han visto, vamos a simular que no nos hemos enterado, y a echar miradas discretas para hacernos una idea de lo que se traen entre manos.

Basilio retiró una de las sillas e invitó a Laura a que se sentara, ante la atenta mirada del maître.

—Ya casi no quedan caballeros —manifestó ella agradecida.

—Cualquier cumplido hacia una mujer tan fascinante como tú, Laura, no es un acto de galantería, sino de obligada justicia —replicó el capitán, con sus aires ceremoniosos.

Al momento estaban ojeando la carta.

—Esto no me gusta cómo empieza, Matías —opinó Aurelio con voz trémula, luchando contra el ataque de celos.

—No te dejes impresionar por las apariencias, Aurelio, estos picoletos son así. Hay que tener pruebas más sólidas que un inocente acto de galantería, para comenzar a preocuparnos.

Laura observaba cómo el camarero servía el caldo de la Ribera del Duero, después de que Basilio hubiera dado al vino el visto bueno.

Luego, Laura izó su copa al aire para brindar.

—Por el capitán más eficiente de la Guardia Civil —dijo Laura, con sentida admiración.

—Por la comisario más tenaz de la Policía Nacional —añadió él, devolviendo el cumplido, más admirado todavía.

—Eso no quiere decir nada, Aurelio. Un brindis como otro cualquiera, no te alarmes —dijo Matías, para quitar hierro al asunto, aunque a él tampoco le gustaba el cariz que tomaban los acontecimientos.

El timbre del teléfono móvil de Basilio puso fin al brindis.

Laura observaba atentamente su rostro, por si fueran noticias de Guadarrama. Al momento sus oídos se lo confirmaron, mientras su corazón comenzaba a latir más deprisa.

—Quedas relegado de todo servicio, averigua cuanto puedas y mantenme informado de cualquier novedad que se produzca. Precisamente estoy comiendo con la comisario —ordenó el capitán, pavoneándose.

—¿Era Mario? —preguntó ella innecesariamente, después de que cortara la comunicación, pues lo había escuchado todo perfectamente.

—Ha entrado un nuevo personaje en escena —comunicó Basilio misteriosamente.

—¿Quién?

—Un saxofonista, un tal Johnny, llegó al bar de los músicos y al poco se puso a hablar con Sandra. Parece ser, según ha captado nuestro informante, que la sospechosa lo ha invitado a comer en su granero.

—¿Te llamará en cuanto sepa algo? —preguntó Laura, luchando por superar el ataque de celos que le sobrevino. Sabía muy bien lo que sucedía en ese granero.

—He pedido a Mario que averigüe lo que pueda y nos informe de inmediato.

—Bien, permaneceremos pendientes del teléfono. Estoy en tus manos, Basilio.

—No podías estar en otras mejores, Laura. Por cierto, ayer fueron a comer a bordo de la Kawasaki del amigo de Sandra, ese tal Gallo... ¡Pilotaba ella! —dijo Basilio en tono misterioso.

—¿Y? —inquirió Laura, aguzando el oído. Eso le interesaba.

—Nuestro informante sostiene que cuando la sospechosa se agarra al manillar, y se tumba sobre el depósito, parece que la moto es una parte más de su cuerpo.

—Es ella, Basilio. Cada poro de mi piel me lo dice.

—La cogeremos, Laura. No te quepa la menor duda de que la cogeremos.

A escasos metros de esa mesa, dos hombres no quitaban ojo.

—Debe de ser una reunión de trabajo. Alguna operación conjunta que se traigan entre manos, y están coordinando sus actuaciones —vaticinó Matías—. La cosa no parece tan grave.

—Esperemos que tengas razón —añadió Aurelio.

—Ha llegado el momento de dejarme caer disimuladamente —decidió Matías, poniéndose en pie.

La comisario se sorprendió al verlo acercarse.

—¡Laura! Te he visto por casualidad. Estaba buscando al maître con la mirada, cuando he dicho a Aurelio, ¡pero si es mi hija! —exclamó teatralmente Matías.

—Papá te presento a Basilio, capitán al mando de la Comandancia de Guadarrama. Basilio, este es Matías, mi padre.

—He oído hablar mucho de usted y... ¡De sus éxitos policiales! —dijo el guardia civil, levantándose y estrechando su mano, mientras Laura saludaba con el brazo a Aurelio desde la distancia.

—Los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, unidos tras la pista de algún delincuente —bromeó Matías.

—De una delincuente para ser exactos, señor director —aclaró Basilio—. Su hija está tras la Motorista y no parará hasta que le ponga los grilletes...

Matías se sobresaltó e intentó disimular el temblor de piernas.

—Entonces, no me gustaría estar en la piel de esa señora, quien quiera que sea —alardeó, haciendo de tripas corazón.

—Ni a mí tampoco —rió Basilio.

—Ya te lo contaré todo con más calma, papá —dijo Laura, que quería concentrarse en las últimas noticias llegadas de Guadarrama.

—Os dejo, tendréis mucho de qué hablar.

Luego se dirigió a su mesa.

—Alarma general, Aurelio, la cosa se complica —informó Matías, al sentarse de nuevo a la mesa.

—¿Qué sucede?

—Es una reunión de trabajo, ese tío es el capitán de la Comandancia de Guadarrama. Por lo visto andan detrás de la Motorista.

—¿Y qué tiene que ver la Motorista con Guadarrama?

—No tengo ni puta idea, Aurelio.

—¿Y qué hacemos?

—Lo primero es marcharnos a tomar una copa a un lugar tranquilo y pensar en una estrategia. A última hora de la tarde, cuando Laura esté en su casa, acudiré a visitarla y a enterarme de los detalles.

—¡En marcha! —decidió Aurelio, que era un manojo de nervios ambulante, levantando la mano para pedir la cuenta.

Laura y Basilio eran los únicos comensales que quedaban en el restaurante.

Los camareros esperaban inquietos y nerviosos a que se levantaran, era ya casi media tarde.

Laura no tenía ganas de regresar a su despacho. Allí no tenía nada que hacer, además siempre llevaba su teléfono conectado y cualquier novedad que hubiera, se la comunicarían de inmediato.

El inspector estaría redactando el informe para sustentar la solicitud de las órdenes de registro, y a Juan Lafuente no le gustaba que los jueces le dieran revolcones. Era meticuloso hasta la exasperación, y Laura sabía que la redacción de ese informe le llevaría toda la tarde y buena parte de la noche. Eso sí... ¡El resultado estaba garantizado!

Por otro lado, su marido estaba camino del granero, del brazo de una psicópata posesa. Y aunque Laura sabía de sobra lo que sucedía en ese granero, solo había una manera de cerciorarse; el teléfono del capitán Basilio.

Por tanto, decidió invitar a su contertulio a su casa, para tomar tranquilamente una copa, en espera de novedades de Guadarrama.

La comisario hizo un breve gesto al maître, escribiendo con el dedo en el aire, y al momento el empleado estaba a su lado con la cuenta.

El viaje hasta Pozuelo fue breve y en seguida el capitán se paseaba por el salón del chalet adosado de Laura, mirando las fotografías. Su imaginación se recreaba viéndose a sí mismo casado con esa fascinante mujer, que estaba besando la bandera de España, según atestiguaba una fotografía que tenía en ese momento entre sus manos.

Laura se había excusado diciendo que iba a ponerse cómoda. El vino, al que no estaba acostumbrada, se le había subido a la cabeza. La visión de Sandra tocando el violín sobre su marido, meneándose al ritmo de la música, la estaba trastornado. Y de remate, el caro y penetrante perfume del capitán la estaba embriagando.

Entró en el baño como una exhalación, se dio una ducha rápida, se puso las braguitas más sexis que encontró en el cajón y comenzó a vestirse. Escogió una falda azul marino, que le caía hasta la mitad del muslo, y una camiseta de fantasía, que realzaba sus generosos pechos. Dio su aprobación frente al espejo y salió excitada hacia el salón.

—Ahí estoy a los mandos de uno de nuestros helicópteros —explicó, al verse en la fotografía que en esos momentos contemplaba Basilio.

—¿Sabes pilotar?

—¡No!, estaba posado en tierra, pero el fotógrafo no ha sacado el suelo para que diera el pego, es amigo mío —rió ella.

—¡Una vida entera al servicio de España! —enfaticó Basilio, que con el vino se había vuelto aún más ceremonioso y las fotografías habían disparado su sentido patriótico.

—Entera no, espero que todavía nos quede mucha por delante —matizó ella.

—Todavía tenemos que entregar a la Patria lo mejor de nosotros —remató él, con el mismo tono.

—¿Whisky? —preguntó Laura, abriendo la puerta del mueble-bar.

—Si tienes brandy, te lo agradezco, Laura.

—Sí tengo, yo me pondré un Ballantines.

Al momento estaban arrellanados en el cómodo sofá. Ella tenía sus piernas cruzadas, exhibiendo una más que generosa porción de sus muslos.

Laura estaba realmente atractiva.

Basilio estaba realmente pesado, en esos momentos se encontraba en el uso de la palabra.

—Dedico mi tiempo libre al estudio de la historia militar de España, mi gran pasión. Esta misma mañana he dedicado un momento de recogimiento en la Basílica del Valle de los Caídos, para rezar una oración por el alma del caudillo, uno de los mayores genios militares de toda nuestra historia. A la altura de Hitler y Napoleón. Al ver los ramos de flores sobre la lápida de su tumba, ¡cuán grande!, y cuán gratificante sentimiento, se apoderó de mi alma. Cuarenta años después de su muerte, todavía hay españoles adornados con el don de la gratitud que le recuerdan.

Johnny viajaba a lomos de la Harley, abrazado a Sandra, con el saxo a sus espaldas y el bolso de deporte sobre el depósito de gasolina.

El granero le gustó, era tal y como lo había descrito Mairena.

Al momento estaban sentados a la barra, trasegando cerveza. Johnny sonrió, se conocía al dedillo el modus operandi de Sandra, era en lo que más hincapié había hecho Mairena. Luego le tocaba el turno al jamón y al vino de reserva, después al Jack Daniel's. A continuación, a tocar un poco sobre el escenario y por último, el “polvo de la muerte”, con la Princesa del blues cabalgando sobre él con su violín.

—¿Dónde sueles tocar? —preguntó Sandra.

—Donde me dejan —rió él por toda respuesta, salvaguardando El Brujo, su cuartel general.

—Este país se pirra por el fútbol y los toros, y a sus músicos ni caso —comentó Sandra indignada, sin disimular nada, pues era exactamente lo que pensaba.

—Ni a sus poetas, este país es una vergüenza —añadió Johnny, sin disimular nada tampoco, porque también pensaba lo mismo—. Por eso yo soy comunista —añadió deliberadamente, pues conocía la filiación política de su anfitriona, para comenzar a acercarse.

—¿Eres comunista? —preguntó Sandra—. Yo soy anarquista.

—¡Chócala, camarada! —le dijo Johnny, mientras sus manos se encontraban dando una sonora palmada.

—El general Moscardó es para mí el prototipo de militar a emular por todos. Su heroica defensa del Alcázar, anteponiendo los intereses de España a la vida de su propio hijo, supuso una de las mayores gestas de nuestra historia contemporánea —explicó Basilio.

Se encontraba en su salsa, como apasionado de la historia militar española no quería desaprovechar esa ocasión para exhibirse ante Laura. Estaba disfrutando como nunca, pues su exmujer jamás le dio semejante oportunidad. A su ex, la historia militar de España le importaba un carajo.

Con el brandy, a Basilio la boca se le iba calentando paulatinamente.

Con el whisky, a Laura la imaginación también.

Lo escuchaba con la mente en otra parte, torturándose en un granero de la Sierra de Guadarrama, mientras los celos se le soltaban y las braguitas se le pegaban.

—¿Fumas? —preguntó Johnny innecesariamente, pues también lo sabía, sacando su bolsita de marihuana.

—Claro —respondió Sandra, también innecesariamente, pues sabía que lo sabía.

—A ver cuándo el Gobierno se decide a legalizar la maría —se preguntó Johnny sin disimular, pues era lo que pensaba.

—¿Qué Gobierno? ¿El de estos fachas? —replicó Sandra, también sin disimular, pues pensaba igual que él.

—La Batalla del Ebro fue una auténtica carnicería, Laura. Solamente el genio militar de nuestro caudillo, hizo que las tropas nacionales salieran victoriosas de ese trance. Bueno... ¡Y la Virgen del Pilar! —añadió, pues era la patrona de la Guardia Civil.

Laura seguía a lo suyo, e iba empeorando con cada trago de whisky.

El sonido del timbre del móvil la sacó de sus pensamientos.

Basilio despotricó para sus adentros por la interrupción. Acababan de cortarle el relato de uno de los episodios más trascendentales, duros y heroicos de toda la Guerra Civil española.

Decidió armarse de paciencia y esperar a que Laura pusiera fin a la comunicación.

—Era el inspector Lafuente —le informó, tras colgar el teléfono—. Mairena está en Majadahonda, en Planetocio, visionando las imágenes tomadas por las cámaras de seguridad. La Harley Davidson de la sospechosa aparece, reiteradas veces, en las grabaciones de las cámaras del parking. Van a proceder a revisar las del interior del centro comercial. El cerco se estrecha sobre ella, Basilio.

—No sabes cuánto me alegro, Laura. Como te estaba diciendo, la batalla del Ebro fue terrible...

Johnny disfrutó del jamón y del vino de reserva, tenía hambre. Sandra acababa de sacar la botella de Jack Daniel's, y los vasos ya estaban llenos de licor.

—Quiero oírte tocar —pidió Sandra.

Johnny se bebió de un trago el bourbon, cogió el saxo y se subió al escenario.

Al momento, el ronco sonido del Selmer Bundy ahuyentó la paz del granero.

Al momento, el melodioso ritmo del jazz lo llenó de magia.

Sandra se quedó realmente impresionada. Solamente tenía que escuchar los primeros compases, para saber ya cómo era el músico.

Y Johnny era bueno, bueno de verdad.

—¿Por qué nuestra actual sociedad tiene tanta aversión a Franco y a su mundo?, te estarás preguntando, Laura —interrogó emocionado Basilio.

Laura no se estaba preguntando tal cosa. El Ballantines galopaba desbocado por sus venas y ya no sabía qué hacer, ni cómo ponerse.

Había cruzado las piernas de mil maneras y había puesto distraídamente su mano sobre los muslos de Basilio.

Luego permitió que su falda se bajara de un lado, al desplazarse sobre el asiento, y el fino tirante de sus braguitas se exhibiera hundido en la carne de su cadera.

Y había dejado que su camiseta se recogiera, por el roce con el respaldo del sofá, y su ombligo se quedara al aire.

Solo le faltaba ya, quitarse las bragas y tirárselas a Basilio a la cara.

En ese preciso instante sonó de nuevo el timbre de su móvil. Laura miró la pantalla y el corazón le dio un vuelco.

—Estoy ocupada, ahora mismo te llamo —dijo antes de colgar—. Basilio, hay novedades, Mairena ha llegado ya a Canillas, tengo que acudir a trabajar sobre las grabaciones que ha recabado en el centro comercial —mintió.

—¿Y no lo puedes hacer mañana? —replicó él, tremendamente contrariado.

—No, primero la obligación y después la devoción.

—Estoy de acuerdo, te acompaño y os echo una mano —replicó él, con la esperanza de acabar pronto y poder retomar su disertación.

—Te lo agradezco, pero posiblemente nos quedemos hasta tarde, además estoy más tranquila si tú estás en Guadarrama. Sandra ha contactado con un hombre que desconocíamos y, si hay que actuar, contigo allí el éxito estará garantizado. Te acompaño a la salida y te recuerdo que la próxima vez pagas tú. Una buena cena y... ¡Buena conversación! —le propuso para encelarlo.

Lo acompañó hasta la puerta, lo despidió apresuradamente y retornó a toda prisa al salón. Se abalanzó sobre el móvil y comenzó a marcar con el pulso temblándole.

—Mario, ¿qué ha sucedido? —preguntó Laura, con los peores presentimientos.

—Perdone que la llame a usted, comisaria, pero como me dijo que con los temas delicados...

—¿Qué ha sucedido? —urgió de nuevo.

—Que Sandra está tocando el violín con ese Johnny... —mintió.

—¿Montada sobre él?

—Sí, señora comisaria.

—¡Será puta! ¿Tienes coche?

—Sí.

—Pues apunta mi dirección y vente para acá, estoy en mi casa, esperándote. Es un adosado en una urbanización de Pozuelo, estás a un paso. Y... ¡Ni una palabra a tu capitán!

—¿No ha comido con usted?

—Ya se marchó para Guadarrama, posiblemente os crucéis en el camino.

—Salgo para allá.

Mario acabó de anotar la dirección en un papel, esbozó una sonrisa y subió en su coche, que ya tenía preparado.

—Quiero oírte tocar yo a ti —pidió Johnny.

—¿El bajo? —preguntó Sandra.

—No, el del bar me ha dicho que también eres violinista —dijo Johnny.

—Habrá querido decir que también soy bajista... lo mío siempre fue el violín —matizó ella, al tiempo que se ponía en pie.

—Es la hora de subir al desván —pensó el saxofonista, mientras una ola de excitación se apoderaba de él.

Pero la que subió al desván, de cuatro zancadas, fue Sandra, cogió el Stradivarius y bajó de nuevo. Se situó a su lado en el escenario y comenzó a tocar.

—Sígueme... ¡Si puedes!

Johnny sí pudo, y al momento el jazz se volvía a escuchar en el granero.

El viaje de Mario hasta Pozuelo duró unos minutos, privilegios de ser guardia civil. Tenía que organizar una muy gorda para que sus compañeros le sancionaran.

Laura se deshacía en suspiros y el Ballantines se deshacía en su boca. Como si el capitán no la hubiera dejado ya suficientemente caliente, ahora venían los celos y la abrasaban del todo.

Mario tocó el timbre, ejercitando los músculos de la cara para poner el gesto circunspecto y abatido. Tenía que interpretar el guión, que llevaba memorizado en su cabeza, para fortalecer la confianza de la comisario.

Laura abrió la puerta, lo cogió de la mano y lo hizo pasar al salón. Le sirvió un generoso trago de Ballantines, sin preguntarle por sus gustos, y le indicó que se sentara en el sofá.

—Cuéntame qué ha sucedido. ¡Desde el principio y sin saltarte una coma! —ordenó, sentándose a su lado.

—Hacia la una de la tarde, entró en el Corazón de metal un tío con coleta que llevaba un saxo. Estuvo hablando con Manolo para ver si podía dar un concierto en el bar.

—¿Y Manolo accedió?

—Sí, será esta noche a las diez.

—Bien, ¿qué pasó después?

—Yo estaba en la barra con Sandra, mientras ellos hablaban. Entonces Manolo se acercó hasta la parte en la que estábamos Sandra y yo, y nos presentó. Se llama Johnny García.

—¿De dónde es? —preguntó Laura disimulando.

—No lo sé, no lo dijo. Yo era la primer vez que lo veía por Guadarrama —replicó él, disimulando también.

—Bien, prosigue.

—Se pusieron a hablar entre ellos, yo estaba escuchando.

—¿De qué?

—De jazz, a Johnny le gusta el jazz. Sandra le dijo que a ella la volvía loca el Jazz, y que cuando podía lo interpretaba en el granero con su violín. Entonces él dijo que le gustaría oírlo tocar.

—¡Miserable! —pensó Laura para sus adentros.

—Ella le contestó que también le gustaría oírle tocar a él, y le invitó a comer. Luego le dijo que tras la sobremesa podían tocar un poco. Entonces yo salí a la calle para llamar a mi capitán e informar, me dijo que estaba comiendo con usted, me relegó del servicio de tarde y me pidió que averiguara lo que pudiera.

—¿Y fuiste al granero?

—Dejé que pasara un tiempo prudencial, tomándome unas cervezas y unos pinchos, y fui dando un paseo. Cuando llegué, llamé a la puerta varias veces, pero no me respondió nadie, entonces tiré de la manilla. No estaba echado el cerrojo, la puerta se abrió y entré.

—¿Y qué viste?

—Ver nada, señora comisaria. Oí la música del violín en el desván, entonces subí las escaleras de puntillas y asomé la cabeza. Estaban desnudos, Sandra sentada sobre él, moviéndose igual que hacía conmigo —mintió con todo descaro.

—¿Qué tocaba?

—El “Último adiós”, de la Metal Blues Band.

—¿Pero qué coño tienen esa puta canción?

—No lo sé, pero a ella la vuelve loca.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer...? ¡Marcharme! —exclamó con un gesto de dolor.

—¡Por Dios!, cariño. Había olvidado que estabas enamorado de ella — dijo, cogiendo maternalmente su cabeza, y embutiéndola entre sus generosos pechos, al tiempo que le acariciaba el pelo.

—Ahogaré las penas en el whisky —dijo Mario, dándole un buen trago al Ballantines.

—Esas penas flotan. ¡Te lo digo yo! —sentenció ella, mientras le daba también otra buena embestida al whisky—. ¡Pobrecito! ¡Esa psicópata no tiene corazón! —exclamó cabreada— Y el psicópata de mi marido no tiene vergüenza —añadió para sí.

Entonces Laura Bernal, comisario jefe del Grupo Central de Atracos de la Policía Nacional, comenzó a echar humo negro. Basilio la había dejado ya caliente y se acabó de recalentar del todo. Cogió a Mario por el cogote, arrimó su cara a la suya, y lo besó apasionadamente.

Luego se tiró encima del él, sobre el sofá, y continuó besándolo. Después le desabrochó con urgencia los botones de los vaqueros y metió su mano bajo el calzoncillo.

Entonces Laura sintió como se encendía un fuego en sus entrañas de mujer, mientras un irresistible deseo lujurioso se apoderaba de todo su ser. Cogió a Mario de la mano y tiró de él hacia el dormitorio.

El guardia civil avanzaba como podía. Tenía los vaqueros en los tobillos y los calzoncillos por las rodillas. Caminaba con pasos rápidos y cortos, para no dar con los hocicos en el suelo.

Cuando llegaron al dormitorio, Laura le dio un empujón y lo tiró sobre la cama. Le arrancó la camiseta, los pantalones y los calzoncillos, se desnudó ella también y se acostó a su lado.

Mario la miraba excitado. Aunque no llegaba a las hechuras de Sandra, su cuerpo estaba bien proporcionado, sus piernas eran bonitas y largas, y sus pechos grandes. Finalizada la exploración, Mario determinó que la comisario Laura Bernal estaba realmente buena.

Ella iba a abalanzarse ya sobre él cuando, de repente, una idea golpeó su cabeza de policía.

Se puso en pie como movida por un resorte y le pidió a Mario que hiciera lo mismo.

—Mete las manos bajo la colcha y agarra las dos asas de tu lado del colchón —exigió ella, haciendo lo propio en su lado—. Vamos a llevarlo al salón.

—¿Por qué? —preguntó Mario, con tono de sorpresa por lo que estaba sucediendo.

—Porque aquí no tengo música —explicó Laura por toda respuesta.

Al momento el colchón, con su juego de cama, descansaba en el suelo, en la mitad del salón.

Laura se dirigió a la cadena de alta fidelidad e insertó el CD de la Metal Blues Band. Seleccionó el “Último adiós”, que tanto gustaba a Sandra, cogió el mando a distancia y se sentó en el colchón.

—Ahora, explícame cómo hace Sandra —pidió a Mario.

—Ella coge su Stradivarius...

—Yo no tengo, sáltate ese paso.

—Se sienta sobre mis muslos y... —dijo titubeando.

—Entendido —le ayudó Laura—. ¿Y luego? —añadió expectante.

—Espera a que comience la “intro” de guitarra.

—Y cuándo comienza la “intro” de guitarra, ¿qué pasa?

—Empieza a balancearse suavemente, al compás, hasta que Oso da la entrada con las baquetas.

—Y cuándo Oso da la entrada con las baquetas, ¿qué hace?

—Que mete timbales, entonces Sandra comienza a moverse más deprisa, siguiéndolo.

—¿Y por qué hay que seguir al tal Oso?

—En una banda, el batería va marcando el ritmo, sus baquetas son como la batuta del director de una orquesta. Por eso, todos los músicos están siempre pendientes de él. Si el batería se pierde, se pierden todos.

—Entendido y, ¿cómo se meten los timbales esos?

—Sandra lo hace con golpes rítmicos de cintura, como las bailarinas de la danza del vientre. Como va contando los compases, acompañada de su violín, sabe perfectamente cuándo Oso va a marcar con la caja, meter el charles o dar un golpe de bombo.

—¿Y cómo demonios se hace todo eso?

—El bombo, ella lo significa cerrando los muslos con un golpe de rodillas contra mi costado. El charles, golpeando con sus talones en mis piernas. Sigue el ritmo con los timbales, los movimientos de cintura que le he dicho antes, que pueden ser cadenciosos, rápidos o frenéticos, según esté marcando en ese momento Oso. Cuando Oso para, ella para. Cuando Oso arranca, ella arranca, no se salta ni una nota. Todo eso lo combina con meneos de culo. ¿Ha entendido, señora comisaria?

—No, pero es igual. Haré lo que pueda —dijo ella, sentándose a horcajadas sobre Mario, con el mando a distancia de la mano.

—Tenga usted en cuenta que a veces hay que realizar todo eso simultáneamente, hay que hacer un gran esfuerzo de concentración y coordinación.

—Lo tendré en cuenta. Bueno, ¡vamos allá! —sentenció, poniendo en marcha la música con el mando a distancia.

La Gibson del Niño gimió cadenciosamente, como una gran gata, mientras Laura, que lo estaba esperando, comenzaba a mecerse suavemente.

Al momento, los secos sonidos de unas baquetas resonaron en el salón.

—¡Hay madre! —exclamó Laura, preparándose como una atleta en espera del pistoletazo de salida.

La batería golpeó las membranas de los altavoces de los bafles, despertándolos de su letargo, la guitarra y el bajo empezaron a rugir, y Laura comenzó a moverse sobre Mario como buenamente pudo.

—Ha entrado usted tarde, señora comisaria. Escuche al batería —informó Mario, concentrado en cotejar lo que le decían sus oídos, con lo que sentía en su piel.

Laura no replicó, intentando infructuosamente seguir la melodía.

—¡Cuenta los compases! —exclamó Mario.

El silencio de Laura fue su única respuesta. Estaba concentrada. También se dio cuenta de que le estaba gustando.

—Señora comisaria, va fuera de tono, está usted totalmente perdida —anunció Mario.

Laura se paró.

Luego detuvo la música con el mando a distancia, que aferraba en su mano, y se sentó frustrada en el colchón.

—Esto es muy difícil —se lamentó.

—Es que quiere empezar usted con mucho nivel. Es como hacer las prácticas de autoescuela en un fórmula uno. Para aprender hay que empezar con algo más sencillo —aconsejó Mario.

—Seis meses sin catarlo —se lamentó Laura, parafraseando a Johnny—, y ahora que estoy con un tío, resulta que... ¡Hay que saber solfeo!

—Porque usted quiere. Podemos hacerlo como todo el mundo —opinó Mario, que veía alarmado cómo se le iba la ocasión.

—No. ¡Como Sandra! —sentenció ella, terca como una mula—. Tú eres músico, ¿no? —le preguntó.

—Aficionado.

—Pues entonces, enséñame. Ponte tú sobre mí.

Matías descendió del taxi que acababa de detenerse frente a la puerta del chalet de Laura.

Aurelio y él habían estado toda la tarde haciendo cábalas y más cábalas, sin saber exactamente qué estaba sucediendo. Entre copa y copa, se habían preguntado, una y otra vez, por la relación entre la Motorista y Guadarrama.

Cuando Matías juzgó que su hija Laura ya debía de encontrarse en casa, se despidió de Aurelio que permanecería en el mismo sitio en espera de noticias.

Abrió la puerta del pequeño jardín del adosado y comenzó a caminar por el sendero de piedra.

Laura se tumbó boca arriba en el colchón, con el mando a distancia de la mano. Mario se colocó entre sus muslos.

—¡Va! —anunció ella.

El músico estaba concentrado, como nunca antes lo había estado, con el oído atento para seguir al batería y preparado para contar los compases.

Los prodigiosos dedos del Niño y las fuertes piernas de Mario se pusieron en marcha al unísono, mientras su cuerpo comenzaba a balancearse suavemente sobre Laura, que respondió con un gemido de placer.

La batería Tama de Oso;

La Gibson del Niño;

La Fender Stratocaster de Fatman;

El Sadowsky de la Princesa;

Y... ¡El grito de Laura!; entraron juntos en el riff, tras el seco sonido de unas baquetas.

“Llega el sonido de un banjo/sabor a bourbon y blues/brillan espuelas de plata/danzas de fuego y dolor...”

La Metal Blues Band, al completo, en concierto.

“Leyendas de forajidos/balas silbando al pasar/hombres vestidos de negro/la muerte está por llegar.”

El cuerpo de Mario había cobrado vida propia.

Ahora era calma, luego fuego.

Ahora brisa, después vendaval...

Los golpes de cintura, los espasmos de los abdominales, y los meneos de culo, se combinaban en perfecta armonía y se fundían con la música y con los gemidos de Laura que se había aferrado, con todas sus fuerzas, a la espalda del hombre que la estaba transportando a un mundo desconocido y nuevo.

“La luna llena les guía/buscando el amanecer/siete caballos alados/la tumba se abre hoy también.”

Mario, que iba contando los compases en su cabeza, estaba orgulloso, pues no se había ido ni una sola nota, a la vez que feliz por el placer que estaba despertando en su única espectadora.

Entonces apareció su sueño.

Miles de manos se izaron al unísono.

Miles de encendedores rompieron con sus llamas la negrura de la noche.

Y miles de gargantas desterraron al silencio.

El Hijo de la luna estaba tocando rock and roll.

Matías comenzó a marcar un número en el móvil, mientras paseaba nervioso por la calle, frente al chalet de Laura.

—Socio, sal cagando leches para el restaurante de Moralarzal. ¡Zafarrancho de combate! Ya te explicaré cuando llegue.

Luego se subió en un taxi y arrancó hacia la A-6. Sacó el teléfono de nuevo y volvió a marcar otro número.

—Quiero hablar con la comisario Bernal... —pidió por el auricular para disimular, pues sabía de sobra que no estaba—. ¿No ha ido por su despacho en toda la tarde? ¿Y el inspector jefe Juan Lafuente?... Bien, espero...

Laura estaba tumbada sobre el colchón, sin atreverse a mover un solo músculo de su cuerpo. Intentaba recomponerse y normalizar la respiración. Todavía resonaba en sus tímpanos el alarido que acababa de salir de su garganta, mientras se aferraba a la espalda de Mario, con todos sus músculos agarrotados y sus dedos combados hasta dolerle.

—Ahora ya sé por qué a la psicópata le gusta tanto el “Último adiós” —manifestó aún entre jadeos.

El timbre del teléfono móvil la hizo volver a la realidad

—Tráemelo tú, cariño, que yo no puedo levantarme —pidió a Mario.

—Dime, Juan —contestó, deseando que fueran buenas noticias—. ¿Mi padre? ¿Y qué quería...? ¿Que Aurelio tiene pistas solidas sobre la Motorista? ¿En la Costa del Sol? Bien lo llamaré, ¿qué más...?

Mario escuchaba sin respirar, con el oído aguzado y los ojos clavados en el rostro de la comisario.

—Entendido, ha llamado la secretaria del marqués, regresa a Madrid mañana a las ocho de la tarde... Sí, comprendido, lo ha avisado el portero de la finca, una gotera del piso superior está anegando su casa... ¿A cenar? ¿El marqués me invita a cenar...? Por supuesto que iré, mañana lo llamaré.

Laura colgó el teléfono y se incorporó, sentándose sobre el colchón.

—Mario, debes volver a Guadarrama y asistir al concierto del saxofonista... ¡Con los ojos bien abiertos! ¡Aunque te duela lo que vean! Con cualquier novedad que se produzca, me llamas... ¡A cualquier hora! Y se muy discreto con nuestros... “asuntos musicales” —concluyó Laura, con una sonrisa maliciosa.

—¿Pero en qué país vivimos, Aurelio? No nos podemos fiar ya... ¡Ni de la Guardia Civil! Tan serio que me pareció ese capitán, cuando me lo presentó Laura en el restaurante, y... ¡Míralo!

—Pero, ¿qué estaban haciendo?

—Follando.

—Hombre, Matías, por eso no deja de ser serio, por mal que esté que lo diga yo. Una cosa no quita la otra.

—Es que tú no sabes... ¡Habían puesto el colchón en la mitad del salón! ¡Y tenían la música a todo volumen! —explicaba Matías, enfatizando—. Música de esa estruendosa, con un tío con la voz ronca cantando, un hippy de esos, que no hacía más que dar berridos.

—¿Pero los viste?

—A través de las rendijas de la persiana. No quise pararme mucho a mirar, porque... ¡Es mi hija!

—¿Pero a Laura no le gustaban los boleros, Antonio Machín y cosas así?

—Y era lo que le gustaba, Aurelio. Pero ya sabes cómo son las tías...

—Lo sé, Matías —suspiró Aurelio, con los celos quemándole las entrañas.

—Pero, lo mismo que te digo una cosa, te digo la otra, Aurelio; vete apuntando a un gimnasio, porque el capitán ese... ¡No veas tú, cómo tira!, ¡menudos meneos de culo se traía! Cómo engaña la gente cuando está vestida...

Matías se quedó blanco como la leche, al escucharse a sí mismo, por una terrible sospecha que acababa de asaltar su cabeza.

—¿Qué pasa Matías? —preguntó Aurelio alarmado.

—¡Pero qué cojones! Todo eso que me ha contado Juan Lafuente por teléfono, sobre la banda de músicos y una hippy, que por lo visto tiene moto y es la sospechosa de Guadarrama, no es más que una sarta de patrañas.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, Aurelio? Te lo expliqué el otro día; por su preparación, seguridad, habilidad, conocimientos, compleción física y ubicación en el escenario geopolítico internacional; la Motorista es una ex agente del KGB soviético, afincada en la Costa del Sol.

—Cierto.

—¡Una cantante de un conjunto hippy de Guadarrama...! ¡Qué gilipollez! —se burló Matías.

—¿Y quién ha inventado esa patraña?

—Piensa un poco, Aurelio. Mi hija está obsesionada con esa delincuente y el capitán Basilio lo sabe. Se conocerán, de buen seguro, por haber realizado en el pasado alguna operación conjunta. Se enamoraría de Laura y mi hija le daría con la puerta en las narices, ya sabes cómo está de colada por el impresentable de su marido, ¿me sigues?

—Sí —replicó Aurelio, que no rechistaba, intentando seguir el hilo de la conversación.

—Entonces, el capitán Basilio ha tenido la misma idea que nosotros y la ha puesto en la pista de una falsa Motorista que se ha inventado él. Y de ahí a la cama, que es lo que yo dije. El miserable ha tenido la misma ocurrencia que nosotros, y se nos ha adelantado. Aquí el que no corre, vuela.

—Nos ha ganado por la mano —se lamentó Aurelio.

—Se nos ha adelantado, nada más. Aún no ha ganado nada, Aurelio, no seas derrotista. Una de las claves del triunfo es la fe en la victoria.

—Yo tengo fe en la victoria. A ese capitán, tú le das mil vueltas en capacidad táctica y estratégica, Matías.

—Entonces no vuelvas a dudar. Te dije que a la cama de Laura se llegaba en moto y tú no me creíste.

—No tengo por menos que rendirme a la evidencia.

—Los galones no los regalan, Aurelio. Y ahora te toca sufrir, porque en la cama de Laura hay otro. Pero, ¡qué te voy a contar a ti!, que lo sufres un día sí y otro también, en tu propia casa.

—Ahora, además, también lo sufro en las casas que no son mías —se lamentó el anticuario.

—Tranquilo, Aurelio, que esto lo arreglamos.

—¿Cómo?

—¡Contraatacando!

—Y, ¿cómo contraatacamos?

—Poniendo en marcha la operación “Gato de fuego”.

—¿Cuándo? —preguntó él, animándose.

—¡Ahora mismo! El día “D” ha llegado. La hora “H” será mañana, a las diez de la mañana, con la apertura de la joyería.

—Pero, no tendrán los preparativos hechos...

—Que improvisen, la Kalashnikova es una todoterreno, está acostumbrada a salir airosa de las situaciones más comprometidas. Mañana, en las noticias, aparecerá la verdadera Motorista y ese capitanucho se quedará con el culo al aire.

—Hay un fallo de planificación; ya no puedo hacer la advertencia previa al día “D”, que luego me daría crédito ante Laura.

—No hay ningún fallo de planificación, porque ya lo he hecho yo en tu nombre, se lo he dicho por teléfono al inspector Lafuente.

El timbre del teléfono sobresaltó al anticuario, que se quedó mirando la pantalla. Los ojos se le salieron de las órbitas.

—¡Laura! —exclamó atónito.

—No le digas que estamos juntos. Ponla al corriente, solo generalidades... Y conecta el altavoz, quiero escuchar la conversación.

Matías agradeció que fuera lunes y el Cenador de Morazarzal estuviera poco concurrido. Se encontraban completamente solos en un pequeño salón de la planta superior.

—¿Aurelio? —se oyó decir a través del aparato.

—Soy yo, Laura, esperaba tu llamada —replicó al instante el anticuario.

—Mi padre ha intentado localizarme, porque tú querías decirme algo importante respecto a la Motorista.

—Efectivamente, Laura. Como bien sabes, a causa de mis negocios me relaciono con compraventas de oro de toda España...

La comisario, al oír hablar de la compraventa de oro, aguzó el oído.

—...Pues bien, parece ser que en el mundillo corre el rumor de que la Motorista es una ex agente de los servicios de inteligencia de un país del Este, afincada en la Costa del Sol, tras la reestructuración de esos servicios. Si te interesa, puedo intentar ampliarte la información.

—Estamos siguiendo una pista aquí, en Madrid. Curiosamente, la comida de hoy trataba de eso.

—Me lo comentó por encima tu padre. Precisamente a raíz de ese comentario, lo puse al corriente de ese rumor. Luego me dijo que te iba llamar a la comisaría para informarte.

—No he podido acudir a mi despacho, por estar tratando ese asunto. Pero ese rumor tuyo, sí me interesa. Mañana te llamo y comemos, ¿te parece?

—Ya sabes que estoy a tu disposición, Laura. Un beso y cuídate.

—Otro par ti, Aurelio.

—Perfecto, socio. Si me lo dejas decir a mí, no lo hago mejor —aplaudió Matías satisfecho—. Ahora llama al contacto y ordena el comienzo inmediato de la operación “Gato de fuego”.

El director adjunto operativo de la Policía Nacional se estiró orgulloso, mientras el anticuario se ponía el teléfono en la oreja, para activar la espoleta de la bomba de relojería que pacientemente habían fabricado.

—¡Una hippy! ¿Pero en manos de quién está la defensa de la legalidad en este país? Ese capitán saldrá de la vida de mi hija con el rabo entre las piernas y entrarás tú, Aurelio —sentenció Matías.

— El contacto tiene el móvil apagado —informó el anticuario desalentado.

—Tranquilo, Aurelio, estará en alguna reunión importante. Estaremos llamando cada media hora hasta que lo conecte.

—No es necesario, cuando lo encienda, la compañía me mandará un mensaje de disponibilidad.

—Entonces, ¡a relajarnos!

—¿Cómo?

—¡Con copas y putas!

Mario entró en el Corazón de metal.

El concierto de Jazz ya había comenzado, pero Sandra no estaba.

Johnny y ella habían acabado de tocar en el granero, para disgusto del saxofonista que se quedó sin visitar el desván, se montaron en la Harley y se dirigieron al bar. Sandra se tomó una cerveza y se despidió diciendo que estaba cansada. Como habían pactado dos días de actuaciones, se excusó alegando que al día siguiente, martes, no faltaría.

Realmente en su cerebro de hembra había saltado una alarma.

Sandra estaba atando cabos en la soledad de su desván, sentada a la barra con una cerveza en la mano, como siempre.

—Laura lleva varios meses sin mantener ninguna relación, según había oído decir Mario a ese tal Mairena —razonaba la violinista, hablando sola—. La información que iba a transmitirle, para ganarse su confianza, la haría subir por las paredes. Por tanto, existe el peligro de que al ver a Mario, con su cuerpo atlético, a esa madera se le pasen por la cabeza otros asuntos extraoficiales.

Luego se tranquilizó, tampoco era tan grave.

—Un revolcón tampoco es para fusilar a nadie —pensó, recordando sus ideas de juventud, que aún permanecían dentro de ella—. Me estoy haciendo una señora —añadió sonriendo—. Solo deseo que no me engañe y si se la ha tirado, que me lo diga. Esa será su prueba de fuego definitiva.

Mario se acercó a la barra extrañado por la ausencia de Sandra.

—Oso, una birra. ¿Y la Princesa?

—En La Trinchera, te dejó un recado —dijo el barman con voz pícaro.

—¿Cuál? —preguntó nervioso.

—Te invita a cenar.

—El tío es bueno, ¿no? —preguntó Mario, señalando hacia el saxofonista, para disimular y restar importancia al asunto.

—Cojonudo, de lo mejor que ha pasado por aquí.

Mario escuchaba el concierto de Johnny, mientras pensaba en la forma de explicar a Sandra lo sucedido en un colchón de una casa de Pozuelo. Estaba preocupado, pero él no había tenido ninguna culpa, eso había sido una violación en toda regla, Sandra lo entendería.

—Bebió la cerveza de un trago y se marchó. Se montó en su coche y arrancó hacia el granero.

Sandra continuaba a lo suyo, con Fuego mirándola intrigado ante el anómalo comportamiento de su dueña.

Intentaba arrancar de su corazón el tierno tallo que comenzaba a brotar.

—Lo que nos regala el sol por la mañana, la luna traidora... nos lo quita por la noche —musitó.

Pero sobre todo, luchaba desesperadamente por arrancarse del pecho el puñal que se le había clavado. Lo conocía y lo temía, su punta estaba caliente y quemaba la carne al rajarla. Era irracional, absurdo e incompatible con su pensamiento y su forma de entender la vida. Pero estaba ahí, ignorando sus órdenes y quemándola por dentro.

En ese momento se arrepintió de haber mandado a Mario a Pozuelo, un presentimiento se había asentado en su alma. No había contado con que, a esas alturas de su vida, fueran a visitarla los celos.

El timbre de la puerta la sacó de sus disertaciones, se levantó del taburete como una centella y se plantó de dos zancadas ante el portón de madera.

La saludó el rostro sonriente de Mario, mientras una ola de alivio recorrió su cuerpo. Si sonreía es que todo había ido bien.

Lo cogió de la mano y tiró de él, echó el cerrojo y comenzó a subir las escaleras remolcando a Mario.

Lo desnudó con ansia, luego ella se quitó su camiseta y se metieron los dos en la piscina. Sobre la teca, junto al gran ventanal, hacía rato que tenía preparada la botella de Jack Daniel's, dos vasos y la cajita con los cigarros de marihuana.

En el horizonte, la noche tenía ya preparada la alfombra de luces.

Al momento estaba sentada a la espalda de Mario, pegada a su cuerpo y envolviéndolo con sus muslos y brazos, mientras el primer trago de bourbon se deslizaba por su garganta como una lengua de fuego.

Estaba deseosa de escuchar el relato de boca de Mario, con todo lujo de detalles.

—¿Dices que la llamaron por teléfono y le dijeron que tienen una pista de la Motorista en la Costa del Sol? Qué pena, ahora me dejarán a mí en paz, con lo bien que me lo estaba empezando a pasar —ironizó Sandra.

—También le dijeron que el marqués llegará mañana a las ocho de la tarde a Madrid, porque el vecino tiene una fuga de agua y se le está inundando la casa —añadió él.

—¿Qué marqués?

—Debe de ser tu hermano.

—Que se joda. No tendremos la suerte de que se ahogue.

—Han quedado mañana por la noche para cenar.

—¡Dios! ¡Con lo facha que es! Cómo me gustaría estar escondida debajo de la mesa, escuchando la conversación.

—Si quieres voy yo... —rió Mario.

—Te creo muy capaz, 007 —rió ella también—. Ahora cuéntame lo del colchón con pelos y señales. ¿Dices que fue una violación? —preguntó ella divertida y más tranquila, pues no le estaba ocultando nada.

Primero, una sonrisa se asentó en sus labios.

Luego, llegó directamente la risa.

Después, las carcajadas.

Y por último, los espasmos.

Casi se ahoga.

Tuvo que salir de la piscina como pudo, se tiró sobre la cama y comenzó a revolcarse.
—“Ha entrado usted tarde, señora comisaria” —repetía Sandra, entre las convulsiones.

Mario la miraba divertido, desde la piscina, con su cigarro de marihuana en los labios.
—“Señora comisaria, va fuera de tono, está usted totalmente perdida” —estallaba con la voz entrecortada.

La violinista tenía el rostro congestionado y las lágrimas anegaban sus ojos. La calma tardó un buen rato en llegar. A Sandra le dolía el esternón.

—¡Dios mío! ¡Y me llama a mí psicópata! —exclamó, cuando se hubo recompuerto.

—Tú no eres una psicópata, Sandra. Eres una tía guay.

—Gracias, cariño. Dime, ¿tuvo un orgasmo?

—Sí.

—¡Cuéntamelo!

—En el redoble final de timbales, cuando Oso tira de caja y platillos, se volvió loca. Y cuando rematé con el bombo...

—Pero, el “Último adiós” no acaba así. Tiene una final lento, en “limpios”.

—Ya, pero como ella no entiende... ¡Se precipitó! —razonó Mario, con su cara seria.

—¿Y tú? —preguntó Sandra, sujetándose el esternón con las manos, pues amenazaba de nuevo con desencajarse.

—Yo no. Solo estaba pendiente de Oso.

Sandra explotó otra vez.

—¡No me enteré de nada!

Sandra comenzó a revolcarse de nuevo sobre la cama y los ojos se le volvieron a anegar de lágrimas.

Mario esperó a que ella se recompusiera, lo que aprovechó para darle unas caladas al cigarro de marihuana.

—Solamente al final noté que me dolía la espalda —añadió Mario.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿A ver?, date la vuelta.

—¡Santo Dios! —exclamó ella al verle.

Se metió de dos zancadas en el agua y comenzó a explorarle la espalda.

Un sinfín de arañazos surcaban la piel, acabando en unas profundas marcas que taladraban la carne. Con el agua, la sangre ya reseca se había reblandecido y comenzaba a hacer regueros anaranjados que resbalaban por su cuerpo.

—Y luego me llama a mi psicópata. ¡La psicópata es ella! ¡Es un peligro público! ¡Tenía que estar encerrada!

Entonces lo sintió entrar en el pecho.

Lo conocía y lo temía.

Su punta estaba caliente.

Y quemaba la carne al rajarla.

El puñal de los celos la había atravesado de lado a lado.

Agarró a Mario de la mano y lo sacó del agua. Luego se tumbó en la cama, Mientras él la miraba excitado.

—Pero así a ti no te gusta, Sandra.

—¡Ahora ya sí! —exclamó ella por toda respuesta, mientras tiraba de su mano y Mario caía entre sus muslos.

—¿Y la música?

—En tu cabeza y en la mía —urgió, abrazándolo por la espalda y atenazándolo contra su cuerpo.

“Llega el sonido de un banjo/sabor a bourbon y blues/brillan espuelas de plata/danzas de fuego y dolor...”

Día séptimo

Martes

Laura conducía su BMW distraída, iba mirando la numeración de esa amplia calle de la urbanización de Majadahonda.

La juez Magdalena Rivera había despachado las dos órdenes de entrada y registro en el chalet de Los Zarzales y en el granero de Guadarrama.

Laura había dispuesto un equipo mínimo para no levantar sospechas. Solamente la acompañarían el oficial Macías y el subinspector Mairena. Juan Lafuente se quedaría en Canillas, al mando. También había solicitado la presencia de la Policía Científica para tomar huellas.

A lo lejos, vio estacionado un vehículo de la Guardia Civil, cuerpo con competencias en Pozuelo, cuya presencia había sido solicitada por cortesía. Al lado se encontraba una furgoneta con unas escaleras en la baca, el cerrajero ya estaba allí. Laura aceleró y aparcó junto a ellos.

Enseguida llegaron Mairena y Macías. Tras ellos, lo hicieron dos agentes de la Policía Científica. Aunque el sol aún no había despuntado, ya se veía con luz natural.

Laura tocó el pulsador del interfono insistentemente, sin que recibiera respuesta.

A una orden suya, el cerrajero comenzó a trabajar sobre la puerta del jardín. Al momento caminaban por un empedrado, rumbo a la casa, mientras los guardias civiles permanecían en la calle vigilando los alrededores.

Laura se dirigió a la entrada principal y volvió a tocar el timbre, luego aporreó la puerta con la mano.

—Aquí no hay nadie, jefa —dedujo Mairena.

—¿Qué le parece? —preguntó Laura al cerrajero.

—Por el garaje, taladraré el bombín de la cerradura. La de la puerta principal es de seguridad —decidió el hombre, después de explorar los distintos accesos.

—Adelante —ordenó Laura, asintiendo con la cabeza. Enseguida, el estridente sonido de una broca, al perforar el metal, rompía el silencio de la madrugada.

Laura cogió unos guantes de látex, que le tendía un agente de la Policía Científica, y se los enfundó. Luego, hizo lo propio con un gorro de plástico para el pelo, tal y como estaban haciendo todos los demás.

El cerrajero acabó de taladrar y comenzó a manipular la cerradura con un destornillador. Unos minutos después, la puerta estaba abierta de par en par. Laura hizo un gesto y Mairena y Macías sacaron sus armas.

—Usted vaya sustituyendo el bombín de la cerradura, para candar al marcharnos — pidió la comisario al cerrajero.

Luego se adentró en el garaje tras sus hombres que, con las pistolas de la mano, seguían el haz de las linternas al explorar la estancia.

Comenzaron a subir las escaleras hacia la planta principal de la casa, Mairena se fue derecho al cuadro de luces, accionó el interruptor general y se hizo la luz.

—¡Joder! —exclamó Laura, al contemplar el interior de la casa—. ¡Cómo viven los curas! —añadió bromeando, pues sabía que había sido recibida en herencia.

—Tienen la calefacción encendida —observó Macías extrañado.

—Es un sistema de domótica —corrigió Laura, al ver el panel con los dispositivos electrónicos.

—Jefa, venga, mire esto —gritó Mairena—. Estoy en el dormitorio principal.

A Laura se le salieron los ojos de las órbitas. Un gran pentáculo del diablo se exhibía, pintado en la pared, sobre el cabecero de la cama.

—Mire, comisario —alertó Macías, señalando decenas de cirios negros depositados en el suelo.

—Jefa, mira lo que he encontrado en el baño —anunció Mairena, entrando en el dormitorio con una bata de fina seda negra en un mano y unos guantes, también negros, en la otra—. Caperucita negra.

—Sandra —musitó Laura, pronunciando su nombre a cámara lenta—. Tiene que ser de ella.

Los de la Policía Científica miraban obnubilados el escenario.

—Además, la tía quemaba incienso en ese brasero —apuntó Laura.

—Incienso y más cosas —matizó uno de los agentes de la Científica.

—Pues empezad averiguando qué son esas otras cosas. Se acabó el espectáculo, vamos a trabajar —ordenó Laura, mientras los dos agentes abrían un maletín y comenzaban a sacar sus instrumentos de trabajo.

—Esos relojes cuestan un huevo, jefa —informó el subinspector, apuntando hacia un tubo forrado de fieltro negro, situado sobre el cabecero de la cama, con decenas de cronógrafos perfectamente alineados—. La tía tiene aquí un dineral.

—Comisario, en este cajón guarda los certificados de garantía de los relojes —añadió Macías, que estaba agachado junto a la mesilla de noche.

—Mira las fechas —pidió ella rauda.

—La última es de un reloj Cartier, la fecha es del miércoles pasado. ¡Joder!, de la joyería “La Pequeña Suiza” de Santiago de Compostela —informó excitado el oficial.

—¿Lo ha comprado? ¿Por qué?, si al día siguiente arrampló con todo... ¡gratis! —preguntó el subinspector extrañado.

—No hagas preguntas idiotas, Mairena. Lo hace para preparar el golpe —aclaró Laura.

—Perdona, jefa, es que todavía estoy en trance —se excusó el subinspector, que no hacía más que recrear en su imaginación el portentoso cuerpo de la violinista, envuelto en la fina bata de seda negra.

—Pues regresa a la Tierra y llama a Lafuente. Léele las fechas de todos los certificados de garantía y los nombres de los establecimientos que los han sellado. Que verifique las coincidencias con los atracos —añadió excitada.

Luego se acercó al plato Technics y cogió el disco de vinilo situado al lado.

—”Metal Blues Band”—Leyó, mirando la fotografía de la portada, idéntica a la del CD que tenía ella en su casa—. “Náufragos urbanos”. Ya sabemos a qué venía, por qué estaba un par de horas y luego se iba.

—¿A qué? —preguntó Macías, curioso.

—A dar un concierto a su novio y al diablo, sentada sobre la almohada. Es una psicópata —añadió, mirando las decenas de cirios negros—. Ha tenido los arrestos de montar una capilla negra en una casa del Obispado.

—Es una venganza por no permitir la entrada del cadáver de su novio en la iglesia para el funeral —apuntó Mairena.

—¿Te acuerdas qué decía aquella canción que descubriste tú, Mairena?

—Creo que decía: *hoy le iluminan velas negras/su cruz un día se giró/hoy en venganza a sus maestros/solo obedece a su señor.*

—¡Hoy le iluminan velas negras! Hemos dado en clavo, Mairena, se inspira en sus propias canciones.

El timbre del teléfono la interrumpió.

Las facciones del rostro de Laura se iluminaron, al escuchar las noticias que le estaban transmitiendo desde Canillas.

—Era Juan Lafuente —informó Laura, tras colgar—. Las garantías de los relojes están emitidas por las joyerías atracadas, y las fechas se corresponden con las de los días previos a la perpetración de los atracos.

—Está claro —razonó Mairena, corrigiendo su anterior lapsus—. Va a comprar el día antes un cronógrafo para estudiar el escenario; cámaras de seguridad, costumbres de los empleados, rutas de escape... Irá vestida con el mismo atuendo con el que viene aquí, y compra cronógrafos caros para no levantar sospechas.

—Quizá también haya otra razón —argumento Laura pensativa, mirando la barra de madera forrada de fieltro.

—¿Cuál? —preguntó curioso Mairena.

—Llama otra vez a Juan. Que investigue qué es exactamente lo que hurtó el novio cuando lo detuvieron.

—Seguro que un cronógrafo, jefa, esta tía es una psicópata —vaticinó Mairena, mientras marcaba el número.

—Quiero que toméis fotografías, huellas, perfiles biológicos... ¡Todo! No os dejéis nada —ordenó Laura a la Policía Científica.

—Esto parecen restos de sábanas —replicó uno de los aludidos.

—¿Para qué quemaba las sábanas? —preguntó Macías.

—Para borrar rastros biológicos —contestó el de la Científica.

El timbre del teléfono de Laura volvió a sonar.

—¿Dices que hurtó un cronógrafo...? Entendido, un Omega Constellation —dijo la comisario, con el móvil pegado a la oreja.

—Acertaste, jefa, los compra para el novio. Por eso se los tiene expuestos en esa barra —exclamó el subinspector.

—¡Ya la tenemos! Macías, tú te quedas hasta que acabe la Científica. Luego, pides al cerrajero las nuevas llaves, precintas todas las puertas, incluida la del jardín, y regresas a Canillas —ordenó, mirando al oficial.

—A nosotros nos queda todavía un buen rato. Esta tía es meticulosa borrando huellas y hasta la fecha no hay mucha cera que rascar.

—¡Pues será por falta de cirios...! —replicó Mairena.

—Mairena, hoy no estamos para pitorreos. Te vienes conmigo a Guadarrama en el BMW. Ya sabes cómo son los de la Guardia Civil... ¡Como se te ocurra hacer alguna de tus gracias, te pongo en Canillas de una patada en el culo! —sermoneó Laura.

Luego recorrió con la vista el dormitorio, por última vez, y salió.

—¡Vamos a por ella!

Johnny aún no se había acostado.

Estaba herido en su amor propio. Después del concierto en el Corazón de metal, estuvo tomando tragos hasta el amanecer.

Desde el escenario había visto a Mario entrar en el bar, hablar con el camarero, apurar su cerveza y marcharse. Eso solo quería decir una cosa; que el informante de la Guardia Civil iba a ver a Sandra. Y de ahí se desprendía una sola conclusión; siendo la hora que era, pasaría con ella la noche.

Johnny tenía a sus espaldas decenas de actuaciones, infiltrado en ambientes abertzales, con brillantes resultados. Y no podía soportar que un mocoso de veinticinco años, sin preparación ni experiencia, ocupara un puesto reservado para él en la investigación, y... ¡En la cama de Sandra!

Tras abandonar el Corazón de metal, se había puesto su ropa de deporte y había salido a correr en dirección al cercano embalse de La Jarosa, con objeto de hacer un seguimiento de la casa de la sospechosa.

A las siete de la mañana, Johnny merodeaba ya en torno al granero.

—Ese coche tiene que ser el del picoletto —razonó desde su escondite.

En ese momento se abrió el portón y Mario salió a la calle. Johnny abandonó su puesto de observación, tras unos matorrales, y comenzó a correr por el camino.

Sandra se asomó a la ventana y llamó a Mario, mientras agitaba unas llaves en el aire. Luego se las arrojó.

—¡Buenos días! —exclamó Johnny, deteniéndose y cogiendo de forma ostentosa un aire que no necesitaba—. ¿Alguien sabe qué distancia hay hasta el pueblo? Tengo que correr diez kilómetros entre la ida y la vuelta, es mi dosis diaria para eliminar toxinas.

—Entonces para ya, te has pasado. Hasta aquí hay seis kilómetros justos —dijo Sandra riendo, mientras Mario arrancaba y se marchaba.

—¿No habrá un vaso de agua para un sediento?

—¿Agua? —preguntó Sandra extrañada—. ¿Eso que se le echa a los árboles? —añadió riendo—. Pasa, está abierto.

Johnny empujó la puerta del granero y entró, mientras el corazón le daba un vuelco al ver a Sandra, que bajaba los escalones con su camiseta por toda vestimenta.

—Perdona por no haberme quedado anoche para asistir a tu concierto, el de hoy no me lo pierdo —se disculpó ella, metiéndose tras la barra—. Estás a tiempo... —insinuó con un vaso en la mano, señalando al grifo de cerveza.

Johnny, pese a que eran las siete y cuarto de la mañana, asintió con la cabeza.

—Tengo una duda —anunció el saxofonista, tras darle un largo trago a la cerveza.

—¿Cuál? —preguntó Sandra.

—Anoche me dijeron, como cierto y veraz, que en tu dormitorio tienes una piscina en la que se puede hacer natación. Creo que me han tomado el pelo, ¿no?

—Pues, ¡vamos a comprobarlo! —pidió Sandra divertida, invitándolo a subir tras ella.

—¡Madre mía! —exclamó Johnny.

No tuvo que disimular, una cosa era oírlo de los labios de Mairena y otra muy distinta verlo.

—Le dan a uno ganas de tirarse de cabeza...

—¿Y a qué esperas? —preguntó ella, insertando en el Revox la bobina con la sinfónica privada de la Princesa del blues.

—No he traído el bañador... —dijo él titubeando.

—Pues es una lástima —replicó ella, quitándose su camiseta.

Luego subió los escalones de teaca y se metió desnuda en el agua.

Johnny se había convertido en estatua de sal.

Estaba boquiabierto, extasiándose con lo que le mostraban sus ojos. Al momento reaccionó, se despojó de la camiseta y de las zapatillas, acabando de quitarse el pantalón de deporte a patadas, y se metió en el agua con ella.

Sandra lo miraba curiosa. El cuerpo de Johnny le gustó, pero el músico llegaba tarde. En el corazón de Sandra ya había florecido la primavera.

—Me estoy haciendo una señora —se dijo para sí misma.

La Kalashnikova se incorporó sobresaltada en la cama.

Cogió el teléfono móvil, que había comenzado a sonar, y descolgó.

—Entendido, luz verde —replicó la rusa.

Luego, miró el reloj.

—Las siete y media, voy con el tiempo justo y encima tengo que improvisarlo todo —se lamentó, poniéndose en pie de un salto.

Se vistió con un mono de motorista, botas y guantes. Cogió una enorme mochila de montañero con estructura de aluminio, que reposaba en el suelo, en un rincón del dormitorio, y se la puso a la espalda. La mochila sobresalía varias cuartas sobre su cabeza.

Abrió el cajón de su mesita de noche y cogió la pistola “Firecat”, mirándola con escepticismo.

—Los españoles entenderán de toros y fútbol, pero de atracos no tienen ni puta idea —sentenció, guardándose la pistola en el bolso del mono.

Por último cogió un casco integral y salió de su casa.

La operación “Gato de fuego” estaba en marcha.

A las ocho en punto de la mañana, de ese martes histórico para Laura, su BMW asomaba el afilado morro en las instalaciones de la Comandancia de la Guardia Civil de Guadarrama.

Basilio, que la estaba esperando, le abrió galantemente la portezuela del coche.

—Gracias, Basilio. Si además tienes buen café, te cojo de novio —bromeó ella, que estaba de un humor excelente ante las perspectivas que se le presentaban.

—Y si no te gusta el que tengo, voy a buscarlo donde sea —replicó él, que estaba aún de mejor humor.

Aunque la operación procedía de los nacionales, su Comandancia les prestaría apoyo y por tanto estaba a minutos de abrir los informativos de toda España. Después le esperaba un aluvión de felicitaciones de sus superiores y de sus compañeros, repartidos por todo el país.

—¿Has mandado a Mario de servicio, tal y como te pedí por teléfono?

—Nada más cortar la comunicación contigo, llegó él. Hace media hora que salió a hacer la ruta Cero, la más larga.

—Es un buen chico y está enamorado de ella, no quiero que esté presente en su detención. ¿Tienes listos los efectivos? —preguntó Laura, dando un sorbo al café.

—¡Todo listo!, los demás servicios están esta mañana bajo mínimos.

—¿Y los detectores de metales? Tenéis que explorar el granero y el suelo colindante, palmo a palmo, hasta que aparezca esa pistola.

—Está todo preparado y a tu disposición.

—Te voy a pedir un favor personal —pidió ella, tejiendo con seda su voz.

—Tú dirás... —replicó él intrigado.

—En primer lugar agradecerte por anticipado el apoyo que nos brindáis. Y aunque el operativo es tu responsabilidad, según hemos convenido, me gustaría que me permitieras ponerle los grilletos y leerle sus derechos, personalmente. Llevo diez años de mi vida tras ella.

La verdadera causa de esa petición era quitarse la espina que se le había clavado al conocer, por el falso testimonio de Mario, que se había acostado con su marido. Incluso estuvo tentada de decirle al oído, mientras la esposaba: “Toca ahora el violín, puta”. Pero lo desechó, ella era una profesional y no debía mezclar los asuntos oficiales con los personales.

—Cuenta con ello, Laura.

—Pues entonces, cuando quieras, Basilio.

—¡En marcha! —ordenó el guardia civil.

El capitán abrió a Laura la portezuela trasera de un Nissan Patrol y luego montó a su lado. Mairena hizo lo propio en el asiento de delante, al lado del conductor. Los seguían detrás, otros cinco vehículos y dos potentes motocicletas, todo-terreno, por si la sospechosa huía en su Harley y se adentraba en los sinuosos caminos y vericuetos del cercano embalse.

Tardaron unos minutos en recorrer los escasos kilómetros que separaban el granero, del pueblo. Tiempo que Laura aprovechó para llamar a Johnny, con objeto de comunicarle la inminente detención de Sandra. Aunque estaba junto a Basilio, que no

sabía de su existencia, simularía que hablaba con algún miembro de su equipo, en Canillas.

Pero Johnny no cogía el teléfono. El aparato estaba sobre la mesita de noche de su cuarto, en la pensión donde se alojaba.

A Laura le gustó nada más llegar. La construcción era muy grande y rehabilitada con buen gusto. Luego se fijó en el corral.

—Ahí tiene las gallinas, los patos, y... ¡La marihuana! —dedujo Laura, al descender del coche.

Al momento Karajan salió a saludarla. La música escapaba al exterior, a través del cristal del ventanal del desván.

—El portón no está cerrado con llave —anunció un guardia civil.

—No os andéis molestando en llamar, con su orquesta sinfónica en pleno concierto, no nos oirá —sentenció Laura—. Con tu permiso, capitán —pidió innecesariamente, pues ya estaba entrando en el granero seguida de Basilio.

El interior le gustó más todavía. Se fijó en la barra con su grifo de cerveza y sus taburetes, luego dirigió la vista al escenario con todos sus instrumentos y aparatos.

—Debe de estar arriba —dedujo la comisario, comenzando a subir las escaleras.

Los otros efectivos, bajo el mando del sargento, se quedaron vigilando el interior del granero, el corral anejo, y los contornos. El teniente se había quedado a cargo de la Comandancia.

La comitiva irrumpió en el desván.

Enseguida lo vio.

Su marido estaba arrepanchigado en la piscina, junto al ventanal del naciente, con un vaso de bourbon en una mano y un cigarro de marihuana en la otra. Sandra estaba a su lado conversando amigablemente.

—Esta me las pagas, Johnny —pensó Laura para sus adentros, que estaban comenzando a chamuscarse.

En el acto se arrepintió de haberlo infiltrado, Johnny era ya innecesario en la investigación. Pero ella no podía sospechar que en el chalet de Los Zarzales iba a encontrar, tan pronto, pruebas de cargo tan concluyentes.

—En fin, ya no tiene remedio —suspiró.

Johnny enseguida la vio.

Laura estaba mirándolo, con los brazos en jarras, junto a Mairena, un capitán de la Guardia Civil, y dos agentes más. Pero el saxofonista ni se inmutó.

—Basilio, todos tuyos —dijo Laura.

—¡Corten la música! —ordenó el capitán a uno de los agentes que lo acompañaban.

Al momento el silencio se hizo en el desván.

—Traemos una orden judicial de entrada, registro y detención —informó el capitán, exhibiendo el papel que unos minutos antes le había entregado Laura.

—¿Bajo qué cargos? —preguntó Sandra tranquilamente, aun sentada en la piscina.

—Atraco a mano armada y sustracción de vehículos a motor —informó Basilio.

—No sé de qué me está usted hablando.

—Pero nosotros, sí. Salga de la piscina y vístase —ordenó Basilio secamente.

—¿Adónde me llevan? —inquirió curiosa.

—A la Audiencia Nacional.

En ese momento, Sandra se puso en pie.

Laura dio un respingo.

—¡Qué buena está! —pensó, mientras las entrañas comenzaban a arderle.

Mairena, que había entrado en trance, miraba obnubilado sus pechos afilados y las curvas de sus caderas. Las largas y sugerentes piernas lo volvieron loco.

—¡Qué suerte tiene ese cabrón! —pensó mirando a Johnny, que seguía fumando marihuana como si la cosa no fuera con él. Al fin y al cabo, esta vez sí estaba trabajando.

El capitán Basilio no podía creerse lo que estaba viendo. Ese libertinaje le irritaba.

—De todo esto tienen la culpa los socialistas —pensó—. Luego contempló a Laura, admirando la firmeza de su carácter, su vocación de servicio y su sentido del deber y del patriotismo—. Gracias a Dios, todavía quedan en España mujeres como ella —concluyó.

Pero Laura no estaba para patriotismos. Continuaba mirando obnubilada los movimientos de la violinista al secarse con la toalla, más propios de una pantera que de una mujer, y que Sandra se esforzaba en acrecentar.

—Esta misma tarde llamo a Mario a Pozuelo, planto el colchón en la mitad del salón... ¡Y me trago entero el repertorio de la banda de esta puta! —sentenció Laura en su pensamiento, animándose con la idea.

Sandra se puso una camiseta, sus vaqueros y se acercó al grupo.

Laura extendió la mano con la palma vuelta hacia arriba, con gesto altivo, y sin dejar de mirarla. Uno de los guardias, al verla, depositó sobre ella unos grilletes.

—¿Sandra María Concepción de Sancho-Pedrales y de la Fontaine? —le escupió Laura a la cara.

—Soy yo —respondió ella sin inmutarse.

—Queda usted detenida bajo los cargos que ya le han sido comunicados por el capitán de la Guardia Civil —le espetó, colocándole los grilletes en las muñecas y apretándoselos con todas sus fuerzas—. ¿Conoce usted los derechos constitucionales que le asisten?

—Sí, señora, lo he visto en las “pelis” de la tele.

—¿Quiere que le comuniquemos a alguien su detención? —preguntó Laura.

—Sí.

—¿A quién?

—Al rey. Soy una aristócrata...

—Ya se enterará por el Telediario, listilla. ¿Quién es aquel? —preguntó Basilio, señalando a la piscina.

—Un amigo.

—Dadle una toalla y que se vista —ordenó Basilio a los suyos —, nos lo llevamos también—. Añadió, mientras Laura asentía rotunda con la cabeza.

Mairena salió como una centella a darle la toalla.

—Te hemos estado llamando pero no lo cogías. No me extraña, yo hubiera hecho lo mismo, ¡madre mía como está la tía! —le dijo al oído, al entregarle la toalla.

Johnny comenzó a secarse encantado, pues aunque aún no había hecho nada con Sandra, lo que había visto Mairena sugería lo contrario. Al día siguiente, su hazaña la conocería toda la Policía Nacional. Al tiempo que se secaba, se recreaba en su imaginación con Mairena haciendo aspavientos en los bares, explicando a la concurrencia, con todo lujo de detalles, lo que acababa de suceder.

—Enséñame tu DNI —pidió Basilio, después de que Johnny se hubiera vestido.

—No lo tengo aquí.

—¿Nombre y apellidos?

—Juan Antonio García, pero todos me llaman Johnny.

—¿Profesión?

—Saxofonista.

—Juan Antonio García, queda usted detenido bajo los cargos de encubrimiento de un delito de atraco a mano armada. ¿Conoce sus derechos constitucionales?

—Yo conozco la novena sinfonía de Beethoven, soy saxofonista.

—Leédselos —pidió el capitán.

Uno de los agentes cogió un papel que tenía preparado y comenzó a leer en voz alta.

Laura observaba a su marido, fusilándolo con la mirada.

Mairena se moría de risa por dentro.

Y Sandra presenciaba impasible la interpretación teatral, mientras estudiaba a Laura detenidamente.

—¿Quiere que le comuniquemos a alguien su detención? —preguntó Basilio, cuando le hubieron leído sus derechos.

—A Bruce Springsteen, tengo una gira con él —dijo Johnny con voz seria.

—¡Otro listillo! Andando para la Comandancia —ordenó Basilio, con Mairena sujetándose el esternón.

—Estamos buscando una pistola que perteneció a su padre y que usted se llevó sin su autorización, según sospecha su hermano —mintió, para minarle el ánimo, aprovechando la ausencia de relación entre Sandra y el marqués.

—Yo no tengo armas, soy pacifista.

—Y como buena pacifista que es usted, vació el cargador de esa pistola en la cabeza de Inquisidor —replicó Laura, acreditando que conocía su vida al dedillo, para que Sandra se desmoralizara.

—Eso fue hace mucho tiempo...

—Es una Astra 202, "Firecat", calibre 6,35. Es cromada y con las cachas de nácar color marfil. Si nos la entrega, evitará que pongamos su casa patas arriba —advirtió Laura con voz desafiante.

—Cuando acaben, déjenlo todo como está —replicó ella, también desafiante.

—Como usted quiera.

—Tengo un gato, no lo puedo abandonar. Tengo que dejarlo en el Corazón de metal para que lo atiendan.

—Nosotros se lo llevaremos, ¿por quién preguntamos? —inquirió Laura, que quería conocer al célebre Oso.

—Por el Padrino o por Manuel.

Laura cogió la cesta con el gato, que descansaba echado sobre su cómodo cojín, mirando curioso esa anómala afluencia de público.

—¡En marcha! —ordenó el capitán, comenzando a descender las escaleras.

Al momento, multitud de guardias civiles con detectores de metales comenzaban el registro.

Laura no estaba feliz.

Pese a que ese día era el más importante de su carrera, había algo desconocido que le impedía disfrutar de él.

Pero, en el fondo, ella lo conocía de sobra.

Era Sandra. Esa mujer la había desquiciado desde el mismo instante en que supo de su existencia, instante en que se le paralizó el corazón al tenerla en sus manos, fotografiada en la carátula de un disco.

Laura era la comisario más joven de España, con un currículo universitario y profesional que era la envidia de sus compañeros. Pero había algo que le faltaba. Y eso que le faltaba a ella, le sobraba a la mujer que acababa de esposar y que viajaba sentada en un coche de la Guardia Civil, junto al impresentable de su marido.

—¿De qué estarán hechos los putos músicos? —musitó, una vez más, para sus adentros.

Johnny no estaba feliz.

Estaba arrepanchigado en la piscina como un marajá, disfrutando del regalo que le estaba haciendo esa mañana de la primavera, cuando apareció su mujer con los picoletos para estropeársela... ¡Como siempre!

—¿Dónde estará 007? ¿Por qué no lo habrán traído? —se preguntaba Sandra, mirando el paisaje por la ventanilla del coche. Lo echaba de menos.

Tras su seriedad se escondía la audacia.

Tras su temor, la osadía.

Y tras su inocencia, la astucia.

—¿Por qué no habrá venido? —se preguntaba, una y otra vez.

El Patrol de la Guardia Civil volaba por la Nacional Sexta hacia Guadarrama, con las luces de emergencia encendidas y con Mario al volante, más encendido todavía.

Había escuchado, por la emisora del coche, la detención de Sandra.

Se encontraron de frente.

Cuando el convoy entraba en el pueblo, Mario enfilaba la avenida que conducía a la carretera del granero. Paró en el arcén, para estupor de su compañero, se bajó y agitó la mano.

El convoy se detuvo y Mario se acercó al primer vehículo, donde viajaban Laura, el capitán Basilio, Mairena, y el gato.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Sandra? —interrogó al capitán, a través de la ventanilla abierta, prescindiendo de todo saludo militar.

—Detenida, va en el coche de atrás —explicó Basilio, molesto por el comportamiento de su subordinado.

—¿Por qué no me lo ha dicho usted esta mañana? —preguntó Mario desafiante, con los ojos centelleando.

—Porque no procedía. Estás aquí para acatar órdenes, no para darlas. Y menos en ese tono. Dirígete a la Comandancia y espérame allí —ordenó Basilio, que no podía permitir ninguna insubordinación ante Laura, y menos en una operación de ese calado.

Le nació de lo más hondo del alma.

Mario se quitó el cinturón con su arma reglamentaria y se lo metió al capitán por la ventanilla.

Luego fue la gorra, la guerrera, la camisa, los pantalones, y las botas.

Por último le entregó el carné que lo acreditaba como guardia civil.

—“Todo por el rock and roll” —le espetó a Basilio en la cara, a través de la ventanilla.

La comisario lo contemplaba con los ojos fuera de sus órbitas. Mario estaba en pie mirándola desafiante, con su calzón de deporte como único atuendo. A Laura le ardía todo por dentro, jamás ningún hombre había hecho eso por ella.

—¿De qué estarán hechos los putos músicos?

Luego, un estremecimiento, mezcla de placer secreto y de venganza, recorrió su cuerpo de mujer. Habían transcurrido tan solo unas horas, desde que ella lo tuviera entre sus muslos. Y ahora llevaba a Sandra esposada, con la inestimable colaboración de Mario.

La Princesa del blues no era tan lista como se creía y había perdido. Ella había ganado.

—Los galones no los regalan —dijo satisfecha, para su pensamiento, con la frase favorita de su padre.

Sandra flotaba en una nube.

Había asistido, asombrada y emocionada, al striptease de Mario.

Entonces, el débil tallo que había brotado en su corazón, en esa primavera de Guadarrama, se hizo árbol.

—“Todo por el rock and roll” —musitó, esbozando una sonrisa.

La Kalashnikova se desesperaba.

Eran casi las nueve de la mañana, y de todas las motos que tenía controladas, en las inmediaciones de su casa de las afueras de Marbella, no encontraba ninguna.

—Para robar motos hay que madrugar. A las nueve, los dueños ya las han cogido y se han ido a trabajar —razonaba la Kalashnikova—. A los españoles no les entra en la cabeza, y... ¡Así les va! —argumentaba, segura de que esa era la causa de la crisis económica que assolaba el país.

Entonces la vio.

Una preciosa Kawasaki 750, verde, azul, y blanca, asomó a lo lejos rodando hacia ella por la amplia avenida.

—¡Una “Telefónica”! —exclamó entusiasmada al ver cómo se acercaba la moto, llamada así por estar pintada con los colores corporativos de la compañía española de telecomunicaciones.

Le encantaba esa moto.

Al momento estaba parada con la mochila a la espalda, unos metros antes del semáforo, calculando la trayectoria, la velocidad y el tiempo.

No falló.

Justo en el momento indicado, levantó la pierna izquierda y el motorista se tragó su bota con la visera del casco. Se cayó para atrás, rodando por el suelo, mientras la moto se deslizaba por el asfalto bailando como una peonza.

La Kalashnikova se abalanzó sobre ella, agradeciendo que aún tuviera el motor en marcha, la levantó, se montó de un salto y metió gas arrancando como una exhalación.

Las calles de esa ciudad costera española jamás olvidarán el paso de la Kalashnikova por sus empedrados. El concepto de conducción temeraria cobró, en esa mañana, un nuevo significado.

Se tumbaba, una y otra vez, girando continuamente el manillar para esquivar a los coches en un permanente zigzag. Varios vehículos policiales frenaron para intentar interceptarla, pero cuando quisieron ponerse a su estela, ella ya había desaparecido.

Y la centralita de la Policía Local comenzó a saturarse de llamadas de conductores cabreados y viandantes con el rostro del color de la ceniza, parados en mitad del paso de cebrá, con el móvil en la mano y el corazón en un puño.

Pero a las diez en punto de la mañana, la Kalashnikova se detenía frente a una céntrica joyería de Málaga, la capital de la Costa del Sol.

Basilio, a esa misma hora, entraba eufórico en la Comandancia, después de dejar a Laura en el Corazón de metal. La comisario había insistido en que, tras la entrega del gato, regresaría caminando a la Comandancia, donde le aguardaba su BMW.

El otro Nissan Patrol se dirigía hacia la capital de España con los detenidos, su destino era la Audiencia Nacional.

Johnny se deleitaba con la mujer que viajaba a su lado, dando palmadas sobre sus muslos al ritmo de lo que llegaba a sus oídos.

Sandra iba cantando.

Ya no le importaba nada en este mundo.

Ni en ningún otro mundo.

Mil violines estaban sonando en su interior.

“Al caer la noche, tu alma empieza a bailar/al caer la noche los lobos empiezan a aullar/y bajo la luna, mi vida hoy vuelve a empezar.”

Mario entraba en su pequeño apartamento de Guadarrama, al que había llegado corriendo descalzo, donde le esperaban sus vaqueros. Al momento estaba vestido y corriendo de nuevo, con su corazón al galope.

Laura entró en el Corazón de metal con la cesta del gato en la mano, acompañada por Mairena, y pidió dos cafés.

El bar estaba concurrido a esa hora de la mañana. El negocio estaba atendido por Rodrigo, pues Manuel y Jaime preparaban el repertorio del concierto de Gijón, saboreando un café en la barra.

Laura los reconoció en el acto.

Ese debe de ser Gallo —dijo a Mairena, señalando hacia el camarero—, ese otro es Oso y el que está junto a él, es Jaime —añadió apuntando hacia el músico, que vestía con su sempiterna camiseta negra de la Metal Blues Band, sobre la que colgaba una gran cruz de metal.

—Ya me he dado cuenta, jefa, son clavados a las fotografías del libreto de su disco — confirmó Mairena.

—¿Manuel? —preguntó Laura, dejando la cesta sobre la barra del bar, con Fuego decepcionado por el fin de la excursión. A Laura le seguía pareciendo un oso.

—Sí, soy yo —replicó el batería intrigado, mientras Jaime miraba curioso.

—Mi nombre es Laura Bernal, comisario del Grupo Central de Atracos de la Policía Nacional. He venido a informarle de que la bajista de su banda, Sandra, cuyo nombre artístico es la Princesa del blues, según tengo entendido —dijo Laura con retintín—, ha sido detenida como sospechosa de atraco a mano armada. Me ha encargado que le haga a usted entrega del gato para su cuidado.

Manuel se convirtió en piedra.

—¡Eso es un error! —dijo al fin, aún con la cara descompuesta.

—¿Qué error?

—Ella no es la Motorista. Precisamente nos hemos estado riendo porque pensábamos que ustedes iban a sospechar eso. La Motorista tiene que ser alguna de nuestras seguidoras.

—Existen pruebas concluyentes que así lo determinan.

—¿Cuáles?

—Están bajo secreto sumarial.

—Pero tenemos un concierto el jueves, en Gijón.

—Tienen tiempo de buscar a otra bajista que la sustituya.

—Usted sí que sabe, señora —le espetó Jaime, con su expresión favorita.

La radio, que tenía sintonizada Manuel para amenizar las mañanas, dio la noticia;

“Hace unos momentos ha sido detenida, en su domicilio de Guadarrama, la famosa atracadora de joyerías conocida popularmente como la Motorista, en el seno de la operación “Gato de fuego”, tras una brillante actuación conjunta de la Policía Nacional y de la Guardia Civil. Se da la circunstancia de que la detenida, una mujer de treinta y ocho años, es una aristócrata, hija de los marqueses de Sancho-Pedrales. La noticia ha causado estupor y sorpresa, tanto en el pueblo donde residía, como entre la clase política.

El ministro del Interior acaba de efectuar unas breves declaraciones en las que ha elogiado la actuación de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Los medios de comunicación se agolpan ya ante la puerta de la Audiencia Nacional, donde se espera su llegada de un momento a otro”.

—¡Esto es un atropello! ¡Vive Dios que es una injusticia! —gritó enfadado el Padrino, que estaba en su rincón con su sempiterno chato de vino y lo había escuchado todo.

—En lugar de perseguir a inocentes, podáis dedicaros a investigar a políticos sinvergüenzas —añadió Malaguita, con su característico acento sureño.

—Los peores delincuentes sois vosotros —sentenció Gabi, que ya se había tomado unas cuantas cervezas y la lengua comenzaba a soltársele.

—Tenga usted cuidado con las palabras —le dijo Mairena desafiante, para disimular, pues en el fondo compartía plenamente esa opinión.

—Vámonos, Mairena —decidió la comisario, al ver que se estaba calentando el ambiente.

Acto seguido se dieron la vuelta y abandonaron el bar.

La Kalashnikova se apeó de un salto de la “Telefónica”, dejó el motor en marcha, sacó la pistola del bolsillo y abrió la puerta de la joyería.

—¡Esto es un atraco! —gritó, encañonado al empleado más próximo.

Pero no se había percatado de que un hombre estaba tras ella, tapado por la pequeña puerta del cuadro eléctrico, accionando los interruptores de las luces de los escaparates. Era un policía nacional en excedencia, contratado como vigilante de seguridad.

Sacó su revolver de la funda sobaquera, se aproximó sigilosamente por detrás y le arrebató la pistola, al tiempo que la encañonaba.

La Kalashnikova se giró lentamente y se quedó observándolo, con su mirada gélida. Entonces se quitó la mochila de la espalda y la depositó en el suelo.

El vigilante esbozó una sonrisa, mientras continuaba encañonándola con su revolver.

—¿Para qué traes ese mochilón? ¿Para llevarte los relojes de pared? —rió desde su superioridad—. Ahora quítate el casco y tírate al suelo —ordenó.

La rusa se agachó, ante la mirada satisfecha del vigilante. Pero en vez de quitarse el casco y tirarse al suelo, retiró la pequeña lona que tapaba la abertura de la mochila, y al momento un pesado fusil de asalto, AK-47 Kalashnikov, se exhibía amenazador en sus manos.

No dio tiempo a que nadie reaccionara.

Un estruendo ensordecedor restalló de repente en la estancia. Todos los presentes se tiraron al suelo, mientras el cañón del fusil ametrallador barría el horizonte. Las vitrinas saltaban por los aires hechas añicos y los relojes de pared y los grandes carrillones quedaban desguazados, mientras las vainas de los proyectiles saltaban de la recámara, rebotando en el suelo.

Luego se hizo el silencio.

Frente a la Kalashnikova no quedaba nada ni nadie en pie.

—Llenadme la mochila —ordenó al hombre que la había encañonado, y que estaba en el suelo con las manos en la cabeza, al tiempo que ella sustituía el cargador.

Este se levantó como un resorte, dejando su revolver en el suelo, y le tendió la mano con la pequeña pistola Astra, para devolvérsela.

—¡Eso es una mariconada! —Le espetó la rusa, despreciando el ofrecimiento con un gesto—. Los españoles entenderéis de toros y de fútbol, pero de atracos no tenéis ni puta idea. Menos mal que me dio por coger a Exterminador —añadió, mientras daba unos golpecitos al AK-47.

La Kalashnikova contemplaba satisfecha cómo los empleados arramplaban con todas las joyas expuestas, que iban a parar a la mochila. Cuando hubieron acabado, se la colocó a la espalda y salió reculando, mientras los encañonaba con el fusil.

Se pasó la correa de Exterminador por el cuello, se montó en la moto, giró hasta el tope la empuñadura del acelerador, y arrancó con la Kawasaki circulando sobre una sola rueda.

Enseguida se perdió entre el tráfico de Málaga.

A la juez no le cuadraba nada.

La Audiencia Nacional era el órgano judicial competente en el asunto de la Motorista, tanto por el montante de esos atracos, como por haberse perpetrado en varias ciudades de España. Magdalena Rivera era la encargada de la instrucción del sumario.

Hojeaba el expediente que le había entregado el inspector jefe, Juan Lafuente, con todo lo recopilado hasta la fecha, incluyendo las fotografías del chalet de Los Zarzales y las primeras valoraciones de la Policía Científica. Así como el informe del capitán Basilio, que había incorporado a última hora, al recibir el fax desde Guadarrama.

—Aquí dice que tiene usted gallinas —manifestó la juez asombrada, pues eso no encajaba muy bien en una atracadora de joyerías.

—Sí, señoría, también tengo patos, ocas y pavos —explicó Sandra.

La juez la miraba atónita sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Y, ¿un huerto?

—Con tomates, pimientos, zanahorias, lechugas y toda clase de hortalizas. Los productos que venden en las tiendas están envenenados, llenos de pesticidas. Además ayudan a mi economía, los músicos no ganamos mucho.

—Y la marihuana, ¿a qué le ayuda? —preguntó el fiscal.

—Es diurética y tonificante. Relaja y abre el apetito, la vida del artista es muy estresante. Solo son cinco plantitas, para mi propio consumo.

—Todo esto no prueba nada, señoría —manifestó el abogado de oficio, designado por el juzgado, que había hojeado por encima el informe policial.

—Ha sido identificada por el agente inmobiliario que firmó el contrato y por los taxistas interrogados —apuntó el fiscal.

—No a ciencia cierta. Aquí, en el informe, se dice de forma expresa que según esos testimonios, “guarda un gran parecido”, pero no pueden “asegurar” que sea ella. El “gran parecido” ha sido buscado deliberadamente por la Guardia Civil, trucando las fotos. Las han retocado y le han puesto una boina azul marino, que mi defendida no tiene, para acomodarla a la sospechosa. Eso es condicionar a los testigos, señoría. Esos testimonios son nulos.

—Señoría, la coincidencia entre las fechas de los conciertos y las de los atracos, es determinante —añadió el fiscal.

—Eso no determina nada. Precisamente los miembros del grupo hacían públicos comentarios en el bar, sobre esa coincidencia, llegando a contemplar como posible y probable, la hipótesis de que la Motorista sea una de sus seguidoras. Por su tipo de música, algunos de sus admiradores son... En fin, que no van precisamente a misa los domingos. Mi patrocinada tiene testigos de toda solvencia que acreditarán que a la hora de los atracos, ella estaba descansando en su hotel.

—El perfil psicológico de la detenida y las circunstancias que envolvieron el suicidio de su novio... —comenzó a decir el fiscal.

—¿La luna llena? —interrumpió el abogado—. ¡Por Dios!, señoría, ese dato es de utilidad para ir de pesca, no para atracar joyerías —sentenció el abogado.

La juez asentía con la cabeza, pues estaba totalmente de acuerdo con el letrado. Su marido era un gran pescador y le había explicado en varias ocasiones que la luna influía sobre esa actividad, condicionando el comportamiento de los peces. Razón por la que los calendarios lunares adornaban todas las revistas sobre el tema.

—En definitiva; no se puede establecer, con garantías, asociación alguna entre mi defendida y ese chalet de Los zarzales. No hay huellas dactilares ni perfiles biológicos... —continuó diciendo el abogado.

—Utilizaba guantes y una bata con caperuza. Los restos biológicos eran destruidos, prendiendo fuego a las sábanas —argumentó el fiscal.

—Mi defendida no era y además no ha aparecido la pistola, el arma del delito...

—Su hermano asegura que esa pistola falta en casa desde la muerte del padre, acaecida hace diez años, lo que concuerda con la fecha en que se produjo el primer atraco —interrumpió el fiscal.

—“Y que está en alguna de mis casas, por supuesto”, leo textualmente, “Y aparecerá cualquier día, escondida tras algún libro o en las cuerdas”, según declaró el señor marqués a la Policía —razonó el abogado—. Por otro lado, cientos de mujeres en toda España tienen moto.

En el Corazón de metal había reunión.

Oso, Jaime, el Niño y Mario estaban planificando la defensa de Sandra.

—Organizaremos una protesta con todos nuestros seguidores de Guadarrama, El Escorial, Villalba y todos los pueblos de los contornos —opinó Manuel.

—Hay que localizar al abogado de Sandra para prestar testimonio —añadió Jaime, que era más pragmático—. Tiene una coartada, ella estaba en el hostel, nosotros somos testigos.

Gallo, que estaba atendiendo la barra, escuchaba las quejas del Padrino.

—¡Vive Dios, que esto es un atropello! —exclamaba una y otra vez, hablando solo, entre trago y trago de vino.

Fuego daba cuenta de un plato de leche, ajeno a todo.

En esos momentos la radio, que mantenían encendida para enterarse de los pormenores del caso, dio la noticia.

Todos los presentes escuchaban atónitos.

“Según fuentes de la Policía Nacional de Málaga, hace unos minutos acaba de producirse un nuevo atraco de la delincuente conocida como la Motorista. En el momento en que un empleado abría la puerta de una céntrica joyería malagueña, fue encañonado con una pequeña pistola por una mujer enfundada en un mono de cuero, ocultando su rostro con un casco integral. El vigilante de seguridad logró arrebatarse el arma, pero la atracadora extrajo de su mochila un gran fusil ametrallador, abriendo fuego en el interior y causando grandes destrozos. A continuación huyó con el botín, a bordo de una potente motocicleta, sin que se conozca su paradero.

Afortunadamente no hay que lamentar desgracias personales.

Se da la circunstancia de que hace tan solo una hora, ha sido detenida en Guadarrama una mujer a quien la Policía atribuye los atracos de la Motorista.

En este momento reina una gran confusión en instancias oficiales, y los responsables del Ministerio del Interior declinan efectuar declaración alguna al respecto.”

Al momento, el bourbon corría en el Corazón de metal, como corren los arroyos en invierno.

A Laura tampoco le cuadraba nada.

También estaba reunida con su equipo en su despacho. El inspector Lafuente se encontraba en el suyo hablando con Málaga, a la espera de recibir las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Esta no es, es una imitadora —sentenció Laura.

—Aún no podemos asegurarlo —opinó Mairena

—Yo sí. Llevo diez años estudiando su modus operandi y es como un fantasma, no deja pistas. Lo tiene todo perfectamente planificado y desaparece esfumándose en el aire.

—Se le ha complicado el golpe, porque la joyería tenía un “segurata” —insistió Mairena—. Alguna vez tenía que sucederle.

—Eso me da la razón. Quiere decirse que la atracadora no ha acudido a la joyería, los días previos al atraco, para comprar el cronógrafo y estudiar el entorno, como tiene por costumbre. De haber sido así, hubiera detectado al vigilante de seguridad y hubiera escogido otro objetivo —razonó Laura.

—Vestía de paisano, podía pasar perfectamente por un empleado más —argumentó Mairena.

—Lo que está claro, es que la Motorista y la inquilina del chalet de Los Zarzales, son la misma mujer. Lo cronógrafos que encontramos y las garantías, así lo determinan.

—Eso no admite duda —reconoció Mairena.

—Entonces, más a mi favor. Majadahonda está muy lejos de la Costa del Sol —continuó argumentando Laura.

—A la misma distancia que Santiago de Compostela o Jerez de la Frontera, ciudades en las que ha actuado la Motorista —replicó Mairena

—De acuerdo —reconoció Laura, muy a su pesar—, pero lo de Málaga ha sido más parecido al desembarco de Normandía, que a un atraco. Robó la moto dándole una patada en la cara al propietario, ha causado un caos circulatorio a su paso, y destrozó a tiro limpio la joyería. Según el testimonio de los empleados, parecía Rambo. Esta no es.

En esos instantes irrumpió en el despacho el inspector Lafuente con un CD de la mano.

—Laura, las imágenes de las cámaras de seguridad de la joyería de Málaga acaban de llegar. Las he descargado en un disco.

La comisario le arrebató el CD y lo insertó en su ordenador.

Los presentes miraban la pantalla sin pestañear.

—La pistola es la “Firecat”, no hay duda —sentenció Lafuente.

—¡Callaos un momento! —pido Laura, levantando la vista del ordenador y mirando hacia el televisor que tenían encendido.

En medio de un enjambre de periodistas, de fotógrafos que disparaban sus máquinas sin cesar, y de cámaras de televisión, Sandra salía de la Audiencia Nacional.

—¡Silencio! —insistió la comisario a sus hombres, cuando el abogado que acompañaba a Sandra apareció en la pantalla rodeado de micrófonos.

—La Motorista acaba de atracar una joyería en Málaga, por tanto mi defendida es inocente de los delitos de los que se le acusa. Así lo ha entendido la juez que ha decretado su inmediata puesta en libertad sin cargos —comenzó a decir el letrado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Laura estupefacta.

—Libertad sin cargos, jefa —repitió Mairena, sin quitar ojo de la pantalla.

—¡Me cago en su puta madre! —estalló Laura.

—Habida cuenta del enorme daño moral que se le está causando, bajo pruebas sospechosas de interés... —continuó el defensor.

—¿Qué interés? —preguntó un periodista.

—Según informes confidenciales, a los que la defensa ha tenido acceso, la Policía está muy presionada por el Gobierno ante las burlas de la calle, que estaba convirtiendo a la Motorista en heroína popular. Eso ha motivado que los investigadores hagan cuadrar a martillazos las pruebas contra mi defendida, amparándose en circunstancias tan absurdas como las fases de la luna...

—¿Fases de la luna? —inquirió otro periodista.

—Consta en el informe policial. Por el daño causado, tanto a ella como al apellido familiar, muy conocido en España, se va a interponer demanda contra el Estado, reclamándole daños y perjuicios.

—Van a demandarnos, jefa —dijo innecesariamente el subinspector, pues Laura estaba escuchando y se le estaba poniendo la cara de color verde.

—Mairena, quítame a esa puta de mi vista o me cargo la televisión —bramó Laura, blandiendo en la mano un pesado pisapapeles.

El subinspector se levantó como una centella y apagó el televisor.

—Vamos a lo nuestro, hay que desmontar esta farsa. ¿Y ese fusil? —preguntó Laura.

—Según los de balística de Málaga, es un fusil de asalto de fabricación rusa, el célebre AK 47, Kalashnikov —informó Lafuente.

Laura se quedó de piedra.

—¿Qué has dicho?

Luego se abalanzó sobre el teléfono.

Matías y Aurelio se encontraban también reunidos.

A pesar de que era media mañana, estaban bebiendo brandy en una céntrica cafetería madrileña. No quitaban ojo del televisor del establecimiento.

—¡Vaya cagada de la Policía Nacional! —manifestó uno de los camareros, al ver a Sandra abandonar las instalaciones judiciales.

—Y de la Guardia Civil de Guadarrama... —añadió un compañero.

Los cerebros de la operación “Gato de fuego” se miraron con cara de complicidad.

—Pese a que la Kalashnikova se ha apartado un poco del procedimiento diseñado... —comenzó a decir Matías.

—La precipitación... —interrumpió Aurelio, en defensa de su contacto.

—Lo sé, Aurelio, lo sé. La cuestión es que la operación “Gato de fuego” ha sido un éxito rotundo —dijo con voz de triunfo, levantando la copa para brindar.

—Si no hubiera sacado el Kalashnikov... —se lamentó Aurelio, mientras izaba también la suya.

—Te equivocas, hay que saber aprovechar los reveses en beneficio propio. Eso dará crédito a la información que le suministraste a Laura por teléfono, en relación con una

ex agente de los países del Este. Ese fusil lo corrobora, Laura se pondrá en la buena pista y te llamará para ampliar información.

El timbre del teléfono móvil de Aurelio comenzó a sonar en ese preciso momento.

—Hablando del rey de Roma... —anunció Aurelio excitado, mirando el número en la pantalla.

—Por la puerta asoma — concluyó Matías, frotándose orgulloso las manos—. Conecta el “manos libres” para oír la conversación.

—¿Aurelio?

—Soy yo, Laura. Vaya follón que hay montado, estoy viendo la televisión...

—No me hables, Aurelio... ¡Menuda mañanita! Escucha, tengo que verte urgentemente en relación con eso de los países del Este, que me comentaste por teléfono. Parece ser que el fusil del atraco de Málaga es un Kalashnikov de fabricación rusa. Te invito a comer, ¿puede ser?

—Ya te dije que estaba a tu entera disposición, Laura.

—Entonces te espero en el mismo restaurante en que nos encontramos, cuando estabas comiendo con mi padre.

—¿En Morzarzal? —preguntó Aurelio.

—Exacto. El que llegue primero, que vaya pidiendo el vino.

—Allí estaré, Laura.

—¿Qué te dije, Aurelio? —preguntó ufano Matías, cuando el anticuario hubo cortado la comunicación.

—No tengo más remedio que inclinarme ante tu genio, Matías.

—Ese capitanocho de Guadarrama tiene que estar echando humo, su farsa ha quedado al descubierto. ¡Una cantante hippy! ¡Qué gilipollez! Laura lo va a fusilar. Bienvenido a la familia, yerno.

El capitán Basilio estaba echando humo en su despacho de la Comandancia.

El teléfono de Basilio también.

Esa mañana, que se anunciaba con un sol radiante, tanto para su vida profesional como sentimental, se había estropeado de repente y oscuros nubarrones en el horizonte presagiaban la tormenta.

Los mandos de la Guardia Civil no hacían más que llamarle.

—La operación era de la Policía Nacional, nosotros solamente hemos colaborado con ellos, era nuestra obligación y traían una orden judicial de entrada, registro y detención —se excusaba Basilio por teléfono.

El capitán se secaba el sudor de la frente con la bocamanga de la guerrera.

—No mi comandante, del seguimiento que estábamos realizando con nuestro infiltrado, no se desprende que esa mujer haya cometido delito alguno. Las pruebas incriminatorias las han encontrado los nacionales en un chalet de una urbanización de Majadahonda. Nosotros, allí, ni hemos ido ni hemos tenido nada que ver.

Basilio comenzó a respirar con normalidad, a medida que avanzaba la conversación. Sus jefes daban por hecho que el asunto no iba con él.

—Entendido, mi comandante... Sí, me hago cargo, esto es un ridículo internacional... Entendido, mi comandante; negar cualquier implicación de la Guardia Civil y mantenerse al margen.

Basilio cortó la comunicación y se quedó pensativo, mirando el aparato. Sus aspiraciones amorosas con Laura peligraban por la orden que acababa de recibir, algo que no podía suceder.

Tenía que trazar un plan.

Laura estaba pensativa, con el auricular del teléfono aún de la mano. Acababa de hablar con Málaga.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Lafuente.

—Los he puesto en la pista que me ha suministrado Aurelio, no saben nada, pero lo van a investigar. Por lo visto, el seguimiento de esos ex agentes de los países del Este, corre a cargo del CNI y de la Guardia Civil. Los nuestros, en esos asuntos, tienen una participación mínima.

—¿Y qué vas a hacer?

—Llamar a la Guardia Civil —dijo ella, descolgando de nuevo el auricular—. Soy Laura Bernal, quiero hablar con el capitán Basilio.

El capitán se sobresaltó al oír la voz de la comisario y se irguió sobre el sillón, pensando aceleradamente en la salida de ese embrollo, sin comprometer su relación con Laura. Como aún no tenía bosquejado su plan, decidió improvisar.

—¿Una imitadora? —replicó Basilio—. Sí, estoy de acuerdo contigo en que el modus operandi de la atracadora de Málaga, no se corresponde con el de la Motorista. Te haré esa gestión, pero a título personal pues he recibido órdenes de mantenerme al margen. Ya sabes cómo son los mandos cuando hay dificultades, todos van a librar el culo, te informaré en cuanto tenga algo.

El capitán colgó excitado. Se mantendría oficialmente al margen, pero a nivel personal tocaría a algunas amistades que le debían favores.

Esa era la solución al dilema.

—¡Más allá del deber! —sentenció Basilio, con su mirada perdida en el ventanal de su despacho, a través del cual, allá en la lejanía, se adivinaba la gran cruz del Valle de los Caídos.

—¡Mairena! —exclamó Laura, tras colgar el teléfono.

—Dime, jefa.

—Vete al apartamento de Johnny, debe de haber llegado ya de la Audiencia. Que salga zumbando para Guadarrama, esta tarde tiene su segunda actuación en el Corazón de metal.

—¿Y qué le digo?

—Que se meta en la piscina con ella, que se fume las plantas de marihuana que tiene en el huerto, que se beba todas sus provisiones de Jack Daniel's, y que se la tire las veces que haga falta... Pero, que vuelva con la "Firecat" en una mano y con la Princesa del blues en la otra... ¡Con los grilletes puestos!

—A tus órdenes, jefa —exclamó Mairena, poniéndose en pie de un salto y abalanzándose sobre la puerta—. ¡Pero qué suerte tiene ese cabrón!

—Juan, encárgate tú de llamar a la secretaria del marqués, esta tarde regresa de Roma y habíamos quedado en concertar una cita para cenar con él —pidió Laura, mientras miraba el reloj.

—¿Adónde vas? —preguntó el inspector jefe, al verla levantarse y coger su guerrera.

—Voy al restaurante un poco antes. Necesito un vino para tranquilizarme y poder pensar. Ver salir de la Audiencia a esa puta sonriendo, me ha descompuesto los nervios.

Sandra entró en el Corazón de metal entre una salva de aplausos.

El local estaba a reventar de amigos y seguidores. Estaban todos esperándola.

—¡Vive Dios que esto ha sido un atropello! —exclamó el Padrino, con lágrimas en los ojos.

La Metal Blues Band estaba al completo.

Se abrazó a ellos uno por uno, luego se abrazaron todos juntos.

—Oso ya estaba organizando una concentración de protesta —le informó Jaime riendo.

—Gracias, Oso. Te quiero, Fatman, pon una ronda para todos, invito yo.

Al momento el bourbon volvía a correr por la barra del Corazón de metal, que amenazaba con desbordarse.

—¿Y Fuego? —preguntó ella de repente.

—Se lo llevó Mario, creo que está en el granero —informó el Padrino.

Sandra apuró de un trago su cerveza.

—Luego vengo. Padrino, te cojo prestado el ciclomotor —dijo, por toda explicación, y abandonó el local.

Al llegar a la puerta del granero se sorprendió al reconocer el inconfundible sonido de su Sadowsky.

Mario estaba en el escenario, dando un concierto para su único espectador. Fuego dormitaba en su cesta.

Sandra, nada más entrar, se abalanzó sobre él comenzando a darle apasionados besos.

—¿Qué tal está mi héroe? —le preguntó, con voz de seda.

—Esperándote, te hemos visto salir de la Audiencia por la televisión del bar, y vine a arreglar un poco esto. Lo dejaron todo patas arriba.

—Gracias, cariño. ¿Te han dicho qué te va a suceder a ti por tu striptease, que es lo que a mí me interesa? Estuviste grande. “Todo por el rock and roll”, le dijiste al capitán.

—Por lo visto, al llegar a la Comandancia, decía que iba a fusilarme y a hacerme un consejo de guerra.

—Será al revés, primero el consejo de guerra y luego el fusilamiento —rió Sandra.

—No, en la Guardia Civil es como digo yo —replicó él, también riendo.

—Tú no te preocupes, si la cosa se pone fea, nos escapamos juntos.

—¿Quieres tocar conmigo? —preguntó Mario.

—No, quiero que toques para mí... —le replicó Sandra con voz seductora.

Luego le tomó la mano, cogió la cesta con Fuego, que seguía dormitando, y comenzó a subir las escaleras.

—¡Todo por el rock and roll!

Laura se encontraba sentada a una mesa del restaurante, con un Martini de la mano. Estaba a lo suyo y había comenzado a hablar sola.

—Además, la Motorista jamás ha atracado dos joyerías en la misma semana — razonaba para sí.

El camarero, con el teléfono inalámbrico de la mano, la sacó de sus cábalas. Laura abrió su bolso extrañada y comenzó a maldecir, su móvil no estaba, lo había dejado olvidado en Canillas. Luego, cogió el inalámbrico que le tendía el empleado.

—¿A las ocho? ¿En la cafetería que hay bajo su casa? De acuerdo, Juan, apunto la dirección —dijo Laura, sacando su agenda del bolso y anotando la dirección de la casa del marqués de Sancho-Pedrales, en pleno barrio de Salamanca.

En ese momento llegó Aurelio, que se quedó a una prudente distancia, en espera de que ella acabara de hablar.

—Allí estaré —confirmó Laura, cortando la comunicación.

—He estado hablando con mis contactos y te traigo noticias... —manifestó el recién llegado por todo saludo, mientras le daba dos besos y se sentaba a su lado.

—¿Qué noticias? —preguntó Laura ansiosa.

—Kalashnikova —replicó él, telegráficamente.

—¿Kalashnikova? —preguntó Laura sin entender—. ¿Y esa quién es?

—La Motorista —anunció Aurelio ufano, hinchándose como un pavo real.

—Ahora me cuentas, pero antes préstame tu móvil. He dejado olvidado el mío en el despacho, espero una llamada de Guadarrama y voy a informarles de que estoy localizada en tu número —dijo ella, mientras el maître se acercaba a su mesa.

Mario dormía, Fuego dormía, pero Sandra no dormía.

Acariciaba, con manos de seda, la piel del hombre recostado a su lado, mientras le rozaba el rostro con sus labios de miel.

Su corazón nunca se equivocaba.

Y Mario era distinto.

Tras su seriedad se escondía la audacia.

Tras su temor, la osadía.

Y tras su inocencia, la astucia.

Depositó un beso en sus labios y se levantó con cuidado para no despertarlo. Cogió la fotografía de Charly, que descansaba en un portarretratos sobre su mesa de trabajo, pasó una mano sobre el cristal y se quedó contemplando la imagen.

—Me he enamorado otra vez, Charly, quiero que lo sepas. Siempre nos lo contábamos todo, ¿recuerdas? Has estado diez años viviendo a todo lujo, Charly, en la casa de los obispos, ellos no te dejaron entrar en su iglesia y tenían que pagar por ello. Has estado calentito y has disfrutado de tu colección de cronógrafos, que yo he ido haciendo para ti. Ahora los tiene la juez, Charly, yo no tengo la culpa. Lo que vemos con nuestros ojos, lo que acariciamos con nuestras manos y lo que amamos con nuestro corazón, es un puro espejismo. Todo lo que nos rodea es mentira. Lo que nos regala el sol por la mañana, la luna traidora... ¡Nos lo quita por la noche! Ahora tocaré el violín para otro, Charly, tenía que decírtelo, cuídate.

Depositó un beso con sus dedos en el cristal, desarmó el bastidor, retiró la fotografía de un hombre sujetando un Sadowsky entre sus manos y la guardó en un cajón.

Luego, Sandra cogió la foto que le sacó a Mario en el Corazón de metal, cuando subió al escenario con ese mismo Sadowsky, y la colocó en su lugar en el portarretratos.

Mario, que se había despertado al oírla hablar, la miraba arrobado. Una ola de excitación recorrió su cuerpo, al verse sobre la mesa de Sandra.

—Hola, cariño —le dijo, cuando lo vio con los ojos abiertos—. Esta tarde vamos al concierto de Johnny, se lo prometí. Pero antes tengo que mirar a ver si se han llevado algo tras el registro.

—Un compañero me ha dicho que han removido Roma con Santiago, buscando la pistola de la Motorista, pero no han encontrado nada.

—¿Hoy es martes, no? —preguntó ella de repente.

—Sí, ¿por qué?

—Porque hoy era el día en que mi hermano regresaba de viaje, e iba a la casa de Madrid para inspeccionar los daños producidos por una fuga de agua en el piso de arriba. Luego iría a cenar con Laura, según me contaste.

—Sí, eso le dijeron a ella por teléfono —replicó extrañado, sin saber adónde quería ir a parar Sandra.

—Entonces, creo que la madera encontrará la pistola que busca —dijo ella, con tono misterioso.

—¿Por qué lo sabes? —inquirió él intrigado.

—¿Verdad que sí, cariño? —musitó Sandra, mirando a Fuego.

Luego sacó al gato de la cesta, cogiéndolo amorosamente con sus manos, y lo depositó en el suelo.

—Necesito acceder a la armería, cariño, luego podrás seguir durmiendo sobre tu almohada —informó al gato con voz mimosa.

Acto seguido cogió el cojín que descansaba en la cesta, aún caliente por el cuerpo de Fuego. Corrió la pequeña cremallera de la funda del cojín, metió la mano y al momento volvió a sacarla.

En su palma abierta, se exhibía una pequeña pistola Astra 202, “Firecat”, calibre 6,35, cromada y con las cachas de nácar color marfil.

Mario la miraba hipnotizado, sin dar crédito a sus ojos.

—La... la... la Motorista... ¿Eres tú? —preguntó tartamudeando, con su mirada clavada en la pistola.

—Ssssch, cariño —le susurró Sandra, poniendo un dedo en sus labios—. Pueden descubrirnos.

—¡Dios mío!, Sandra. Esa cesta la llevó la comisario Bernal, con sus propias manos, hasta el Corazón de metal...

—Claro, cariño, se lo pedí yo. La Policía Nacional es muy servicial.

—¿Y qué has hecho con el dinero de los atracos?

—Una parte se la he dado a Charly, el resto lo tengo invertido.

—¿Dónde?

—En bolsa. Estudié economía en Nueva York, tú ya lo sabes. Un compañero de universidad trabaja en Wall Street, está un poco loco pero es un crack de las finanzas, ya tengo más de cien millones de dólares ahorrados.

—¡Cien millones de dólares! —repitió Mario, con las manos en la cabeza—. ¿Y para qué quieres tanto dinero?

—Para combatir el capitalismo. Cuando nos dé la gana, compramos una mansión en las islas Caimán y nos vamos Fuego, tú y yo —dijo convencida, acariciando el gato siamés, que dormitaba de nuevo sobre su cojín.

—¿Y qué haremos allí?

—Estaremos todo el día desnudos, bañándonos en playas paradisíacas, comeremos manjares y beberemos buenos vinos. Cuando nos aburramos, compramos un yate y nos dedicamos a recorrer el Caribe, fondeando en todas las islas para tocar rock and roll en los bares.

—¿Y así combates el capitalismo?

—¡Claro, cariño! El dinero que gastemos nosotros, es un dinero que no disfrutarán los capitalistas.

—¡Que se jodan los capitalistas! —sentenció Mario, que estaba totalmente de acuerdo con las ideas políticas de Sandra, y no había caído en la cuenta de que la economista le estaba tomando el pelo.

La Princesa del blues abrió un cajón y cogió un llavero del que colgaban unas gruesas llaves, típicas de las cerraduras de alta seguridad que se instalan en puertas blindadas. Luego se puso su cazadora negra de cuero y se echó la pistola al bolso.

—¿Adónde vas? —preguntó Mario, al ver a Sandra levantarse resuelta.

—A ver a Gallo, necesito la Ninja.

—¿Para qué?

—Tú quédate aquí y cuida de Fuego, estaré de vuelta para el concierto de Johnny.

Enseguida el inconfundible sonido de la Harley Davidson rompía la paz de la Sierra de Guadarrama.

Laura escuchaba aturdida y confundida. Seguía sin cuadrarle nada.

Aurelio no había parado de hablar durante toda la comida, poniéndola al corriente de la actividad de las mafias de los países del Este en la Costa del Sol, y muy especialmente de la actividad de la Kalashnikova.

—Un fusil de asalto AK-47, atracos a bancos en Rusia, persecuciones en la frontera con Polonia... Esa forma de actuar, sí se correspondía con la de la atracadora de Málaga, pero no con la de la Motorista. Esa tal Kalashnikova es una imitadora, una oportunista —iba razonando en voz baja, al tiempo que daba pequeños sorbos al café de sobremesa.

El teléfono móvil de Aurelio la sacó de su ensimismamiento.

—Laura está conmigo, se la paso —dijo el anticuario por el auricular.

—Dime Basilio... Sí, contactos tuyos en la Guardia Civil... ¿La Kalashnikova? ¿Has dicho la Kalashnikova? —preguntó Laura asombrada—. Entendido Basilio, Aleksandra Baránnikova, alias la Kalashnikova... Sí, gracias, claro que me es de utilidad, esos datos

avalan la información que extraoficialmente me acaba de comunicar un amigo con el que estoy comiendo. Estaremos en contacto.

La comisario colgó el teléfono, intentando dar coherencia a sus pensamientos, porque hasta entonces no la tenían.

—Lo que está claro, Aurelio, es que tus fuentes están bien informadas. Los datos que me has suministrado, coinciden plenamente con los obtenidos por la Guardia Civil. No obstante, tus contactos tienen acceso a información que no está disponible por los conductos oficiales. Te ruego que averigües todo lo que puedas al respecto y me tengas informada. A cualquier hora del día o de la noche. Aunque tenga que dormir en el sofá de tu casa —añadió resuelta.

Al mismo tiempo que Laura entraba en su despacho, procedente de Moralarzal, una Kawasaki Ninja se detenía en una céntrica calle madrileña, en el barrio de Salamanca.

Su conductora, con el casco en la cabeza, estaba parada observando la puerta del garaje del inmueble. La espera no duró mucho, pues al poco, la puerta automática comenzó a abrirse. Esperó a que el afilado morro de un Jaguar, que asomaba por la rampa, saliera a la calle y acto seguido arrancó y se adentró como un suspiro en el interior del garaje.

No habrían transcurrido más de quince minutos, cuando la Kawasaki salía de nuevo al exterior y se perdía por las calles de Madrid.

Laura escuchaba atentamente las explicaciones del inspector jefe.

—Parece ser que el CNI lleva meses detrás de esa rusa, y tienen bastante bien documentada la trama de intereses con los que se relaciona. Por lo visto está localizada —informó Lafuente.

—¡Estupendo! —exclamó Laura, alegrándose—. Si estaba siendo seguida por el CNI, quizás sepan dónde se encontraba esa rusa el viernes pasado, a primera hora de la mañana, cuando se produjo el atraco en Santiago. Si ella estaba en la Costa del Sol, querrá decirse que es una impostora e iremos de nuevo a por Sandra.

—Ya sabes cómo son los del Centro Nacional de Inteligencia; quieren saberlo todo, pero ellos no sueltan prenda.

—Se la tendrán que envainar, el ministro está que echa humo con este asunto, y los del CNI no tendrán más remedio que ponernos al corriente de todo lo que sepan. De eso me encargo yo.

—He pedido a Málaga fotografías de la tal Kalashnikova, las estamos esperando.

—Cuando lleguen, las mandas a las comisarías de todas las ciudades en las que ha actuado la Motorista. Que los compañeros de allí acudan a las joyerías atracadas y que exhiban las fotos a los dependientes, para que determinen si la han visto en fechas próximas a los atracos.

—De acuerdo, Laura, igual que hemos hecho con la descripción de la misteriosa mujer de la boina azul y con las fotografías de Sandra —asintió Lafuente.

—Por cierto, ¿hay sobre eso alguna novedad?

—Han contestado ya; Santiago, Salamanca, Albacete y Jerez de la Frontera. Todos los empleados han dicho lo mismo, identifican a la mujer de la boina azul marino. En esas

fechas compró los cronógrafos que habéis traído del chalet de Los Zarzales. Pero no pueden certificar que sea Sandra.

—¿No pueden aventurar alguna similitud?

—Aunque la misteriosa mujer guarda un gran parecido con la violinista, no pueden asegurar con rotundidad que sea ella.

—Eso ya es algo —dijo Laura.

—Para la juez Magdalena Rivera, parece ser que no...

—Porque apareció la rusa esa. Si no, la Princesa del blues estaría ahora mismo camino del trullo.

—Puede que tengas razón, pero tenemos que esperar noticias. De momento no podemos hacer nada más —sentenció Lafuente—. En unas horas, cuando detengan a la Kalashnikova y el CNI nos informe sobre su actividad, se deshará el malentendido.

Laura sonrió ante esa perspectiva.

—Yo lo tengo claro, lo de Málaga es una falsa pista, la rusa es una imitadora —razonó contenta.

Luego miró sobresaltada su reloj de pulsera. Había estado ensimismada con la conversación y se había olvidado por completo de su cita con el marqués.

Tenía el tiempo justo de ducharse, quitarse el uniforme y vestirse para la ocasión. Al momento estaba a bordo de su BMW, rumbo a Pozuelo.

En el aparato del coche iba escuchando, una vez más, a la Metal Blues Band. Conducía hablando sola, mientras seguía la música dando pequeños golpes al volante.

—Princesa del blues, tienes las horas contadas... ¡Disfruta lo que puedas!

Sandra estaba disfrutando.

Aunque el día anterior había escuchado tocar a Johnny en su granero, durante un buen rato, un concierto en directo tenía un sabor distinto.

El Corazón de metal estaba a reventar, para gozo del saxofonista que se estaba empleando a fondo. Aparte de clientes procedentes de los pueblos limítrofes, había presencia de medios de comunicación que habían acudido al calor de la noticia.

Johnny se acercó al micrófono y se dirigió a la concurrencia.

—Vais a permitirme que me acompañe en este tema una mujer fascinante; la Princesa del blues y su inseparable violín —gritó el saxofonista a la audiencia, que comenzó a rugir.

La asombrada Sandra cogió el instrumento que le tendía Manuel, y que había subido del sótano compinchado con Johnny. Era un violín corriente que ella guardaba en el reservado para los ensayos.

—¡Esta me la pagas, Oso! —le dijo, simulando un gesto amenazante.

—Guarden ustedes sus joyas y objetos de valor... ¡Que llega la Motorista! —rió Johnny, cuando Sandra subió a su lado, en medio de un sinfín de destellos de cámaras fotográficas, escoltada por el estruendo de los vítores y los aplausos.

—Sígueme si puedes, saxofonista —lo retó ella, repitiendo la frase que le dijera el día anterior en su granero.

Johnny, una vez más, sí pudo y el Corazón de metal se llenó de jazz.

Aurelio, en esos momentos, estaba poniendo a Matías al corriente de los asuntos tratados en la comida con Laura, con sendas copas de brandy de la mano.

—El capitán de Guadarrama no ha tenido más cojones que bajarse los pantalones y renunciar a su farsa de la cantante hippy, como tú la llamas.

—¿Qué te dije, Aurelio? —rió Matías, que de puro orgullo no cabía en el traje.

—¡Pero no abandona! Ahora se ha puesto a trabajar en la pista de la Kalashnikova con sus amistades de la Guardia Civil, para continuar en contacto con Laura, según deduje de la conversación. Tu hija había olvidado su teléfono y estuvo hablando desde el mío.

—¿Y qué le dijo?

—Lo mismo que le había dicho yo, unos minutos antes.

—¡Magnífico! Te he dicho en varias ocasiones, Aurelio, que hay que aprovechar, en beneficio propio, lo que aparentemente son reveses. Lo que ha hecho ese capitán de tres al cuarto, es reafirmarla en la veracidad de tu información y en la importancia de tu contacto.

—Ahora que lo pienso, Matías, es mejor que eso. Tu hija me dijo que no se fiaba de las fuentes oficiales y me pidió que la mantuviera informada a cualquier hora del día o de la noche, aunque tuviera que quedarse a dormir en mi sofá.

—Entonces la mantendrás informada, pero no se quedará a dormir en el sofá sino en tu cama, Aurelio.

—¿Y qué más cosas puedo decirle?

—¿Te dijo tu contacto dónde vive la Kalashnikova?

—La calle y el número del edificio, no. Solamente sé que vive en las afueras de Marbella.

—Pues eso es, exactamente, lo que le transmitirás a Laura. Ella creará que la pesadilla que la ha atormentado, a lo largo de diez años, está próxima a su fin. Luego a celebrarlo por todo lo alto, y... ¡A la cama!

—¿Cuándo la llamo? —preguntó Aurelio, que era un manojito de nervios.

—¡Ahora mismo!, esta es nuestra noche.

—Espero que haya recuperado el teléfono —deseó Aurelio, cogiendo el suyo y comenzando a marcar.

El marqués de Sancho-Pedrales hizo su entrada en la cafetería con una sonrisa misteriosa en sus labios. Continuaba pareciendo un vendedor de seguros.

Se dirigió hacia Laura que lo esperaba sentada a una mesa.

—¿Qué tal está nuestra desconfiada comisario de la Policía Nacional? —preguntó por todo saludo, sentándose a su lado.

—Ha regresado de Roma, igual de idiota que se marchó —pensó Laura.

Luego, el corazón se le paró.

El marqués acababa de depositar sobre la mesa, ante sus ojos, una pistola Astra 202, “Firecat”, calibre 6,35 mm, cromada y con las cachas de nácar color marfil.

—Aquí tiene su pistola, ya le dije que aparecería escondida en cualquier lugar.

—¿Dónde estaba? —balbuceó ella, confundida y abatida, viendo como una de sus principales pistas se esfumaba ante sus ojos.

—Detrás de un libro, en la librería del despacho de mi padre. La encontré casualmente, al retirar unos incunables a una caja de cartón. Esa parte del despacho es la que se ve afectada por la gotera del piso superior y esos libros son insustituibles.

Laura escuchaba al marqués, haciendo de tripas corazón. Su cabeza estaba en otra parte.

—Lamentablemente hemos de aplazar la cena, por un compromiso ineludible surgido de improviso, pero le hablaré de las generalidades de esta interesante arma. Es una pieza de las que quedan pocos ejemplares en España. Clásica “chalequera”, es ideal para llevar en el bolsillo y una pistola muy atractiva para una mujer, su calibre...

Laura se desesperaba y asentía continuamente con la cabeza, respondiendo con monosílabos. Solamente deseaba que la tortura se acabara cuanto antes. Gracias a Dios el marqués había suspendido la cena, escuchar durante toda la noche su insufrible monólogo, iba más allá de lo que ella podía soportar en ese día interminable.

La tortura finalizó, Laura se despidió, salió a la calle y se abrazó a la libertad.

Caminaba despacio, desmoralizada y hundida. Ese hallazgo dejaba a Sandra libre de sospechas, y todos los datos que había recopilado no servían para nada. La teoría de que ella fuera una psicópata y una delincuente en serie, se desmoronaba ante sus ojos como un castillo de naipes. Un conjunto asombroso de casualidades y nada más.

Sandra podría ser capaz de muchas cosas. Pero el conocer la existencia de una gotera en su casa familiar de Madrid, la hora de regreso de Roma de su hermano y la retirada de los libros de la estantería, estaba fuera de su alcance, por muy superdotada que fuera y por mucho doctorado en económicas que tuviera.

En ese momento un relámpago estalló en su cerebro de policía, iluminándolo todo.

Luego, se le heló la sangre en las venas.

—¡Mario! —exclamó, parada en mitad de la acera.

Tenía sus cejas contraídas y la mirada perdida en el vacío, mientras su mente ataba cabos.

—¡Dios mío...! Mario estuvo presente en la conversación telefónica con el inspector Lafuente, en la que me informaba de esta cita y de la estancia del marqués en Madrid a causa de los daños producidos en su casa. Precisamente fue él quien se levantó del colchón para llevarme el teléfono.

El mundo se le vino encima, al comprender el alcance de esa conclusión, que aparecía nítida ante sus ojos.

—¡Mario nos ha traicionado! ¡Está con ella!

Su cerebro trabajaba a toda máquina, mientras su entendimiento comenzaba a rendirse a la evidencia.

—Sandra, que por tanto sabía la hora de llegada de su hermano, no tenía más que entrar en la casa, recorrer las distintas estancias hasta dar con la gotera, observar que esos libros tan importantes corrían peligro, deducir que su hermano los iba a retirar para salvaguardarlos de la humedad y... ¡Esconder la pistola tras ellos! —dedujo dolorosamente.

Metió la mano apresuradamente en su bolso y comenzó a revolver nerviosa dentro.

—¡Maldita sea! ¡Se me olvidó coger el puto teléfono!

Dio media vuelta y salió disparada hacia la cafetería, rezando para que el marqués siguiera allí. Había pedido una segunda ronda, que ella había declinado cortésmente.

Su corazón se alivió al ver su rechoncha figura, en el mismo sitio donde lo había dejado unos minutos antes.

—Perdone que le moleste de nuevo, pero he olvidado preguntarle un dato importante; ¿tras la muerte de su padre, cambió usted las cerraduras de la puerta de la casa?

El marqués se quedó extrañado y pensativo.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué razón habría de hacerlo? Esa cerradura es muy cara, de alta seguridad, la puerta es blindada.

—¿Sabe usted, si Sandra tiene llaves de esa casa?

—Es posible, ella siempre las tuvo. Pero di por supuesto que se las pidió mi padre, cuando se fue a vivir con ese pelanas que se suicidó. No obstante, en honor a la verdad, he de decirle que aunque así fuera, nunca ha entrado para llevarse nada. Nunca he echado nada en falta.

—No ha entrado para llevar, la muy puta ha entrado para dejar... —sentenció Laura, en la soledad de su pensamiento.

Caminaba de nuevo por la calle, se sentía despechada y estúpida.

—Pero, ¿cuándo se cambió Mario de bando? —se preguntó.

Intentaba desesperadamente valorar el alcance de las adulteraciones introducidas por Sandra, en los informes que le había suministrado el guardia civil.

—Dijo que estaba enamorado de ella... ¡Piensa, Laura! ¿Si tú estuvieras en su lugar...?

Su imaginación voló hacia atrás en el tiempo, se recreó con la imagen de Johnny, con su coleta y sus aires de intelectual. Luego se vio a sí misma, con el corazón en vilo, mirándolo arrobada, mientras él tocaba jazz sobre un escenario.

Tras el análisis, su sentencia fue inapelable.

—¡Mario se cambió de bando el primer día! Antes de que mi helicóptero se echara a volar al aire de Guadarrama, ya estaba con ella traicionándonos —dictaminó, admirada y abatida a la vez.

Pero no había sitio para la rabia, ni para el despecho.

La imagen del joven guardia civil, aun fresca en su retina, desnudándose ante su capitán y jugándose la cabeza por una mujer, la desarmaba. Hubo un tiempo, ya perdido en alguna parte de su memoria, en que ella hubiera hecho lo mismo.

—Pero ese tiempo pasó, y ya jamás nadie hará eso por mí —musitó, mientras la melancolía llegaba a visitarla.

Un deje de amargor flotaba en su cielo, como una solitaria nube, que le impedía saborear sus éxitos profesionales. Había fracasado estrepitosamente en el amor.

—¿De qué estarán hechos los putos músicos? —se preguntó, una vez más, en su soledad.

Al pasar frente a una cabina telefónica, se detuvo e insertó una moneda. Gracias a Dios conocía el número de memoria, era muy fácil de recordar.

Matías y Aurelio iban por su quinta copa de brandy.

—Vuelve a intentarlo, tarde o temprano tendrá que ir a buscar el teléfono —pidió Matías, que comenzaba a desesperarse.

—Quizá lo recoja ya mañana.

—¿Laura? Tú no la conoces. Es capaz de hacer que se lo lleven en un Zeta.

A Aurelio no le dio tiempo a marcar el número del teléfono de Laura. El timbre del suyo se le adelantó.

—¿Quién será? —preguntó esperanzado Matías.

—No conozco este número —replicó Aurelio intrigado.

—¡Joder! Descuelga y así nos enteramos.

—¿Laura? —preguntó Aurelio innecesariamente, pues había reconocido su voz. Luego accionó la tecla del “manos libres”, para que Matías pudiera seguir la conversación.

—Voy a emborracharme y necesito a un hombre para apoyar mi cabeza en su hombro —dijo ella con voz lastimera—. ¿No conocerás tú a alguno?

—Sí, yo —se apresuró a decir, al tiempo que sentía cómo la adrenalina le emborrachaba la sangre—. ¿Qué te ha sucedido?

—De todo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Hablándome de la Kalashnikova, entre otras cosas.

—Cuenta con ello, precisamente te he llamado varias veces, pero no me cogías el teléfono... ¡Tengo novedades!

—Es que aún está en mi despacho. Con el día que llevo, lo que me extraña es que aún tenga la cabeza sobre los hombros.

—Voy a buscarte, ¿dónde estás?

—No tengo ni idea, en el barrio de Salamanca, frente a una pastelería, “La Tía Concha” —dijo, leyendo el rótulo comercial.

—La conozco, voy para allá, no te muevas de ahí, estoy a cinco minutos.

Matías, que escuchaba sin pestañear, hizo una seña de asentimiento con el dedo pulgar.

—Deséame suerte, suegro —pidió Aurelio, poniéndose en pie y saliendo como una exhalación.

—Suerte y... ¡Al toro! —replicó Matías a su estela.

Diez minutos después, Aurelio viajaba junto a Laura en el asiento trasero de su potente Mercedes. El conductor enfiló el Paseo de la Castellana, camino de un lujoso restaurante.

Aurelio había mandado a su chofer sintonizar la emisora Rock, F.M., para complacer los nuevos gustos musicales de Laura. Él no se iba a quedar a la zaga de ese capitán de Guadarrama.

—Reconozco tu talento Princesa del blues, reconozco tu valor Hijo de la luna, pero esto es una guerra sin tregua ni cuartel... ¡Y yo estoy en el otro bando! —sentenció Laura, mientras echaba su mano al bolso para buscar infructuosamente el teléfono.

—Perdona, ¿decías algo? —interrumpió Aurelio extrañado.

—Estoy hablando sola, no te preocupes. Voy a necesitar de nuevo tu teléfono.

Al momento, el anticuario sacaba el aparato del bolso de la americana.

Al momento, lo tenía Laura pegado a su oreja.

—¿Basilio? Mario nos la ha jugado, ha estado informando a Sandra desde el primer instante —le espetó al capitán a puro dolor.

Aurelio aguzaba el oído, intentando dar sentido a la conversación.

—Sí, estoy completamente segura, tengo pruebas concluyentes... Déjate en paz de consejos de guerra y fusilamientos y extrema las precauciones, discreción total en las conversaciones. Aunque Mario ya no preste servicio en la Comandancia, tendrá buenos amigos entre sus compañeros. Si habláis abiertamente, al momento lo sabrá él, y acto seguido lo sabrá Sandra. Es más lista de lo que nos habíamos imaginado... Sí, continuamos simultáneamente con los dos asuntos; por un lado lo de Málaga y por el otro lo de Guadarrama... Mañana te volveré a llamar.

—¿Sucede algo? —preguntó Aurelio curioso.

—De que suceda una cosa u otra, depende en buena medida de ti, Aurelio. Estoy en tus manos.

Aurelio se irguió sobre el asiento, ante las perspectivas que se le presentaban.

—No puedes estar en mejores manos, Laura.

—Dijiste por teléfono que tenías novedades...

—Sí, tal y como me comprometí contigo, he estado haciendo algunas averiguaciones —informó Aurelio, con un deje de misterio en la voz.

—Y, ¿qué has averiguado? —preguntó rauda Laura.

—El paradero de la Kalashnikova —replicó ufano el anticuario.

—Creo que los del CNI la tienen localizada, pero... nunca está demás... —replicó Laura decepcionada, pues se esperaba algo de mayor calado.

—Vive en las afueras de Marbella —dijo Aurelio, que esperaba más entusiasmo por parte de su interlocutora.

—Mañana lo transmitiré a Málaga —replicó lacónicamente Laura.

Luego se concentró de nuevo en sus cavilaciones.

—Hay una cosa que no me cuadra —pensó, mientras miraba por la ventanilla—; si Mario la tenía informada de que andábamos detrás de ese chalet de Los Zarzales, por qué no fue a borrar los rastros.

Su cabeza echaba humo, todo eran contradicciones.

—Quizá sospechó que estábamos vigilando la zona. O quizá asumió el reto, ella sabía que no dejaba huellas ni rastros biológicos. Los de la Científica aseguraron que los restos calcinados en el brasero de bronce eran de sábanas. Las quemaba como ceremonial satánico y además borraba pruebas.

Luego meditó sobre lo que había aprendido en los cursos de psicología aplicada al delincuente.

—“¡A ver si me pilláis a mí, maderos!” —pensó, una vez más—. Las psicópatas actúan así.

De repente se incorporó sobre el asiento. La radio la había sacado de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad.

El locutor acababa de anunciar un tema de la Metal Blues Band, grupo que sonaba una y otra vez en toda España, a causa de la detención de Sandra. La gente estaba de su parte, la historia de los atracos tras los conciertos, su condición de aristócrata, y su

cuerpo de escándalo, la estaban convirtiendo en leyenda. Los primeros compases del “Mojo Boogie”, comenzaban a sonar en el coche.

“Al caer la noche, tu alma empieza a bailar/al caer la noche los lobos empiezan a aullar/y bajo la luna, mi vida hoy vuelve a empezar.”

“Bailando el mojo boogie/Bailando el mojo boogie/con la Metal blues Band”. Gritaba a coro el Corazón de metal en pleno, con las paredes amenazando con derrumbarse.

La noche había avanzado al paso inexorable de las manecillas del reloj.

El alcohol en sangre de la concurrencia había subido varios grados en la escala de Richter. El suelo del bar vibraba con los golpes de tacón de la audiencia, como si estuviera siendo sacudido por un terremoto.

Y la peña tenía sed de rock and roll.

Los dedos de Johnny galopaban sobre las llaves del Selmer Bundy.

Sandra había cambiado el violín por el Sadowsky.

Mario se había subido también al escenario, con un bajo Fender llevado del almacén.

Y Oso había dejado a Gallo solo ante el peligro y ya estaba, baquetas en mano, sacudiéndole el polvo a los timbales.

La llegada de Jaime y el Niño, que habían acudido a ver la actuación de Johnny, fue acogida con un rugido. Al momento el público los estaba llevando en volandas hacia el escenario, la Metal Blues Band, había ampliado esa noche la plantilla.

Basilio oía el estruendo que salía del Corazón de metal, apostado en su escondite. Le indignaba tanto libertinaje y esa era una de las muchas ocasiones, en las que echaba de menos los buenos tiempos. Tiempos que él profesionalmente no llegó a conocer, pero de los que tanto había oído hablar.

—Si Franco estuviera en El Pardo... ¡Se iban a enterar estos rojos! De todo lo que nos está pasando, tienen la culpa los socialistas —decía el capitán en baja voz, indignado por tener que estar escondido como un ladrón, mientras los delincuentes campaban a sus anchas en ese antro, bebiendo y bailando.

Tenía órdenes de sus superiores de mantenerse al margen del asunto. También estaba la petición que le había hecho en su momento Laura, de que admitiera sin más la renuncia de Mario y se olvidara de las represalias por el incidente de la carretera.

Estaba atado de pies y manos.

Por un lado, no podía adoptar medidas disciplinarias contra el desertor, por abandono del servicio e insubordinación, si no quería desairar a la mujer que se había adueñado de sus pensamientos desde que se levantaba hasta que se acostaba.

Por otro lado, no podía permitir que un mocoso, sin sentido del deber ni de la disciplina y carente de todo sentimiento de patriotismo, se insubordinara en público como lo hizo y se riera impunemente de él, jugando a espías con la otra sinvergüenza anarquista a la que tenía que vigilar.

La solución era hacerlo personalmente y de paisano. Lo esperaría escondido hasta que saliera a la calle. Luego lo seguiría hasta un lugar solitario y allí, sin testigos, le haría cantar todo lo que supiera. Aunque tuviera que meterle la pistola en la boca.

—Ese niñato y la roja anarquista todavía no saben quién es el capitán Basilio Gómez.

El Mercedes de Aurelio volaba por la A-6, rumbo a Guadarrama.

Laura había continuado atando cabos durante la cena, en la intimidad de su pensamiento.

Tirando del hilo, había concluido que Sandra supo de su primera experiencia músico-sexual en el colchón de su casa. Las entrañas comenzaron a chamuscársele, por enésima vez desde que la Princesa del blues se había cruzado en su camino. Se la imaginó revolcándose de risa ante el relato de Mario.

Solamente la consolaba el hecho de que no podía conocer la existencia de Johnny, alegrándose en el acto de haber sido discreta en ese asunto.

Un deseo irrefrenable se había apoderado de todo su ser. Johnny estaba tocando en el bar del famoso Manuel y la psicópata estaría celebrando por todo lo alto su libertad, riéndose de ella.

Tras la cena, había pedido al asombrado Aurelio que la llevara al concierto de su marido en Guadarrama.

El anticuario estaba desconcertado y ya no sabía qué pensar. Los celos comenzaban ya a sobreponerse al desconcierto, pero accedió, y en ese momento el chofer apagaba el motor del Mercedes.

Laura descendió del coche, cerrando de un portazo. Luego cogió a Aurelio de la mano y encaminó sus pasos hacia la puerta de entrada del Corazón de metal.

—Esa puta todavía no sabe quién es la comisario Laura Bernal.

Basilio estaba mirando, desde su escondite, a los recién llegados con los ojos abiertos como platos. Se preguntaba a quién pertenecería el lujoso automóvil con chofer.

Cuando reconoció a Laura, el corazón le dio un vuelco.

Cuando vio que cogía la mano de su acompañante, se le paró.

—¡A ese tío lo conozco! —exclamó, con el pecho ardiendo por los celos como nunca antes le había ardido.

Se torturaba en averiguar por qué ese hombre le era tan familiar. Entonces lo reconoció.

—Ese es el hombre al que saludó Laura con la mano en el restaurante de Morazarzal, donde comimos. Era el que compartía mesa con su padre.

De repente ató todos los cabos y la luz se hizo en su entendimiento.

—Ese debe de ser un jefazo de la Policía Nacional, como Matías. Seguro que es con el que estaba hoy comiendo Laura, y desde cuyo teléfono me ha llamado. Es el que le ha suministrado, extraoficialmente, la misma información que yo.

La cabeza de Basilio trabajaba a toda máquina, intentando desvelar el misterio que se escondía a sus ojos, y evitar así caer en el abismo de la desesperación.

—Y Laura lo ha cogido de la mano y han entrado juntos en el bar, posiblemente en misión encubierta.

Según iba tirando del hilo, la imaginación se le iba desbordando y las entrañas recalentando. La mujer que se había adueñado de su corazón y de su mente estaba agarrada de la mano de otro hombre, trabajando a sus espaldas sobre la “conexión

Guadarrama”. Y para mayor escarnio había prescindido de él, la máxima autoridad en el pueblo en cuestiones de orden público.

Laura se sorprendió nada más abrir la puerta del Corazón de metal. No cabía un alfiler y la música se le metía por los oídos, amenazando con reventar sus tímpanos. Logró acceder hasta la barra, a base de codazos y empujones, con Aurelio pisándole los talones.

—¡Gallo, dos Ballantines! —pidió Laura, dirigiéndose al camarero como si fuera de la familia.

Luego la vio.

Estaba con su bajo de la mano, tocando mientras se contoneaba al ritmo de la música, en un baile que no era de este mundo.

—Y el cabrón de Johnny la sigue, bailando a su lado —dijo para sí, sintiendo como la sangre entraba en ebullición y se escapaba de las venas, como se escapa el vapor de los cilindros de una locomotora.

Aurelio admiraba las hechuras de Sandra comenzando a animarse, especialmente al ver cómo Johnny andaba detrás de ella como un buitre. Al momento se alegró de haber ido, aún recordaba el día de su boda, con Matías llevando a Laura del brazo para entregársela al saxofonista en el altar.

—¡La banda de delincuentes al completo! —exclamó Laura, al ver a Mario.

—Johnny está infiltrado —dedujo el anticuario al escucharla—. Aquí está pasando algo... ¡Y tengo que enterarme qué!

Sandra la vio de reojo desde el escenario y le hizo un gesto a Mario, que dio un respingo al percatarse de la presencia de la comisario en el local.

Al momento, Oso dictó con las baquetas su sentencia inapelable, y el tema que estaba sonando concluyó entre el griterío de la multitud.

Sandra esbozó una sonrisa maliciosa, pidió permiso a Jaime con la cabeza y se dirigió al micrófono.

—Ahora vamos a tocar un preciso rock. Vamos a bailarlo todos juntos, seguidos y... ¡No os perdáis! —dijo, sin desclavar los ojos de los de Laura—. “Último adiós” —añadió mirando a Jaime y a los demás.

Los dedos del Niño rasgaron la piel de la noche de Guadarrama, mientras el cuerpo de Sandra comenzaba a balancearse suavemente sobre el escenario.

La batería Tama de Oso.

La Gibson del Niño.

La Fender Stratocaster de Fatman.

El Sadowsky de la Princesa.

El Fender del Hijo de la luna.

El Selmer Bundy de Johnny.

Y... ¡El grito de Laura desde la barra!; entraron juntos en el riff, tras el seco sonido de unas baquetas.

—¡PUTA! —había aullado Laura, pronunciando las letras, una a una, y gesticulando ostentosamente con sus labios.

Sandra, que la entendió perfectamente, le sonrió.

“Llega el sonido de un banjo/sabor a bourbon y blues/brillan espuelas de plata/danzas de fuego y dolor...”

La Metal Blues Band estaba en su salsa.

“Leyendas de forajidos/balas silbando al pasar/hombres vestidos de negro/la muerte está por llegar.”

El cuerpo de Sandra había cobrado vida propia sobre el escenario.

Ahora era calma, luego fuego.

Ahora brisa, después vendaval...

Los golpes de cintura, los espasmos de los abdominales y los meneos de culo, se combinaban en perfecta armonía y se fundían con la música, con una gracia y una desenvoltura que estaban hechizando a Laura.

“La luna llena les guía/buscando el amanecer /siete caballos alados/la tumba se abre hoy también.”

Mario, que iba contando los compases en su cabeza, estaba orgulloso, pues no se había ido ni una sola nota. La tensión que se mascaba en el ambiente, y que solamente Sandra, Laura, y él podían detectar, hacía que sus dedos galoparan sobre el mástil.

Entonces apareció su sueño.

Miles de manos se izaron al unísono.

Miles de encendedores rompieron con sus llamas la negrura de la noche.

Y miles de gargantas desterraron al silencio.

El Hijo de la luna estaba tocando rock and roll.

Basilio se comía las uñas en su escondite, torturándose en imaginar qué podían hacer dos oficiales de la Policía Nacional en ese tugurio. La idea de una operación encubierta, inapropiada para sus rangos y prescindiendo de él, se estaba resquebrajando a medida que en su cerebro comenzaba a imperar la sensatez.

El suave balanceo de las caderas de Sandra, siguiendo los lentos “limpios” finales, puso fin al “Último adiós”.

Laura levantó los brazos, golpeándose varias veces las muñecas, en clara alegoría a los grilletes de un detenido. Luego, cogió a Aurelio de nuevo de la mano y abandonaron el local de estampida.

Sandra la entendió de inmediato y le respondió desde el escenario, haciéndole un gesto con el dedo apuntando al techo, tieso como una vela.

—Ven a cogerme, madera —exclamó a viva voz.

Laura agradeció el aire fresco de la noche de Guadarrama.

Aurelio agradeció el silencio.

La comisario jefe del Grupo Central de Atracos, respiró hondo para que se enfriaran sus entrañas, pero para esos calentones necesitaba otro refrigerante. Se paró junto al coche, aproximó su rostro al de Aurelio y lo besó apasionadamente.

—¿Tienes Ballantines en casa? —preguntó a continuación, al sorprendido anticuario, pues ese beso no se lo esperaba.

—Para llenar la bañera.

—Con que se llene mi estómago, es suficiente. ¿Sabes solfeo, Aurelio? —preguntó Laura de repente, mientras una sonrisa pícaro aparecía en sus labios—. ¡De perdidos al río! —sentenció en sus adentros.

—No.

—Pero te enseñarían a tocar la flauta en el colegio, como a todos los niños, ¿no?

—Yo me apunté a “trabajos manuales”.

—¿Y qué tal se te daban? —preguntó ella, riendo maliciosamente y jugando con las palabras.

Se subió al Mercedes, agradeciendo al chofer la deferencia de tenerle abierta la portezuela trasera, y al momento el potente automóvil abandonaba Guadarrama y se adentraba en el tráfico de la A-6, en dirección a Madrid.

Basilio lo había contemplado todo sin respirar, mientras el navajazo de los celos le atravesaba el alma.

Ya no entendía nada.

Lo único que tenía claro era que la mujer con la que llevaba soñando las últimas noches de su vida, se le escapaba irremisiblemente como se escapa el agua entre los dedos.

Y la culpa de todo la tenía esa Kalashnikova, que había cambiado el teatro de operaciones a la Costa del Sol, donde él no tenía ninguna influencia y no podía averiguar nada más de lo que ya le había dicho a Laura por teléfono.

—Tiene razón Laura, esa rusa es una imitadora —sentenció—. No coincide nada, ni el modus operandi, ni la proximidad entre los últimos atracos...

Se puso en pie resuelto, abandonando su escondite, mientras tiraba del hilo.

—Por eso ha venido ella personalmente. Al decirle que tenía órdenes de mantenerme al margen, ha prescindido de mí —concluyó.

Basilio decidió que el interrogatorio al desertor pasaba a segundo plano, y hasta pudiera ser que en un futuro le fuera de utilidad.

Ahora, lo importante era volver a fijar de nuevo el escenario de la investigación en Guadarrama y retomar oficialmente el protagonismo perdido.

Para eso necesitaba convencer a sus jefes y revocar la orden de mantenerse al margen. Es decir, necesitaba pruebas concluyentes que incriminaran a la anarquista y, de paso, se llevaría por delante al traidor como encubridor.

Basilio se iba tranquilizando a medida que razonaba.

—Y esas pruebas sólo pueden estar en ese granero donde vive —razonó en alta voz.

De repente comenzó a acariciar una idea; del jolgorio que continuaba saliendo del Corazón de metal, se desprendía que la fiesta iba para largo. Tenía tiempo de sobra para acercarse al granero e investigar in situ, por si a sus hombres se les hubiera pasado algo por alto, en el registro que habían llevado a cabo esa misma mañana.

Si encontraba alguna prueba concluyente de la implicación de la anarquista en los atracos, se haría cargo oficialmente de la investigación y Laura volvería a él, como vuelven los corderos al redil al caer la tarde.

De dos zancadas llegó a su coche particular, estacionado en las proximidades, se montó a toda prisa y arrancó hacia el granero.

El viaje fue breve y al momento estaba divisando la construcción. Se metió por un sendero, unos metros antes de llegar, y ocultó el vehículo tras unos arbustos. Decidió comenzar la exploración en la edificación aneja, el lugar más idóneo para esconder pruebas.

En el corral todo era silencio.

Las gallinas dormían, los patos dormían y las ocas dormían. Encendió su linterna, mientras en su cabeza comenzaba a recrear el informe del registro que le habían presentado sus hombres, y que se sabía de memoria.

Recorrió todo el recinto con la vista, siguiendo el haz de luz, preguntándose cuál sería el lugar más idóneo para ocultar algo.

—¿Por dónde empiezo?

Día octavo

Miércoles

El alba sorprendió a Laura montada sobre Aurelio.

Del exclusivo y carísimo Bang & Olufsen brotaba el rock de la Metal Blues Band, que atronaba en el gran dormitorio del lujoso ático del anticuario, en el barrio de Salamanca. Ante la insistencia de Laura, habían parado en Pozuelo a recoger los dos discos con el repertorio de la banda.

Laura estaba sufriendo las penas del purgatorio, con los oídos atentos a las baquetas de Oso y los sentidos puestos en su propio cuerpo. Pero había mejorado considerablemente.

Estaba herida en su amor propio, y espoleada por el aguijón de la venganza. Había visto, con sus propios ojos, a su marido persiguiendo sobre el escenario a Sandra, como persigue un perro a una perra en celo.

Por ello se esforzaba en ir a nota y en coordinar sus movimientos.

De lo demás... ¡Ni se enteraba!

Sin embargo, Aurelio estaba en el cielo. Jamás se había imaginado, ni tan siquiera en sueños, que Laura pudiera ser así en la cama.

—¡Madre mía! ¡Qué polvazo! ¡El mejor de mi vida! Los galones no los regalan — pensó con auténtica admiración hacia Matías, cerebro de la operación “Gato de fuego.” ¡Un éxito rotundo!

Porque eso era exactamente lo que tenía subido sobre él, un gato salvaje que echaba fuego por todo su cuerpo.

El viaje para el anticuario fue breve y nada pudo hacer para evitarlo. Laura se lo notó en el acto, al mírale la cara.

—¡No te enteras, Aurelio! —le abroncó ella entre jadeos, mientras continuaba a lo suyo—. Tienes que estar atento a Oso y contar los compases —continuó exhortándole—. Tenemos que acabar todos juntos, capullo.

No los sintieron llegar.

—¡Alto, Policía! ¡Policía Nacional! ¡No se muevan! —gritó uno de los agentes que habían irrumpido en el dormitorio.

—¿Qué significa esto? —preguntó Laura atónita, aun montada sobre Aurelio.

—¡Comisario Bernal! ¿Qué hace usted? —preguntó confundido el agente, al reconocerla.

—Ya ves... ¿No te han enseñado a atar cabos en la academia? ¿Y vosotros, qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis entrado? —replicó ella, en un bombardeo de preguntas.

—Hemos llamado al timbre, pero no ha respondido nadie. Hemos oído la música y hemos forzado la puerta.

—¿Desde cuándo es delito escuchar música? —insistió ella.

—Traemos una orden de detención contra Aurelio de Castro, ¿es usted? —preguntó mirando al anticuario.

—¿Bajo qué cargos? —inquirió Laura, que se había puesto en pie y había comenzado a vestirse.

—La orden no lo dice, pero extraoficialmente ha trascendido que se trata del asunto de la Motorista de Málaga.

A Aurelio casi le sobrevino un infarto al escucharlo. Laura no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Tranquilo, Aurelio, voy al despacho a enterarme. Tiene que tratarse de un malentendido.

—Tiene usted que acompañarnos, señora Bernal. La Guardia Civil de Pozuelo no ha podido localizarla en su domicilio, y las órdenes que tengo de mis superiores me obligan a proceder a su detención y traslado a las dependencias policiales, en el caso de que se encontrara usted en compañía del señor de Castro —informó el agente.

—Llama a tus superiores y diles que si quieren detenerme, que vengan ellos —bramó ella con los ojos centelleando.

Acto seguido salió a la calle y se aproximó a un Zeta, de los varios que había estacionados.

—Comisario Laura Bernal —dijo, placa en mano, al agente que se encontraba en pie, al lado del vehículo—. Vamos al complejo de Canillas —añadió, subiéndose en el coche—. ¡Vamos, mueve el culo! —gritó al asombrado policía, a través de la ventanilla.

El agente montó en el coche y se sentó al volante titubeando.

—¡Arranca!

Matías, el flamante director adjunto operativo de la Policía Nacional, se excusó ante el sargento de la Guardia Civil que acababa de tocar el timbre de su casa, sacándolo de la cama. Iba acompañado de otros agentes del Instituto Armado, cuerpo con competencias en Pozuelo, donde estaba enclavado el adosado en el que vivía, no muy lejos del de su hija Laura.

Se había recompuesto ya del mazazo que acababan de propinarle, al comunicarle la orden de detención que pesaba contra él. Matías era un hombre acostumbrado a los reveses de la vida.

Subió las escaleras de la casa y entró en su dormitorio, aduciendo que tenía derecho a lucir el uniforme con sus galones. Mientras tanto, los efectivos de la Benemérita esperaban en el hall de entrada.

Pero Matías no se puso el uniforme, en su lugar cogió una cazadora sport y la pistola, abrió un cajón del armario y rebuscó bajo la ropa. Al momento guardaba en el bolso un fajo de billetes.

A continuación retiró el edredón y las sábanas de la cama, las retorció y las empalmó, luego comenzó a hacer nudos precipitadamente. Salió a la terracita del dormitorio, que daba al parque interior de la urbanización, donde se ubicaba la piscina comunitaria. Ató a la barandilla el extremo de la improvisada soga y tiró el otro extremo al vacío, que quedó a escasos centímetros del suelo.

Cuando el sargento irrumpió en el dormitorio, Matías ya no estaba en él. El guardia civil se percató enseguida de lo ocurrido y bajó a toda velocidad al jardín de entrada, donde aguardaban los efectivos que le habían acompañado. Al momento varios guardias civiles exploraban los alrededores en su busca, mientras el sargento y dos agentes más registraban la casa.

Las primeras luces del día sorprendieron al capitán Basilio en el corral de Sandra. Durante una hora había explorado todo el recinto, palmo a palmo, mientras se iba apoderando de él el desaliento.

—Ya solo me queda el gallinero —decidió, encaminado sus pasos hacia un pequeño cuarto de piedra, coronado por un tejadillo, construido contra una de las paredes del corral.

Empujó la portezuela y entró en su interior. Las gallinas, que ya estaban despiertas, lo recibieron con un cacareo.

El gallo, sin embargo, lo recibió con una embestida. Basilio, que era de pueblo, lo cogió por el pescuezo y lo arrojó al corral, a través del hueco de la puerta.

—Nada, esto está limpio, aquí tampoco oculta nada —determinó, con desesperación, tras una exhaustiva exploración de la minúscula estancia.

Al momento estaba de nuevo en medio del corral, pensando en las opciones que tenía. La búsqueda había resultado infructuosa, estaba amaneciendo y la moradora de la casa tenía que estar al llegar.

Metió mecánicamente la mano en el bolso interior de su cazadora y la sacó sujetando un Montecristo entre sus dedos, tal y como hacía siempre que necesitaba concentrarse en algo.

De repente un relámpago estalló en su cerebro de Guardia Civil. El gallinero parecía más grande visto desde fuera que desde dentro.

Tiró el puro habano al suelo, lo pisó con el zapato y echó a correr hacia el coche con la adrenalina entrando a chorro en sus venas. Un segundo después estaba de nuevo junto al gallinero, cinta métrica en mano.

Primero midió las dimensiones exteriores y después las interiores. Luego, arrimó la cinta a un lateral del vano de la puerta y midió el grosor de la pared.

Por último, comenzó a hacer unos rápidos cálculos en su libreta, mientras la euforia se apoderaba de él, al hallar el resultado.

—¡Me faltan cincuenta centímetros de fondo! —exclamó excitado.

Entró de nuevo en el gallinero como una exhalación y comenzó a aporrear las paredes con los puños. Luego miró nervioso a su alrededor; necesitaba un martillo.

Encontró una pequeña azada y en el acto estaba repitiendo la operación, con su oído atento al sonido de los golpes.

De repente se paró. El último golpe había sonado hueco.

En el lugar donde acababa de aporrear la pared, sobresalía embutido en la piedra un grueso clavo de hierro del que colgaba un escobón. Descolgó el apero y comenzó a manipular el clavo. Enseguida reparó en que giraba sobre sí mismo.

—¡Es la manilla de un pestillo! —dedujo, preso de sus nervios.

La accionó y se abrió una puerta forrada de delgadas planchas de piedra, que simulaban con asombrosa perfección la mampostería de la pared, incluidas las juntas de cemento.

Basilio dio un respingo. Sus atónitos ojos estaban contemplando el interior de un pequeño armario empotrado. Lo iluminó con su linterna y una sensación de euforia, que solamente el triunfo sabe dar a los hombres, recorrió su cuerpo.

Ante su vista se exhibía, colgado en una percha, un mono de motorista. En otra percha, una minifalda de cuero, medias de fantasía y una boina azul marino, le hacían compañía. En el suelo descansaba un casco integral con la visera ahumada, unos guantes y unas botas. Al lado, en sugerente contraste, unos finos y elegantes zapatos de tacón de aguja. En un rincón del pequeño habitáculo estaba una mochila que Basilio reconoció en el acto, al haberla visto, una y otra vez, en las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad de las joyerías atracadas por la Motorista.

El capitán se recompuso de su agitación. Tenía pruebas irrefutables que incriminaban a Sandra, pero no podía llevarlas a la Comandancia. Estaba solo, vestido de paisano y las pruebas así obtenidas no desplegaban efectos legales.

—¡La orden de registro! —exclamó.

En su despacho guardaba una orden judicial, entregada por Laura esa misma mañana, que le autorizaba a registrar esa casa. No tenía más que acudir a la Comandancia, ponerse su uniforme, reclutar a sus hombres y regresar a bordo de los vehículos oficiales. Efectuaría un nuevo registro, ya con carácter oficial, tomando huellas y fotografías del lugar.

—En media hora estaremos aquí —sentenció, mirando el reloj—. Después, a por la anarquista y el traidor. Por último, llamaré a Laura y... ¡A celebrarlo por todo lo alto!

Cerró la portezuela, colgó de nuevo el escobón, candó el gallinero y echó a correr hacia el coche sujetando los nervios.

Unos minutos después accedía a las instalaciones del cuartel y se bajaba del coche intrigado.

—¿Qué habrá sucedido? —se preguntó, mientras observaba el vehículo aparcado. Era de la Guardia Civil, no había duda, pero no pertenecía a su Comandancia.

—Mi capitán, estos señores le están esperando —le informó el cabo, nada más entrar por la puerta.

—¿Capitán Basilio Gómez? —le inquirió un teniente, cuyo rostro le era totalmente desconocido.

—Soy yo —replicó él, extrañado.

—Soy el teniente Sánchez, traigo una orden judicial para proceder a su detención, bajo el cargo de encubrimiento de tráfico ilegal de obras de arte.

—¿Tráfico de obras de arte? ¿De qué ostias está usted hablando? —preguntó estupefacto.

—En el día de ayer, han sido detectadas varias conversaciones telefónicas, que ha llevado usted a cabo con un destacado miembro de una red internacional, implicada en esos hechos delictivos.

—Yo he hablado con la comisario de la Policía Nacional que investiga el atraco de la Motorista, perpetrado esta mañana en Málaga.

—Y con un anticuario implicado en la trama, tenía el teléfono móvil intervenido.

—Yo no he llamado a ningún anticuario. La comisario del Grupo Central de Atracos había dejado su teléfono olvidado en el despacho y me dijo que estaba utilizando el de un amigo.

—¿La comisario Laura Bernal? —inquirió el teniente.

—La misma.

—También está detenida, al igual que el mencionado anticuario, con el que se relacionaba. Su padre está en busca y captura.

—¿Detenida? ¿Han detenido a Laura?

—Hace una hora, en Madrid.

—Eso es un error. Acompañenme, he hallado pruebas irrefutables que incriminan a una vecina de este pueblo como autora de...

—Acompañenos usted a nosotros, capitán. Todo eso que dice, explíquesele a la juez que ha ordenado su detención, le rogamos que colabore.

—¡Por supuesto! —exclamó Basilio, que se había recompuesto del mazazo—. En cuanto la juez me escuche, tendrán ustedes que traerme de vuelta.

—Cuenta con ello —replicó el teniente, para el que detener a uno de los suyos siempre era un mal trago.

Laura echaba llamaradas por los ojos e improprios por la boca, mientras viajaba a toda velocidad en el Zeta, con las luces de emergencia encendidas. Estaba ya amaneciendo sobre Madrid.

—¡Además de cornuda, apaleada! —iba diciendo en voz alta, ante el gesto de sorpresa del conductor, que juzgó que no estaba el horno para hacer bollos y lo mejor era estar callado.

Al poco rato abría, de un empujón, la puerta del despacho del inspector jefe Lafuente.

—¿Qué ha pasado? —le espetó ella, prescindiendo de todo saludo.

—Te he llamado al móvil, pero comenzó a sonar a mi lado. El teléfono estaba sobre tu mesa y no sabía dónde localizarte —le informó Juan Lafuente, nada más verla entrar en su despacho. La estaba esperando—. ¿Sabes lo de tu padre?

—¿Qué le ha sucedido a mi padre? —preguntó Laura, notando que le faltaba el aliento.

—Que la Guardia Civil de Pozuelo fue a detenerlo a su casa, pero él se fugó de su dormitorio con una soga improvisada con las sábanas de la cama. Aún no lo han encontrado.

—¿Pero a qué coños viene todo esto? —preguntó estupefacta.

—La Kalashnikova ha sido detenida hace unas horas en Marbella. Los del CNI llevaban meses tras ella y tenían registradas las llamadas de varios de sus teléfonos. A

través del seguimiento de las conversaciones mantenidas desde esos teléfonos, el CNI estaba desmontando el entramado mafioso ruso, para el que la Kalashnikova prestaba sus servicios, en la Costa del Sol.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi padre y con Aurelio?

—En fechas anteriores al atraco de ayer, se han registrado varias conversaciones desde el teléfono del anticuario, con uno de los capos de esa mafia rusa. Poco después, el capo se ponía en contacto con la Kalashnikova. Creen que Aurelio está detrás del atraco de Málaga.

—Joder, ya lo sé, es un contacto suyo, a través de él nos está informando. Lo sabes de sobra.

—Hay más cosas, Laura...

—¿Qué cosas?

—El anticuario también estaba siendo vigilado desde hacía meses por los de Inteligencia, en relación con el tráfico ilegal de obras de arte, en el que precisamente está implicado ese capo mafioso. Tu padre también estaba vigilado, daba cobertura legal a esas operaciones a cambio de suculentas comisiones. Se sospecha que tu padre es el jefe de una red de policías corruptos, tanto aquí, en Madrid, como en la Costa del Sol.

—¡Dios mío!

—Aunque no se hubiera producido el atraco de Málaga, habrían caído todos en breve. El CNI tenía la investigación muy avanzada. La Kalashnikova, lo único que ha hecho ha sido adelantar unos días el desenlace.

—¡No puede ser! —exclamó Laura abatida.

—Vamos al juzgado.

—¿Por qué?

—Porque oficialmente estás detenida. La Brigada de Régimen Interior ha abierto una investigación sobre las actividades de tu padre, en relación con el tráfico ilegal de obras de arte, y sospecha que tú también estás implicada. Hemos de deshacer este entuerto.

—¡Esto es lo que me faltaba por oír!

La Harley Davidson rodaba por una carretera que Sandra conocía de memoria. Mario la acompañaba abrazado a su espalda.

Enseguida el granero apareció ante sus ojos, recortado por la claridad de ese día que comenzaba a despuntar.

La celebración se había prolongado hasta las últimas horas de la madrugada. Con la interpretación del “Último adiós”, ante la mirada desafiante de Laura, se había encendido un fuego en su cuerpo y Sandra estaba deseando llegar para sofocarlo.

—Vamos a encerrar la Harley en el corral, cariño. Ábreme el portón —pidió a Mario.

Al instante, este se bajó de la moto y se dirigió hacia las grandes puertas de madera, mientras Sandra esperaba con el motor en marcha.

—¿Qué sucede? —preguntó, al ver que Mario tenía la puerta entreabierta con su cabeza asomando al interior del corral.

—Que si abro la puerta se nos escapa el gallo, está justo aquí delante.

—¿Stalin? —preguntó ella, haciendo un gesto de incompreensión—. Si Stalin está siempre en el gallinero, nunca lo saco al corral.

—Pues se habrá escapado porque está aquí, me está mirando.

—¡Imposible!, siempre dejo la puerta candada —aseguró Sandra, parando el motor y bajando de la moto.

—Quizá haya venido el Padrino —razonó Mario.

—¿A estas horas...? Además, es más meticuroso que yo, él no deja a Stalin fuera.

—¿Por qué?

—Porque se cepilla a todo lo que lleve plumas. Las patas y las ocas, las pobres, no saben dónde meterse. Solo que Stalin no necesita música, ya se encarga él de cantar.

Sandra entró en el corral, se dirigió a una estantería situada bajo una tenada, cogió un camping gas y comenzó a explorar los contornos.

—Aquí ha estado alguien, el Padrino no fuma —sentenció, mientras se agachaba y recogía del suelo un cigarro habano, pisado y a medio consumir.

Mario cogió el puro que le tendía Sandra y comenzó a observarlo. Al ver la vitola, dio un respingo.

—¡Un Montecristo!, esos son los puros que fuma mi capitán.

Sandra se sobresaltó y salió disparada hacia la puerta del gallinero, abrió y se dirigió hacia el escobón, con Mario pisándole los talones. Luego se agachó y observó atentamente el suelo, alumbrándose con el candil de gas.

Enseguida encontró lo que buscaba; la mitad de un palillo mondadientes, que ella encastraba a modo de señal en la junta de la puerta, cada vez que la cerraba, estaba caído sobre el piso rústico del gallinero.

—El testigo está en el suelo, tu capitán ha descubierto mi escondrijo secreto —dijo ella, accionando la apertura de la puerta camuflada.

Mario abrió atónito los ojos al contemplar, a la luz del candil, la indumentaria que usaba la Motorista para perpetrar sus atracos, y la de la misteriosa mujer del chalet de Los Zarzales.

—¿Por qué no se lo habrá llevado todo a la Comandancia? —preguntó Mario asombrado.

—Como no lo sepas tú... ¡Que eres picoletto! —razonó ella—. Lo que está claro es que puede volver, hemos de darnos prisa.

—Y, ¿qué hacemos?

—Tú, mételo todo en la mochila —pidió Sandra, mientras salía del gallinero a toda prisa—. ¡Con los guates puestos!

Al minuto, regresó con la estrecha estantería que tenía en la tenada para guardar productos veterinarios, rezando para que cupiera dentro. La introdujo con alivio en el hueco, y volvió a salir en busca de los frascos con sustancias para desparasitar, complejos vitamínicos y medicinas, que acababa de depositar en una caja, al vaciar la estantería.

—Vámonos —dijo Sandra, mirando satisfecha el mueble lleno de frascos.

Cerró la puerta camuflada y abandonó el corral seguida por Mario, que cargaba con la mochila a la espalda.

—¿Adónde?

—A deshacernos de las pruebas del delito, cariño. No querrás que Laura me meta en el trullo.

—¿Por qué no introducimos una piedra en la mochila y la tiramos al pantano, está a un paso de aquí? —preguntó Mario, orgulloso por su idea.

—Precisamente porque está a un paso de aquí. Si algún pescador la sacara con su caña, enseguida me relacionarían con ella.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Sube a la moto, nos vamos de excursión —anunció Sandra en tono alegre.

—¿Adónde?

—A un puente sobre las vías del tren, a unos kilómetros de distancia en dirección a El Escorial.

—Lo conozco, esa es la línea férrea que comunica Madrid con el Norte.

—Exacto, esperamos a que pase un tren de mercancías y la dejamos caer sobre uno de los vagones. Mañana la mochila aparecerá en alguna estación, a quinientos kilómetros de aquí.

—La Motorista siempre abandona las motos que roba, cerca de las estaciones de tren —observó Mario pensativo.

—¿No me digas? —rió ella, tomándole el pelo.

El motor de la Harley Davidson comenzó a ronronear, rompiendo el silencio de la madrugada de la sierra, en seguida se perdió por la carretera.

Se encontraron en la Audiencia Nacional.

Laura estaba sentada frente a la puerta del despacho de la juez Magdalena Rivera, para prestar declaración, esperando a que Aurelio acabara.

Junto a ella estaba el inspector jefe, Lafuente, y el subinspector Mairena.

En ese momento llegó Basilio, conducido por el teniente y el cabo que lo acompañaban desde Guadarrama.

—¡Laura! ¿Qué cojones está pasando aquí?

—Eso es lo mismo que yo estoy tratando de averiguar. Y a ti, ¿por qué te han detenido?

—Por las llamadas al móvil del amigo tuyo.

—¡Me cago en su puta madre!

Laura se incorporó de un salto, le pego un empujón a la puerta del despacho de la juez, que la miró sorprendida, y entró dentro como un ciclón.

—Señoría, o deja en libertad de inmediato a ese hombre que está fuera, o aquí acabamos todos a tiros.

—¿Qué hombre? —preguntó la juez, que conocía mucho a Laura y para ella todo lo que estaba sucediendo no tenía ni pies ni cabeza.

—¡Basilio, entra! —exigió Laura, cogiéndose licencias que nadie le había dado.

El capitán, que se había sorprendido por la actitud decidida de la comisario, entró agradecido. Tras él entraron Lafuente y Mairena que, aunque nadie los había llamado, no querían perderse el espectáculo que montaba su jefa cada vez que se cabreaba por algo.

La juez, que había suspendido el interrogatorio de Aurelio ante el ímpetu de la comisario, escuchaba estupefacta el relato de Laura y de Basilio que se interrumpían el uno al otro continuamente.

—Entonces, ¿al olvidar el teléfono en su despacho, pidió prestado el de don Aurelio para llamar a la Comandancia de Guadarrama? —preguntó la juez a Laura.

—Correcto, señorita —replicó Laura.

—Doy fe de ello —intervino Lafuente.

—Y yo —añadió Mairena.

—Aparte de nuestros testimonios, apelo a la fuerza probatoria de los hechos —aseguró Lafuente.

—¿Qué hechos? —preguntó la juez.

—Si la comisario hubiera llevado su móvil, no la habrían detenido en las circunstancias en las que la detuvieron. Precisamente llevaba dos horas intentando localizarla infructuosamente —argumentó Lafuente.

—¿Y qué hacía usted vestido de paisano y escondido en las cercanías de ese bar, según nos acaba de decir? —preguntó la juez a Basilio.

—Esperando la salida del desertor, pero la que salió fue Laura con ese señor —replicó el capitán, apuntando a Aurelio con el dedo.

—¿Y qué hacían ustedes allí? —preguntó la juez, mirando a Laura y a Aurelio.

—Fui a vigilar a mi marido —replicó la comisario.

—¿Y por qué? —inquirió la juez, que cada vez más estaba más liada.

—Porque estaba con esa psicópata de Sandra.

—¿La sospechosa de ser la Motorista, detenida ayer y puesta posteriormente en libertad?

—La misma, una psicópata que se cepilla a los hombres tocando el violín montada sobre ellos...

—Estoy enterada de los detalles, comisario Bernal, he leído su informe —replicó la Juez Rivera—. ¿Y qué hacía allí su marido? —preguntó de nuevo, intentando aclarar el galimatías que le estaban organizando los detenidos.

—Tocar el saxofón. Mi marido es un agente de la Brigada de Información de la Policía Nacional, infiltrado en la banda.

—¿Cómo? —saltó Basilio, que no sabía nada.

—Tu chico está muy verde, Basilio, y esa mujer es una psicópata. No podía decirte nada, porque si Mario se enteraba y cometía una indiscreción, caerían los dos.

—¿Y qué tiene que ver la salida de la comisario del bar, con su marcha a inspeccionar ese granero? —preguntó la juez a Basilio.

—Porque a la salida del bar, Laura besó a ese señor.

—¿Y qué? —insistió Magdalena, con gesto de incompreensión.

—¡Que ella me gusta! —le espetó Basilio, poniendo las cartas sobre la mesa.

Todavía sonaba en su cabeza la amenaza de Laura a la juez; "...aquí acabamos todos a tiros." Al capitán, esas palabras le habían enardecido al recordarle al caudillo y al Alzamiento Nacional del dieciocho de julio, y tenía que estar a la altura de las circunstancias.

Laura se estiró orgullosa al escucharlo.

Aurelio, que ya lo sabía por el relato de Matías, se maldijo. El capitán le podía volver a tomar la delantera.

—A mí también me gusta —añadió Aurelio, que no quería quedarse atrás.

Laura dio otro respingo y se estiró aún más.

—Ya me lo figuro, don Aurelio. En el momento de su detención estaba usted con ella en la cama... —comentó la juez que ya no se aclaraba.

—¿Cómo? —se le escapó a Basilio sin querer.

—También tengo derecho, usted ya se ha acostado con ella y nadie le ha recriminado nada —saltó Aurelio, ante la desfachatez de su rival.

—¡Eso es mentira! —bramó Basilio.

—¡Eso es verdad!, en el salón de su casa, sobre un colchón tirado en el suelo y con la música a todo volumen. Los vio su padre a través de la ventana.

—¡Basilio no era! —estalló Laura, maldiciendo a su padre por su falta de decoro.

—Entonces... ¿Quién era? —preguntaron al unísono, Aurelio, Basilio, la juez y Mairena.

—Mario, el informante.

—¿El traidor? ¿El desertor? ¿Ese miserable? —explotó Basilio, a quien la declaración de Laura había sentado como un tiro en su oídos.

—El picoleto se ha tirado a Sandra y, de propina, también... ¡A la jefa! —exclamó Mairena atónito—. Mañana pido cambio de destino y me voy a El Brujo con el Johnny —sentenció convencido.

Su señoría tuvo que poner orden en el barullo que se formó en el despacho.

—Le repito la pregunta, capitán, ¿qué tiene que ver todo eso con su registro en el corral de la citada Sandra?

—Si yo encontraba alguna prueba de su culpabilidad, podría retomar el protagonismo en el caso, que estaba perdiendo ante ese señor que la estaba informando de la pista de Málaga.

—Precisamente estaba en ello cuando me han interrumpido. El detenido niega conocer nada del asunto —dijo la juez.

—El detenido es un cretino. Si tienes cojones, niega eso delante de mí, Aurelio —le espetó Laura, con los brazos en jarras.

—Usted no es quién para interrogar a mi cliente —manifestó el abogado de Aurelio, que hasta entonces no había rechestado, intentando enterarse también del asunto.

—¡Muy bien! Tú lo has querido, Aurelio. Señoría, exijo un careo con el detenido —pidió Laura.

—No es el momento procesal oportuno —dijo lacónicamente la juez.

—Mi defendido no tiene nada que ver con ninguna mafia rusa, ni con ninguna motorista. Y está sorprendido, extrañado y molesto por esta injustificable detención —añadió el letrado de Aurelio.

—¡Que lo diga él! —desafió Laura al anticuario.

Los ojos de Aurelio iban de Laura, que lo observaba plantada en jarras con sus ojos centelleando, a su abogado, que lo estaba fusilando con la mirada, para volver de regreso de su abogado a Laura.

No sabía qué hacer.

Si hacía caso a su abogado, perdía a Laura. Si hacía caso a Laura, podía perder su patrimonio y su libertad.

La juez esperaba expectante.

Aunque todo eso estaba fuera de toda ortodoxia judicial, Magdalena Rivera estaba haciendo una excepción.

En atención a su simpatía hacia Laura, al caos que imperaba en el Ministerio del Interior y al cachondeo que reinaba en la calle, decidió ser benevolente y abrir la mano ese día.

—A ver si así, me entero de algo yo también —musitó Magdalena para sí.

Aurelio por fin se decantó. Se quedaba con su patrimonio y con su libertad.

—No tengo nada que ver con ninguna mafia rusa, ni con ninguna motorista y estoy sorprendido, extrañado y molesto por esta injustificable detención —informó a la juez, que naturalmente no lo creyó.

—Enterada. Vamos a ir concretando —decidió la juez, mirando a Basilio—. Usted sostiene que la sospechosa, doña Sandra María Concepción de Sancho-Pedrales y de la Fontaine, guarda en un zulo camuflado en su gallinero la indumentaria completa que usa la Motorista para perpetrar sus atracos, así como la que utiliza la misteriosa mujer que acude asiduamente a un chalet de Los Zarzales. ¿No es así?

—Correcto, señoría, no hace ni dos horas que estuve allí, viéndolo todo con mis propios ojos y tocando el mono de cuero con mis propias manos —afirmó Basilio.

—Bien, pues solamente hay una manera de confirmarlo y de avanzar en el esclarecimiento de los hechos. Se suspende el interrogatorio al detenido don Aurelio de Castro hasta las doce y media de la mañana —determinó la juez, consultando su reloj y calculando mentalmente el tiempo.

—Solicito su puesta en libertad ante lo endeble de las pruebas presentadas y la confusión reinante —saltó el abogado, como una escopeta.

—Denegado. Las pruebas contra él y don Matías Bernal, aportadas por el CNI, son concluyentes. Permanecerá custodiado en esta Audiencia hasta la hora señalada.

La juez se dirigió al secretario, que estaba tan confundido como ella.

—Se llevará a cabo, en mi presencia, el registro de ese gallinero, con la asistencia de los detenidos doña Laura Bernal y don Basilio Gómez —ordenó la juez—, vamos cuanto antes —añadió resuelta, se moría de ganas por ver el famoso granero.

—Señoría, yo estuve ayer presente en la detención de la sospechosa, estoy enterado del caso, familiarizado con el entorno, y voy armado —intervino Mairena, que no quería perderse el espectáculo.

—Viene usted también —decidió la juez.

Sandra regresaba al granero, después de dejar al Hijo de la luna en la churrería de Guadarrama y tomarse con él un chocolate. Luego, Mario se iría a dormir a su apartamento.

Si, tal y como ella presagiaba, el capitán iba a volver con refuerzos, era mejor que Mario no estuviera presente. Ya había hecho bastante por ella.

En esos momentos, la mochila viajaba camino de La Coruña a bordo de un vagón-plataforma cargado de coches.

Cuando Johnny oyó el sonido del motor de la Harley, ya era demasiado tarde. Sandra lo estaba viendo, al aproximarse con la moto al granero. El saxofonista, que vestía con su calzón de deporte y su camiseta, estaba asomándose a las ventanas de la plata baja.

—¡Johnny! ¿Qué haces aquí? —preguntó, intrigada por la hora.

—Estaba corriendo mis diez kilómetros diarios y miraba para ver si estabas.

—¿Y para qué me quieres? —preguntó ella divertida.

—Pensé que a lo mejor estabas tocando...

—¿A estas horas? ¡Dios!, me gusta la música, pero no tanto. ¿Me abres el portón del corral?, tengo que encerrar la moto. He estado tomando un chocolate con churros con Mario y me he olvidado del reloj.

Johnny, que había estado ahogando las penas en bourbon, en el Corazón de metal, vio el cielo abierto por la explicación de Sandra. Mario no dormía habitualmente con ella, aún tenía una oportunidad.

No había soportado el verla marchar con el guardia civil y le pareció más inteligente ir al granero a espiar, que acostarse para dar vueltas en la cama. Se había puesto la ropa de deporte, con la boca aun pastosa por el alcohol, y había salido a correr.

Abrió encantado los portones, esperó a que la Harley estuviera bajo la techumbre de la tenada y los volvió a cerrar servicialmente.

—Te has ganado un trago —dijo ella, entrando en el granero, al tiempo que su cerebro trazaba un plan.

En caso de que llegara el capitán, se enfurecería al ver la estantería con los productos veterinarios, en lugar de las pruebas del delito. Johnny era un policía nacional, estaba de servicio como miembro de la Brigada de Información, y era por tanto su mejor coartada. La había visto llegar con la moto y venía realmente de la churrería, por si la Guardia Civil quería comprobarlo. Por tanto, podría enfrentarse con éxito al testimonio de quien quiera que hubiera entrado en su escondrijo secreto.

Tenía que retener allí a su coartada toda la mañana.

Sandra sonrió, eso era lo más fácil del mundo.

—¿Adónde vas, Johnny? —le preguntó, al ver cómo se sentaba en uno de los taburetes de la barra.

—¿Y el trago? —replicó él.

—Yo había pensado tomarlo en la piscina, viendo amanecer por el ventanal, con un porrito de maría. Pero, si tú no estás de acuerdo...

El saxofonista se levantó como un resorte y la siguió escaleras arriba.

La orquesta sinfónica de la Princesa del blues comenzó a dar vueltas en el Revox.

Fuego se desperezó en la cesta.

La camiseta de Sandra voló por el aire.

Y Johnny se tiró a la piscina.

Al momento, estaban los dos arrepanchigados en el agua, fumando el cigarro de marihuana que había preparado Sandra, bebiendo bourbon, y hablando relajadamente.

—A la segunda va la vencida —pensó el saxofonista, para sus adentros, decidiendo tomarse las cosas con calma.

Estaba a gusto, no tenía ninguna prisa.

La comisión judicial, escoltada por efectivos de la Guardia Civil de Guadarrama al mando del teniente, que en ausencia de Basilio se había hecho cargo provisionalmente de la Comandancia, llegó a su destino.

El sol comenzaba a ganar altura sobre el horizonte, cuando Karajan ya les estaba esperando en la puerta, batuta en mano.

—¿Y esa música? —pregunto la juez.

—La Princesa del blues tiene una orquesta sinfónica para ella sola, señoría —explicó Laura—. No se moleste en llamar, no nos va a oír —añadió, al ver cómo dirigía la mano al timbre.

Laura giró la manilla del pestillo, abrió la puerta y entró en el granero seguida de la juez, Basilio, Mairena y los efectivos de la Guardia Civil.

—¡La madre que la parió! —exclamó Johnny estupefacto, al ver a su mujer en el desván—. ¡Otra vez!

—¡Empezamos de cojones! —exclamó Laura, al ver a su marido con la psicópata, los dos desnudos, bebiendo bourbon y fumando marihuana.

—¡Qué suerte tiene ese cabrón! —repitió, una vez más, Mairena arrobado.

—¡Corten la música! —ordenó la juez.

Mairena se dirigió al Revox y lo detuvo.

—¿Sandra María Concepción de Sancho-Pedrales y de la Fontaine? —preguntó la juez innecesariamente, pues el día antes le había tomado declaración en su despacho.

—Encantada de volver a saludarla, señoría —replicó ella con tono alegre.

—Como ya sabe soy Magdalena Rivera, juez de instrucción de la Audiencia Nacional, encargada de investigar los atracos perpetrados por la delincuente conocida coloquialmente como la Motorista.

—Como ya le dije, yo no tengo nada que ver con esos atracos —replicó Sandra tranquilamente.

—Con el atraco de Málaga sabemos que no, puesto que en el momento de su perpetración estaba usted detenida en dependencias judiciales. No obstante, el capitán de la Guardia Civil de Guadarrama, don Basilio Gómez, aquí presente, manifiesta que usted esconde en un zulo camuflado en su gallinero, una indumentaria que se corresponde con la utilizada por la citada Motorista en sus actos delictivos. Le ruego que salga de la piscina, se vista y nos acompañe hasta ese gallinero.

La juez dio un respingo al ver a Sandra en pie, caminando hacia la toalla.

—¿Quién es usted? —preguntó luego, dirigiéndose a Johnny.

—El impresentable de mi marido, señoría —dijo Laura, que ya estaba harta.

—¿El saxofonista infiltrado por la Policía Nacional en el entorno de la sospechosa? —preguntó Magdalena.

—Con los antecedentes del traidor infiltrado por la Guardia Civil, con lo cabrón que es el infiltrado de la Policía Nacional, y lo puta que es la sospechosa... —comenzó a decir Laura, que ya estaba otra vez chamuscada por dentro.

—Comisario Bernal, le ruego se abstenga de hacer esos comentarios.

—Disculpe, señoría. Lo cierto es que aún no sabemos si es un infiltrado de la Policía Nacional, en el entorno de la sospechosa... O es un infiltrado de la sospechosa, en el entorno de la Policía Nacional —replicó Laura con ironía, mirando a Johnny que se estaba levantando en ese preciso instante.

Mairena se moría de risa, al escuchar las palabras de Laura.

Al momento estaban todos en el corral.

El capitán Basilio sufría alucinaciones, a juzgar por la forma en que se frotaba los ojos, con el rostro convertido en un poema.

—Juro por la Cruz de los Caídos, que es para mí lo más sagrado que hay en este mundo, que hace dos horas eso no estaba ahí. Había dos perchas con un mono de motorista, una minifalda, medias y una boina azul marino. Y en el suelo estaba el casco integral con la visera ahumada, junto a unas botas, zapatos de tacón, unos guantes y una mochila —aseguró Basilio, señalando con el dedo los frascos de productos zoosanitarios, colocados en las baldas de una estantería.

—Yo también juro por la Cruz de los Caídos, que eso ha estado ahí toda la vida, y que no sé de qué me está usted hablando —dijo Sandra con toda desfachatez.

—Usted es una roja anarquista, ese juramento es una tomadura de pelo —bramó Basilio.

—Esas palabras valen exactamente igual que las tuyas, capitán —interrumpió la juez.

—Señoría, ¿quién se molestaría en construir un zulo, con resortes secretos para su apertura y perfectamente camuflado en la pared, para guardar simples productos veterinarios? —preguntó Laura, que creía totalmente a Basilio.

—Estoy de acuerdo con su apreciación, comisario, pero aquí hay lo que hay —manifestó la juez.

—Al llegar a casa, la sospechosa ha detectado alguna anomalía y nos ha pegado el cambiazo. Observe su señoría que encierra aquí la moto —insistió Laura.

—Especulaciones que hay que probar —sentenció la juez.

—Yo no he pegado ningún cambiazo, llegué con mi moto de tomar un chocolate en la churrería, donde acudí con Mario después del concierto en el Corazón de metal. Aquí estaba esperándome Johnny que, según me acabo de enterar, es un policía nacional. Él me abrió las puertas del corral para encerrar la moto y luego subimos al desván, donde hemos permanecido hasta que han llegado ustedes.

—¿Agente? —interrogó la juez, mirando al saxofonista

—Es cierto, señoría.

—¿Hay efectivos disponibles en la Comandancia? —preguntó la juez al teniente.

—Sí, señoría.

—Que acudan a esa churrería y comprueben la versión de los hechos relatada por la sospechosa, dígales que estamos esperando —pidió la juez.

Mairena se encendió un cigarrillo y se aproximó disimuladamente a Johnny, mientras la juez, acompañada por Basilio y Laura, hacía un recorrido por el corral en una inspección ocular.

—Menudo follón hay montado, Johnny. Ni te lo imaginas. En el Ministerio del Interior están que echan humo y, para rematar, tu mujer se ha tirado al picoletto que teníamos infiltrado.

—¿Laura? —exclamó Johnny atónito—. ¡Imposible!

—Fíate de la Virgen y no corras. También se ha cepillado al anticuario amigo de tu suegro. Laura acaba de reconocerlo en la Audiencia.

—¿Aurelio?

—El mismo, estaban en la cama cuando entraron los nuestros y los detuvieron a los dos.

—¿Por qué? —insistió Johnny, sin salir de su asombro.

—¿Por qué estaban en la cama?, o ¿por qué los han detenido? Específica, Johnny.

—Primero una cosa y después la otra —replicó el saxofonista.

—Por lo visto, el capitán de la Guardia Civil y el anticuario están picados para ver quien se tira primero a tu mujer. Respecto de lo segundo, Aurelio está relacionado con el atraco de Málaga, parece ser que estaba vigilado por el CNI desde hacía meses, por tráfico ilegal de obras de arte con mafias rusas.

—¿Y Laura?

—Detenida cautelarmente, por estar en contacto con él. Pero ahora viene lo gordo, agárrate...

—¡Me cago en la puta! ¿Qué será lo gordo?

—Tu suegro está en paradero desconocido, lo han puesto en busca y captura. Se fugó bajando por una cuerda, improvisada con sábanas, desde el balcón de su dormitorio.

—¿Matías? ¿Por qué?

—Es el jefe de un entramado de corrupción policial, que da cobertura a las operaciones del anticuario. Por lo visto se ha forrado con las comisiones. Por eso han detenido a Laura y la han suspendido hasta que se aclare el follón.

—¡Joder! ¡No puedo faltar de casa!

—¡Señoría! —exclamó el teniente, con el teléfono móvil de la mano—. El dueño de la churrería, así como un empleado, confirman que la sospechosa estuvo allí con Mario tomando un chocolate. Ya se veía con luz natural, pero el horario no lo pueden precisar con exactitud.

—De acuerdo. Señores, regresamos a Madrid —determinó la juez.

—Johnny, te vienes con nosotros, tu trabajo aquí ha concluido. La sospechosa te ha descubierto —dijo Laura con todo cinismo, mientras al saxofonista se le inflamaba el hígado. Estaba deseando volver a la piscina.

—Comisario, le recuerdo que tanto usted como el capitán Gómez están detenidos y suspendidos de empleo cautelarmente. No puede impartir esas órdenes, aunque se trate de su marido —sentenció la juez.

—¡Subinspector...! —exclamó Laura, fusilando con los ojos a Mairena.

—García, queda relegado del servicio. Ha sido usted descubierto por la sospechosa y regresa a Madrid —ordenó en tono circunspecto Mairena, mirando a Johnny, por la cuenta que le tenía.

Sandra observaba asombrada, orgullosa y divertida la partida de la comitiva.

Se giró para entrar en el granero, cuando de repente salió de entre las sombras.

—¡Mario! —exclamó sorprendida—. ¿Qué haces aquí, 007?

—Después de que te marcharas, me quedé un rato tomando un aguardiente. Pero como esperabas la visita de la Guardia Civil para el registro del gallinero, no estaba tranquilo. Venía para acá cuando oí los coches, me escondí hasta que pasaron y luego vine corriendo tras ellos. Lo he estado viendo todo, apostado tras esos arbustos.

—Eres mi héroe —dijo ella, cogiéndole la mano—. Vamos a celebrarlo; Jack Daniel's, marihuana y... ¡El último adiós!

—¿Con violín?

—Cariño, creo que me estoy volviendo una señora, te toca trabajar otra vez a ti.

—¡Todo por el rock and roll!

A última hora de la mañana, Aurelio salía esposado de la Audiencia Nacional y subía a un furgón de la Guardia Civil, hacia el Centro Penitenciario de Alcalá-Meco.

A última hora de la mañana, Laura y Basilio tomaban café en una terraza próxima a la Audiencia, disfrutando del sol de la primavera y de su recién adquirida libertad, después de haber deshecho el malentendido.

—Espero que este incidente no perjudique a nuestras carreras —deseó Basilio.

—A mí ya me da igual —replicó Laura, con un deje de amargor.

—¿Por qué? —preguntó Basilio.

—Mi padre, que era para mí el modelo de integridad personal y profesional, está implicado en una trama de corrupción policial, en busca y captura, y en paradero desconocido.

—Eso, desde luego, es un mazazo —replicó Basilio, asintiendo con la cabeza.

—Puede ser que eso no afecte a mi trabajo legalmente, pero sí moralmente. Aunque sigo siendo comisario, me han relegado del caso de la Motorista. He dejado de ser de fiar a los ojos de muchos, y eso no lo soporto.

—¿Y qué vas a hacer?

—A mí solo me queda una cosa por hacer en este mundo, Basilio —musitó ella, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Cuál? —preguntó él intrigado

—Cazar a la Princesa del blues. Aunque se haya desprendido de la pistola y del atuendo, tuvo que vender el botín a alguien, y el dinero tiene que guardarlo en alguna parte. Tiene que haber pistas sueltas que la incriminen. Sin contar con que un día volverá a atracar.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque ella sabe que yo estaré detrás de sus pasos, y no podrá vencer la tentación. Es una psicópata; “¡A ver si me pilláis a mí, maderos!”, ese es su móvil. No me marcharé de este mundo sin ponerle de nuevo los grilletes, esta vez para que se los quiten cuando la amortajen.

—¡Qué tenacidad! ¡Y qué vocación de servicio a España! —exclamó Basilio admirado—. ¡Qué pérdida para la Policía Nacional!

—No voy a morirme, no sin antes trincar a esa psicópata.

—¡Mas allá del deber! —añadió enardecido, pues precisamente ese era su lema personal—. Eres la mujer de mi vida.

—¿O sea, que es verdad que te gusto? —preguntó ella riendo.

—Desde el primer día que te vi. Por tu abnegación, sentido del deber y vocación de servicio a España —confesó Basilio, repitiéndose.

—Creo que España no ha quedado bien servida, la psicópata anda suelta. En todo caso, tú también me gustas, pero... ¡Ahí lo dejaremos! —replicó ella con voz dulce, para no herir sus sentimientos.

Realmente, Laura Bernal tenía ya su plan trazado.

—Hoy ha nacido la Reina del rock, y la Reina del rock va a comenzar a trabajar ahora mismo—musitó ella para sí—. ¡Camarero...! Una copa de Ballantines, y para este señor

una de brandy. Rectifico, para mí que sea un Jack Daniel's —dijo—. Si voy a ser la Reina del rock, tengo que beber lo mismo que ellos —pensó Laura, para sus adentros.

—¿A estas horas?

—Ayuda a la concentración.

—¿Para qué tenemos que concentrarnos? —preguntó el capitán intrigado.

—Tú viste el atuendo de la Motorista y el de la mujer de Los Zarzales, escondidos en el gallinero, ¿no?

—Te juro por la Cruz de los Caídos...

—Te creo, Basilio. Te creí desde el primer momento. Dos horas después, lo que viste ya no estaba en el zulo, por tanto nos dio el cambiazo. La clave está en que los empleados de la churrería no pueden precisar el horario con exactitud, y para esa operación son suficientes veinte minutos.

—¿Y tú qué crees? —preguntó el capitán, expectante ante el cariz que tomaba la conversación.

—Que al llegar a su granero desde el Corazón de metal y encerrar la moto, detectó alguna anomalía, pegó el cambiazo y fue a deshacerse de la pruebas, entrando después en la churrería para buscarse una coartada sólida. Luego volvió al granero donde, para su suerte, merodeaba el impresentable de mi marido como un perro en celo, encerraron la moto juntos y se metieron en la piscina.

—¡Esa es la solución! —sentenció Basilio emocionado—. No hay nada como una copa, para concentrarse.

—La copa es para que te concentres tú —replicó ella, con aire misterioso.

—¿En qué? —preguntó él intrigado, pues el dilema había quedado resuelto.

—En hacer memoria sobre las posibles pistas que pudieras haber dejado, tras tu visita al corral.

Entonces, Basilio entornó las cejas y se concentró.

Al momento, su mano se fue mecánicamente al bolso interior de su chaqueta y sacó un Montecristo. Al arrimar el encendedor al cigarro, estalló el trueno en su cabeza.

Laura, que lo estaba mirando, le notó el gesto ipso facto.

—¿Qué sucede?

—Encendí un habano y lo apague a la mitad, pisándolo en el suelo.

—¡Dios mío! ¿Por qué no tuviste cuidado?

—Porque en ese momento estaba mirando hacia el gallinero, me pareció que era más grande visto desde fuera y salí corriendo a buscar al coche la cinta métrica. No iba a correr con el Montecristo en la boca.

—Podías haberlo depositado sobre alguna piedra y haber acabado de fumártelo al regresar, guardando luego la colilla en el bolsillo, Basilio.

—La agitación por la corazonada que tuve... —se excusó titubeando—. Además no podía hacer eso, el gallo estaba suelto, acababa de sacarlo del gallinero... —añadió para justificarse.

—¿Lo volverías a meter al marcharte? —preguntó Laura, poniéndose en lo peor.

Basilio se quedó envarado, como una estatua de sal, mirando a Laura con cara de culpabilidad.

—¡Joder, Basilio! Solo te faltó dejarle a la psicópata el tricornio colgado en la manilla de la puerta del corral.

—La precipitación no es buena, Laura. Y el cabreo que tenía tampoco.

—¿Por el beso que le di a Aurelio? —preguntó ella complacida—. En fin, ya no tiene remedio, nos la ha jugado y punto. Te advertí de que era muy lista, desgraciadamente lamentarse ya no sirve de nada.

Laura apuró de un trago la copa y se puso en pie.

—Cuento con tu ayuda, Basilio. Si encontrara alguna pista...

—A cualquier hora del día y de la noche, Laura.

La Reina del rock cogió su bolso y se marchó.

Sandra estaba en el desván con una taza de café en la mano. Había sintonizado la radio, para informarse sobre los últimos acontecimientos.

Miró el reloj, quedaban escasos minutos para las señales horarias.

Al momento escuchaba, atónita y divertida, las noticias. El locutor daba cuenta de la detención y posterior puesta en libertad de la comisario Laura Bernal y del capitán de la Guardia Civil de Guadarrama, Basilio Gómez.

Así mismo, informaba del ingreso en prisión del conocido anticuario madrileño Aurelio de Castro.

Respecto de la fuga del director adjunto operativo de la Policía Nacional, Matías Bernal, confirmaba que aún seguía en paradero desconocido.

—Yo ya no entiendo nada —decía Sandra para sí misma—. Me he debido de perder algún capítulo.

La Princesa del blues se concentró en las palabras del ministro del Interior, que comenzaba a hablar en esos momentos, asegurando que se estaba llevando a cabo una exhaustiva investigación para esclarecer los hechos y que no se descartaban nuevas detenciones.

—¡Menudo culebrón tienen montado! Esa tal Kalashnikova... ¡La que ha preparado! En fin, esperemos a que se aclaren entre ellos y ya nos dirán... —decidió Sandra, cortando la radio.

Luego se tiró en plancha sobre la cama donde aún dormía Mario, dándole un susto de muerte.

—¡Vamos, Hijo de la luna!

—¿Adónde? —preguntó él, aun amodorrado, pese a que ya estaba bien entrada la mañana.

—A ensayar el repertorio de Gijón, el concierto es mañana.

—Yo te escucho desde aquí —dijo Mario, haciéndose el remolón.

—El que tienes que ensayar eres tú, cariño. Tienes que hacerte con el Sadowsky. Bienvenido a la Metal Blues Band —le espetó Sandra.

—¿Qué has dicho? —preguntó él, incorporándose de repente.

—Ya lo he hablado con Jaime, te vienes con nosotros. Estás en el paro por mi culpa, y la Princesa del blues nunca deja colgados a sus amigos. Eso sí, subirte al escenario lleva peaje... —dijo ella, en tono misterioso.

—¿Cuál?

—Jaime, Manolo y el Niño se han puesto muy contentos; la Metal Blues Band ya tiene un pipa. Creo que te tocará cargar con los bártulos, cariño.

—Trato hecho —exclamó Mario, flotando en una nube—. Pero, ¿el Sadowsky? ¿Y tú?

—Sí, cariño, es para ti. Pregunté a Jaime por la posibilidad de meter un violín en la banda. Es lo mío.

—¿Y qué te contestó?

—Me contestó; tú sí que sabes, Princesa.

Enseguida el granero se llenó de rock.

Aurelio estaba preso en Alcalá-Meco.

Le habían sacado las fotos y tomado las huellas. Luego lo encerraron en una celda de ingresos, donde recibió la visita del médico, la asistente social y el educador. Le llevaron la comida y a las cinco en punto de la tarde, entraba en otra celda del módulo de preventivos.

Media hora después, un funcionario lo volvía a sacar con destino a una de las salas de bis a bis para familiares.

Laura lo esperaba sentada, acababa de llegar de Madrid a bordo de su BMW.

Aunque las normas penitenciarias no permitían ese tipo de visitas en el primer día, Laura había utilizado las prerrogativas que le otorgaba su cargo de comisario.

Al momento, entró Aurelio acompañado del funcionario.

—¿Qué es exactamente la operación “Gato de Fuego”? —preguntó ella, como único saludo.

—No sé de qué me estás hablando, Laura.

—De esto —replicó ella, exhibiéndole las fotocopias de las hojas de una libreta para notas—. Son de tu agenda y esta es tu caligrafía, la encontraron en el registro que efectuaron en tu casa, tras nuestra detención. Es la planificación del atraco a la joyería de Málaga... ¡Paso por paso!

Aurelio se sobresaltó. Con las celebraciones en los clubes y en el casino, se había olvidado por completo de la advertencia de Matías de quemar las hojas, tras transmitir la planificación a Marbella.

En ese instante se desmoronó.

—Fue idea de tu padre —confesó, con la mirada en el suelo.

—¿Mi padre planificó el atraco? —preguntó Laura estupefacta.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque se jubila.

—¡Joder! Como a todos nos diera por atracar joyerías, al llegar a la jubilación, en este país no se podría vivir. Él no necesita dinero, su paga es buena.

—Hay más cosas...

—Ya lo supongo, precisamente por eso he venido, por las “otras cosas”.

—Yo hago algunas operaciones con obras de arte, con... en fin, con algunas personas poco recomendables. Tu padre, a través de sus influencias, mantenía a la Policía Nacional mirando hacia otra parte.

—Ya me he enterado. Desgraciadamente se olvidó de mantener también mirando hacia otra parte, al Centro Nacional de Inteligencia y a la Guardia Civil.

—Tienes toda la razón, Laura —reconoció Aurelio humildemente.

—Que me des la razón no me consuela, ni contesta a mi pregunta; ¿Por qué planificasteis el atraco de Málaga?

—Para ponerte en la pista de la Motorista. De esa manera, tú y yo podríamos estrechar nuestra relación.

—En la pista de una Motorista que estabais fabricando vosotros. No de la Motorista auténtica, que está bailando en un bar de Guadarrama y trasegando Jack Daniel's, tal y como pudiste contemplar en directo. Esa psicópata está en libertad, gracias a vuestra inestimable colaboración.

—Fue un error, lo reconozco.

—¿Y por qué demonios tú y yo teníamos que estrechar nuestra relación?

—Para que a la jubilación de tu padre, te quedaras como heredera.

—¿Heredera de qué?

—De su posición en el negocio... Es un negocio lucrativo para todos.

—¿El tráfico internacional de obras de arte? ¿Vender, a través de mafiosos, objetos robados que están catalogados? Y dime, Aurelio, para el patrimonio artístico y cultural de España, ¿es también un negocio lucrativo, cabrón?

—Si no lo hago yo, otro lo hará. El mundo es así, Laura, tu padre también quería que te dieras cuenta de eso.

—¿Por qué pusisteis ese nombre a vuestra chapuza?

—Porque es la traducción al castellano de "Firecat", el sobrenombre de la pistola de la Motorista.

—¡Joder! Tuvisteis la misma ocurrencia que nosotros. ¿Transmitisteis ese nombre a Marbella?

—No, solamente las instrucciones.

—¡Joder! Entonces esa Kalashnikova también tuvo la misma idea, ese nombre aparece continuamente en las conversaciones entre ella y el capo mafioso amigo tuyo.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Pues que nos habéis hecho polvo. La confusión es de órdago. Ese dato, unido a que soy hija del director adjunto operativo, también imputado, ha hecho sospechar a la Brigada de Régimen Interior que yo también estoy implicada. Creen que mi operación de Guadarrama, es una cortina de humo para proteger vuestras actividades en la Costa del Sol.

—Pero eso ha quedado arreglado, la juez te puso en libertad sin cargos y has sido reintegrada en tu puesto.

—Legalmente sí, pero moralmente estoy bajo sospecha. Sospecha que la desaparición de mi padre no hace otra cosa que acrecentar. ¿Sabes tú dónde está?

—A ciencia cierta, no.

—¿Y a ciencia incierta?

—No creo que descendiera por esa cuerda de sábanas anudadas, ya no está para hacer funambulismo.

—¿Y?

—El muy cabrón pergeñó ese ardid para despistar a la Guardia Civil y ocultar sus verdaderos planes.

—¿Y puedo saber cuáles son los verdaderos planes?

—Tu padre se estaba acostando con la vecina del adosado de al lado, cuando su marido salía a jugar al golf, ya está jubilado. Los balcones de los dos dormitorios solamente están separados por una mampara y tu padre tenía una copia de la llave de la puerta del balcón de ella.

—Y piensas que la vecina le ha dado acogida, ¿no?

—No. Ya se han marchado a su apartamento de Gandía, se van en primavera y regresan en octubre. Ese chalet estará vacío durante meses, tu padre dejará pasar unos días y luego intentará abandonar el país. Eso es lo que he deducido escuchando las noticias de la radio.

—Bien, quiero para mañana, a primera hora, una declaración jurada de todo lo que me has dicho. Ahora voy a detener al sinvergüenza de mi padre y a limpiar mi nombre —sentenció la comisario, poniéndose en pie.

—Piénsatelo, Laura, hay para ti mucho dinero.

—No tengo nada que pensar —dijo, tocando el timbre para que entrara el funcionario.

—Habla primero con mi abogado.

—¿Por qué? —preguntó, mientras le hacía un gesto al hombre que miraba por el cristal, para que entrara.

—Habla con mi abogado —repitió él, por toda respuesta, pues el funcionario acababa de abrir la puerta y hacer acto de presencia.

Matías no quería dar el interruptor del cuadro general de la luz, para evitar cualquier contratiempo. Había encontrado en el garaje de la casa una potente linterna, y en el salón una radio a pilas a través de la que seguía las incidencias del caso.

Se había dirigido a la cocina para prepararse la cena y en esos momentos estaba en la despensa, gracias a Dios repleta de latas de conserva, embutidos envasados al vacío y pan tostado de molde. Pero lo que más le tranquilizó fue la bodega, que atesoraba buenos caldos de las mejores denominaciones de España. Y el whisky no faltaba en el mueble bar.

—En unas semanas me habrán dejado de buscar —dijo, con la boca repleta de calamares en su tinta, mientras llenaba la copa de vino.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, alumbrado por varias velas olorosas, de las decenas de ellas que había en la casa.

—Gracias a Dios, Manoli es una viciosa de las velas —dijo, hablando solo—. De las velas y... ¡de los cirios...! —añadió, con una sonrisa maliciosa, jugando con el significado de las palabras.

Laura caminaba por el lujoso pasillo de un caro bufete de Madrid. El abogado de Aurelio la estaba esperando.

—Las pruebas aportadas por el Centro Nacional de Inteligencia contra mi defendido, aunque son concluyentes en cuanto a sus relaciones con esa mafia rusa, no lo son tanto en cuanto a la comisión de un delito —informó el abogado.

—Si es una cosa... ¡Será también la otra! —razonó Laura.

—No tiene por qué. El capo con el que se relacionaba comercialmente Aurelio, no tenía un rotulo escrito en la frente que dijera: “Soy un hampón”. Aurelio entró en tratos con él, en la creencia de que era un honrado empresario ruso afincado en España para disfrutar de nuestro sol.

—Si eso fuera tan fácil... ¡Jamás cogeríamos a nadie! —dijo Laura.

—Es que de esas mafias... ¡Jamás cogen ustedes a nadie! —replicó irónico el abogado.

—Eso es verdad — confesó Laura, muy a su pesar.

—Reconoceremos irregularidades administrativas en la compraventa de obras de arte. Así como en los permisos de importación y exportación, y en cuestiones fiscales.

—Pero eso también es delito.

—En parte delito y en parte falta administrativa.

—La parte delictiva lleva implícita penas de cárcel.

—Cierto, negociaremos con la fiscalía y la fijaremos en menos de dos años. Hay sanción penal, pero no entrada en prisión. Y eso sirve también para don Matías, su padre.

—¿Y la agenda con los detalles de la operación “Gato de fuego”?

—Usted le había pedido que la mantuviera informada, a través de sus contactos. Mi cliente supo, de boca de su padre, que ese era el nombre oficial que le había puesto la Policía.

—Sí, a nuestra operación en Guadarrama, ¿y qué?

—Que al tratarse igualmente de asuntos relacionados con la Motorista, empleó ese nombre en su agenda, como mera referencia, para anotar el resultado de sus gestiones. Después cogía su agenda e informaba a la Policía, a usted concretamente, como de hecho hizo. ¿Es delito colaborar con las Fuerzas de Seguridad del Estado?

—El atraco está planificado paso a paso.

—El atraco... ¡Está descrito paso a paso!, que es diferente. Tomaba sus notas a medida que iba llegando información de sus contactos, antes, durante, y después de perpetrarse. Las anotaciones no tienen fecha, nadie puede determinar si están escritas antes o después.

—Sí pueden, por su redacción. Paso primero, localizar una motocicleta...

—Simplemente estaba estructurando el modus operandi de esa Kalashnikova, para cotejarlo con el de la Motorista, y poder determinar si sus informadores eran solventes.

—Todo eso es una sarta de patrañas que ningún juez creará.

—O lo creen, o demuestran lo contrario. Lo creerán si usted y su inspector jefe lo corroboran.

—Lo que voy corroborar es que son una pareja de sinvergüenzas, además de poner su trama al descubierto.

—¿Cree usted que un juez en España, se va a creer que todo un director adjunto operativo de la Policía Nacional, planifica un atraco para encelar a su hija, y que esta acabe casándose con un amigo de la familia? Existen otras formas más sencillas de hacer eso, especialmente si el pretendiente es multimillonario, como es el caso. ¿No le parece?

—Pero es que esa... ¡Es la verdad!

—Mire, Laura, llevo muchos años ejerciendo la abogacía. Y a juzgar por el resultado de los casos que he llevado, creo que no pecco de inmodestia si afirmo que no se me da mal del todo.

—Yo nunca he puesto eso en duda.

—Lo sé, pero era necesario decírselo para asentar la siguiente máxima, que he tenido que aprender dolorosamente, pues hubo un día en que yo fui joven e idealista como usted.

—¿Cuál es esa máxima? —preguntó ella intrigada.

—Nunca acudas a un juez con la verdad, si esta es increíble.

—¿Entonces qué hay que hacer?

—Fabricarle al juez una mentira creíble. En eso consiste el trabajo de abogado, algo que yo tardé en entender. Corrobore usted la mentira que hemos fabricado.

—En el testimonio que prestó Aurelio ante la juez Magdalena Rivera, siguiendo sus instrucciones, negó de plano cualquier relación con la mafia rusa y que me estuviera informando del asunto.

—A esa hora desconocíamos el resultado del registro de su casa y el hallazgo de la agenda. He tenido que hacer unos... “retoques”, en la línea de defensa. Eso es habitual, lo realmente importante es el juicio.

—Hay un problema con el que usted no ha contado —dijo Laura.

—¿Cuál? —preguntó el abogado, vivamente interesado.

—Nuestros testimonios pueden ser echados por tierra, mediante la declaración de los capos detenidos en la Costa del Sol.

—No existe tal problema —informó el abogado sonriente—. Esos capos jamás delatan a sus clientes ni intermediarios. Son pactos entre caballeros, recogidos en viejas leyes no escritas, pero que nadie viola nunca. Instinto de conservación, por eso no cogen ustedes nunca a ninguno.

—¿Pactos entre caballeros? Será pactos entre sinvergüenzas —replicó ella con ironía.

—Respalde usted nuestra versión y coja el dinero que mi cliente ha puesto a su disposición. Hágame caso, Laura.

—No me habló de ninguna cantidad.

—Cinco millones de euros.

—¡Santo Cristo!

—En valores al portador, negociables. Están depositados en un paraíso fiscal, es irrastreable.

Día noveno

Jueves

—¡Mairena! —gritó Laura, asomando la cabeza por la puerta de un despacho del complejo policial de Canillas.

—Dime, jefa.

—Échame una mano con mis cosas.

Al poco rato, la ex comisario Laura Bernal y el subinspector Mairena, caminaban cargados con sendas cajas de cartón, con todos los efectos personales de Laura.

A primera hora de la mañana de ese jueves, Laura había firmado su cese en el cargo de comisario y había solicitado la excedencia como funcionaria del Cuerpo Nacional de Policía. Había dicho a sus compañeros y colaboradores que no quería ninguna despedida. Tan solo había quedado con el inspector jefe, Lafuente, para cenar.

—Aunque ya no seas nuestra comisario, siempre serás la jefa —dijo Mairena ceremoniosamente, después de meter las cajas en el maletero del BMW.

—Tú sí que sabes, Mairena —le espetó Laura, con la expresión que escuchara a Jaime en el Corazón de metal y que le había gustado—. Tres mil al mes, más dietas y gastos, fines de semana libres, cuando lo permita el servicio, y trabajos de investigación y seguimiento.

—¿De qué demonios me estás hablando? —preguntó Mairena, con gesto de incompreensión.

—De la agencia de detectives “LAURA”. Acabo de alquilar una oficina en un centro de negocios, estas cajas van para allá.

—¿Cuándo empiezo, jefa?

—¡Ya! Se lo dices a Juan, te quitas el uniforme de madero y nos vamos. Mañana vuelves a arreglar los papeles. La comida y las copas corren de cuenta de la empresa.

El subinspector corría por los pasillos del complejo, camino de su taquilla, desnudándose por el camino.

Al momento regresaba con sus vaqueros y una cazadora de cuero, luego el BMW salía de las dependencias policiales y se perdía entre el tráfico de Madrid.

—¿A quién hay que seguir e investigar? —preguntó Mairena por preguntar.

—Como norma general, a quienes nos indiquen nuestros clientes.

—¿Y como norma especial? —insistió intrigado.

—A Sandra María Concepción de Sancho-Pedrales y de la Fontaine, cuyo nombre artístico es la Princesa del blues y cuyo alias es la Motorista. La puta psicópata, de tetas afiladas y andares de pantera, por la que el cabrón de mi marido y su compinche, el ex subinspector Mairena, aquí presente, perdían el culo.

—Hazte cargo, jefa...

—Ya me lo he hecho, Mairena. Ahora, haceos cargo vosotros.

—¿Nosotros?

—Esta noche iremos a El Brujo a reclutar a Johnny. Pero antes hemos de hacer unas gestiones —dijo, justo en el momento en que accedía al parking del centro de negocios.

—¡Vaya vista que tenemos, jefa! Y... ¡Equipamiento de lujo! El alquiler tiene que costarte un pastón —exclamó Mairena asombrado, cuando accedieron al despacho en la última planta de un moderno edificio.

—Lo que me sobra es dinero. Ya disfrutarás de las vistas, ahora tenemos que marcharnos.

—¿Adónde? —preguntó curioso.

—Al Corte Inglés de Preciados. La Reina del rock tiene que comprarse ropa.

La Volkswagen Transporter de la Metal Blues Band, viajaba hacia el Norte, camino de Gijón, con Manolo al volante.

A escasos metros, un coche camuflado de la Guardia Civil seguía su estela.

En el Ministerio del Interior no se aclaraban. Y ante el follón que se había organizado con la detención de la Kalashnikova en Málaga, la trama de corrupción policial, y la detención de una rockera aristócrata afincada en Guadarrama, ya no sabían qué pensar.

Trabajaban sobre las dos hipótesis y habían ordenado un seguimiento discreto de las actividades de la banda.

—¿Todavía tenemos detrás a la pasma? —preguntó Jaime a Manolo, que hacía rato que los había detectado.

—Sí —replicó lacónicamente el batería, mientras miraba por el retrovisor.

—No es la pasma, son picoletos —aclaró Mario.

—No os quejéis, con esta historia estamos sonando en toda España. En Gijón se acabaron las entradas para nuestro concierto... ¡el primer día! Creo sinceramente, Fatman, que tenemos que sentarnos a revisar mi contrato —manifestó Sandra.

—Tú sí que sabes, Princesa.

Mairena bajaba por las escaleras mecánicas de El Corte Inglés, cargado de bolsas.

Laura había estado entrando y saliendo, una y otra vez, de los probadores de distintas secciones, para recabar la opinión de su subinspector. Él le daba el visto bueno, también una y otra vez, sin salir de su asombro.

Mairena hizo un gesto de alivio cuando depositó las bolsas en el maletero del BMW, al poco se encontraban de nuevo entre el caos circulatorio de Madrid.

—¿Ahora adónde, jefa?

La pregunta era del todo innecesaria, pues ella ya estaba dando el intermitente para aparcar en un hueco, que encontró milagrosamente, frente a una tienda de instrumentos musicales.

—Quiero un bajo Sadowsky y una maleta de esas, como las que tienen los músicos que tocan en la calle, para enchufarlo —espetó Laura al dependiente, ante el asombro de Mairena.

El hombre la miró extrañado. De las palabras que acaba de escuchar, dedujo que su cliente no era del gremio y no tenía ni idea de lo que acababa de solicitarle.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó el dependiente, con la intención de ayudarla a elegir el instrumento adecuado.

—¡Para colgármelo de los huevos! —le espetó Laura a la cara, sacando a relucir el repertorio de sus hombres.

—No me malinterprete, señora, ese es un instrumento muy caro. Se fabrica a mano, está considerado como el mejor bajo del mundo. Le sorprendería ver el precio. Para aprender tengo otros modelos más indicados y muy económicos.

—Y a usted le sorprendería ver el saldo de mi cuenta corriente. O me vende usted el Sadowsky o voy a comprarlo a otro sitio, pero no me haga perder un tiempo que no tengo.

Esas palabras sonaron como un estampido en la cabeza de su interlocutor. Solamente era un empleado y si su jefe se enteraba de que había perdido una venta de ese importe, significaba el despido inmediato.

Cinco minutos después, Mairena salía de la tienda cargado con un amplificador Behringer y el Sadowsky. Gracias a Dios, solamente era cruzar la acera.

—Mairena, ¿dónde podemos pillar? —preguntó Laura, al tiempo que arrancaba.

—¿Pillar qué, jefa?

—Marihuana. Que sea buena y... ¡con discreción!

—¿Para quién?

—Para la Reina del rock y para ti.

—Buena, barata y con discreción, en El Brujo, en el desván de Johnny, o la que lleva este servidor en el bolso de la chupa —replicó Mairena, que ya no entendía nada.

—¿Dónde pillas tú?

—En el mismo sitio que Johnny y Bruno.

—¿Dónde?

—En una comisaría.

—¡La madre que os parió! —exclamó, mientras giraba y ponía rumbo a Pozuelo.

—Jefa, por aquí no se va a tu casa —advirtió Mairena, al ver que Laura tomaba una avenida de Pozuelo que no era su ruta habitual.

—No. Por aquí se va al chalet de mi padre.

—Pero... ¡él no está!

—Ya, pero yo tengo las llaves. He hablado con Lafuente, el chalet no está precintado, no encontraron nada en el registro. Puedo entrar tranquilamente.

—¿Y puedo saber qué vamos a hacer allí? —preguntó el subinspector intrigado.

—Tú, a ejercer de cerrajero.

—¿Para abrir qué? ¿No has dicho que tienes las llaves? —insistió, más intrigado todavía.

—Te vas a enterar enseguida —replicó Laura, deteniendo el coche.

Una cancela de apertura automática comenzó a abrirse, ante el afilado morro del BMW, en seguida llegó al final de su recorrido.

—Buenos días, venimos a revisar la casa de mi padre y a verificar que el gas y la electricidad estén cortados —dijo Laura, a través de la ventanilla, a dos hombres sentados en un coche blanco aparcado en la acera.

—¿Picoletos? —preguntó Mairena, mientras observaba cómo los dos hombres hablaban entre ellos, y después asentían con la cabeza mirando a Laura.

—Mairena, si quieres conservar tu puesto de trabajo, tienes que centrarte. No me hagas preguntas idiotas.

—Perdona, jefa. Venía distraído.

El BMW accedió al sendero de cemento y al momento se detuvo frente a la puerta del garaje.

—Ven conmigo —le ordenó Laura, que ya estaba con las llaves de la mano.

Subieron las escaleras interiores y entraron en el dormitorio principal. Luego Laura abrió la puerta de acceso a la terraza.

—Tienes que abrir una puerta igual que esta, Mairena —le informó, mientras exploraba con la vista el parque comunitario.

Estaba desierto y no se veía a nadie en las terrazas de los otros chalets. Laura miró el reloj satisfecha, era la hora de comer.

—¡Esto está chupado, jefa! Fuerzo un poco el borde de aluminio con un destornillador plano y levanto el pestillo con un acero flexible, una espátula muy delgada o algo similar —sentenció Mairena, observando la cerradura.

—En el garaje están las herramientas, coge lo que necesites. ¡Y ponte guantes!, no quiero que plantes los dedazos en ningún sitio. Hay varios pares para trabajos de jardinería, tráete otros para mí.

Laura exploraba el horizonte con la mirada, mientras escuchaba el vocabulario cuartelero del subinspector, que se afanaba con el destornillador. Pero al cabo de un momento, la puerta de la terraza del chalet de al lado se abrió.

—¡Papá! —gritó Laura, entrando en el dormitorio.

Mairena dio un respingo sin salir de su asombro.

—¿Tu padre está aquí?

—¡Papá! —gritó Laura de nuevo, accediendo al pasillo.

El silencio seguía siendo la única respuesta.

—Sé que estás aquí. Vengo a ayudarte —insistió ella.

—¡En la cocina! —oyó en la distancia, la familiar voz de su padre.

Al momento estaban frente a frente, con el subinspector atónito a su lado.

—Buenos días, don Matías —saludó cortésmente Mairena.

—¿Cómo me habéis encontrado? ¿Aurelio se ha ido de la lengua?

—Papá, tienes que entregarte —le dijo ella por toda respuesta.

—No pienso ir al trullo. Esperaré unos días, a que levanten la vigilancia, y me iré a un país sin tratado de extradición.

—No, lo tenemos ya todo estudiado. Te entregarás ahora mismo a los agentes que vigilan fuera. Estarás unas horas detenido, mientras se arregla el tema de las fianzas. Luego pactarás con el fiscal una condena inferior a dos años y no habrá ingreso en prisión.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El abogado de Aurelio.

—¿Qué te ha contado Aurelio?

—Todo. ¡Sois unos cretinos!

—¿Todo? —insistió Matías recelando.

—¡Sí, todo! No le quedaba otro remedio, la Policía encontró en su casa la agenda con la planificación del atraco de Málaga, paso por paso.

—¡La madre que lo parió!, le advertí que debía quemar las hojas —maldijo Matías—. “Tranquilo, socio. Esto se irá conmigo a la tumba.” —ironizó, repitiendo las palabras que pronunciara el anticuario en el restaurante de Moraltarzal

—Pues la agenda no se irá con él a la tumba... La tiene la juez Magdalena Rivera en la Audiencia Nacional, pero a lo hecho, pecho. Mi testimonio, y sobre todo el de Juan Lafuente, Mairena, y el resto del equipo, acreditará que no tuvisteis nada que ver con el atraco de Málaga. Estabais informándonos...

—¿Y eso colará?

—Tú llamaste a Juan Lafuente, el día anterior al del atraco, diciéndole que queríais verme urgentemente. Teníais informes que apuntaban a que la Motorista era una ex agente de los países del Este, afincada en la Costa del Sol.

—¡Cierto! —exclamó Matías, sintiendo cómo la esperanza anidaba en su pecho. Con la preocupación de las últimas horas, no había tenido la serenidad necesaria para pensar las cosas.

—Esa conversación quedó grabada en el sistema de seguridad de Canillas.

Matías dio un respingo. Esas eran pruebas de peso, y de mayor valor que los testimonios, pues eran objetivas.

—Luego Juan me llamó a mí, conversación que también quedó grabada, y acto seguido yo llamé a Aurelio. Aunque esa última llamada no quedó registrada, pues la efectué desde mi teléfono móvil, pueden cotejarse las horas mediante la facturación de la compañía. Esas son pruebas irrefutables de inocencia.

—¿Y las operaciones con las obras de arte?

—El abogado de Aurelio lo tiene todo estudiado. Por cierto, vamos a medias, papá. Ahora, Aurelio, tú y yo, somos socios. ¿No queríais meterme en el negocio?

—Claro, hija, pero... tú... a lo que eres —balbuceó Matías, atónito por la nueva actitud de su hija.

—A lo que era, querrás decir.

—¿A qué obedece ese cambio repentino?, si puedo saberlo.

—A una puta psicópata, atracadora de joyerías, que se folla a mi marido en la piscina olímpica que tiene en su dormitorio, al tiempo que bebe bourbon y fuma marihuana. Y mientras tanto, yo me dejo la piel en un despacho trabajando quince horas diarias, no se aún para qué ni para quién.

—¿Y qué vas a hacer?

—Con mi parte en el negocio, ¿crees que tengo que preocuparme por mi futuro laboral?

—¡Claro que no!, pero...

—Voy a dedicar el resto de mi vida a recuperar a mi marido...

—Perderás el tiempo, ese no cambiará jamás.

—¡Pero yo sí! Si Mahoma no va a la montaña... Luego, iré a cazar a la Princesa del blues.

Laura hizo un gesto a Mairena y se dio la vuelta para comenzar el ascenso de las escaleras.

—Por cierto —dijo a su padre, girando la cabeza—. Ya no soy la comisario Bernal. Ahora soy Laura, la Reina del rock.

Aurelio estaba de nuevo en la sala bis a bis de la prisión de Alcalá-Meco. Su abogado le estaba informando.

—La fianza está depositada, tu puesta en libertad hasta la celebración del juicio es inminente.

—¿Cómo son las perspectivas? —preguntó, ansioso de noticias.

—Inmejorables. Matías llamó a Canillas, antes del atraco, alertando al inspector jefe de que tú tenías información sobre la Motorista. Eso no solamente excluye tu responsabilidad, sino que además te acredita como un ciudadano ejemplar que colabora con las Fuerzas de Orden Público.

—Pero tienen que corroborarlo ellos, y Laura dijo...

—La conversación quedó grabada por el sistema de seguridad del complejo policial. Además, lo corroborarán. Laura ha aceptado el dinero...

—Pero, la fuga de Matías nos perjudica. Da crédito a las acusaciones que pesan contra nosotros.

—Una niñería, se puso nervioso. Eso puede pasarle a cualquiera, tal y como le estará diciendo a la juez en estos momentos...

—¿Lo han cogido? —preguntó extrañado.

—No, mucho mejor que eso; se ha entregado. Creo que ahora tenéis...

—¿Qué? —urgió Aurelio, al ver que el abogado titubeaba.

—Una jefa.

Los ojos de Mairena estaban fuera de sus orbitas.

—¿Iron Maiden, Barón Rojo, o Rolling Stones? —preguntó Laura, plantada en la puerta de su dormitorio, exhibiendo tres camisetas negras en sus manos, con sus braguitas como único atuendo y sus voluminosos pechos al aire.

—Los Rolling, por supuesto —farfulló el subinspector, aún atónito.

—De acuerdo y, ¿tejanos rotos o minifalda de cuero?

—¿Adónde vamos a ir?

—Al Brujo, al concierto de Johnny.

—La minifalda.

—Gracias. ¿Con quién te meterías en la cama; con la Princesa del blues o con la Reina del rock? Y no me engañes, Mairena.

—¡Joder!

—Para eso precisamente, Mairena... ¿Con cuál?

—Con las dos —dijo ipso facto.

—¡No me engañes! —repitió ella.

—¡Te lo juro! —aseguró él sin disimular, pues lo que estaba viendo no dejaba lugar a la duda.

—¡Mi reinado no puede empezar mejor! —exclamó Laura, dándose la vuelta y entrando de nuevo en el dormitorio.

El subinspector no quitaba ojo de los movimientos de cadera de la que hasta ese día había sido su comisario, y que ella se encargó de acrecentar.

—Hay muchas cosas que he dejado olvidadas entre rimeros de expedientes y la hora de comenzar a recuperarlas... ¡Ha llegado! —exclamó Laura, revolviendo entre decenas de bolsas de El Corte Inglés.

Mairena no ganaba para sustos.

La Reina del rock acababa de irrumpir en el salón.

—¿Qué te parezco, Mairena? ¡Y no me engañes!

—La Princesa del blues ha muerto. ¡Viva la Reina del rock! —manifestó él, con auténtica admiración.

—Espero que no, tengo que ponerle los grilletes. Y a los muertos no se les puede esposar —rió ella orgullosa.

La Princesa del blues no había muerto.

En esos momentos se esforzaba en acarrear, junto con Mario, la gran mesa de mezclas al interior del bar de Gijón, que esa misma noche acogería el concierto de la Metal Blues Band.

Jaime, Manolo y el Niño, la miraban sin dar crédito a lo que veían, tomándose unas cervezas sentados a la barra.

—¡Tenemos dos pipas! —observó el Niño, frotándose los ojos.

—Ahora le da por trabajar, después de... ¡diez años! ¡Increíble! —exclamó Jaime.

—Tenías que haberte puesto un tricornio de picoletto, Fatman. Te hubiera hecho más caso —opinó el batería.

—Tú sí que sabes, Oso —exclamó Jaime.

—No les hagas caso, cariño, nosotros a lo nuestro —dijo Sandra a Mario, mientras se limpiaba el sudor de la frente con el guante—. ¡Dejadnos algunas birras! —les gritó, al salir hacia la furgoneta para un nuevo acarreo.

—Cuando estaba en el baño, me ha llamado un compañero al móvil —dijo Mario con tono intrigante.

—Ya me parecía que tardabas. ¿Y qué te ha dicho? —preguntó Sandra curiosa, cogiendo una gran pantalla acústica de la furgoneta.

—Por lo visto, la comisaria ha dejado la Policía Nacional y ha montado una agencia de detectives privados con Johnny y el tal Mairena. Llamó al capitán, a Guadarrama, para decírselo.

—¡Vaya! La habrán echado, que se joda la madera.

—El caso es que le ha dicho a Basilio que te va a perseguir hasta el fin del mundo, y que no parará hasta que te ponga los grilletes.

—¡Huy, cariño! No me digas a mí esas cosas, que no me he traído bragas de repuesto.

—Estoy pensando que podíamos marcharnos a hacer la gira por el Caribe.

—¿Tienes miedo?

—La tía esa es una mandona, lo supe el primer día que me interrogó, es muy lista y perseverante. No se rendirá jamás.

—Déjame jugar un poquito con ella, cariño.

—¿Y si nos coge?

—No sé si aguantaré mucho tiempo sin sentir la adrenalina corriendo por mis venas, tumbada en la moto sobre el depósito de la gasolina, huyendo del lugar del atraco, con esa madera pisándome los talones —dijo ella, con la mirada perdida—. Podemos reclutar a algún nuevo agente doble —se le ocurrió decir de repente.

—¿Dónde?

—En el Corazón de metal, es un encargo muy sencillito. Si va a coger a su marido para la agencia de detectives, lo lógico es que Johnny comente algo en el bar de Vallecas.

—¿Quieres meterle un espía en El Brujo?

—Exacto, cariño. Eso Mati nos lo borda.

—¿Mati? ¿Vas a meterle a Mati? —preguntó Mario estupefacto.

Mati había salido de España con dieciocho años y regresó con cincuenta bien cumplidos, chapurreando cinco idiomas y con una vida de novela a sus espaldas. En el largo camino había dejado novias en Inglaterra, Francia, Rusia, Suecia, los Estados Unidos y Laponia... ¡De las que se acordara a bote pronto!

Era un incondicional de los discos de vinilo, que atesoraba por miles en su casa. El Corazón de metal era su devoción, el rock and roll su pasión, y su amiga Sandra su perdición.

Cuando se tomaba una cerveza de más, comenzaba a canturrear en inglés y a contar las peripecias que le habían acaecido por el ancho y venturoso mundo.

—Te cojo prestado tu teléfono —dijo Sandra, con el móvil de la mano, dirigiéndose al baño—. Al saxofonista ya lo conoce por sus actuaciones en el Corazón de metal. A Laura también, ha salido en todos los periódicos.

A los cinco minutos, Sandra regresaba del baño con cara de triunfo.

—Esta noche se dejará caer por allí. Le he dicho que las copas corren de nuestra cuenta, ya sabe que estás conmigo.

—Espero que no empiece a cantarle en inglés y a explicarle la persecución por las carreteras de Tijuana en el Cadillac blanco, porque el tal Bruno lo echa de El Brujo de una patada en el culo y nos quedamos sin espía —deseó Mario.

Pero Sandra no le escuchaba, su cabeza estaba en otro sitio.

—Esa tía me pone. Me la imagino con su uniforme azul y el gesto adusto, arengándote ante tu capitán.

Entonces la Princesa del blues adoptó un gesto serio y ahuecó la voz, mientras se ponía en posición de “firmes”, dando un taconazo y llevándose la palma de la mano a la cabeza, imitando el saludo militar.

—¡Todo por la Patria!

—¡Todo por el rock and roll! —explotó Laura muerta de risa, sentada en el suelo del salón de su casa, con Mairena a su lado estupefacto.

No se le habían ido de la cabeza esas palabras, que Mario pronunciara ante su capitán después de desnudarse.

La Reina del rock había estado aprendiendo a hacer porros de marihuana.

Mairena la había enseñado pacientemente. Había gastado ya un librito entero de papel, pero Laura por fin tenía entre sus dedos uno que se podía fumar.

Que era exactamente lo que estaba haciendo en esos momentos.

—Te ha quedado un poco gordo, a eso lo llamamos “trompeta”. Ten cuidado, jefa, que tú no estás acostumbrada.

Pero la jefa no tuvo cuidado.

Primero, una permanente sonrisa se asentó en sus labios.

Luego, fue una sensación de indiferencia hacia el resto del mundo.

Después, comenzó a volar sobre una nube.

Y por último, se sentó en el suelo y empezó a revolcarse de risa.

Mairena la observaba a su lado excitado. Las largas piernas abiertas constituían una provocación y las finas braguitas, que se exhibían con toda libertad al habersele recogido la minifalda, una tentación.

—Porque soy amigo de Johnny, que si no... —explotó Mairena, que no podía más.

—¿Si no, qué? —preguntó ella provocativa, echando chispas por los ojos.

—Me voy a morder la lengua, jefa...

—¡Huy! ¡Cariñito! Qué cositas más bonitas me dices... Quedas ascendido a general. ¡El general Mairena!

Laura no pudo seguir hablando, pues comenzó otra vez a desternillarse de risa.

El subinspector la miraba obnubilado.

—¡Johnny, que suerte tienes, cabrón!

—“Mairenita...” —decía Laura, que se lo estaba pasando en grande—. Ahora enseñame a tocar rock con el Sadowsky.

—Tenemos que ponernos en pie.

—¡Huy! ¡Cariñito! Qué cositas me dices... ¡Que me ponga en pie! Laura, cariño, ¿has oído?; dice el general Mairena... ¡Que nos pongamos en pie...!

La Reina del rock empezó a revolcarse por el suelo de nuevo.

—Mairena, ordénale al Sadowsky que se siente con nosotros... —comenzó a decir, mientras otro ataque de risa llegaba avistarla.

Le costó un triunfo.

A base de paciencia y más paciencia, el subinspector consiguió que Laura se sostuviera sobre sus piernas, medianamente derecha, mientras poco a poco le iba volviendo la compostura.

—De todas formas, yo no entiendo por qué el Estado tiene que prohibir esta maravilla —manifestó Laura, convencida de lo que decía—. No hacemos daño a nadie.

—Porque para el Estado, “*Somos ganado rentable... todo está bajo control*”. ¿No te suena eso? Está en el repertorio de la Metal Blues Band —le dijo Mairena.

—¡Pónmelo! —estalló ella, con los ojos centelleando. Aun no se le habían pasado los efectos del porro y acababan de mencionarle la fruta del árbol prohibido del Edén.

Al momento, “Dictadura consentida” sonaba en el salón.

“*Avaros viven como dioses/mientras somos pastoreados/somos un inmenso rebaño/de borregos amansados*”.

—Esta la canta el batería —informó Mairena.

—¿El Oso? Pero, ¿también canta? Quiero oírla. No se lo digas a nadie, pero la otra noche, me la casqué... Vosotros, los tíos, decís así, ¿no, Mairena?

—Exactamente, jefa —confirmó el subinspector, atónito por el inusual comportamiento de su ex comisaria.

—Eso me parecía —dijo Laura satisfecha—. Como te decía, estaba pensando en él, con sus brazos como mazos y ese pecho de oso que tiene, lleno de pelos. Encima es el que manda cuando están tocando. Por lo visto, las baquetas esas son como el bastón de un mariscal. ¿Quieres que te lo cuente con pelos y señales?, la Princesa del blues hablaba de todo con Charly, tengo que ir acostumbándome. Si quieres coger a una psicópata, has de pensar como ella.

—Sí —musitó Mairena, con un hilo de voz—. El Johnny, de esta me mata.

—Yo estaba desnuda, sentada sobre Manolo, con la Metal Blues Band sonando a toda caña, estaban tocando “La burra”... ¡Pónmela, Mairena! —pidió ella, interrumpiendo el relato.

Al momento la estaba escuchando, mientras un escalofrío sacudía su cuerpo. Por su sangre aún circulaba la marihuana y los sueños aparecían reales a sus sentidos.

“Tirones “p’aquí” tirones “p’allí”/la puta la burra no quiere salir/tirones “p’acá” tirones “p’allá”/la puta la burra se queda “atollá””

Decía Jaime, lijando el aire del salón con su áspera voz saliendo de los bafles.

—¡Qué bonita es! Yo me apoyaba con las manos en sus pectorales, mientras Manolo agarraba mi culo con sus manazas y me lo meneaba con sus brazos de oso al ritmo de la percusión; culo “p’aquí”, culo “p’allí”/culo “p’acá”, culo “p’allá”.../¡La puta la burra está “desbocá”!... ¡Hazte cargo, Mairena...! ¡Con esos meneos que me traía yo en mi cabeza!

—Me hago cargo, jefa.

Lura se dirigió a la cadena musical y giró el mando del volumen a su máxima potencia. Luego se colgó del cuello la bandolera del Sadowsky y comenzó a contonearse extasiada al ritmo de la música, simulando que tocaba.

“El cura tira del rabo/el sacristán de la pata/y así tira de la sogay así tira de la albarda...”

—La Reina del rock va a componer su primer tema —sentenció, cogiendo un bolígrafo y un papel, y saliendo disparada hacia la mesa del comedor.

Mairena la veía concentrada, mientras él saboreaba una copa de Jack Daniel’s escuchando a la Metal Blues Band. Estaba excitado, pensando en su nuevo futuro laboral con su nueva y sorprendente jefa. Atrás quedaban las horas de tedio en la Policía, y la insufrible obligación de estar permanentemente sometido a una disciplina cuartelera.

Por ironías del destino, la mujer que precisamente impartía esa disciplina, era la que había puesto un nuevo y excitante horizonte en su vida.

—¡Madre mía! ¡Qué hambre tengo! —exclamó Laura de repente.

Pese a que era media tarde y habían comido bien en un restaurante cercano, al salir del chalet de su padre, Laura se dirigió hacia la cocina y se abalanzó sobre una fuente de carne con tomate, que tenía preparada en la nevera. Con una mano manejaba el tenedor, que entraba y salía de la boca con una velocidad de vértigo, y con la otra mojaba continuamente pan en la salsa.

Mairena la contemplaba asombrado, riendo al verle los hocicos llenos de salsa de tomate.

—Es que la marihuana abre el apetito —le informó.

—¡Dios!, ya me estoy dando cuenta —replicó ella, que en toda su vida había tenido tanta hambre.

Dio buena cuenta de la fuente de carne, luego se sirvió una copa de Jack Daniel’s y cogió el paquete de Winston, que guardaba en casa para las ocasiones. Laura apenas fumaba, era una fumadora social que solo abusaba del tabaco en las cenas y otros compromisos. Es decir casi nunca, la única excepción que hacía era la de echarse un cigarrillo en el balcón por las noches.

—¡Madre mía!, ¡qué tarde es! ¡En marcha, Mairena! —decidió, levantándose resuelta—. Conduces tú.

El potente BMW, con el subinspector al volante, abandonó Pozuelo y se adentró en el tráfico de la autopista rumbo a Vallecas. Laura iba a su lado, y en el asiento trasero viajaba el Sadowsky.

—Después de fumarle la “trompeta”, ¿no habré dicho ninguna inconveniencia, verdad? —preguntó ella preocupada.

—Para nada, has estado estupenda, jefa. Una auténtica reina del rock —dijo Mairena, sonriendo para sus adentros.

—¿Dónde he puesto la canción que compuse?, porque después de escuchar “La burra”, compuse la letra de una canción, ¿no? —preguntó dudando.

—Las primeras estrofas, luego saliste disparada hacia la cocina y te abalanzaste sobre la carne con tomate.

—Podías haberme avisado de los efectos secundarios —le recriminó ella.

—Ya te avisé, te dije que tuvieras cuidado.

—“Gatos de fuego”, aquí está, la tenía en el bolso de la chupa. Es para decirle a Johnny que le ponga música. Es el primer tema que compone la Reina del rock, irá en nuestro primer disco.

—¿Disco? ¿Qué disco?

—¿Cómo que qué disco? Tengo que tener una banda, como la psicópata, y grabar un disco. Tú le pegas a la guitarra eléctrica, según dijiste. Johnny comenzó en el instituto tocando también la guitarra, Bruno era su batería, y luego estoy yo... Cuando aprenda a tocar el Sadowsky, ¡que esa es otra!

—Aprenderás, jefa. Podre dudar si el sol va a salir mañana o no, pero que tú aprenderás a tocar el bajo... ¡Eso no admite duda alguna! —sentenció Mairena, que conocía la tenacidad y el empeño que ponía, en todo lo que hacía, la mujer que viajaba a su lado.

La tarde llegaba a su fin en Vallecas, El Brujo ya estaba abierto y los primeros clientes comenzaban a acceder al establecimiento.

—¡Come on baby light my fire! —espetó Mati, cantando en inglés chapurrero, nada más entrar, mientras señalaba a Bruno con el dedo.

Al poco, Mati estaba de conversación con Bruno, mientras trasegaba bourbon. En esos momentos explicaba la persecución de unos mafiosos mejicanos, cuando viajaba hasta Tijuana a bordo de un Cadillac blanco, con el que había cruzado la frontera de los Estados Unidos.

Pero Bruno no lo echó del bar.

En su lugar cogió la botella y llenó su vaso otra vez, era un cliente nuevo y había que engancharlo. Además era de los buenos, según juzgó por su aspecto; chupa negra de cuero y camiseta de “Barricada”.

Johnny estaba en la barra con su sempiterna bolsita de marihuana en las manos, iba a hacerse un porro.

En ese momento hizo su entrada en El Brujo como un ciclón.

A Bruno le dio un síncope.

La Reina del rock estaba plantada frente a él, con Mairena y el Sadowsky pisándole los talones.

—Hola, Bruno. Dos Jack Daniel's, por favor... Y otros dos para Johnny y para ti —pidió, saludando al camarero—. Hola, cariño —añadió, dándole un beso a Johnny, que se había quedado petrificado como una estatua de sal.

Laura le cogió a su marido la bolsita de marihuana, sacó del bolso de su chupa el librito con papel de fumar y comenzó a liar un cigarro.

—Como somos muchos, voy a hacer una buena “trompeta” —disimuló, para ocultar que no sabía hacerlos finos.

—¡Johnny, vuelve! —le dijo Mairena, chascando los dedos varias veces ante los ojos del saxofonista.

Pero Johnny no volvía.

Seguía siendo estatua de sal.

Tan solo cuando olió el aroma de la maría, que emanaba del cigarro que Laura aproximaba en esos momentos a sus labios, se rompió el hechizo.

—Tu futuro laboral te lo aclarará Mairena, ahora vamos a lo que nos interesa. Ponle música a esto —pidió su mujer, plantando ante sus ojos un papel.

Johnny desplazó sus miedosos dedos hacia adelante y tocó el rostro de su mujer.

Luego la rodeó con sus dos brazos por la cintura.

Después, se quedó mirando sus largas y torneadas piernas.

Por último, deslizó sus manos por la cadera y le tocó el culo.

—¡Laura! ¿Qué te ha sucedido? —preguntó Johnny, cuando comprobó que sus ojos no lo habían engañado.

—No te enteras, Johnny. Tu mujer ya no es una madera, ahora es la Reina del rock, y nosotros ahora somos sus guitarristas. Eso sí... ella sigue siendo nuestra jefa —informó Mairena.

—¡Joder!, no puedo faltar de casa.

—Concéntrate en lo que te he pedido, Johnny, tienes que ponerle música a esto —repitió Laura, agitando el papel ante sus ojos—. Quiero música rock.

—¿“Gatos de Fuego”?

—Exacto, el nombre de nuestra banda, de nuestro primer álbum y de su tema central.

—¿Banda? ¿Qué banda?

—Bruno a la batería, Mairena y tú a las guitarras, y yo al bajo... cuando me enseñes —dijo, señalando hacia el instrumento que sujetaba Mairena entre sus manos.

—¡Joder! ¡Un Sadowsky!

—¡Exacto!, como el de la Princesa del blues...

—¡No me lo puedo creer! ¿Estás haciendo todo esto, para...?

—Para cazar a esa psicópata —le cortó ella.

—Una banda es cara de mantener.

—Fondos ilimitados, Johnny.

Mairena lo miraba, asintiendo con la cabeza de forma rotunda. La conversación con Matías, aun fresca en su memoria, no le dejaba lugar a las dudas. Su jefa se había cambiado de bando... ¡Y a qué precio!

—Está bien —dijo Johnny, cogiendo el papel—, déjame unos días...

—Tienes cinco minutos. Sirve más bourbon, Bruno. Para ti también.

—¡Ahora le entran las prisas! —sermoneó Johnny, vaciando el vaso de un trago y poniéndose en pie—. Vamos a hacer una prueba, Bruno saca las baquetas —añadió, dirigiéndose al escenario, donde descansaban los instrumentos que ponía el negocio a disposición de las bandas, los días de concierto

Cogió una guitarra Fender y se la entregó a su compañero.

—Toma, Mairena, te la cambio por el Sadowsky.

Johnny lo acarició como se acaricia a un hijo, se pasó la bandolera por el cuello y lo enchufó ceremoniosamente al equipo.

—¿Quién va a cantarla? —preguntó Johnny.

—Yo —replicó segura Laura.

—Bien, yo empezaré para darte el tono, luego sigues tú.

Bruno y Mairena se esforzaban en conectar el amplificador, mesa, y micrófonos, ante la mirada expectante de la reducida concurrencia. Gracias a Dios, aún era pronto.

—Bruno, vamos con un rock and roll cañero, estilo “Motor Head”. Entrás con doble bombo, después de los estribillos marcas un silencio, metes timbales, y te seguimos todos con el riff de estrofa. ¿Enterado?

—OK, Johnny.

—Mairena, ¿estás listo? —preguntó Bruno.

—¡Dale Bruno!

—¡Vamos “p’allá”! —exclamó el batería, agitando las baquetas en el aire. Luego, chocaron tres veces y la voz de Johnny se adueñó de El Brujo.

“La noche está agonizando/tiene una herida mortal/cruje con su último aliento/el alba está al despuntar”.

Decía Johnny, con el papel que le había entregado Laura de la mano. Luego se lo dio a ella.

El Sadowsky rasgaba el silencio, al tiempo que los ojos del hombre que daban vida a sus cuerdas, se clavaban en los de su mujer para darle la señal de entrada.

Johnny enmudeció.

Y entró Laura.

“Chupa negra de cuero/una Harley empieza a rodar/asfalto a ninguna parte/lo malo está por llegar...”

Y la Reina del rock se convirtió en la reina de la noche de El Brujo.

Luego fue la reina del cielo.

Mati, que escuchaba desde la barra, acababa de situarse frente a ella y estaba tomando imágenes con la cámara incorporada en su teléfono móvil.

—La Reina del rock ya tiene su primer admirador —musitó Laura, flotando en su nube, al ver al espía de Sandra bailando como un poseso frente ella.

“Gatos de fuego, hijos de la oscuridad/gatos de fuego, bestias de metal/Gatos de fuego, venidme a buscar...”

—Espera que me siente, cariño, que me mareo de la impresión —dijo Sandra, cuando Mario le enseñó la pantalla de su teléfono móvil, con las imágenes recién enviadas desde Vallecas.

Habían acabado de montar y se estaban tomando unas cervezas en la barra, para reponerse del esfuerzo. El bar aún tenía cerradas las puertas al público, y los otros componentes de la Metal Blues Band estaban ya en el hostel duchándose.

—Ponme otra vez el vídeo, cariño —pidió Sandra, sin dar crédito a lo que había visto—. ¿Y te ha dicho Mati que se hace llamar la Reina del rock?

—Sí, acaba de formar una banda, “Gatos de fuego”, por lo visto la letra de ese tema que está tocando, la ha compuesto ella.

—¡Dios! “Firecat”, como mi pistola. Me gusta el nombre, me gusta la canción y me gusta ella. La madera canta bien y está buena, con el uniforme no lo parecía.

—Ya te lo dije yo...

—No me recuerdes lo del colchón, que te arañó. Ese es Johnny, y el otro es el tal Mairena, que estuvo dos veces en mi casa acompañando a Laura, pero, ¿quién es el batería?

—El camarero que me sirvió cuando estuve en El Brujo, se llama Bruno.

—Y te ha dicho nuestro agente infiltrado, ¿que todo eso es para cazarme a mí?

—Sí, aunque sea lo último que haga en este mundo.

—¡Y luego me llama a mí psicópata! Creo que tu navegación por el Caribe, va a tener que esperar. Yo esto no me lo pierdo —dijo, con la excitación apoderándose de su cuerpo.

—Mati todavía sigue en El Brujo, en cuanto tenga algo nuevo, volverá a llamar —informó Mario.

—No dejes el teléfono ni a sol ni a sombra. ¡Camarero! Retire estas cervezas y sírvanos dos Jack Daniel’s. Hoy no nos duchamos. Aquí quietos los dos, al pie del cañón, esperando noticias de la Reina del rock —decidió Sandra, dándole una embestida al bourbon.

—¡Todo por el rock and roll!

—Bruno, rellena los vasos e invita a ese señor también —pidió Laura, señalando a Mati, de nuevo sentada a la barra de El Brujo.

Estaba emocionada, su primera actuación había sido un éxito rotundo, tal y como acreditaban los aplausos de su admirador.

Voy a acabar de componer mi canción, antes de que empiece a llegar la gente, para cantarla otra vez —sentenció, mirando el reloj—. ¿Cuántas estrofas le pongo, Johnny?

—Por lo menos otra, luego repites estribillo. También admite una tercera, eso como tú lo veas.

—Manos a la obra, ¡Bruno, un bolígrafo! Y tú, cariño, hazte un porrito y me das unos tiros, necesito inspiración.

—Ten cuidado con lo que pones, jefa. Recuerda que a la Motorista la cazaste así, estudiando las letras de sus canciones. A ver si ahora te va a cazar ella a ti —apuntó Mairena.

—Ya tiene bastante con haberse tirado a mi marido. Que se conforme con eso.

—¿A mí? —preguntó el saxofonista atónito.

—No te hagas de nuevas Johnny, lo sé todo. Me lo contó Mario, te vio en el desván con la psicópata tocando el violín montada sobre ti, el mismo día que llegaste al pueblo.

Luego me lo tiré yo a él en nuestra casa, para apagar el fuego que encendiste tú. A partir de hoy tenemos que contárnoslo todo, Johnny —le replicó Laura con todo desparpajo.

—Enhorabuena por el revolcón con el tal Mario, pero te han engañado como a una china.

Laura levantó la cabeza como una perra de caza.

—¿Dices que me han engañado? ¿En qué?

—Sandra estuvo tocando el violín, sí, pero en el escenario del granero, luego me llevó al Corazón de metal en la moto. Las dos veces que me viste en la piscina, acababa de llegar. Ella se desnudó y se metió en el agua, y yo... fui detrás. No ha sucedido nada más.

—¡Esta me la pagas!, Princesa del blues —amenazó Laura—. Y el desertor también —añadió.

Vació su vaso de un trago, cogió la cabeza de Johnny y se la colocó entre sus pechos, más generosos que nunca, al no llevar sujetador bajo la fina camiseta negra de los Rolling Stones.

—¡A lo hecho, pecho! Ven aquí, cariño —dijo Laura a su marido, con voz maternal—. Esa psicópata no tiene corazón, la Reina del rock esta noche cabalgará sobre ti, por las ardientes praderas del rock and roll, aunque sea tocando la pandereta. Te voy a echar un “polvo de la muerte” detrás de otro, hasta que se acabe el repertorio de la banda donde toca la puta esa.

—¡A tus órdenes! —exclamó Johnny, que comenzaba a ver a su mujer con ojos nuevos y excitantes.

—¡Qué suerte tiene este cabrón! —sentenció Mairena para su coletito.

—¡Joder!, Mairena, ¿qué has dicho antes sobre las letras de las canciones? —saltó Johnny de repente.

—Le decía a la jefa que tuviera cuidado con lo que pone, así cazó ella a la Motorista.

—Pues os tengo que informar de que tienen dos temas nuevos para su próximo disco, “Heridas en blanco y negro”, que tenemos que estudiar. Me los tarareó Manolo, el batería, en el Corazón de metal cuando estuve allí actuando.

—¿Cuáles? —preguntó Laura, aguzando el entendimiento.

—“Atraco a las diez” y “Tacones diabólicos”. Esta última, encaja perfectamente en el perfil de la tía esa de la boina azul y de la minifalda, que iba al chalet de Los Zarzales.

—Y, ¿“Atraco a las diez”? —interrogó Laura, saltando como una escopeta—. ¡Dios Mío! Esa es la hora en que se producen todos los atracos de la Motorista. ¿Qué dice?

—“*Todo está a punto, no puede fallar/llegó el día del juicio final... Gafas oscuras, brilla el metal/pisando a fondo no tengo rival...*” —canturreó Johnny.

—Pisando a fondo, no tengo rival... —repitió Laura, manoseando las palabras.

—Es verdad, jefa. A la Motorista no hay quien la pille, parece que la moto es una parte más de su cuerpo —apuntó Mairena.

—¡Eso ya lo veremos! —sentenció ella con resolución.

—Pero lo más curioso, es el final de la canción; los atracadores huyen con el botín en avión y... ¿Adivinad qué le ocurre al avión?

—¿Se estrella? —preguntó Mairena.

—¡Contra una de las torres gemelas de Nueva York! —exclamó Johnny— Por ironías del destino, los atracadores habían tomado un vuelo fatídico.

La Reina del rock se convirtió en piedra.

Luego, en su cerebro de policía comenzaron a restallar los relámpagos, como restallan en una noche de tormenta.

—¡Nueva York! —exclamó Laura, con el rictus de la muerte pintado en su rostro.

—¿Que ocurre en Nueva York? —preguntaron al unísono Johnny y Mairena.

—Que la psicópata estudio allí su carrera. ¡Económicas! Es decir que haría buenos amigos, si es que además no eran otras cosas...

—¡Seguro que eran también otras cosas! —interrumpieron Johnny y Mairena, al unísono, totalmente convencidos de lo que decían.

—Y ahora, esos amigos, o novios, o amantes... o lo que fueran, estarán trabajando en cargos importantes en bancos, empresas de importación y exportación, bolsa... —iba razonando Laura en alta voz.

—Que son los que le blanquean, en los Estados Unidos, el producto de sus atracos. Por eso no encontramos, ni en España ni en Europa, ningún rastro suyo —la interrumpieron Johnny y Mairena al unísono.

—¡Chicos! ¡Nos marchamos a Nueva York! —decidió Laura.

—¿Cuándo?

—En cuanto esté en marcha nuestra agencia. El rastro de la Motorista continúa allí. Investigaremos su vida a fondo, con quien se relacionaba, amantes, amigos... Luego averiguaremos a qué se dedican esos hombres en la actualidad, obtendremos pruebas incriminatorias y... ¡Al granero de Guadarrama con los grilletes de la mano! —sentenció Laura.

—Estoy de acuerdo, jefa —dijo Mairena convencido.

—¡Y yo! —añadió Johnny, más convencido todavía.

—¡Bruno!, rellena los vasos. Cariño, fabricame otro porrito que la Reina del rock tiene que concentrarse —dijo a su marido, bolígrafo en ristre—, tengo que acabar mi primer tema.

Johnny García, hijo del Cuerpo Nacional de Policía y del jazz, se cuadró y se llevó su mano recta a la sien.

—A sus órdenes, señora.

—¿Cómo que se van a Nueva York? —preguntó Sandra, cuando Mario hubo regresado del baño, tras hablar con Vallecas.

—Lo que oyes, por lo visto Johnny le ha estado hablando a Laura de los nuevos temas de la Metal Blues Band, “Tacones diabólicos” y “Atraco a las diez”.

—¿Y qué ha concluido? —preguntó Sandra.

—Que la misteriosa mujer del chalet de Los Zarzales, se inspira en la protagonista de “Tacones diabólicos”. Y que esa mujer... ¡Eres tú!

—Yo no la he compuesto, la ha compuesto Jaime, y no sé en quien se ha inspirado... ni tengo intenciones de preguntárselo. Esas preguntas las carga el diablo, cariño. Y, ¿“Atraco a las diez”?

—Que el producto del botín se lo entregas a tus antiguos amigos de universidad, que hoy estarán dirigiendo bancos en los Estados Unidos, para que te lo blanqueen.

—Tampoco la he compuesto yo.

—Pues se van a Nueva York, a buscar tus rastros. Dice Mati que si hace falta va “p’allá”, detrás de ellos.

—¡Dios! Lo creo muy capaz —rió Sandra, que conocía al dedillo su azarosa vida, de las veces que se la había escuchado en el Corazón de metal.

—Esa tía nos encuentra los cien millones de dólares, te lo digo yo que la tuve enfrente durante cinco horas de interrogatorio. No se rinde nunca. Tenemos que marcharnos al Caribe a combatir el capitalismo, Sandra —aseguró Mario alarmado, pues soñaba todas las noches con esa idea.

—¡Sí, cariño! Pero primero tienes que dejarme jugar un poquito con ella, y luego nos vamos donde tú digas —dijo, poniendo voz de miel.

—También ha descubierto que yo trabajaba para ti —continuó Mario—. A mí me llama desertor y a ti psicópata. Ha deducido que el relato que le conté, sobre tu aventura con su marido en el granero, es mentira. También le ha dicho a Johnny que se acostó conmigo. Ha jurado que regresará de Nueva York derecha al granero, con los grilletos de la mano.

—¡Habló la más pintada! Aquí la única psicópata que hay... ¡Es ella!

—Pero tarde o temprano dará con ese amigo tuyo que te hace las inversiones.

—¡Huy, cariño! —exclamó Sandra, estallando en una carcajada.

—¿Qué sucede?

—¿Mi amigo Ian Parker? Que lo encontrará, eso seguro, en cuanto pregunte a cualquiera que pase por la calle. En Nueva York es más famoso que la Estatua de la Libertad, y si pregunta lo encontrará enseguida. Y llegará hasta...

—¿Hasta dónde? —preguntó Mario, al ver que ella se paraba sonriendo.

—Hasta el once de septiembre.

—¿El día de los atentados?

—Sí. Precisamente cuando Jaime compuso “Atraco a las diez”, me asomé por la coincidencia.

—¿Qué coincidencia?

—Ian Parker era un crack, trabajaba en un banco internacional de inversiones, en la delegación de Nueva York, en la torre Norte del World Trade Center. Tenía estudiados a sus clientes y les cogía los fondos prestados, sin su consentimiento, durante unas horas.

—¿Y qué hacía?

—Jugaba con las diferencias horarias entre continentes. Entraba a saco en las bolsas del sudeste asiático e invertía en algún valor que él seguía de cerca, en operaciones muy estudiadas. Al abrir el banco en Nueva York, vendía con beneficios, reponía los fondos cogidos ilegalmente y se embolsaba las plusvalías que depositaba en paraísos fiscales, hasta que...

—¿Se estrellaron los aviones contra las torres?

—Exacto. Tenía invertidos ilegalmente más de mil millones de dólares. Como los atentados fueron a primera hora de la mañana, tuvo que abandonar el edificio a toda prisa y no le dio tiempo a efectuar las ventas, ni a devolver los fondos, que se quedaron

invertidos en las bolsas de varios países emergentes. Luego hubo un desplome de todos los valores bursátiles, en todo el mundo, a causa de los atentados. ¡Qué desastre, madre mía!

—¿Y tu amigo?

—Aun lo están buscando.

—¿No lo han encontrado?

—Ni la encontrarán nunca.

—¿La? —preguntó Mario extrañado.

—Sí, es que Ian era bisexual, se fue a una clínica suiza y se cambió de sexo, ahora es una morenaza despampanante. Hace cuatro años, cuando nos parasteis en el control que teníais montado en la salida de Guadarrama, tú no le quitabas ojo, cariño. A mí no puedes engañarme.

A Mario le dio un vuelco el corazón. Aún estaba en prácticas y recordaba perfectamente a las dos mujeres, montadas sobre la Harley, agitando el pelo al aire tras despojarse de los cascos.

—¡Dios mío! Aquel “pivón” era... era...

—Mi amigo Ian Parker.

—¿Y ha estado aquí?

—Claro, cariño, varias veces. Sigue siendo amigo mío, volverá este verano, ya le he hablado de ti y está deseando verte otra vez, dice que estabas guapísimo con tu uniforme. Nos meteremos los tres en la piscina y... ¡No te preocupes, cariño! —dijo ella al verle la cara que estaba poniendo—. No corres ningún peligro, tiene guardada la polla como recuerdo, en un frasco con formol.

Mario se llevó instintivamente la mano a la entrepierna, mientras en su rostro aparecía un gesto de dolor.

—Ahora se llama Catherine.

—¿Y ahora qué hace?

—¿Cómo que ahora qué hace? Pues lo mismo de siempre, continúa trabajando en Wall Street, ya tenemos ahorrados cien millones de dólares, cariño. Nunca la encontrarán, los maderos volverán de Nueva York con las manos vacías y con la cabeza echando humo.

La noche había caído ya sobre Vallecas y, con el último gemido del Selmer Bundy de Johnny, Laura puso el punto y final en el papel.

El brujo se había llenado de gente.

Luego, como cada noche, se llenó de jazz.

El espía de la Princesa del blues, de bourbon.

El cajón de Bruno, de dinero.

Y Laura de marihuana.

Pero “Gatos de fuego”, el tema central del disco del mismo nombre, su primer disco...
¡Estaba concluido!

Cogió el papel y, ni corta ni perezosa, comenzó a agitarlo en el aire.

Johnny se acercó al micrófono y esperó pacientemente a que los aplausos cesaran.

—El Brujo, a partir de esta noche, tiene una reina... —gritó el saxofonista a la multitud—. ¡Laura, la Reina del rock! —exclamó, haciendo una señal a su mujer, a Mairena y a Bruno para que acudieran a su lado.

Laura se ajustó su minifalda de cuero, se levantó los cuellos de su chupa y se subió al escenario, en medio de una salva de aplausos y vítores, mientras su sangre se emborrachaba.

Johnny cambió su Selmer Bundy por el Sadowsky, mientras Mairena cogía la Fender y Bruno se sentaba a la batería.

—Como antes —dijo Johnny, cuando se cercioró de que estaban todos en sus puestos—. Laura, te hago una señal con la mirada para darte la entrada y empiezas tú desde el principio.

Las baquetas chocaron en el aire.

Luego lo cortaron.

Después el aire comenzó a vibrar.

Y Laura empezó a cantar.

“La noche está agonizando/tiene una herida mortal/cruje con su último aliento/el alba está al despuntar”.

Su cuerpo cobró vida propia.

Ahora era calma, luego fuego.

Ahora brisa, después vendaval...

Los movimientos de su cuerpo se combinaban en perfecta armonía y se fundían con su voz y con la música, transportándola a un mundo desconocido y nuevo.

“Chupa negra de cuero/una Harley empieza a rodar/asfalto a ninguna parte/lo malo está por llegar...”

Y la Reina del rock, se convirtió en la reina de la noche.

El Brujo se había rendido a sus pies.

Mati, acababa de situarse de nuevo frente a ella y estaba, teléfono en ristre, tomando más imágenes con la cámara incorporada.

Pero ella ya no lo veía.

Solo tenía ojos para una mujer de curvas diabólicas, que se contoneaba como una pantera en su imaginación. La misma mujer que había convertido, a lo largo de diez años, su vida en un permanente quebradero de cabeza. Curiosamente esa misma mujer, le había abierto las puertas del cielo.

—Tengo que cazarla —sentenció, esperando a que la guitarra, el bajo y la batería le anunciaran el estribillo.

“Gatos de fuego, hijos de la oscuridad/gatos de fuego, bestias de metal/Gatos de fuego, venidme a buscar...”

La Reina estaba cantando rock and roll.

La misma noche que se había adueñado de Vallecas, de El Brujo y de los “Gatos de fuego”, envolvía también a Gijón.

La Metal Blues Band, fue recibida en loor de multitud. El público esperaba a la puerta del bar, haciendo un pasillo por el que los músicos avanzaban entre una avalancha de

aplausos y vítores, acompañados por el centelleo de los innumerables flash de las máquinas fotográficas.

Las autoridades continuaban sin aclararse sobre la verdadera identidad de la Motorista y en las instancias oficiales aún reinaba la confusión.

Cientos de asturianos habían salido a conocer a la mujer que el pueblo había convertido ya en heroína, y a la banda que sonaba en todas las radios, bares y pubs de España.

Mario no estaba cómodo, la muchedumbre lo abrumaba, echaba de menos su querido escenario del granero, su soledad y su libertad, pero tiró.

No podía rendirse ahora.

Era consciente de que se estaba escondiendo entre los otros músicos.

De que sus notas viajaban las últimas, detrás de las de los demás, a través de los largos cables que enlazaban con las pantallas de sonido y con la gente.

De que eso era una cobardía.

Y él no era un cobarde.

Él sabía que eso era posible, lo había sentido en la soledad de su mundo. No sabía cuándo se presentaba, ni por qué se presentaba.

Sólo sabía que era posible.

Que él y su bajo podían fundirse en un solo cuerpo, en una sola mente y en un solo sentimiento.

Entonces lo deseó con todas sus fuerzas de hombre. Cerró los ojos, apretó los músculos de sus párpados hasta dolerle y se aferró al Sadowsky, con la fuerza con la que un naufrago se aferra a su tabla salvadora.

Un golpe de coraje brotó de lo más hondo de su pecho.

Su respiración se volvió profunda.

Sus agarrotados dedos se distendieron.

Levantó su mentón hacia el cielo con sus ojos cerrados...

Y se obró el milagro.

Las cuerdas de su Sadowsky se convirtieron en venas de sus venas, arterias de sus arterias y nervios de sus nervios.

Y las yemas de sus dedos, puestas sobre los trastes, comenzaron a sentir fluir su sangre y a palpar los latidos de su propio corazón.

Entonces apareció su sueño

Miles de manos se izaron al unísono.

Miles de encendedores rompieron con sus llamas la negrura de la noche.

Y miles de gargantas desterraron al silencio.

Sandra tocaba su violín distraída. En su cabeza solamente había sitio ya para una mujer con minifalda de cuero, chupa negra, como la suya, y una camiseta de los Rolling, bailando sobre un escenario y cantando rock. Le había salido una rival de su mismo nivel y la lucha de poder a poder, que se adivinaba en su horizonte, la volvía loca de excitación.

Las breves palabras de Jaime rompieron el hechizo.

—“Último adiós” —anunció el músico por el micrófono.

—¡Ven a cazarme, madera! —musitó Sandra.

Los dedos del Niño, una noche más, se convirtieron en prodigio para arrancar lánguidos gemidos a su Gibson.

Las manos de Oso, apuñando las baquetas, volaron hacia el cielo.

Y la voz ronca de Fatman atronó en el aire.

Entonces, despertó el volcán.

El arco mordió con saña las cuerdas del Stradivarius.

Sus dedos comenzaron a galopar sobre el diapasón.

Y su cuerpo, jaleado por la muchedumbre, a contonearse.

La Metal Blues Band estaba en concierto.

La Princesa del blues, estaba tocando rock and roll.

*El horizonte en sus ojos,
cabalgando hacia el sol,
siete jinetes de acero,
su tiempo se terminó.*

*Llega el sonido de un banjo,
sabor a bourbon y blues,
brillan espuelas de plata,
danzas de fuego y dolor.*

*Leyendas de forajidos
balas silbando al pasar
hombres vestidos de negro
la muerte está por llegar.
La luna llena les guía
buscando el amanecer
siete caballos alados
la tumba se abre hoy también.*

*Galopando entre las nubes
antes de que salga el sol,
mis ojos se van cerrando,
es nuestro último adiós.*

AGRADECIMIENTOS

La Metal Blues Band existe pero, en el momento de escribir esta historia, está constituida por un trío; Jaime, Manolo y el Niño. Y no son de Guadarrama, son salmantinos.

Sus vidas, su forma de ser, y de pensar, son las que se relatan en estas páginas.

Y su música es la que suena, una y otra vez, escrita en estas líneas. Escúchala de su propia voz, querido lector, en “Su Última voluntad” y “Náufragos urbanos”, sus dos álbumes.

La marcha de Manolo del grupo, el batería que parece un oso, el hombre de corazón grande que ha inspirado esta novela, cierra una etapa de la Metal Blues Band.

Lo vi tocar en su último concierto, al finalizar pedí a voz en grito que tocaran el “Último adiós”, tema que ensambla la trama de esta obra. Entonces sus baquetas rasgaron el aire para dibujar, por última vez, los contornos del alma de la Metal Blues Band.

Jaime y el Niño han reestructurado el grupo para seguir haciendo lo que más les gusta hacer en este mundo; blues y rock. Su nuevo álbum, “Heridas en blanco y negro”, es ya una realidad. Les deseo lo mejor en su nueva andadura.

El Gallo también existe, es hermano de Manolo, pero “Tunning Car Audio EL GALLO”, de momento, solamente es su sueño.

El Padrino, Mati, Malaguita y Gabi, visten, calzan y gozan de buena salud... ¡Y del buen vino!

Sandra María Concepción de Sancho-Pedrales y de la Fontaine, y los demás personajes de esta obra, son de ficción y cualquier parecido con la realidad es fruto de la mera casualidad.

Nunca se pretendió ofender a persona o institución alguna, y de forma especial a la Policía Nacional, la Guardia Civil e Iglesia Católica. Simplemente, entraron a formar parte de una fábula y su mención no traspasa la frontera de la anécdota.

La frase; “Este país se pirra por el fútbol y los toros, y a sus músicos y a sus poetas, ni puto caso”, es mía. Así lo pienso y así lo escribo.

Sin embargo, la frase; “Los españoles entenderán de toros y de fútbol, pero de atracos no tienen ni puta idea”, no es mía.

Es de la Kalashnikova y, querido lector, te prevengo;

Si eres motero y, antes de llegar a un semáforo, ves parada a una mujer de cuerpo musculoso, exento de femineidad, que ella se encarga de disimular utilizando minifalda de cuero, camisetas ajustadas y zapatos de tacón...

De pelo rubio y corto, que ella mantiene de punta a base de fijador, y las facciones de su rostro, duras...

Con dos granadas de mano de fragmentación, imitación a escala de las almacenadas en los arsenales soviéticos, colgando de sus orejas...

Y de mirada fría, capaz de congelar la lava de un volcán...

Extrema las precauciones... ¡La Kalashnikova anda suelta!

Y una última pregunta...

¿De qué estarán hechos los putos músicos?

LORENZO AMABLE DE MENDOZA
Salamanca, febrero de 2014